SANTIAGO M. PALACIO

EL BATALLON DE GUERNICA



RECUERDOS É INTIMIDADES
DE LA CAMPAÑA
DEL NORTE (1873-1876.)

www.fpev.es

www.fpev.es

7-2286
1206

EL BATALLÓN DE GUERNICA

www.fpev.es

DEL MISMO AUTOR

Estudios históricos

El Arte en la Historia. 1880.
El Castillo de Anguix. 1896.
El Feudalismo y la Caballería. Idem.

Estudios financieros

La Bolsa. Teoría, historia y práctica, 1897.
Anuario Financiero de España y América para 1898.
El Uruguay, 1895.
El Banco de España y el Tesoro. 1896.
Las minas de oro del Africa del Sur. 1909.
El cobre y los valores cupríferos. 1910.
La Riqueza de la Alcarria. 1910.
Artículos de Economía y Hacienda publicados en los periódicos *El Día Financiero* y la *Gaceta de la Bolsa*, por el autor fundados y dirigidos, y en diferentes Anuarios y Revistas.

www.fpev.es

SANTIAGO M. PALACIO

EL BATALLÓN DE GUERNICA

Recuerdos e intimidades
de la campaña del Norte
(1873-1876)

Biblioteca Tradicionalista
Aragón, 252, BARCELONA
1917

www.fpev.es

ES PROPIEDAD

Tipografía A. GOST, Provenza, 246. — BARCELONA

www.fpev.es

DESCUBIERTA

En vísperas de una excursión veraniega, buscaba yo entre mis libros, algunos de amena literatura que distrajesen mis horas de ociosidad, cuando descubrí polvoriento legajo en el oscuro fondo de un estante.

No sin alguna emoción empecé a revisar los papeles que el legajo contenía y pronto me apercibí de que me hallaba en presencia de históricos manuscritos e impresos que ha más de siete lustros allí dormían el sueño del olvido. Todos se relacionaban con la campaña carlista del Norte, de 1873 a 1876.

El hallazgo produjome el placer que fácilmente comprenderá, quien, como yo, adolezca de pasión incurable por libros raros y papeles viejos.

Todos los del legajo eran curiosos; pero ninguno comparable en interés al manuscrito titulado DIARIO DE OPERACIONES, *que reunía el doble caracter de fragmento autobiográfico y de historial o crónica del Batallón de Guernica.*

En cortados períodos de estructura telegráfica, describía el autor del manuscrito episodios de viaje, itinerarios, escenas del vivac y del cantón, combates y bloqueos, figuras más o menos célebres del campo carlista, amores y amoríos y otras intimidades, reflejando la variedad de matices de la vida de campaña en el orden en que surjen las impresiones y se suceden los acontecimientos. Los juicios y comentarios tenían el valor inestimable que les otorgara el cronista, actor y testigo en una pieza. Algunos versos alusivos a la narración, interrumpían la menuda prosa.

A pesar de estos méritos, la lectura del DIARIO, *no des-*

www.fpev.es

pertaba todo el interés que inspirar debiera por su contenido histórico y sus bocetos de sabor local. Había en él materia para un libro, más forzoso era despojarla de inútiles detalles y repeticiones, seleccionar los hechos de mayor relieve y darles forma.

La idea me sedujo y en vez de los libros de entretenimiento que proponíame llevar a las orillas del Cantábrico, coloqué en mi maleta el manuscrito, inspirador de estas páginas, Su estudio y desarrollo, sería para mí un pasatiempo agradable en los días de lluvia impertinente o de excesivo calor.

Ya instalado en tierra vasca, ocurrióseme hacer del manuscrito una monografía histórica. Pero la monografía suele ceñirse al tema y ostentar flamantes vestiduras de académico estilo. Y yo no quería omitir sucesos interesantes sin relación con el tema y faltábame habilidad artística para vestir a TODO UN BATALLÓN *con buen ropaje literario. Gracias que pudiera uniformarle con literatura de munición. Desistí, pues, de la monografía, consonante de monotonía.*

Proyecté, entonces, componer un episodio novelesco de historia nacional. Pero la novela histórica requiere el concurso de la fantasía. El novelador crea tipos e inventa lances y aventuras para dar al relato interés y amenidad, y no pocas veces los hechos y personajes históricos quedan preteridos a la belleza y verosimilitud de las ficciones.

Mi respeto al original y mis escasas dotes de novelista hiciéronme también desechar este pensamiento. Trasunto de la vida de campaña, no carecía el manuscrito de rasgos cómicos y notas pintorescas que amenizasen la narración histórica. ¿Para qué introducir en ella sucesos y tipos imaginarios? Fuera en mí por otra parte, verdadera audacia la de novelar en el campo histórico tan admirablemente cultivado por el maestro Galdós.

Resolví, en definitiva, limitar mi labor a reproducir las más interesantes páginas del DIARIO, *sin otras modificaciones que las impuestas por el método, la claridad y la forma. ¡Que los manes del cronista me perdonen tamaño atrevimiento!*

www.fpev.es

En la reproducción he procurado conservar las líneas generales de la crónica, con la mecánica exactitud de las ampliaciones fotográficas. La proyección aumenta figuras y paisajes; pero sin alteración sensible del original.

Varias veces y por largos períodos interrumpí mi tarea. Ocupaciones de mayor utilidad demandaron mi atención. Aproveché, sin embargo, algunos de estos paréntesis para resolver dudas y disipar oscuridades derivadas de la concisión del manuscrito. Y al compulsar sucesos, fechas y nombres geográficos, sorprendí en las más documentadas obras escritas sobre la materia omisiones que no he de pasar en silencio, e inexactitudes que oportunamente rectificaré. Tales gazapos y lagunas no me extrañan. El cronista presenció los hechos, mientras que los autores de esas obras, en su mayoría, escribieron por referencias, y... NO ES LO MISMO IR A VALLADOLID QUE HABLAR CON EL ORDINARIO.

Expuestos los orígenes e intermitentes desarrollos de EL BATALLÓN DE GUERNICA, *huelga discurrir acerca de su finalidad, que nunca me preocupó. Escrito por puro entretenimiento, aprovechando veraniegos ocios, no he pretendido obtener consecuencias de ninguna clase. El buen juicio del discreto lector, deducirá las conclusiones.*

—

La descubierta ha cumplido su misión exploradora y EL BATALLÓN DE GUERNICA *puede avanzar.*

Un toque de corneta rasga el viento, ilusión quizás de mis oídos ¡Atención y marcha!

¡AURRERA! *que dicen los vascos.*

Adelante, pues. Que el éxito le acompañe y la crítica le sea leve. Que al desfilar ante sus benévolos lectores, con la verdad, alma de la Historia, por bandera, ni amigos ni adversarios puedan, en justicia, censurarle, ya que no encuentren en sus episodios bellezas literarias que aplaudirle.

S. M. PALACIO

www.fpev.es

www.fpev.es

LIBRO PRIMERO

De Castilla a Vizcaya

www.fpev.es

www.fpev.es

I

HERENCIA FATAL

Algunos meses hacía que germinaba en aquella cabeza de chorlito el pensamiento de lanzarse al *campo del honor*.

Varias causas concurrían a sugerir en el ánimo del mozo tan descabellado proyecto; pero la fundamental radicaba en la herencia. Aparte de algunos caracteres físicos, era en él un hecho comprobado, una ley biológica fatalmente cumplida, la transmisión hereditaria de la parte espiritual, es decir, de las aptitudes y los ideales que distinguieran a sus progenitores.

Desde su niñez había mostrado una vocación irresistible a la carrera de las armas. Y esta vocación persistió después de cursar ciencias y letras en Institutos y Universidades, signo de que la herencia permanecía en estado latente, pronta a exteriorizarse en cuanto las circunstancias y el medio favorecieran sus manifestaciones.

Los precedentes eran muchos, a partir de las raíces conocidas de su árbol genealógico.

Los apellidos maternos de aborigen vasco y montañés, rememoraban las luchas de banderías en Vizcaya durante la Edad Media. Algunos de sus antepasados figuraron entre los *parientes mayores*, «omes mucho soberbios», según la Crónica, que acaudillaban el bando de los *gamboinos* y ejercían señorío feudal sobre los pueblos del valle de Arratia y de la llanada alavesa. No hallando después en el país empleo digno a sus actividades, trasladáronse a las Indias, donde algunos adquirieron gloria y honores, otros, los menos, conquistaron el vellocino de oro al trocar la espada por el

www.fpev.es

caduceo de Mercurio, y los más perecieron en ignoradas pampas, sin gloria ni fortuna.

Por la línea paterna contaba entre sus ascendientes aguerridos capitanes que sirvieron en los tercios castellanos a las órdenes del Conde de Tendilla y cooperaron a la rendición de las últimas fortalezas musulmanas en las vegas andaluzas. La leyenda de estos progenitores, seguía un curso pararelo a la historia militar de España. En el período contemporáneo la leyenda convertíase en historia humanamente documentada con los mismos personajes que habíanla *vivido* y en sus acontecimientos figurado.

El abuelo fué uno de tantos defensores de la independencia española, frente a los ejércitos de Napoleón. Jefe después de realistas, combatió tenazmente a los partidarios del sistema constitucional. Y en la guerra civil, el abuelo, el padre, los tios, derramaron su sangre, perdieron su hacienda y uno de los últimos su vida en el campo de batalla, por defender los derechos de Carlos V. Más tarde, la correspondencia familiar reflejaba las amarguras de la emigración. Algunos de los vencidos regresaron al desierto hogar y allí volvieron, incorregibles, a trazar planes de campaña, a concebir fantásticas empresas y a soñar despiertos en nuevas aventuras.

Como artículos de fé, creían los periodísticos de *La Esperanza*, *La Regeneración* y *El Pensamiento Español* consecuentes mantenedores del ideal carlista. Y su mayor placer se cifraba en evocar episodios de la guerra, que adquirían caracteres de viviente realidad al ser referidos por los propios actores, al amor de la lumbre, en las apacibles veladas de los crudos inviernos castellanos.

¡Pobres ilusos! Todos pasaron a mejor vida, acariciando la esperanza en el triunfo de la Legitimidad.

Y con los menguados restos de rico patrimonio, transmitieron a sus descendientes el genio aventurero de la raza y el culto al ideal político, y con el culto sus símbolos, representados por el retrato del Rey, frente el lienzo de la Purísima, los reales despachos y las reales cartas, el espadon del abuelo, coronel de caballería, las charreteras del padre, las cruces de San Fernando y tantos otros emblemas de perseve-

www.fpev.es

rancia y abnegación, convertidos en lares y penates del hogar.

Tales precedentes justificaban los propósitos del joven. Vástago de fecundo tronco, experimentó en sus células los efectos de la ascensión de la sávia al comenzar la primavera de su vida.

Era su predisposición fisiológica y su herencia espiritual.

www.fpev.es

II

ROMANTICISMO

Otras causas intervinieron en la resolución del joven, pero la que más influyó en las orientaciones de su fantasía y de su voluntad, fué el romanticismo, género literario que aún tenía en aquella época discípulos entusiastas y fervientes admiradores.

En su casa solariega, donde predominaban los recuerdos y tradiciones militares, había una colección de libros reunida durante dos o tres centurias por la perseverancia familiar; que siempre mantuvieron buenas relaciones las armas y las letras.

Correctamente alineados los unos como en espera de militar revista, en posturas inclinadas los otros cual si el sueño de los siglos les rindiera, sendos volúmenes, graves, silenciosos, cubrían los estantes de empolvada biblioteca, aguardando a que alguien les consultara para irradiar la luz del humano saber en sus páginas contenida

Entre las materias de aquel modesto caudal bibliográfico figuraban la Filosofía, la ciencia de las ideas; las Matemáticas, la ciencia de la verdad prácticamente demostrable; la Historia, maestra de la vida que nada enseña, pues los hechos desgraciados se repiten; la Milicia, ciencia y arte de la guerra cuya ignorancia u olvido es siempre origen de vergonzosos desastres; el Derecho, que debiera de ser la ciencia reguladora de la paz y la Literatura, cuyas magistrales producciones, así en la paz como en la guerra, fueron siempre recreo y encanto del espíritu.

Pintoresco desorden había presidido la colocación de

www.fpev.es

los volúmenes. Mezclados convivían los autores y personajes históricos de las más opuestas opiniones y las más antagónicas materias. Junto a Boecio (*De Consolatione*), en pergamino, lucían su dorado tejuelo los *Códigos Españoles*. La *Crónica* de don Pedro y otros reyes, emparejaba con la *Filosofía* y *El Criterio* de Balmes. El P. Florez era compañero de *Fígaro*, y *D. Quixote*, cuerdo ya y disciplinado, mantenía estrechas relaciones con sus vecinas las *Reales Ordenanzas*. Los *Autos Sacramentales* de Calderón codeábanse con la *Curia Filípica* de Hevia y Bolaño, Espartero apoyábase en Zumalacarregui, y Santa Teresa se reclinaba indolentemente sobre Napoleón. Jamás turbóse entre ellos la armonía. Ninguno protestó contra la incómoda vecindad.

Durante los primeros años del joven, fueron sus libros predilectos los que trataban de la historia de la guerra y de sus caudillos más famosos. En sus páginas aprendió a leer, y ante sus grabados que reproducían ataques a la bayoneta, cargas de caballería y episodios de valor personal, experimentó su alma de niño las primeras impresiones de la gloria y del honor. Después, cuando ya cursaba Retórica y Poética, las obras de Literatura, en especial las del género romántico, aún en boga, distraían preferentemente sus ocios escolares. Admirador entusiasta de los más ilustres cultivadores del Romanticismo, sintió con Chateaubriand la poesía del culto cristiano, y con Víctor Hugo el amor a la justicia, y con el Duque de Rivas la influencia del Destino, y con Larra y Espronceda el escepticismo más desconsolador, y, por contraste del humano sentir, deleitóse con las leyendas de Zorrilla y con los lances de amor y fortuna que amenizan los dramas caballerescos del poeta castellano. De García Gutiérrez gustábale sobremanera *El Trovador*, y de Hartzenbusch complacíale también la lectura de *Los Amantes de Teruel*.

Con tal aprendizaje literario y algunas novelas del mismo género, por añadidura, llegó el joven a concebir las más extrañas ideas acerca del mundo y de la vida, concluyendo por rebelarse contra la prosaica realidad.

Y en busca de otro ambiente donde hallaran expansión sus románticas aspiraciones, huérfano y libre a los diez y seis

www.fpev.es

años, volvió a Madrid, su patria, de donde saliera siendo muy niño. La Revolución había saturado la atmósfera intelectual de la villa, de doctrinas avanzadas. Periódicos, folletos, libros, todo lo leyó con la avidez del mozo sediento de cultura y que mitiga su afán sin preocuparse de la pureza de las fuentes. En las cátedras, en el Ateneo, en las Cortes, oyó elocuentes discursos de los grandes oradores de la época y no pudo menos de aplaudir la belleza de la forma que tan bien armonizaba con sus gustos de artista y sus literarias aficiones. Pero ni lecturas ni discursos consiguieron desprender de su alma el bagaje de recuerdos e influencias ancestrales que gravitaban sobre ella con el peso de tantas generaciones.

Dócil instrumento de tal sugestión, incurrió en el desvarío de abandonar sus estudios universitarios por la carrera de las armas y regresó a Valladolid luciendo los cordones de cadete. Ya había realizado una de sus ilusiones y cumplido uno de los mandatos de la herencia. Ya podían los manes de sus ascendientes regocijarse en sus tumbas. El vástago más joven de aquella estirpe de hidalgos aventureros, pronto estaría capacitado para continuar la leyenda.

La trasmisión hereditaria de aptitudes e ideales halló un auxiliar poderoso en el Romanticismo. Y así como en literatura, fué romántico en amor y en política. La mujer de sus sueños, vago ideal de perfecciones, podía competir con la que cantaran ha siglos los trovadores provenzales o la que fingir pudieran los más galantes paladines del mundo caballeresco. Y en política, fiel a las tradiciones familiares, era acérrimo partidario de los principios representados entonces por D. Cárlos de Borbón y de Este. No concebía el absurdo de la monarquía constitucional. Alianza del Rey y el pueblo llamábase a la de D. Amadeo de Saboya, y ni el Rey ni el pueblo gobernaban... Aquella ficción no resistía al examen más superficial.

Las circunstancias no tardaron en ofrecer al cadete ocasión oportuna para defender sus románticos ideales políticos.

www.fpev.es

III

HACIA EL CAMPO DEL HONOR

No habían transcurrido dos años desde que el cadete estrenara sus cordones, cuando Amadeo I, desesperanzado de consolidar en este país la monarquía democrática, renunció a la corona.

La proclamación de la República inauguró aquel período que se caracteriza por la propaganda de las ideas más disolventes, los ataques a la religión y a la propiedad y la indisciplina del ejército.

Aquel medio ambiente anárquico no podía ser más favorable al cultivo y desarrollo de todas las variedades de la flora política.

Contra la República conspiraban los carlistas, los alfonsinos, los radicales caídos con la monarquía de Saboya y los mismos republicanos de varios matices y colores, que aún no habían disfrutado del poder. Todos querían hacer la felicidad del país. Y en el ejército, según un escritor militar contemporáneo, los soldados obedecían a remolque, los oficiales murmuraban de los jefes, los jefes de los generales, y los generales conspiraban contra el gobierno por ellos mismos constituído y sustentado. La indisciplina social era completa.

Sesudos varones ajenos a la política, solo veían en Don Carlos el remedio a tantos males. Entusiastas partidarios habían alzado la bandera de la tradición en las montañas del Norte y Cataluña. Era llegado el momento de contribuir a la salvación de la patria.

La herencia, el romanticismo y el medio, laboraban de consuno en la fantasía del cadete. Las montañas del Norte

www.fpev.es

fueron la cuna de su estirpe materna y el teatro de los hechos heróicos de sus remotos antepasados y de sus últimos ascendientes. Allí estaba su puesto de honor.

El presidente de la Junta carlista Sr. Correa, catedrático de la Universidad, y el cura de San Andrés, D. Pío Fraile, cuya florida oratoria podía competir con la de Castelar, proveyéronle de cartas de valor entendido para el general Velasco. D. Pío le indicó el más fácil itinerario, de Valladolid a Vizcaya.

Preparó su maleta, una maleta modestísima para cualquier viajero, pero demasiado grande para andar por las montañas. A las once de la noche partía el tren correo de Vitoria. Mas, precisamente por la maleta y la hora de salida del tren, aquella tentativa fracasó. Forzoso era prescindir del equipaje y tomar un tren mixto que moría en Burgos. Las dificultades estimularon las iniciativas del cadete, y, vencidas que aquéllas fueron, solo esperó el tiempo necesario para disipar sospechas y eludir enojosas vigilancias.

Recordando, no obstante, las advertencias que el ventero hiciera a D. Quijote, a falta de baúl, debía de ir provisto de dineros y camisas.

Y creyendo firmemente, como creyera el ingenioso hidalgo, que hacía mucha falta en el mundo para enderezar entuertos, y en el campo carlista para el triunfo de la buena causa, una tarde de primavera salió de su domicilio, dispuesto a consumar su proyectada evasión.

Por calles extraviadas, para evitar inoportunos encuentros, había llegado a un edificio que solitario se alzaba fuera de las Puertas de Béjar, próximo a la estación. En aquel edificio vivía una familia guipuzcoana, oriunda de Regil, protectora, por comunidad de ideas, del joven aventurero. Allí se transformó. Al entrar era el tipo clásico del cadete, delgado, de apostura quijotesca, levita ceñida, pantalón estrecho, la mano izquierda sobre el pomo de la espada y alta la cabeza para mirar a través de sus lentes. Al salir era un muchacho deforme, un depósito ambulante de ropas hechas, susceptible de rodar impunemente por cualquier despeñadero. Precursor de Frégoli, llevaba sobrepuestos trajes interiores, camisas, el

www.fpev.es

uniforme militar, un terno de paisano y, encima, un gabán de abrigo que solo a fuerza de puños consentía en abotonarse para cerrar aquella maleta humana. Un sombrero hongo y una cartera de viaje, completaban el equipo del novel caballero de la triste figura.

Agobiado no tanto por el peso de sus culpas, como por el de la ropa, dirigióse a la cercana estación. Antes de llegar a ella, salióle al encuentro la señora guipuzcoana portadora del billete del tren. Estrecháronse la mano y cada cual siguió su camino. Ambos creían cumplir un deber al colaborar en el triunfo del Rey legítimo de España.

El cadete lanzó una mirada de despedida hacia los ociosos vallisoletanos que paseaban su aburrimiento por el Campo Grande, y penetró en la estación. En las salas de espera y en el anden reinaba la más espantosa soledad. Subió a un coche desierto y, dando espalda al anden, asomóse a la opuesta ventanilla. Hermosa era la tarde. El cielo azul limpio de nubes, el ambiente perfumado por las acacias en flor, los ecos lejanos de una música, todo brindaba a distraer el ánimo en pacíficas diversiones más que en bélicas aventuras. Y, no obstante, cuando el jefe de estación dió la señal de partida y el tren se puso en marcha, el cadete experimentó una alegría loca. ¿Qué era aquello? ¿Temor que se disipa, ansias de libertad o atavismo de raza?

¡Misterios del corazón! como dicen los novelistas.

Con la velocidad que pasaban los palos del telégrafo, así cruzaron por la memoria del mozo los recuerdos de su existencia, pronto desvanecidos antes las vagas imágenes y las risueñas esperanzas que le hacía concebir el nuevo mundo en perspectiva.

Desde su asiento veía flotar la negra cabellera de la máquina, y como el Cid, cantado por Fernández y González, recitó mentalmente:

«Por necesidad batallo
y una vez puesto en la silla,
se va ensanchando Castilla
delante de mí caballo».

www.fpev.es

Para el cadete, Castilla se ensanchaba, no ya delante de un caballo, sino de la locomotora que tantos de vapor lleva en su seno.

¡El Cid! ¡Figura histórica que llena el mundo durante tres Edades con sus hechos legendarios! ¡Representación genuina de las glorias militares de España! (1)

Y avanzando la fantasía del cadete con mayor velocidad que el tren, dejaba al Cid en su solar de Burgos y presentía las abruptas montañas del Norte, teatro de célebres combates, y, entre sus pintorescas aldeas, la vida militar, embellecida con todos los atractivos de lo inesperado y todas las seducciones de lo desconocido.

La noche caía llenando de sombras el paisaje, ennegreciendo la verdura primaveral de las tierras castellanas y apagando suavemente la línea luminosa del crepúsculo.

Y el tren avanzaba rápidamente, conquistando espacio, aproximándose hacia el campo del honor, al que habían de concurrir, emplazados para acometer legendarias empresas, los caballeros andantes del siglo XIX.

---

(1) En aquella época nadie hubiera osado emitir la idea de cerrar con doble llave el sepulcro del Cid; porque en las mismas contiendas políticas, saturadas de ideales, revelábase el genio indómito y la energía de la raza, en lamentable decadencia desde la Restauración.

www.fpev.es

IV

EL HOMBRE QUE RIE

Las once de la noche serían cuando llegó el tren a Burgos.

Un carruaje condujo al cadete a la fonda del Norte. En el trayecto pudo ver, al atravesar el puente sobre el Arlanzon, as siluetas de las torres de la catedral dibujadas en el cielo. Forzado a partir antes de amanecer, no vería otra cosa de aquel conjunto de maravillas ojivales, resumen grandioso del genio artístico de tres centurias consagradas al ideal cristiano.

Hizo los honores a la cena, con el apetito que rara vez pierde un muchacho, por grande que sea su chifladura romántica, y tendióse en un sofá, sin aligerarse de ropa, a fin de no descomponer su *toilette* de conspirador.

A las tres de la madrugada fuertes golpes en la puerta de su cuarto despertaron al cadete.

—Señorito, ¡al tren! El coche espera.

Cuando llegó a la estación había cola ante el despacho de billetes. Al retirarse con el suyo, notó que le seguía de cerca un caballero de edad madura y bigotes grises. Penetró en el anden, débilmente iluminado por un farol, paróse ante la oficina telegráfica, volvió hacia la sala de espera, y no sin alguna inquietud, continuó observando que le seguía de cerca, como si fuese su sombra, la sombra del caballero.

—No es coincidencia—pensaba el cadete—ese hombre me sigue. Tiene tipo de militar veterano. ¿Quién será? ¿Habrán telegrafiado desde Valladolid? En fin, salgamos de dudas.

Y acariciando la culata del revolver que en el bolsillo de-

www.fpev.es

recho del gabán llevaba, dirigióse hacia la parte más oscura del anden, giró sobre sus talones y se encontró frente a frente del importuno *madgyar*.

—Perdone usted—se apresuró éste a decirle—hace un rato que le sigo. ¡Je! ¡Je!

—Ya lo vengo observando.

—Desearía me hiciera usted un favor. ¡Je! ¡Je!

—Usted dirá.

—Me parece que usted no lleva equipaje; porque no le he visto facturar. ¡Je! ¡Je! Yo tengo un baul mundo, cuyo peso excede del reglamentario. ¡Je! ¡Je! Si usted me diera su billete me ahorraría el pago del exceso... ¡Je! ¡Je!

—¡Acabáramos! tome usted el billete.

—Gracias, joven, muchas gracias, vuelvo al momento. ¡Je! ¡Je!

La petición del viajero nada tenía de particular. Lo que el cadete no se explicaba era por qué aquel hombre se reía sin motivo alguno. Y con Cervantes pensó: «Gran sandez es la risa que de leve causa procede».

Desvanecidas sus sospechas, dedicóse a buscar un departamento donde hubiera poca gente. En esta investigación sorprendióle el hombre de la risa, quien le invitó a instalarse a su lado. No halló medio de eludir tan cortés invitación.

Momentos después el tren partía, y los dos viajeros conversaban como buenos amigos. Ambos hicieron sus respectivas presentaciones. El de edad avanzada era vecino y del comercio de Vitoria, y, por contera, capitán de voluntarios de la Libertad. El joven representaba el papel de tenedor de libros de la casa Lanzagorta de Bilbao.

En el curso del viaje, capitán de similor y cadete aventurero, hablaron de política y de guerra, temas entonces de más interés que ahora para muchos españoles.

El capitán se expresaba con la verbosidad inagotable que adquiriera en larga vida dedicada al mostrador, y únicamente se interrumpía para reirse con estrépito al final de cada período. Sus opiniones, que no pueden ser sospechosas, merecen reproducirse; pero de sus frecuentes risas haré gracia al lector, porque maldita la qué tenían, en la mayor parte de los

www.fpev.es

casos, los hechos y las ocurrencias que tan alegremente celebraba. Más que a la hilaridad, predisponían el ánimo a tristes consideraciones.

—Créame usted, joven—decía—la República es un fracaso. Tres meses hace que se proclamó y cuenta ya tres crisis ministeriales. Ese tiempo ha bastado para que se desacredite el presidente Figueras y sus correligionarios más prestigiosos. Los gobernantes no se entienden; los gobernados protestan o se insurreccionan. Todo es confusión y desorden. Y ¿como no? Mucha gente que se dice republicana, ignora lo que es la República.

—Me consta—afirmó el cadete.

—Le contaré un caso—prosiguió el comerciante—Hallábame el 11 de Febrero en una villa castellana. Entre la gente que recorría las calles, observé a un muchachote que gritaba con todas sus fuerzas: «¡Viva la República!... ¡Viva!»

—Pero tu ¿qué entiendes de eso?—le pregunté—¿qué es la República?

—*Pos miuste*—me contestó—yo no lo sé; pero el hijo del veterinario que ha estudiao en Madrid lo explica tan ricamente.

(Aquí, el capitán de voluntarios soltó una estruendosa carcajada. El cadete rióse también.)

—En otros puntos—continuó el comerciante vitoriano—la semilla sembrada por los grandes oradores de la Revolución, ha dado sus frutos naturales. Predicaron al pueblo la igualdad, y el pueblo soberano, fiel a la nueva doctrina, ataca a la propiedad y se distribuye las tierras y los montes. Describieron ante las masas la libertad de cultos, como derecho inalienable e imprescriptible de la humana conciencia, y el populacho, sin otro alimento espiritual que la superstición, que es la religión del que no tiene ninguna, profana los templos, insulta a los curas y hace escarnio de la religión de sus mayores. Prometieron la abolición de las quintas, y hoy los soldados piden sus licencias absolutas, a los gritos de *¡abajo las estrellas! ¡abajo los galones!* Coadyuvaron a la supresión de los consumos, y la falta de este arbitrio hace imposible la vida económica de las corporaciones populares. Defendieron las

www.fpev.es

doctrinas del libre cambio, y los productores e industriales se empobrecen y arruinan por la baja de los aranceles. Isabel II, frágil como mujer, cruel como reina, después de disipar el tesoro de la desamortización, dejó como legado, al ser expulsada por el ejército y el pueblo, una masa enorme de deudas perpetuas, amortizables y flotantes, y estas deudas aumentadas con los déficits crónicos de los presupuestos, obligaron al gobierno provisional y a los ministros de Amadeo a contratar empréstitos en onerosas condiciones. Y con tal herencia de disipación, ya no hay banquero judío ni cristiano que preste a la República el valor de treinta reales, y el crédito nacional, ante la insolvencia que se avecina, desciende por cascadas. No se duda de la honradez de los republicanos eminentes; pero sí de su previsión económica. Filósofos, catedráticos, artistas de la palabra y de la política, viven en la región de las ideas y les sorprenden las imposiciones de la realidad. Si desde el poder no cumplen sus promesas, los federales seguirán promoviendo diarios motines y se repetirán los excesos de la tropa indisciplinada. Si pretenden cumplirlas, consecuentes con sus predicaciones, quebrantarán los fundamentos del orden social, fomentando el desarrollo de las huestes carlistas. En tales condiciones ¿cree usted que pueda vivir mucho tiempo la República?

—Difícil es—musitó el cadete.

—¡Imposible!—añadió muy serio, contra su costumbre, el capitán de voluntarios.

—Lo que no me explico es que usted defienda con las armas desinteresadamente a la República, convencido al parecer de su fracaso—observó el cadete.

—Diré a usted. Yo ante todo soy comerciante. Mis mejores clientes figuran en los partidos liberales, la milicia y el elemento oficial de Vitoria. Al triunfar la Revolución, creí honradamente en la eficacia de sus principios y, por compromisos locales, acepté el honorífico empleo de capitán de voluntarios. El país estaba cansado de sufrir tiranías, chanchullos e inmoralidades. Pero observé con pena que al día siguiente del triunfo, Prim se adjudicó a sí mismo el tercer entorchado, improvisó generales de comandantes y capitanes

www.fpev.es

de sargentos y fué pródigo en mercedes con cuantos habían faltado a su deber. Los sucesores de Prim siguieron su ejemplo, subordinando las ideas a sus intereses particulares. Y hoy, perdida la fé en los hombres, arrepentido de mi credulidad en las doctrinas, gustoso renunciaría mi cargo; pero si lo hiciera ¡cómo se reirían los carlistones de Vitoria! No, por dignidad, amor propio, no puedo dimitir hasta la terminación de la guerra.

—Y ¿cuando será eso?

—Cuando al ejército le plazca, es decir, cuando los jefes quieran; porque el soldado forzoso lo único que anhela es su licencia absoluta. Pero de sargentos a generales, todos ven en la insurrección carlista un manantial de empleos y condecoraciones, y evitan su agotamiento. En Vitoria todo el mundo sabe donde tienen los carlistas sus cuarteles, y sus marchas y contramarchas. Salen las columnas de operaciones, y vuelven sin haber visto un carlista o después de disparar cuatro tiros para justificar propuestas de ascensos y cruces.

—Pues los periódicos—objetó el cadete rompiendo una lanza en honor del ejército - publican frecuentes noticias relacionadas con importantes acciones de guerra; de modo que no son tan estériles los movimientos de las columnas.

—En efecto, se libran algunas acciones; pero no son el resultado de la pericia de los jefes ni de la estrategia de los generales, sino de la táctica de los carlistas que solo aceptan los encuentros cuando así les conviene. Es decir, que las columnas no buscan ni baten a los carlistas, son estos los que esperan y atacan a las columnas, como ha sucedido en Monreal y Eraul. Desengáñese usted. Con el ejército desmoralizado, disuelto el cuerpo de Artillería, sin plan de campaña, con jefes que deben sus empleos a la política más que a sus conocimientos profesionales, ¿cómo es posible que acabe la guerra? Por otra parte, la insurrección ha tomado gran incremento en estas provincias. Las ciudades son, desde luego, refractarias a la guerra, que trae consigo discordias entre hermanos, sangre vertida inutilmente, crisis del comercio y de la industria, en una palabra, la ruina y la desolación. Pero las aldeas apoyan a los carlistas por tradición y por el odio a

www.fpev.es

la ciudad, y con las aldeas, las villas más populosas, donde los desmanes revolucionarios y las predicaciones del clero, mantienen incólume la esperanza en el triunfo de D. Carlos. La guerra, pues, durará, mientras no se reorganice el ejército y se restablezca el imperio de la Ordenanza. Y ¿con qué derecho los sucesores de Prim, los republicanos de hoy, pueden corregir la indisciplina que fueron los primeros en fomentar?

—Y suponiendo que la República desaparezca ¿qué vendrá después?—preguntó maliciosamente el joven.

—¿Qué ha de venir? Lo que decía Rossini...

—¿Cómo Rossini? ¿Qué relación tiene...?

—¡Ah! ¿no conoce usted el sucedido? Pues oiga usted. Cierto músico español había compuesto una partitura de la que esperaba cosechar provecho y gloria. Mucho trabajó para que la conociera Rossini, cuando éste pasó por Madrid, allá por el año treinta y uno. Al fin, el gran compositor prestóse a escuchar los principales motivos. Terminada la audición, el autor, emocionado, preguntó a Rossini:—¿Qué le ha parecido, maestro?—¡Admirable!—contestó Rossini — Dios hizo el mundo; pero usted... usted ha hecho el caos. Pues eso es lo que vendrá despues de la República, el caos, el caos...

Una cascada de risas del comerciante celebró la historieta. Y no pudo seguir divagando y riendo, porque el tren acababa de llegar a la estación de Vitoria.

Descendieron del coche y el capitán de voluntarios, antes comerciante que capitán, dedicóse a buscar un mozo a quien entregó el talón de su enorme baul que atestado de géneros traía. Y tranquilo acerca de ese punto, dirigióse hacia la puerta de salida, del brazo del cadete, repitiendo:

—Si, señor, el caos, el caos. ¡já, já, já!... (1)

---

(1) Admira, a tantos años de distancia, la clarividencia del comerciante de Vitoria. Porque, en efecto, después de la República advino la Restauración, y con ella el turno del pandillaje político representado por Cánovas y Sagasta, de funesta memoria para el país. En un cuarto de siglo que monopolizaron el poder, nada hicieron en pró de la instrucción y del fomento de la riqueza patria. En cambio, disiparon estérilmente las rentas públicas, vivieron en perpétuo déficit, y amargo fruto de su desacertada política fué la pérdida ignominiosa de 477.132 kilómetros cuadrados que abarcaban nuestros dominios coloniales, esto es, casi la mitad del patrimonio nacional. ¡El caos!

www.fpev.es

V

ARLABAN

La capital de Alava era en Mayo de 1873, el centro de comunicaciones de las provincias vascongadas. Ni de Miranda a Bilbao, ni entre Vitoria e Irun, circulaban los trenes, por severas disposiciones de los jefes carlistas, subordinadas a necesidades estratégicas de la campaña. Forzoso era utilizar el servicio de diligencias para internarse en Vizcaya o en Guipúzcoa.

A las ocho de la mañana había llegado a Vitoria el tren mixto procedente de Burgos.

Confundidos entre la multitud, salieron los dos viajeros de la estación. Nadie hubiera dicho al verles juntos, que el señor de los bigotes era capitán de voluntarios de la República y que el joven imberbe procedía de una academia de cadetes e iba a incorporarse a las filas carlistas. Los extremos se tocan y las aparencias engañan.

Al llegar al cruce de la calle de Florida con la de la Estación, el joven miró a derecha e izquierda como para orientarse, y preguntó a su compañero:

—La posada de Murga...?

—¡Murga! Buena persona. Su posada está más adelante, en la calle de la Constitución. Pero usted no va a esa posada, usted se viene a mi casa, toma chocolate, descansa y después le acompaño al coche de Bilbao, que sale a las diez. ¡Je! ¡Je!

Las atenciones del capitán de voluntarios ponían en un serio compromiso al cadete. Recordó el papel de tenedor de libros que venía representando, y apresuróse a contestar:

—No puede ser, compañero. En esa posada es probable

www.fpev.es

que me espere una persona que mantiene relaciones de negocios con mi casa de Bilbao, y he de hablarle necesariamente... Después, sí, tendré el gusto..

—Tratándose de negocios, no he dicho nada. Ya sabe usted que yo, ante todo, soy comerciante. Vamos, pues, a la posada ¡Je! ¡Je!

El cadete respiró.

Momentos después entraban en la calle de la Constitución y se detenían frente a un callejón, cerrado al fondo por vetusto edificio, ante cuyas puertas fumaba tranquilamente un hombre grueso, de rústica apariencia.

—Ahí tiene usted a Murga.

—Gracias, compañero, hasta luego.

—Que le espero a usted. Ya sabe Murga mi casa, Plaza Nueva... comercio ¡Je! ¡Je!

Un apretón de manos puso término a las obsequiosas manifestaciones del comerciante.

Apenas volvió este la espalda, acercose el cadete al robusto posadero y le dijo al oído:

—*Don Pío me envía.*

Era la frase sacramental, especie de santo y seña.

—Sea usted bien venido—contestó Murga imperturbable, subiendo la mano a la altura de la boina.

—Desearia salir cuanto antes en dirección a Vizcaya.

—No puede ser. Entre Villarreal y Ochandiano opera una columna y podía usted tener un mal encuentro. Váyase por Guipúzcoa. en el correo de Irún, que sale a las ocho y media. Tome usted billete hasta Vergara, que antes encontrará alguna partida.

—Pues no hay tiempo que perder—contestó el jóven mirando su reloj.

Pidió un vaso de leche, y mientras apuraba su frugal desayuno, Murga dió instrucciones a un muchacho que en el portal se entretenia con un perro de caza.

—Cuando usted guste.

—Adios, Murga, y gracias.

—Buena suerte.

Precedido del muchacho, no tardó cinco minutos en llegar

www.fpev.es

a la plaza de Bilbao, de donde partia la diligencia. Dificilmente pudo encajonarse en el fondo del coche, entre una mujer de luto que ocupaba el asiento contiguo a las ventanillas delanteras y un sujeto que frisaría con los cincuenta y cinco años, de blanca pechera y boina azul. Todos los demás asientos estaban ocupados. Unico medio de transporte hasta la frontera y en dirección a Navarra, los asientos eran muy solicitados, a pesar del riesgo de ser detenido el carruaje por las partidas carlistas.—Entre las demás personas que ocupaban el interior, pues también a la vaca habían subido viajeros, iban frente al cadete, un comisionista francés, de bigote y perilla, portador de una caja que trascendia a perfumes; un cura mofletudo, de limpio ropaje y vigorosa complexión; y un riojano, de enormes alforjas, corredor de vinos según manifestó después sin que nadie se lo preguntara. El resto de los viajeros parecian aldeanos endomingados, que después de despachar sus negocios en la ciudad, regresaban a sus domicilios. El francés y el riojano eran los viajeros más comunicativos.

Posesionado del pescante el mayoral, no tardó el vehículo en partir, arrastrado por cuatro caballos de buena talla.

—¡Ohe! ¡ohe! *¡Arrayua!*—gritaba el mayoral.

Y los jacos galopaban, galopaban, dejando atrás la población y la extensa llanada alavesa cubierta de verde alfombra.

Acompañado del río Zadorra, atraviesa el camino real los pintorescos lugares de Betoño, Durana y Mendivil. El cadete preguntaba al compañero más inmediato los nombres de las localidades, que inscribía en su libro de notas.

Al frente dibujábase la curva de una cordillera, interrumpida por flotantes vellones que empañaban por aquel lado el límpido azul del cielo.

—¡Arlaban!—exclamó el aldeano.

Aquel nombre evocó en la memoria del joven, el recuerdo de una célebre batalla. Su compañero se la describió, señalando los puntos que ocupaban las fuerzas liberales a partir de Arróyabe, y las posiciones carlistas en las alturas. El general Córdova reunió en Vitoria todo su ejército, reforzado con las legiones extranjeras, de ingleses y franceses, y el ge-

www.fpev.es

neral carlista Eguía sólo dispuso de unos batallones para defender el paso del puerto.

—Siempre será vergonzoso—añadió con energía—que un general español utilice tropas extranjeras para combatir a españoles; nunca motivo de gloria.

—Pero ¿derrotó a los carlistas?

—Se atribuyó la victoria, porque a costa de mucha sangre, algunos regimientos tomaron esas alturas; pero al día siguiente, los carlistas, sin tener que lamentar la pérdida de un fusil ni de un prisionero, volvieron a ocuparlas y Córdova no atravesó el puerto para penetrar en Guipuzcoa, que era su propósito. Como esa victoria contaron los generales cristinos muchas derrotas.

—Por lo bien informado, deduzco que usted presenció la acción.

—Yo tomé parte en ella, como oficial del 5.° de Alava.

Uun prolongado silencio sucedió al espontáneo alarde del veterano carlista. El cadete, que le miraba como a un héroe legendario, ya iba a descubrirle el objeto de su viaje, cuando paró el coche en Arróyabe, punto de residencia del antiguo oficial del ejército de Carlos V.

—¡Buen viaje! exclamó al bajar.

—Adios, veterano, ¿no volverá usted a tomar las armas?

—Ya soy viejo, ¡adios! ¡adios!

De Arróyabe a Ullivarri-Gamboa, los caballos fueron perdiendo su velocidad inicial, pasando gradualmente del galope al trote y del trote al paso, a medida que se acentuaba la pendiente de Arlaban.

El paisaje era agreste y pintoresco. No se veían caseríos, ni labores, ni ganados.

La mujer enlutada departía en vascuence con el mayoral por una de las ventanillas delanteras. El joven aprovechó un paréntesis de la conversación para preguntar a la mujer:

—¿No tendremos el gusto de ver a los carlistas?

—¡Carlistas! *bai, bai*,—contestó la viajera—en aduana estarán, pues. Pronto llegaremos.

Y debió trasmitir al mayoral la pregunta del joven; porque éste oyó la palabra *carlistiac* varias veces por ambos repetida.

www.fpev.es

El coche paró breves instantes en la divisoria de Alava y Guipúzcoa. Una casa de piedra ostentaba en su frente el escudo de la provincia y debajo el rótulo: *Administración de arbitrios de Guipúzcoa*. Era la aduana, la oficina recaudadora de los derechos que devengaban las mercancías al penetrar en la provincia.

El joven miró a uno y otro lado, con impaciencia. La mujer, que le observaba:

—Carlistas siempre estar aquí—le dijo—pero hoy al monte marchar han hecho.

—¿Y no los encontraremos?

—En carretera *difísil* será.

Esta contestación dejó al joven aventurero un momento pensativo.

www.fpev.es

VI

VOLCÓ LA DILIGENCIA

El carruaje había atravesado la cordillera pirenáica al pasar el puerto de Arlaban, y empezaba a descender hacía el Real Valle de Leniz.

¡Panorama encantador! Ninguno comparable habían visto los ojos del cadete, más habituados que a los paises montañosos, a las dilatadas perspectivas de las estepas castellanas.

Una serie de elevados cerros limita el extenso valle por el norte y por el sur, e interrumpe en lontananza el horizonte ramificándose en montes y collados de inferior altura, que forman accidentes topográficos de infinita variedad. El fondo verde aparece salpicado por las manchas blancas de alegres caserios, entre huertas y maizales, y al pié, en el centro, abrése profundo barranco, donde el río Deva, que acaba de nacer, balbucea en su lecho la música de sus cascadas, ocultas por frondosa vegetación.

La carretera desciende dibujando los perfiles de la montaña, a la vista de Salinas de Leniz, recostada en la vertiente opuesta.

Ante aquél paisaje ideal, el cadete había olvidado su misión, cual sí no fuera otra que la de admirar la naturaleza en tan espléndidas manifestaciones de su hermosura.

La plática en vascuence entre el conductor y la mujer enlutada, mantenía el ensueño del jóven de atravesar paises imaginarios, cuyos habitantes hablaran idiomas desconocidos. Y no desvanecia aquella ilusión el estéril trabajo del comisionista francés, al pretender ilustrar al hijo de la Rioja acerca de la riqueza y calidades de los vinos de allende el Pirineo;

www.fpev.es

porque se expresaba en un español tan premioso y chapurreado que ni un profesor de idiomas lo entendiera. De pronto un descomunal estrépito, cual si la montaña hubiese caído sobre el carruaje, interrumpió al cadete en sus sueños de artista, tornándole a la realidad. En una de las curvas que la carretera describe para suavizar la pendiente, la diligencia que descendía veloz, tropezó con algún obstáculo, las ruedas no funcionaron oprimidas por el freno, y perdido el equilibrio, el carruaje volcó, obedeciendo a las leyes de la gravedad. Las escenas que se desarrollaron no son para descritas. El mayoral fué el primero que rodó del pescante a la cuneta. Los de la vaca salieron despedidos, y uno de ellos acertó a quedar a horcajadas sobre la cruz de un castaño, como cazador en ojeo. En el interior del coche, la mujer enlutada cayó sobre el riojano, el cadete sobre el francés, un vizcaino de Elorrio sobre el cura, y siguiendo la série hasta la portezuela, todos los que iban en el lado derecho se precipitaron, contra su voluntad, sobre sus vecinos de enfrente. Las cosas (y las personas también), caen del lado que se inclinan. Los movimientos instintivos de los viajeros para recobrar la vertical, tradujéronse en tremenda confusión e insólito desconcierto. La mujer se retorcía, el riojano juraba, el francés se condolía en su idioma nativo y el cura clamaba a todos los santos de la Corte celestial. El cadete, gracias a sus múltiples trajes sobrepuestos y a que cayó encima del francés, resultó invulnerable como Aquiles y sólo notó la falta del sombrero que encontró después apabullado. Al volcar el coche rodó la caja de perfumes del comisionista, y algunos frascos se rompieron, saturando el reducido ambiente de penetrantes olores. Una correa oprimía la garganta del francés, que tras de inútiles esfuerzos para enderezarse hubo de permanecer inmóvil a retaguardia del cura mofletudo y a la vista de sus recios zapatones. Repuesto de la primera impresión, el mayoral abrió la portezuela y fué extrayendo a tirones a los viajeros más próximos. Entonces el cura, que permanecía prensado entre el francés y el vizcaino, sacudió violentamente sus zapatos sobre las quijadas del primero y, rechazando al segundo, arrastróse hacia la puerta. La patada del cura, tan dolorosa

www.fpev.es

para el francés, libró a éste de la correa que le congestionaba, obligándole a botar contra la ventanilla del opuesto lado, convertida en techumbre por el vuelco. El riojano, el cadete y la mujer abriéronse camino por las ventanillas delanteras, auxiliados por los de la vaca. Ya en tierra, oyeron las bilingües lamentaciones del francés. ¡Pobre gascón! Habíase estrellado contra los cristales de la ventanilla, que formaban un marco de aristas puntiagudas, a su rubicunda cara. Cualquier movimiento hubiese empeorado su situación. Arrancáronse con cuidado los vidrios rotos y, libre de aquel suplicio, pudo el francés salir a luz. Reconocidas las víctimas de la castástrofe, todos los desperfectos quedaron reducidos a simples rozaduras y contusiones.

Poco tardó el mayoral en proveerse de una pareja de bueyes para levantar el carruaje. Mientras se efectuaba la operación, el cadete que habíase captado las simpatías de la mujer de luto, merced a los auxilios que la prestara en los momentos de confusión, creyó llegado el de las revelaciones, pues en realidad no sabía donde estaba ni hacia qué punto el azar le conducía. Y de espaldas al grupo formado por los demás viajeros, en voz baja, pero sin preámbulos, manifestó a la mujer el objeto de su expedición. Y para dar más fuerza a sus palabras desabrochose el gabán, mostrando ante la sorprendida viajera, los vivos rojos y los botones dorados de su levita de uniforme.

—*¡Ay ené!*—exclamó la mujer—Y en su castellano pintoresco, expuso al cadete el serio peligro que corría, de continuar su viaje más allá de Escoriaza, pues Arechavaleta, Mondragón y Vergara tenían guarniciones del ejército, que inspeccionaban las diligencias y, además, voluntarios de la República, que eran de la piel del diablo. En Escoriaza visitaría ella al párroco, don Francisco Cortazar, cuyo sobrino podría conducirle a las fuerzas carlistas más próximas.

Enderezado el carruaje, reintegráronse los viajeros a sus asientos y prosiguió aquel su marcha con las debidas precauciones.

Las doce sonaban en el reloj de la iglesia, cuando el coche penetró en la calle de Enmedio, de la villa de Escoriaza.

www.fpev.es

VII

NORDEVISI

Aunque preocupado el viajero con las revelaciones que le hiciera la mujer enlutada, llamó su atención al pasar por Escoriaza, la magnífica iglesia, precedida de soberbio pórtico, un puente sobre el Deva, la plaza rectangular, el Ayuntamiento con arcos de medio punto y otro puente bajo el que escapaba presuroso el río después de ceñir gran parte de la villa.

Escoriaza iba quedando atrás, y el cadete, intranquilo, dirigió a la mujer una mirada interrogadora.

—Ya llegamos—dijo la mujer.

Frente a la última casa hizo alto el conductor. Allí se cambiaba el tiro. La mujer descendió del coche, y previa indicación al cadete para que la esperase allí, retrocedió hacia la iglesia. No tardó mucho en volver.

—Ya está—dijo al cadete—Venga, pues.

Bajo el pórtico de la iglesia de San Pedro, esperaba un guapo mozo.

—José Marí le llevará seguro, ¿si? *Agur*, *agur*, andar bien.

Y sin esperar a recibir las gracias, la mujer desapareció.

Detrás de José Marí, emprendió el cadete la marcha. Atravesaron un grupo de casas, cuyas vecinas asomábanse curiosas, y ascendieron por estrecha senda empedrada, paralela al camino vecinal, de profundos y desiguales carriles. A la media hora de penosa ascensión dieron vista a un caserío. De pronto oyóse una robusta voz que parecía sonar en la región de las nubes.

—¡Alto! ¿Quién vive?

—¡España!—contestó José Marí.

www.fpev.es

—¿Qué gente?

—Voluntarios de Carlos VII.

—¡Alto ahí!

El cadete no salía de su asombro.

—Pero, ¿dónde está ese hombre?—preguntó a José Marí, calándose los lentes.

—Detrás de aquel árbol, junto al caserío.

Tres individuos sin otros distintivos que la boina y sendos fusiles terciados, practicaron el reconocimiento con arreglo a Ordenanza. Grata impresión produjo al cadete aquella formalidad. Preguntó al que hacía de cabo por el jefe de la fuerza.

—No está el jefe—contestó—pero en el caserío hay cuatro señores *como usted*.

—Pues preséntemе a ellos.

No hubo necesidad de tal presentación. Los señores aludidos salieron al encuentro del cadete, le estrecharon la mano con calurosa efusión y diéronse a conocer con la franqueza militar propia de las circunstancias. Dos de los personajes procedían también del Ejército; Blanquer, capitán de la Guardia Civil, y Ortí Lara, cadete de Estado Mayor. Los otros dos, padre e hijo, eran madrileños. El padre, teniente coronel de la guerra anterior, llamábase D. Francisco Sánchez, y se distinguía por su barba de apóstol, blanca como la nieve. El cadete recién llegado, de cuyo nombre no queda memoria en los archivos de la época, figura solamente con el apellido Palacios, en el *Diario de Operaciones* que me sirve de guía para componer esta verdadera historia.

Estaban los huéspedes del caserío sedientos de noticias. El cadete Palacios les transmitió las últimas que conocía por los periódicos acerca de Madrid y de la guerra, y cuando hubo satisfecho la curiosidad de sus nuevos compañeros de armas, el veterano Sánchez le preguntó a quemarropa:

—¿No habrá usted comido?

—No por cierto.

—Pues nosotros íbamos a hacerlo, cuando oímos el *quien vive*.

Y alzando la voz:

www.fpev.es

—¡*Echecandria*, otro cubierto!

Y penetraron en una habitación, cuyo centro ocupaba larga mesa cubierta de blanco mantel, sobre el cual se veían, ordenadamente dispuestos, platos, vasos y botellas.

—Pero esto es una fonda—dijo el cadete agradablemente sorprendido.

—Ya lo irá usted viendo.

La comida fué excelente. De sorpresa en sorpresa, para el nuevo comensal, llegaron a los postres.

Después, el café, el coñac, los cigarros. Ni el festín de Baltasar, sin el Mane-Thecel-Phares.

De sobremesa, hablaron los cinco aventureros de lo divino y lo humano. Sánchez evocaba recuerdos de la primera guerra civil. En lo más interesante de la descripción de una batalla, le interrumpió Blanquer.

—¡Alto el fuego! Después derrotará usted a los cristinos. Hace tres horas que estamos de conversación y creo conveniente salir a tomar el aire y estirar las piernas.

—Vamos allá.

El caserío de Nordevisi, donde el azar reuniera a los cinco defensores de la Legitimidad, hallábase situado en un escalón de la montaña, desde el cual se descubría un paisaje encantador. Como punto estratégico, las partidas de Vicente e Iturbe, compuestas de unos ochenta voluntarios, colocaban en Nordevisi una guardia avanzada, mientras el grueso de la fuerza discurría por las inmediaciones.

Desde Nordevisi dominábase al poniente la carretera de Vitoria, que en la ermita del Angel de la Guarda se bifurcaba, volviendo a unirse los dos ramales en la altura, cerca del puerto de Arlaban; abajo en lo más hondo, Escoriaza, a las márgenes del Deva; al frente montañas de verdor primaveral; a la izquierda, alzando la vista, la enorme peña de Achorrospe, sobre la que destacábase una ermita, y al sur, lado opuesto a la carretera, el populoso barrio de Bolibar esparcía su blanco caserío hasta las faldas del monte Zaraya, cuyas alturas de 900 metros sobre el nivel del mar, coronaba una serie de crestas inaccesibles. El terreno con sus barrancos, sus caminos cubiertos, sus heredades cercadas, sus árboles

www.fpev.es

frondosos, y la población con sus caseríos diseminados, eran poderosos auxiliares de una insurrección; factores de primer orden en la guerra de montaña. Ahora comprendía el cadete las dificultades que hallaban las columnas del ejército para encontrar y batir a los carlistas, y las injustas apreciaciones formuladas por el comerciante de Vitoria. Con tales elementos defensivos y contando con la adhesión del país a la Causa, toda sorpresa era difícil.

A la caída de la tarde, el cadete Palacios expresó su deseo de comunicar a la familia su feliz llegada, y volvieron al caserío. Ya estaba el joven preparando sus chismes de escritorio, cuando el teniente coronel, conocedor de la localidad, le previno que no fuese muy extenso en pormenores y, sobre todo, que omitiera el punto donde se albergaban.

—Y ¿por qué?—preguntó con extrañeza el cadete.

—Porque en Escoriaza hay vecinos curiosos que tienen la costumbre de abrir las cartas de los forasteros.

—¿Y el secreto de la correspondencia?

—Se desconoce en absoluto. En las tiendas situadas frente al Concejo, saben siempre el contenido de las cartas antes que los mismos interesados.

Obediente a esta advertencia, el joven fechó sus cartas en el Campo del honor y fué muy parco en descripciones.

Una muchacha se encargó espontáneamente de llevarlas al buzón de la villa.

—Pues señor—decía el cadete—estoy maravillado. Aquí de nada se carece. Buena mesa, hermosos paisajes, seguridad absoluta y comunicación con el mundo... ¿Y esto es la guerra?

—Puede ser que cambie usted pronto de opinión—contestó Sánchez—En la guerra, como en el mar, se dan días bonancibles; pero también hay días y noches de borrasca. Todo es azar en la guerra.

Poco tardó en realizarse la sentenciosa observación del veterano.

Era ya entrada la noche, cuando la muchacha regresó del pueblo. En vascuence, con acento velado por la emoción y la fatiga, refirió cosas que debían de ser alarmantes a juzgar por el efecto que produjeron. *Echecandria* (el ama de la

www.fpev.es

casa), la persona más versada en idiomas, apresuróse a traducir las noticias a los huéspedes en incorrecto castellano. Tropas del ejército ocupaban la villa de Escoriaza, con objeto de establecer en ella guarnición. En la calle principal construían barricadas y en las casas perforaban los muros para abrir aspilleras. No entraba ni salía persona alguna sin previo y minucioso reconocimiento.

Con tan infausta nueva, coincidió la orden urgente de Iturbe para que se retirase la avanzada, en previsión de una sorpresa nocturna, y se advirtiese del peligro a los señores allí alojados.

Los cinco señores prepararon sus equipos. Palacios, que se había aligerado de ropa, volvió a vestir sus innumerables prendas. Y provistos de largos palos que les daban el aspecto de garrochistas, salieron de Nordevisi, detrás del guía que iba esgrimiendo una antorcha de paja de maiz para ilumínar el tenebroso camino.

¡Adios Nordevisi, primorosa cocinera y georgiana tranquilidad de unas horas!

www.fpev.es

VIII

A SALTO DE MATA

Fantástico era el cuadro que ofrecía la patrulla a la luz de la antorcha, cuya oscilante claridad sólo por momentos disipaba la lobreguez de la noche. Allá iban los cinco futuros adalides, reconociéndo el piso con sus palos, que de ciego parecian, tropezando en las piedras, metiendose en los baches y haciendo equilibrios, no siempre afortunados, para eludir los riesgos de caer al resbalar o de torcerse un pié al incrustarlo en las profundas rodadas.

A veces el camino descendia del nivel de los terrenos cultivados y los árboles cruzaban amorosamente sus ramas por encima de las trincheras laterales. Entonces aquél convertíase en un foso cubierto, mejor dicho, en un tunel, y los excursionistas, más que insurrrectos, semejaban una procesión de cristianos de las catacumbas.

Cerca de media hora llevarían de incómodo caminar, cuando sonó en las alturas enérgica voz humana.

—¿Quién vive?

Contestada la pregunta y practicado el reconocimiento, ascendieron los expedicionarios a un vetusto caserío, oculto entre frondosa arboleda.

En aquel albergue, situado al pié del monte Zaraya, hallaron los fugitivos de Nordevisi cariñosa hospitalidad, huevos frescos, buenas magras, leche pura y un vinillo de Rioja, alegre como unas castañuelas.

Después de cenar sentáronse al amor de la lumbre para secarse el calzado cubierto de lodo durante la excursión.

www.fpev.es

Orti Lara condolióse del mal estado de aquellos caminos vecinales y de la falta de un limpiabotas. Blanquer y el viejo Sánchez emitieron sus respectivas opiniones acerca del suceso de actualidad, esto es, de los propósitos que pudiera abrigar el enemigo al establecer una guarnición en Escoriaza. Sánchez temía que tal acuerdo respondiera a un plan de activas operaciones encaminadas a sorprender y extinguir las partidas carlista de aquel rincón de Guipúzcoa. Blanquer consideraba difícil una sorpresa, por los buenos confidentes que los partidarios tenían y la actitud del país, favorable a la Causa. Tampoco creía que los jefes republicanos tomaran por base de un plan, la ocupación de la modesta villa de Escoriaza. El establecimiento de pequeñas guarniciones no tenía, a su juicio, otro objeto que sustraer hombres y recursos a los carlistas militantes.

Los cadetes echaron también su cuarto a espadas, inclinándose a la hipótesis de Blanquer. Agotado el tema, la conversación fué perdiendo su interés hasta el punto de que Sánchez, el jóven, que había permanecido silencioso, durmióse profundamente en su asiento, sin cambiar de postura.

Entonces Palacios, sacando de la cartera de viaje su libro de notas, dijo:

—Voy a trabajar, señores, con permiso de ustedes.

Y lapiz en ristre, comenzó a trazar signos taquigráficos en la primera página del libro.

—¿Qué escribe usted?—pregunta Orti Lara—y perdone la curiosidad.

—Mi diario. No quiero que se me olvide ningún episodio desde mi salida de Valladolid.

—¿Y piensa usted escribir sus impresiones todos los días?

—Todos, siempre que no me lo impida fuerza mayor

—Será interesante la lectura de ese diario al final de la campaña—observó Blanquer—porque ha de presenciar usted grandes cosas, amigo Palacios, hechos dignos de ser referidos por un Jenofonte o un Salustio y comentados por un Cesar. Usted, si persevera en su labor, puede elevarse a la altura de esos escritores clásicos.

—No sea usted bromista, Blanquer. Mis pretensiones son

www.fpev.es

más modestas. Tengo mala memoria, y sólo me propongo consignar recuerdos para mi uso particular.

—Ha nombrado usted a Jenofonte—interrumpió Sánchez, padre—Y Jenofonte fué el autor de la *Retirada de los Diez Mil.*

—Exactamente. Su obra maestra como historiador y técnico.

—No me hable usted de retiradas. Los carlistas debemos avanzar, avanzar siempre.

—Las retiradas pueden y deben preverse en todo plan de combate o sitio, pero no se eligen. Las impone la necesidad. Y si las tropas obligadas a retroceder por la suerte adversa de las armas conservan la disciplina y en las operaciones interviene el arte, las retiradas pueden ser hasta gloriosas, como la descrita por el historiador griego.

Y cambiando de tono, añadió:

—Otro caso bien reciente tiene usted de la necesidad y utilidad de las retiradas... ¿No lo adivina?

—No sé a la que usted alude.

—Pues... a nuestra retirada de Nordevisi.

—Siempre tan guasón.

—No señor; es un ejemplo. Estamos frente al enemigo. Reconocemos su superioridad. Pues antes de sufrir una derrota, optamos por la retirada. Quedan incólumes nuestros medios de combate, y nos hallamos dispuestos a repetir la suerte, sin desdoro de la disciplina y del honor militar.

En esta forma joco-seria continuó la plática de los dos jefes, mientras Palacios escribia sus impresiones, Orti Lara se limpiaba el barro de las botas con un palito y Sánchez, el jóven, seguía durmiendo.

De pronto soltó éste un ronquido.

—Ahí tiene usted otro ejemplo—concluyó Blanquer—su hijo de usted, ya lo ve, está tocando retreta. Es, sin duda, partidario de la retirada. Yo también la considero prudente. Ya es tarde. A descansar, que no sabemos lo que mañana nos espera. La partida saldrá temprano. Se levanta la sesión.

Guió el ama a sus huéspedes al dormitorio que les tenía preparado (un cuarto con dos camas y colchones en el pavi-

www.fpev.es

mento), y despidióse con el habitual *gabon* (buenas noches).

Al amanecer, un sargento despertó a los alojados. La partida volante iba a marchar. Liquidaron sus cuentas y cubrieron la retaguardia. Dos horas después llegaban a unas chabolas de pastores, detrás del peñón de Achorros. Al pasar por un collado divisaron en el fondo del valle el pueblo de Escoriaza, cuyas casitas recordaban los nacimientos de Navidad. Allí alojábase el enemigo.

—Amigo Palacios—dijo Blanquer—buena suerte ha tenido usted. Si retrasa un día su viaje, en Escoriaza le hacen prisionero.

—Dios protege la inocencia—contestó el aludido.

Un confidente se aproximó a Iturbe. Este dispuso se destacaran diez hombres, e invitó a los agregados a que les acompañasen si tenían el *gusto* de presenciar una sorpresa. Palacios y Orti fueron los únicos que aceptaron la invitación. Los otros tres compañeros quedaban en la chabola descansando de la caminata.

Penosa fué la expedición. A la vista de Salinas, tras una hora de paseo por sendas de cabras, hicieron alto en una loma desde la cual divisiban trozos de la blanca cinta del camino real por entre los fustes de corpulentos árboles. La cinta empezó a cubrirse de puntos negros. Era la columna enemiga que avanzaba. Los carlistas, emboscados, veíanla aproximarse con aparente tranquilidad. De pronto, una descarga cerrada que los ecos multiplicaron, interrumpió el augusto silencio de la naturaleza. La columna destacó guerrillas que empezaron a flanquear, y los carlistas, perseguidos por las balas que silbaban como serpientes, traspusieron la loma alejándose a paso ligero.

Una lluvia torrencial sorprendió en el camino a los expedicionarios. Los cadetes llegaron a la chabola en el estado más lastimoso, perdidos de barro, muertos de hambre y de sed, calados hasta los huesos, mustios y cariacontecidos. No podían con el peso del agua que sobre sus cuerpos cayera. Palacios, sobre todo, cargado con su triple indumentaria, iba hecho una esponja.

Los compañeros les saludaron con burlonas carcajadas.

www.fpev.es

—¿Qué tal?, amigo Palacios—decía socarronamente Blanquer—Y esto ¿es la guerra?

Palacios no estaba para bromas. Aquello no era ni la guerra ni la paz. Era sencillamente una mojadura.

Al anochecer regresaron al barrio de Bolibar y en un hospitalario caserío, los cinco aventureros, que aún estaban en ayunas, comieron y cenaron a la vez.

Reparadas las fuerzas físicas, la animación volvió a reinar y pronto se olvidaron los incidentes desagradables de la jornada.

Tres días más pasaron los refugiados en Bolivar, comiendo en un caserío, pernoctando en otro y a salto de mata por los montes, en ausencia de las partidas de Vicente e Iturbe, sus protectoras. Por elemental previsión alojábanse por las noches en los caseríos donde aquéllas establecían puestos de guardia.

En la mañana del cuarto día, un centinela gritó alarmado:

—*¡Balsac! ¡balsac!* (¡Los negros! ¡los negros!)

Los cinco saltamontes salieron a la puerta del caserío. El veterano Sánchez poseía un largo catalejo, y a través de sus cristales pudieron divisar el descenso de una columna por la parte de Salinas, en dirección a Escoriaza. A poco llegó Iturbe.

—Señores—dijo—los *guiris* no nos dejan en paz. Raro es el día que no pasan columnas entre Vitoria y Vergara. Para eludir una sorpresa, he acordado con Vicente abandonar este cuartel y corramos hacia los límites de Álava y Vizcaya. Después de comer partiremos.

La noticia cayó como una bomba entre los cuatro primeros huéspedes de Nordevisi. Esperaban la aproximación de Lizárraga para servir a sus órdenes, y nada se sabía del Comandante general de Guipúzcoa. En cambio, el cadete Palacios celebró el acuerdo que le acercaba a su destino.

Juntos comieron por última vez. La despedida fué conmovedora.

Los Sánchez, Blanquer y Orti Lara marcharon por el sur a refugiarse en Araoz, en espera del general.

El cadete Palacios reunióse a la partida, que tomó la di-

www.fpev.es

rección de Escoriaza, atravesó a la desfilada la carretera para hacer menos sensible una probable descarga del fuerte, y ascendió por los montes. Al atardecer entraba la partida en Aramayona, lugar a la vés de bellísimos alrededores. No hacía media hora que había también llegado la banda de *Chimpas* (1) partidario vizcaíno, quien orientó al cadete acerca del probable paradero del general Velasco.

(1) El Sr. Pirala en sus *Anales* denomina *Pinchos* al partidario *Chimpas*.

www.fpev.es

IX

UN CURA GUERRILLERO

Apenas amaneció, las partidas de Vicente e Iturbe se racionaron y emprendieron la marcha. En las proximidades de Elorrio, Iturbe dijo al cadete:

—Ya está usted en Vizcaya. Nosotros no podemos pasar de aquí.

El cadete despidióse agradecido de los jefes, saludó militarmente a los muchachos y, acompañado de un oficial, entró en Elorrio, hermosa población comparada con el barrio de Bolivar. El oficial presentóle al jefe del Batallón de Durango, señor Aboitiz, persona correctísima. Informado de la pretensión de Palacios,

—Mañana—dijo Aboitiz—le proporcionaré un guía, en cuanto salga de Elorrio el cura Santa Cruz.

—Hombre ¡qué casualidad!—contestó el cadete—Tenía deseos de conocer a ese célebre cura.

—Pues hoy, como día de la Ascensión, no saldrá de Elorrio, si las confidencias son buenas.

Alojóse el cadete en la fonda de la plaza, desprendióse de alguna impedimenta y, limpio y aseado, se lanzó a la calle. En la primera tienda se compró, para estar en carácter, una boina azul, y la misma tendera, guapa vizcaina, le enseñó a colocársela.

Por la tarde presenció el baile del pais, el original *aurrescu*, en el que lucieron sus habilidades robustos mocetones de la partida del cura Santa Cruz. Pero éste no se dignó exhibirse. Trabajaba en su alojamiento, custodiado por su guardia negra.

www.fpev.es

Al siguiente día pudo el cadete satisfacer su curiosidad.

Alarmantes toques de corneta despertáronle temprano. Llamó al ama.

—¿Qué es eso?—preguntó.

—Santa Cruz, que se va.

Vistióse de prisa, calóse la boina, y cuando bajó ya estaba formado en la plaza el batallón.

Santa Cruz oraba en la iglesia. Poco después descendía del pórtico entre una escuadra de gastadores, con bayoneta calada. Más que jefe de una fuerza, parecía un criminal camino del suplicio. Era joven, de unos 35 años, moreno, curtido por la intemperie, ancho de pecho y espalda y de regular estatura. Sus ojos negros miraban al frente, indecisos. Vestía pantalón oscuro remangado, medias azules, chaleco de Bayona y cazadora negra; cubría su cabeza boina azul, y calzaba alpargatas. No ceñía ni sable ni revólver. Tal era el cura Santa Cruz, en Mayo de 1873.

Acercóse al batallón, y un jefe sin divisas salióle al encuentro dirigiéndole breves palabras. El cura contestó con un movimiento de cabeza afirmativo. El jefe trasmitió las órdenes, y, un momento después, dos muchachotes provistos de largas y flexibles varas, conducían al frente de la tropa a un viejo mendigo acompañado de un chico de diez a doce años. Desnudaron al viejo hasta la cintura, acercaron una silla, hiciéronle ante ella arrodillarse y le aplicaron cincuenta palos. Los ayes de dolor del viejo y los lamentos del niño, impresionaron al cadete. Aquello era una salvajada. ¡Oh! si él estuviera en funciones, ¡con qué gusto emprendería a sablazos contra los malandrines que tan brutalmente apaleaban al pobre mendigo! De este impulso quijotesco le distrajo un simpático joven que a su lado presenciaba el repugnante espectáculo, y que sin duda habíase apercibido de su indignación.

—No le extrañe a usted. Se trata de un confidente de los *guiris*. Le han encontrado un parte. Gajes del oficio. Debían fusilarle y...

El joven simpático llamábase Urandúrraga. Su amor a la Causa le lanzó al monte con otros amigos de Elorrio. Un mendigo, también, informó a la guardia civil del punto donde

www.fpev.es

se hallaban. Perseguidos por una escuadra de civiles, él se refugió en una heredad, donde le apresaron. Cuando le conducían a Durango atado codo con codo, uno de los guardias le hizo un disparo por la espalda. La bala le salió por el pecho y allí quedó por muerto en medio de la carretera. Unos aldeanos le recogieron, llevándole a Elorrio, a casa de sus padres. Ya estaba en la convalecencia; pero vivía de milagro. Y todo por un mendigo confidente...

Sonó una corneta, y el batallón, fuerte de unas 600 plazas, rompió la marcha de a dos en fila.

El cura iba a la cabeza, con un palo asido por el tercio superior, a pié y con resueltos andares de ágil aldeano. Detrás del cura marchaba el abanderado, portador de un estandarte negro que ostentaba, por empresa, un asunto macabro, una calavera y dos fémures, y por divisa la siguiente inscripción: *Guerra sin cuartel.*

Todo aquello se le antojó al cadete irregular y extravagante.

—Pero ese pendón ¿le autoriza el general Lizárraga, jefe de Santa Cruz?—preguntó a Urandurraga.

—¿Qué le ha de autorizar? Santa Cruz no reconoce jefes ni autoridad alguna. En el proceso que Lizárraga mandó instruir, Santa Cruz fué condenado a ser pasado por las armas; pero él se ríe de la sentencia y sigue haciendo barbaridades. La diputación liberal de Guipúzcoa puso precio a su cabeza, y él en represalias ha proclamado la guerra sin cuartel...

—Que es incompatible con los principios de humanidad que deben informar la guerra.

—¿Qué entiende de eso Santa Cruz?

Un recado de Alboitiz, interrumpió la conversación. El guía iba a marchar y esperaba al cadete. Despidióse éste de Urandúrraga, liquidó su cuenta en la fonda, y momentos después salía de Elorrio precedido del peatón y en la grata compañía del veterano D. José Ayala, jefe que fué de un tercio vizcaino, en la guerra de los Siete años.

No hay atajo sin trabajo. Con grandes fatigas ascendieron los tres expedicionarios por la pendiente de las Peñas de Amboto, poetizadas por la leyenda, hasta llegar cerca la

www.fpev.es

cúspide que marca la divisoria de las tres provincias vascongadas. Allí esperaba otro peatón que cambió con el de Elorrio la balija llena de cartas y oficios y una serie de impresiones interminables en vascuence. Era un medio de comunicación, un servicio de correos organizado en regla. No le tendrían tan rápido y seguro las fuerzas del ejército. Como dijo Napoleón, el secreto de la guerra está en el secreto de las comunicaciones.

En pos del nuevo guía descendieron Ayala y Palacios a Olaeta, primer pueblo de Álava, donde saludaron al Comandante general interino señor Aguirre, y, siguiendo la expedición, a Ochandiano, primer pueblo de Vizcaya, al sur de la provincia.

Eran las doce; muy buena hora para comer cuando hay provisiones y apetito. Las primeras no faltaban en Ochandiano y el segundo habíase desarrollado al escalar las abruptas peñas de Amboto.

Después de tomar café en compañía del comandante de armas y por consejo de éste, Ayala y Palacios, resolvieron continuar su expedición, que podría ser larga y penosa, por ignorarse el paradero del General Velasco y por la necesidad de eludir un encuentro con las columnas enemigas.

www.fpev.es

X

PRESENTACIÓN DE CREDENCIALES

Era la tarde primaveral; deliciosa temperatura, cielo sin nubes, valles y montañas bañados por el sol, brisa suave y perfumada por la vegetación en plena eflorescencia... El tiempo favorecía a los expedicionarios.

Aquella mañana habían llegado del otro lado del Ebro diez y seis muchachos, dispuestos a defender la bandera de la Legitimidad. Entre ellos figuraban algunos hijos de Andalucía y Extremadura, ocurrentes, decidores, saturados de la sal de su tierra y de la alegría de la juventud.

Al frente del pelotón, salieron de Ochandiano el coronel Ayala y el cadete Palacios, precedidos de un guía.

Más que a batirse por un ideal político, parecía que aquellos aventureros marchaban a una fiesta.

Los menores incidentes de la jornada, las prevenciones del guía en confuso castellano, sus interminables conferencias con las gentes del país, las canciones de los voluntarios, que denunciaban la cepa regional de cada uno, todo era motivo de chistes, comentarios y alegres carcajadas. Chocábales, sobre todo, el tiempo que tardaba el guía en entenderse con los aldeanos. Aquellos parlamentos eran interminables.

—Pero ¿qué dicen?—preguntaba Palacios al coronel Ayala.

—¿Quién lo sabe?

—¿No conoce usted el vascuence?

—Algunas palabras sueltas; pero conversando entre ellos no les entiendo una jota. Es más; ellos dicen que se entienden; pero yo no lo creo. ¿No ve usted cuanto hablan? Se

www.fpev.es

trata simplemente de saber el paradero del general y la situación aproximada de las columnas enemigas. Eso en castellano es breve. Por aquí o por allá. Si o no. En vascuence necesitan media hora de palique...

A medida que avanzó la tarde, las frecuentes libaciones iban dejando mustios los antes repletos botillos de tinto riojano, el polvo de la carretera se adhería a las gargantas y el cansancio empezaba a producir sus naturales efectos.

Ya atardecía cuando hubieron de contramarchar por informes deficientes de los aldeanos. Las noticias de los unos estaban en contradicción con las de los otros. Todas eran confusas, como adquiridas de algunos pasajeros que iban a sus asuntos y que no habían visto ni a los carlistas ni a los republicanos. Referencias de referencias.

—¿No le decía yo que ni ellos mismos se entienden? Ahora volvemos a recorrer el camino andado y quiera Dios que la orientación sea buena—dijo Ayala.

El pelotón aceptó resignadamente la contramarcha.

Con las primeras sombras de la noche, comenzó a envolver el relente los sudorosos cuerpos de los voluntarios, cesaron las conversaciones poco a poco, y al fin todo el grupo enmudeció. ¿Por qué? No era posible que el porvenir preocupase a aquellos jóvenes: a su edad la esperanza todo lo viste de color de rosa. Más que preocupaciones por el porvenir podrían explicar aquel mutismo añoranzas del pasado; el hogar tranquilo, la madre querida, los primeros amores, las noches de luna al pié de la reja cuajada de macetas de claveles, el huerto perfumado por la flor del azahar, las romerías-los bailes, todos esos recuerdos, poesía de la juventud, placer del espíritu, engrandecidos por la distancia y evocados bajo la influencia misteriosa del crepúsculo, que convida al recogimiento y a la meditación.

Lo cierto es que la caravana tan decidora y bullanguera durante la apacible tarde, encerróse en el silencio más absoluto, solamente interrumpido por el acompasado son de la marcha y los últimos suspiros de la naturaleza al descansar en el seno de la noche.

Más de dos horas habían transcurrido, cuando del fondo

www.fpev.es

oscuro que cerraba la carretera, salió una robusta voz.

—¡Alto! ¿Quién vive?

Habían llegado a Ubídea, anteiglesia de la merindad de Arratia.

Practicado el reconocimiento, avanzó el pelotón.

En la carretera dibujóse un cuadro de luz correspondiente a la puerta del caserío donde se hallaba instalado el cuerpo de guardia.

—Que les conduzca el guía a presencia del general—ordenó el jefe desde el interior del caserío.

Del fondo negro de la noche empezaron a surgir, a medida que el pelotón avanzaba, puntos luminosos semejantes a luciérnagas y al desembocar en un espacioso polígono detúvose el guía ante una casa, cuyas luces, a través de los balcones, proyectaron viva claridad sobre el grupo.

—General alojado aquí estar—dijo el guía.

A la puerta había un centinela.

—¿Sabe usted si recibe a estas horas el general?—preguntó el cadete al centinela, no sin temor de hacerle faltar a la consigna.

—El general está cenando; pero suban ustedes—contestó el centinela con franqueza castellana.

—Arriba, mi coronel.

—No,—contestó Ayala—tengo que hablar con Velasco largo y tendido. Me reservo para mañana. Aquí les espero.

El cadete subió. Un ordenanza le condujo al comedor donde en torno a la mesa sentábanse diez o doce comensales entre ellos varios cadetes de caballería, conocidos de Palacios.

Levantóse el general e invitó al recién llegado a pasar a una habitación inmediata. Palacios llevaba al brazo su gabán, de paisano, y lucía por consiguiente su uniforme.

Después de las fórmulas obligadas en esta clase de presentaciones, el general preguntó al cadete:

—Por el uniforme observo que es usted cadete de infantería. ¿Viene usted ahora de Toledo?

—No, mi general, ahora vengo de Valladolid en cuya academia cursaba mis estudios.

www.fpev.es

—¿Cómo? En Valladolid no hay más academia de cadetes que la de Caballería.

La afirmación de Velasco dejó al cadete perplejo. Pronto se rehizo y resueltamente contestó:

—Padece vuecencia un error, mi General. La academia de Toledo fué clausurada en 1868, antes de la Revolución y desde entonces hasta la promoción de 1871, solo hubo cadetes de cuerpo por gracias especiales. Hoy existen academias de infantería en todas las capitales de distrito militar. Apelo al testimonio de algunos de sus comensales, procedentes de la academia de Caballería y al no menos autorizado de estos documentos que acreditan mi personalidad.

Y entregó a Velasco las cartas de presentación cifradas del presidente de la Junta carlista de Valladolid y de D. Pío Fraile.

Pasó Velasco la vista por los escritos y por toda rectificación, murmuró:

—Esto es otra cosa; muy bien.

Y alzando la voz, en tono de despedida, añadió:

—En cuanto haya vacante será usted destinado. Ahora a descansar. Abajo le indicarán su alojamiento.

—Gracias, mi general, a la órden de vuecencia.

Al cruzar el comedor los cadetes de caballería saludaron cordialmente a Palacios, mientras los del pelotón desfilaban para presentarse al general.

Terminada la ceremonia y reunidos los nuevos combatientes en la plaza, dos paisanos encargáronse de conducirles a los alojamientos.

El cadete y un voluntario extremeño, apellidado Lombardia, alojáronse juntos. La casa era modesta y la cena no fué muy delicada; pero la primera no carecía de comodidades y la segunda pareció a los huéspedes sabrosísima, como sazonada por estómagos de diez y ocho años, después de una marcha de doce horas.

Satisfecha esta necesidad de la vida orgánica, el cadete mostróse hondamente preocupado.

Ya estaba en Vizcaya, en el país de sus remotos ascendientes y al lado del insigne general Velasco. El país supera

www.fpev.es

ba a sus sueños; era la tierra prometida; pero el general... el general no correspondía al celebrado por las trompetas de la fama. Era buen tipo, alto, grueso, de cabellos grises, de militar continente, que acentuaba con las retorcidas guias de su bigote engomado, estilo Napoleón III; pero no realizaba la leyenda que el cadete había forjado en su mente soñadora. A las preguntas del extremeño, respondía con monosílabos Palacios, fijos sus ojos en las brasas del hogar y su pensamiento en la entrevista que acababa de tener con el general Velasco. Estaba este señor muy atrasado de noticias acerca de ciertas instituciones militares. Afirmar que existía la academia de Toledo y no saber que en todas las Capitanías generales funcionaban academias de cadetes de Infantería, considerábalo el inexperto jóven como un delito de lesa ignorancia, imperdonable en un general español...

La patrona distrajo al cadete de sus meditaciones. La cama estaba hecha y la vela encendida. Ya tendrían necesidad de descanso. Levantóse el extremeño dirigiéndose hacia el dormitorio. El cadete le siguió resignado. Era preciso descansar: pero dormir... ¡imposible! No se lo consentiría el recuerdo de las manifestaciones oídas al general. Aquella obsesión le quitaría el sueño.

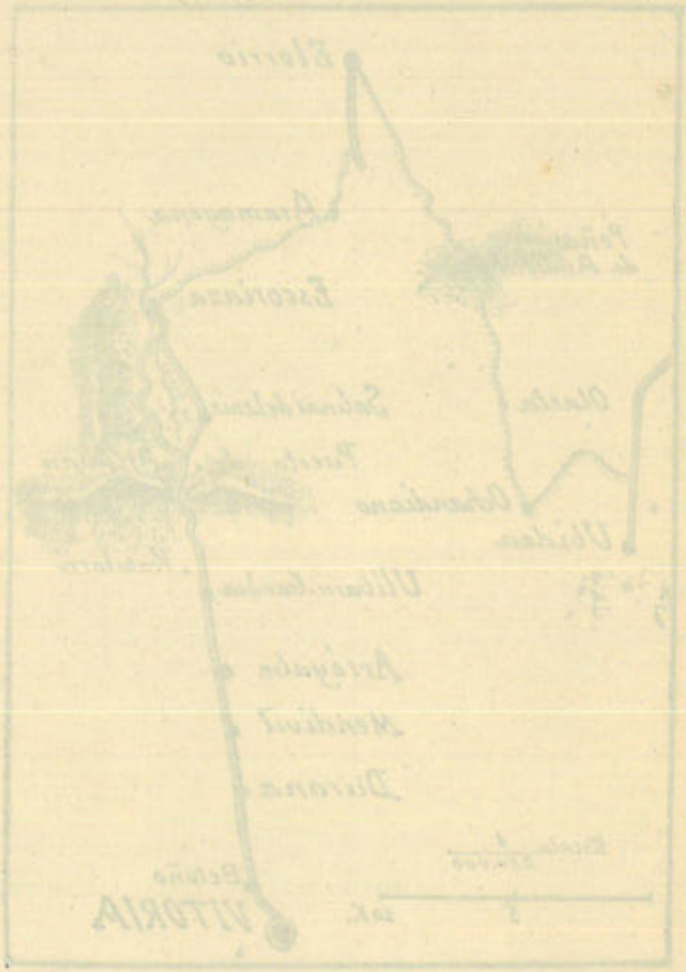
Se acostó, apagó la vela... y en efecto; preocupado por la ignorancia del general... quedóse profundamente dormido.

www.fpev.es

Libro primero *Itinerario*



www.fpev.es



www.fpev.es

LIBRO SEGUNDO

Mientras llegan las armas

www.fpev.es

LIBRO SEGUNDO

Mientras llegan las armas

www.fpev.es

I

POR EL MONTE GORBEA Y SUS PROXIMIDADES

El valle de Arratia y el monte Gorbea eran, por aquellos días, el teatro de operaciones del comandante general carlista de Vizcaya. Y ¡qué teatro!—No lo eligiera más pintoresco un artista que buscara inspiraciones en las bellezas naturales. Allá en las alturas del Gorbea veíanse las cimas coronadas de nieve que al liquidarse al beso del sol primaveral formaban susurrantes arroyuelos, convertidos, al salvar los rápidos desniveles, en bulliciosas cascadas. Más abajo espesos rodales de hayas, robles. castaños y otras especies del mundo forestal, poblaban las estribaciones sucesivas del gigante, surcadas de barrancos misteriosos. Y en el valle, el Zubizabal, flanqueado por huertos, maizales y rústicos caseríos, sorteaba las ondulaciones del terreno, llevando hacia el mar las aguas desprendidas de las nevadas cumbres.

Al toque de diana, la tropa alojada en Ubidea, se puso en movimiento. El cadete sentía gran curiosidad por ver a la luz del sol las fuerzas comandadas por el general Velasco. El extremeño, mostrábase a su vez impaciente por alistarse en un batallón castellano. Juntos fueron a la plaza, donde encontraron reunidos a los del pelotón, que durante la noche habían sacudido la nostalgia y mostrábanse nuevamente alegres y dicharacheros.

A poco de distribuirse las raciones, los cornetas tocaron llamada.

Formadas las tropas en columna, los del pelotón fueron destinados a una compañía que empezaba a organizarse y les armaron con fusiles viejos; *pero* sin correaje, ni bayone-

www.fpev.es

ta, ni municiones. Un andaluz decía contemplando el fusilón que le había tocado en suerte:

—Ezto ez lo mizmo que llevar un cirio apagado en una proceción.

Ya avanzado el día salió el general Velasco de su alojamiento. Bajo el capote azul, modelo del arma de caballería, negligentemente desabrochado, divisábase la levita oscura ceñida por el fajín. Calzaba largas botas de montar y cubría su cabeza boina roja con chapa y borla de oro. Montó a caballo con relativa agilidad y el corneta de órdenes tocó marcha. En pos del general y de su lucido estado mayor, desfiló el primer batallón de Arratia, con su escuadra de gastadores y su charanga al frente, al compás de un pasodoble. Mandaba este batallón el veterano teniente coronel don Juan Ipiña. Detrás desfilaron el segundo de Arratia a las órdenes del también veterano jefe don Martín de Echevarrí y el batallón Cazadores del Cid, primero de Castilla, ambos en el período de organización. Toda la fuerza armada sumaría unos ochocientos hombres. Los fusiles correspondían a diferentes sistemas y la misma falta de uniformidad notábase en la indumentaria. Los jefes y oficiales, en su mayoría, usaban trajes muy parecidos a los del ejército. De la tropa sólo estaba uniformada la del primero de Arratia, con pantalón encarnado y capote azul con esclavina. En los voluntarios de los otros dos batallones la uniformidad reducíase a la boina, el morral y las alpargatas.

Al pasar el puente sobre el Zubizabal, la música cesó y la tropa distribuyóse en dos filas a los lados de la carretera. A retaguardia marchaban el veterano Ayala, el cadete Palacios, varios oficiales y cuatro curas castellanos en traje seglar, todos a la expectativa de destino. Ayala estaba contrariado. No había salido satisfecho de su entrevista con el general. Los oficiales *de reserva* censuraban la falta de organización y los curas quejábanse amargamente de que no se les guardasen las debidas consideraciones.

Sin novedad pasó aquella tropa los límites de la provincia de Vizcaya, descansó media hora en Echagüen e hizo su entrada, ya de noche, en Marquina de Alava, donde pernoctó.

www.fpev.es

Abajo, en los valles sonaban las cornetas del enemigo acantonado en Murguia.

Al amanecer sonó el toque de diana, formóse la tropa en las eras del pueblo y ante un altar improvisado, dijo misa un capellán. Era domingo. Llegaron confidentes y sus noticias no debieron de ser muy tranquilizadoras, cuando apenas concluída la misa de campaña, montó a caballo el general.

Abandonando la carretera, emprendióse la marcha por áspero camino de herradura lleno de pedruscos. Los caseríos iban desapareciendo. La heredad cultivada era sustituída por espesos bosques que cerraban poco a poco la perspectiva de los valles alaveses.

Tras penosa ascensión la tropa hizo alto en una suave ladera defendida del viento que fuertemente azotaba las copas de los árboles. Divisábase a corta distancia una serie de picos del Gorbea, coronados de nieve.

Al llegar la noche el vivac habíase transformado en un extenso campo de chabolas construídas sin el orden que estableciera el ingeniero don Vicente Ferraz, a principios de siglo, en su famoso *Tratado de Castrametación*. En ellas los fustes de las hayas y robles servían de piés derechos, las ramas desgajadas, de cubierta y el húmedo helecho de mullida cama. Algunas chabolas no carecían de arte. A las entradas encendiéronse hogueras para combatir el frío y el incómodo *sirimiri*. El vivac ofrecía el aspecto de un campo de tribus nómadas. Al sordo rumor del viento en los senos de los bosques, la tropa durmió tranquila...

Pasó la noche. Muy temprano llegaron las mulas de brigada portadoras de los víveres. Distribuídas las raciones, un grupo ascendió a la región de las nieves. Desde el pico de Altamira, a 1340 metros sobre el nivel del mar, Palacios contempló largo rato el grandioso panorama; montes y valles de Álava, Guipúzcoa, Vizcaya, Burgos, Santander...

Los badenes situados entre las nevadas cimas, eran refugio de rebaños de ovejas, que pastaban a las orillas de cristalinos arroyuelos. Por una moneda de cobre los pastores suministraron a los alpinistas leche a discreción, tomada en el clásico cuerno a falta de mejor vajilla. Por dos pesetas ven-

www.fpev.es

dieron otros tantos corderillos a los expedicionarios. La vida no podía ser más económica en aquellas elevadas regiones.

Pasaron las tropas de Velasco todo el día y otra noche de prueba en el improvisado campamento.

Confidentes iban y venían sin cesar. El peligro no había desaparecido. Nuevos voluntarios llegaban a engrosar las filas. Uno de ellos, ascendió al vivac a las altas horas de la noche y aproximándose a la chabola donde descansaban Ayala, Palacios y otros aventureros, preguntó:

—¿Está aquí alojado el general?

—No zeñó—contestóle un sevillano—el general está alojado en el Alcázar. Siga ozté la calle de Génova, tome ozté laz gradaz de la catedral, tuerza ozté a la izquierda, dezpuéz a la derecha y en el patio de Banderaz le darán razón.

La ocurrencia del andaluz, produjo las consiguientes risotadas y el nuevo campeón alejóse murmurando; pero no tardó en volver. El general descansaba y no recibía a tales horas. Pidió el intruso por favor, un sitio en la chabola. Allí no se negaba a nadie hospitalidad. Hizo su presentación. Era un teniente coronel de la guerra de los Siete años. Desde 1839, que emigró a Francia, no había pisado tierra española. ¡Cuántas amarguras por su lealtad a la Causa! La dramática historia del veterano ahuyentó el sueño de los oyentes y ya amanecía cuando sonaron los toques de marcha. Alegría general. La niebla cubría todo el monte y no se divisaban las gentes a cuatro pasos de distancia. El descenso verificóse pausadamente y con grandes precauciones. El día transcurrió en marchas y contramarchas, hasta llegar a Zaloa, agregado de Ibarra, donde pernoctó la embrionaria división carlista.

Y vivaqueando en Gorbea, con excursiones a Marquina de Álava, Zaloa y Ubídea, itinerario forzoso de general, pasaron otros tres días. Aquello no era divertido, pero Nouvilas por Álava y varias columnas por Vizcaya, obligaban a Velasco a huir siempre, justificando el apodo de *general Escapa*, con que le distinguían sus perseguidores.

www.fpev.es

II

JORNADA DE RESISTENCIA

Aquellas marchas y contramarchas a retaguardia de las fuerzas de Velasco, sin otro objetivo táctico o estratégico que el de eludir la persecución de las tropas republicanas, hacían un efecto deplorable en el espíritu soñador del cadete. Muchos grados había descendido el termómetro de su romanticismo político. No se quejaba precisamente de aquel automático caminar por trochas y vericuetos, hiriéndose los piés en los guijarros o calándose de humedad en los barrizales, fatigándose al subir, resbalando al descender, soportando las más extremas temperaturas y durmiendo sobre los húmedos helechos del Gorbea. Demasiado sabía que una campaña no es un salón de baile, ni un espectáculo teatral; que la guerra impone molestias inevitables y privaciones sin cuento. Todas las sufriría gustoso si ocupase una plaza, cualquiera que ella fuese, en los batallones formados, o en los cuadros de los que empezaban a organizarse. Pero en aquella situación indefinida, sin deberes que cumplir, ni derechos que alegar, sin mando de fuerzas, ni jefe a quien obedecer, confundido como elemento inútil en un grupo de chismosos *ojalateros*, considerábase el cadete postergado, sintiendo desvanecerse los halagadores ensueños que su imaginación forjado había, al consagrarse al servicio de la Causa. ¿Por qué Velasco no le destinaba como le había ofrecido?

Esta situación modificóse el 30 de Mayo. Desde las chabolas del monte Gorbea, la titulada división vizcaina descendió al valle de Arratia, pernoctando en Ceberio.

Faustas eran las nuevas. Procedentes de Orduña acababan

www.fpev.es

de llegar los batallones navarros y guipuzcoanos a las órdenes de las primeras figuras del ejército real: Elio, ministro de la Guerra, Dorregaray, Comandante general de las provincias vasco-navarras y Rioja; Lizárraga, Comandante general de Guipúzcoa; Ollo, Comandante general de Navarra. Era el *grueso de la facción* como decían los periódicos liberales. Era la crema de aquellos audaces guerrilleros, que sin armamento, ni municiones ni otro apoyo material que la adhesión del país, se habían lanzado a la temeraria empresa de reconquistar el trono de España para su legítimo Rey. Allí estaban el famoso Radica, jefe del primer batallón de Navarra y el valiente Pérula, jefe de la Caballería.

Al amanecer del 31 de Mayo las cornetas turbaron con sus agudas notas el silencio de los valles de Arratia. Las contraseñas correspondientes a cada cuerpo, denunciaban una organización militar que parecía incompatible con las marchas y contramarchas a que se veía obligado aquel sufrido ejército por la constante persecución de las columnas enemigas. No tardó un cuarto de hora en formarse a lo largo de la carretera. A las cinco, después del reparto de raciones, sonó el toque de marcha. Las músicas de los batallones y los vivas entusiastas del pueblo apagaban las voces de mando de los jefes. La cabeza estaba en Yurre, desde donde presenciaron el desfile el veterano Ayala y el cadete Palacios. Más de una hora tardó en pasar el grueso de la fuerza. Entre dos batallones, vieron un glorioso trofeo, el cañón tomado en Eracil a la columna Navarro. El coronel Ayala calculó en unos 4.000 hombres las fuerzas expedicionarias. En Lemona hicieron alto. Un puente sobre el Ibaizabal destruído por Nouvilas, se arregló provisionalmente con tablones para el paso de la caballería y del cañón. Por diversos puntos llegaron confidentes. La columna del Coronel Pino estaba entre Munguía y Guernica, Lagunero en Durango; detrás venía Nouvilas con su cuerpo de ejército desde Orduña. La situación era crítica. Pero la columna republicana de Bilbao que debía coincidir en Zornoza, se había negado a continuar su marcha al llegar a Miraflores. Este acto de indisciplina evitó a los carlistas riesgos probables. El camino de la costa estaba libre.

www.fpev.es

Al pasar por Yurre el cadete Palacios había encontrado su *alter ego*, otro cadete, moreno y delgado como él y trajeado con uniforme semejante al suyo. Era Ceberg y España, exalumno de la academia de Castilla la Nueva y alférez entonces del primer batallón de Guipúzcoa. Desde el momento de saludarse fraternizaron. Contáronse sus aventuras y resolvieron hacer juntos la campaña. Al llegar al puente de Lemona hablábanse *de tu* como si de toda la vida se conocieran.

Ceberg refirió a Palacios los detalles de la expedición de navarros y guipuzcoanos. Tres días antes encontrábanse en los alrededores de Estella, perseguidos tenazmente por varias columnas republicanas. Incorporado a las fuerzas del ministro de la Guerra, general Elio, de éste partió la iniciativa de la expedición. Habían entrado en la provincia de Alava por Santa Cruz de Campezu y atravesado sin encontrar un ros el Condado de Treviño. El 28 de Mayo llegaron a pernoctar a Orduña, que les tributó entusiasta recibimiento, y después de un día de descanso, la aproximación del cuerpo de ejército al mando de Nouvilas, les obligó a internarse en el valle de Arratia.

—Muy penosas son estas marchas forzadas—añadió Ceberg—pero tengo un proyecto, para cuya realización cuento con tu apoyo.

—¿Con mi apoyo? Mal puntal has elegido—contestó riéndose Palacios—Llevo ocho días a retaguardia de las fuerzas de Velasco y aún no he conseguido que me destine, como me ofreció al presentarme.

—No se trata de Velasco, sino de Lizárraga que fué amigo de mi pobre padre. Ya me ha propuesto para el empleo de teniente por la acción de Eraul. Ahora aspiro a que me admita en su escolta para tener derecho al uso del caballo.

—Y yo ¿qué influencia puedo tener con Lizárraga?

—Tú y yo nos presentaremos a él, exponiéndole nuestra pretensión. Lizárraga es ordenancista y prefiere a su lado oficiales procedentes del Ejército a paisanos desconocedores de la disciplina militar. Desengáñate, Palacios, para poder resistir estas expediciones, hay que ser plaza montada. De otro modo cualquier día nos dejan aspeados en un caserío.

www.fpev.es

Poseer un caballo es ahora para nosotros el caballo de batalla...

Palacios asentía; pero dudaba de la fácil realización de los deseos de Ceberg.

En estas pláticas dieron vista al pintoresco valle de Amorebieta. Un pequeño descanso en la plaza, fué aprovechado por Ceberg para hacer la presentación de Palacios, al capitán de la primera, Pepe Garnica, que montaba una pequeña jaca torda. Era Garnica un andaluz muy campechano, de unos 30 años de edad, trigueño, curtido por la intemperie y correcto en el vestir. No faltaba un detalle en su indumentaria de capitán carlista.

La columna continuó la marcha por la carretera de Guernica. En el crucero de Zugastieta, tomó la dirección de Munditibar y desde este punto continuó sin descanso alguno hasta llegar a las puertas de Lequeitio.

A la caída de la tarde del 31 de Mayo, (1) previa formación en las afueras, hacía su entrada en la hermosa villa el cuerpo expedicionario, a los acordes marciales de las charangas y entre las delirantes aclamaciones de la multitud. Bien las merecían aquellos sufridos campeones, que sin dejar un rezagado habían recorrido durante el día, *sesenta kilómetros*.

En Lequeitio alojáronse juntos Garnica, Ceberg y Palacios en casa de un farmacéutico, hijo de Madrid.

Mientras los asistentes preparaban la cena, Ceberg y Palacios, después de quitarse el polvo del camino, fuéronse a dar un paseo a las orillas del mar, no considerando sin duda bastante aperitivo las doce leguas recorridas desde Yurre a Lequeitio.

Al fantasmón de Nouvilas debían los carlistas el honor de haber efectuado aquellaa jornada de resistencia.

---

(1) Insisto en esta fecha rectificando al señor Pirala, cuyos *Anales* (tomo IV, pág. 360) dicen que «*Nouvilas conferenció en Zornoza el 30 con Lagunero y continuó activo tras sus enemigos*». El 30 estaba Nouvilas en Orduña, la división carlista en el valle de Arratia, y Lagunero no se atrevió a moverse de Durango. De haber llegado Nouvilas el día 30 a Zornoza (Amorebieta), los carlistas no hubiesen tenido libre el camino del mar como lo encontraron el 31.

www.fpev.es

III

UNA NOCHE EN LEQUEITIO

Del brazo subían Palacios y Ceberg, por la rampa del frontón, cuando vieron a Garnica que cruzaba la calle. Llamáronle la atención y el capitán esperó a los cadetes en el pretil.

Limpio el uniforme del polvo del camino, lustradas las botas, el cuello y los puños brillantes, acabados de estrenar y recién afeitado, estaba hecho un paquete el capitán de la primera del primer batallón de Guipúzcoa.

—¿Vas de conquistas?—le preguntó Ceberg.

—No, no voy de conquistas. Voy en busca de una fonda dónde me ha dicho el peluquero que se come bien. ¿Quieren ustedes acompañarme? A escote no hay nada caro.

—Vamos allá—contestaron a dúo Ceberg y Palacios.

Momentos después entraban en la fonda de Arano. Hicieron los honores debidos a la cocina de Vizcaya y de sobremesa los cadetes comunicaron al capitán su proyecto de ascender a caballeros andantes.

—Excelente es la idea—dijo Garnica encendiendo su cigarro—La dificultad estriba en la escasez de cabalgaduras.

—Los caballos ya vendrán después—replicó Ceberg que todo lo encontraba fácil—lo esencial es que Lizárraga acceda a nuestra pretensión de admitirnos en su escolta.

—Que tampoco lo veo fácil, porque lleva ya mucha gente.

—Vamos cuanto antes, Palacios, a ver al general. Hasta luego.

—¡Adiós!—En la botica les espero.

Oportunamente llegaron los cadetes al alojamiento del ge-

www.fpev.es

neral. Preguntaban por él al centinela cuando del fondo del portal surgió la simpática figura de Lizárraga. Su cara bondadosa predisponía al respeto y al cariño. Vestía correctamente el uniforme de mariscal de campo.

Al saludo militar de los jóvenes contestó afectuosamente:

—Buenas noches, señores.

—Tengo el gusto—dijo Ceberg—de presentar a vuecencia a este compañero que acaba de llegar.

—Muy bien—contestó Lizárraga dirigiendo al presentado una mirada paternal.—Felicito a usted por su resolución.

Y le hizo varias preguntas relacionadas con los jefes de los cuerpos que guarnecían la capital de Castilla la Vieja, antiguos amigos y compañeros suyos, a las que procuró contestar el cadete con toda corrección.

Calle abajo el grupo se aproximaba a la iglesia de Santa María del Mar.

—Si no tienen ustedes ocupaciones perentorias vengan conmigo que no perderán el tiempo—insinuó cariñosamente Lizárraga.

—A sus órdenes, mi general.

La puerta principal de la iglesia, de elegantes ojivas, estaba cerrada. El general continuó a lo largo del muro hasta un postigo abierto en las proximidades del ábside. El general penetró en el pasillo, debilmente iluminado por un farol, y abrió una puerta al fondo. Estaban dentro de la iglesia. La lámpara del crucero y las dos velas encendidas en el altar mayor, apenas disipaban la oscuridad del sagrado recinto. El general subió las gradas del presbiterio y en la última se arrodilló. Los jóvenes aproximáronse a un banco lateral y después de permanecer algún tiempo de rodillas, se sentaron.

Era digno de admiración y respeto el cuadro que ofrecía el general, postrado ante el altar de la Virgen, en medio de las sombras de la desierta basílica.

—En ese hombre está representada la fé; a su lado forzosamente hay que seguir su ejemplo. Es un carlista sin tacha—musitó Palacios al oído de Ceberg.

—En las marchas nos hace rezar el rosario y en cuanto llega a un pueblo se mete en la iglesia. Son costumbres suyas

www.fpev.es

—contestó Ceberg—Pero nunca olvida sus deberes militares...

Próximamente media hora duraron las oraciones del general Lizárrraga. Levantóse al fin; los cadetes se apresuraron a ofrecerle el agua bendita y le siguieron a la calle.

—Gracias, señores, por su amable compañía—dijo Lizárraga a los jóvenes—Ahora voy a recibir órdenes del general Elio. Si en algo les puedo complacer...

—Sí, mí general—contestó respetuosamente Ceberg—tanto mí compañero como yo desearíamos tener el honor de servir a las inmediatas órdenes de vuecencia, agregados a su escolta.

—Mucho agradezco la pretensión de ustedes, pero no puedo complacerles. Cuento ya con un estado mayor demasiado numeroso. Compromisos, recomendaciones... Pero los oficiales que hoy figuran en mi escolta, han de ser destinados en su mayoría, a los futuros cuerpos. Usted, Pepe, ya ejerce sus funciones en mi batallón predilecto y en él sabrá distinguirse y hacer una brillante carrera. En cuanto al señor, tendré el gusto de recomendarle a Elio, a quién como ministro de la Guerra, corresponde destinarle. Espérenme ustedes y es diré la resolución de Elio.

Los cadetes miráronse compasivamente. Habían fracasado sus aspiraciones.

El general Elio se alojaba en el inmediato palacio de Torregrosa. Los cadetes acompañaron hasta la verja del jardín a Lizárraga. Transcurrió más de una hora. Para no caerse de sueño los cadetes paseaban. El centinela apoyábase en la verja: también el sueño le rendía. El cielo estaba despejado. Las estrellas brillaban con luz más viva que los faroles municipales. No se percibía un ruido en las calles solitarias. Sólo a lo lejos oíase el sordo rumor de las olas del mar...

Sonaron al fin las espuelas de Lizárraga en el fondo del parque.

—Siento haberles hecho esperar tanto tiempo—dijo el general a los cadetes—Elio me manifiesta que nuestras marchas forzadas no le permiten por ahora colocar a este joven en situación activa. Los cuadros de los batallones actuales de

www.fpev.es

Navarra y Guipúzcoa están completos y aún sobran oficiales — Vizcaya carece de buenos instructores y aquí — añadió dirigiéndose a Palacios — tiene usted colocación segura en cualquiera de los batallones que se están organizando. El general Velasco quedó con sus fuerzas en Lemona, pero en Lequeitio está el batallón de Guernica que manda don León Iriarte. Preséntese usted a este señor mañana y manifiéstele la orden de Elio.

Los cadetes acompañaron a Lizárraga a su alojamiento y volvieron a la botica mustios y cariacontecidos. Ellos, que habían proyectado hacer juntos la campaña...

El boticario y el capitán Garnica habíanse acostado, aburridos de esperar a los jóvenes. Una muchacha les guió al aposento que preparado tenían, una alcoba ideal con dos camas, cubiertas por elegantes pabellones.

—¡El batallón de Guernica! - decía Palacios desnudándose —recuerda el árbol célebre, símbolo de las tradiciones vascongadas. ¿Qué te parece, compañero?

—Que tenemos poca suerte. ¿Qué le importaba a Lizárraga dos caballos más en su escolta?

—Eso ya no tiene remedio. Hablo del batallón de Guernica.

—El jefe es un cura, y la verdad, yo, procedente del ejército, sentiría servir a las órdenes de un cura.

—De Iriarte no se ha oído que falte a las leyes de la guerra. En los tiempos de la Reconquista, cardenales y obispos eran guerreros, vestían la cota de malla, la coraza y el casco, y sabían repartir sendos mandobles cuando llegaba la ocasión

—Y aquellos tiempos se renuevan, que en plena reconquista estamos.

Ceberg había caído como un plomo en su cama y dormía tranquilamente. Palacios apagó la luz.

Y ambos soñaron; Ceberg que montaba un caballo árabe, especie de Pegaso, con alas, que subía por los montes sin tocar al suelo y Palacios que veía un batallón a la sombra del árbol de Guernica...

www.fpev.es

IV

DE CÓMO EL CADETE SE INCORPORÓ AL BATALLON DE GUERNICA

Desde las primeras horas de la mañana, alegres toques de corneta, animaron las calles de Lequeitio, habitualmente tranquilas y silenciosas.

Sonó al amanecer el toque de diana, después el de provisiones, a las siete el de llamada y tropa.

Aquel improvisado y ya aguerrido cuerpo de ejército, tenazmente perseguido por todo el republicano del Norte, en combinación con numerosas columnas, nada tenía que envidiar en punto a organización a los ejércitos regulares de operaciones. Los servicios administrativos funcionaban admirablemente, gracias al concurso del país, y permitían racionar a la tropa con cierta regularidad. La disciplina era absoluta. Al sonar el último toque, los voluntarios discurrían por el puerto y por la playa, disfrutando de la hermosa perspectiva del Océano, distraídos en el flujo y reflujo de sus rizadas olas. Algunos de ellos mártires de su fé, no volverían a aspirar las brisas del Cantábrico. Pues todos aquellos hombres que algún derecho tenían al descanso después de haber recorrido en tres jornadas otras tantas provincias, a los pocos minutos de extinguirse en los cercanos montes de Lumencha y Otoyo, los ecos del toque de llamada, hallábanse formados por batallones en el frontón y el paseo, dispuestos a proseguir sus azarosas correrías.

El primer cuidado del cadete al salir de casa del boticario, había sido averiguar el alojamiento del jefe Iriarte. Estaba recibiendo órdenes del Ministro de la Guerra.

www.fpev.es

Hacia el palacio de Torregrosa encaminábase el cadete, cuando divisó cerca del pórtico de Santa María una tropa correctamente uniformada. Oficiales y voluntarios vestían pantalón encarnado, polainas oscuras, capote gris y boina blanca, todo nuevo y limpio. No se observaban en aquellos individuos las huellas que la intemperie, la fatiga y las privaciones imprimen en el rostro del militar en campaña.

—¿Qué batallón es este?—preguntó Palacios a un oficial.

—El de Guernica.

—Gracias. ¿No ha venido el jefe?

—No tardará.

Aparecieron a lo lejos, los generales seguidos de sus escoltas, sonaron a poco las cornetas, las voces de mando, las charangas.... Magnífico fué el desfile de los batallones navarros y guipuzcoanos hacia el camino costero que conduce a Ondarroa. El pueblo de Lequeitio en masa tributó a los expedicionarios uua ovación estruendosa, delirante. El cadete después de abrazar a sus compañeros de la víspera, aturdido por el concierto ensordecedor de las charangas y los vítores populares, apoyóse en un pilar del pórtico de la iglesia y desde allí presenció el lento y acompasado desfile de los batallones. Ya desaparecía la retaguardia (la caballería de Pérula), cuando vió entrar en el templo al batallón de Guernica. Distraído, no había notado la llegada del jefe. Penetró en la espaciosa basílica. Cerca del altar mayor, al frente de la tropa, destacábase por su elevada estatura, un personaje de luenga barba blanca. Su traje compuesto de pantalón oscuro, grandes botas de montar, cómoda zamarra y sable de caballería, recordaba al del guerrillero legendario. Si aquel hombre era cura no lo parecía.

Terminada la misa, salió el veterano al pórtico, seguido de su pequeño estado mayor en el cual figuraba un simpático jóven, correctamente vestido de oficial de caballería. Sólo faltábanle las divisas en las mangas. A él dirigióse el cadete:

—¿Es el jefe? —preguntóle señalando al veterano.

—Sí señor—contestó—¡el coronel!

Y mientras el batallón desalojaba el templo, el cadete abordó al coronel exponiéndole la orden verbal del ministro de la

www.fpev.es

Guerra. El coronel escuchóle atentamente, con la mano izquierda apoyada en la empuñadura del sable, mientras con la derecha estirábase la barba.

—Muy bien, caballero cadete —contestó—voy a marcar al momento: agréguese usted al batallón y en la primera parada acordaremos lo más oportuno.

Un ordenanza aproximó al coronel dos caballos, el uno negro, fino, elegante, inquieto; el otro blanco, de gran alzada pesado, pacífico. El coronel montó el caballo blanco. Seguíanle cuatro plazas montadas, entre ellas un teniente con el grado de capitán del ejército.

El corneta, un niño de doce años, tocó los puntos de marcha. Sin voces de mando, ni separación visible entre las unidades tácticas, ni uniformidad en los movimientos, la tropa desfiló de a dos en fondo, como los chicos cuando juegan «a los soldados».

Predispuesta al entusiasmo, la multitud despidió al batallón desde aceras y balcones con vivas y palmadas. A la salida de Lequeitio la tropa de Guernica siguió la carretera por donde legaran la tarde anterior los batallones navarros y guipuzcoanos.

El día era asaz caluroso.

El cadete, lleno de agujetas, aspeado y maltrecho por las precedentes excursiones, sacaba fuerzas de flaqueza para soportar la rapidez de la marcha, el calor y el polvo del camino. Érale necesario sostener el espíritu contra las debilidades de la materia, distraerse, hablar, comunicarse.

La tropa había desplegado sus dos filas, dejando libre el centro de la carretera por donde apeonaban los oficiales. Y con uno de éstos trabó conversación. Era un jóven simpático, de barba negra, de mirar inteligente y de porte elegante, aún bajo el uniforme de munición que vestía.

—Yo le conozco a usted—dijo el oficial al cadete.

—¿Es posible? ¿De dónde?

—De Valladolid. Allí he seguido toda la carrera de Derecho, que terminé el año pasado y he visto a usted muchas veces en paseos, iglesias...

Aquel feliz encuentro disipó el malestar del cadete. Llamá-

www.fpev.es

base el oficial Tomás Muzquiz. Era hijo de Navarra, de pura cepa carlista. Un tío suyo, del mismo apellido, había representado en las Cortes Constituyentes el distrito de Pamplona.

El simpático Muzquiz informó al curioso cadete del nombre de los lugares que iban atravesando: el risueño valle de Iruriza, la venta del Hambre, la anteiglesia de Guizaburuaga, Aulestia... En sabrosas pláticas llegaron a Munditibar.

—Aquí probablemente concluirá hoy nuestra jornada—dijo Muzquiz.

—¿Tan pronto?—exclamó el cadete.

—No habiendo confidencias alarmantes, es casi seguro que pernoctaremos aquí.

Serían las doce cuando hizo alto la cabeza. El coronel y su comitiva desmontaron. Sin órdenes, ni formalidades disolvióse el batallón. Cada cual conocía ya su alojamiento. Muzquiz invitó a Palacios a que le acompañase al suyo; pero el cadete defirió la invitación, agradecido, por tener que presentarse al coronel.

El oficial de caballería que el cadete conociera en la iglesia de Lequeitio, se aproximó entonces.

—Vengo en busca de usted—dijo al cadete—el coronel le espera

En el corto trayecto hasta la casa, el oficial contó su historia al cadete. Llamábase Manuel Corona, procedía del Ejército, de la clase de sargentos del arma de Caballería y ya llevaba algunos meses prestando sus servicios en el batallón, como secretario del jefe. No contó, pero a la vista estaba, que era andaluz, de unos treinta años de edad, sempiterno hablador y espontáneamente servicial.

Entraron en el alojamiento del coronel, una casa de sólida construcción, cuya fachada hacía línea con la rasante de la carretera. Tras el tejado destacábase la torre de la iglesia. Era la casa del cura. En el espacioso comedor, los asistentes de la plana mayor, tendían blancos manteles sobre larga mesa.

El coronel escribía en la habitación inmediata.

Coronel y cadete se entendieron. El primero necesitaba, para instruir al batallón, un joven ilustrado en las costumbres y los conocimientos militares, el segundo recordaba con terror

www.fpev.es

el conocido itinerario de Ubidea a Marquina de Alava, con intermedios de vivac en los nevados montes de Gorbea.

—Se guardarán a usted – añadió el coronel – toda clase de consideraciones y a la primera ocasión será usted propuesto para oficial. Ahora, a comer.

Y se levantó, invitando al cadete a salir al comedor.



www.fpev.es

V

LA CAMISA DEL CURA

La mesa, admirablemente presentada, era nuncio feliz de primores de cocina capaces de abrir el apetito al cadete más desganado.

Pero ante la concurrencia que formando grupos llenaba el comedor, sintióse Palacios un tanto cohibido.

En sus quince días de campaña había dejado una tras otra, en los alojamientos, sus inútiles prendas de paisano, su ropa interior, sus camisas. Resto de su equipo era la que llevaba puesta, en lamentable estado por el sudor y el polvo de las últimas jornadas. La noche anterior había comido en la fonda de Lequeitio con dos amigos; pero de noche todos los gatos son pardos. Allí, a la luz del mediodía, entre personas correctamente ataviadas, no podía sentarse a la mesa, sin mengua de su dignidad de hombre limpio y bien criado. Andaba Corona de un grupo a otro, hablando a todos con la mayor familiaridad, y se aproximó al cadete para preguntarle si al fin se quedaba en el batallón, en lo que tendría un verdadero placer.

La afirmativa respuesta del cadete, produjo en el secretario una explosión de enhorabuenas y cumplimientos. Llevóle del brazo hacia el hueco de un balcón y en voz baja le dijo:

—No sabe usted cuanto celebro que se quede usted con nosotros. A mí me quieren y consideran; pero como soy el único castellano en el batallón, y oficiales y soldados hablan en vascuence, me encuentro a veces, como gallina en corral ajeno. Estos vizcainos son exclusivistas y nada hay para ellos superior a sus fueros, a su idioma y a su tierra. Nosotros somos expansivos como los horizontes castellanos... En fin, ya

www.fpev.es

somos dos, ya nos comunicaremos nuestras impresiones; ya hablaremos, ya hablaremos...

Mucho agradeció el cadete las espontáneas confidencias de Corona, y aprovechando un silencio, contóle en confesión sus cuitas, que le vedaban sentarse dignamente a la mesa.

Corona, hombre tan fértil de recursos, como fácil de palabra, halló al momento la solución del conflicto.

—No se apure usted. Venga conmigo.

Y le guió por un pasillo a las habitaciones interiores hasta encontrar al ama del cura. ¡Excelente mujer! Tan pronto como se hizo cargo de la situación, condujo al cadete ante un magnífico lavabo y poco después volvió con una camisa de lienzo crudo, propiedad del señor cura. ¡Camisa monumental! Si el gigante Morgante, alguna vez tal prenda usara, que nada dicen acerca de este punto los libros de caballerías, seguramente no tuviera tan colosales proporciones.

Más para el cadete los momentos eran críticos y no había lugar a elegir.

Él, tan refractario a meterse en camisas de once varas, hubo de resignarse a vestir la del señor cura, introduciéndose en ella como en un túnel. Cubríale desde los hombros hasta los piés y aún coleaba. Era una camisa de cuerpo entero.

Vencidas las dificultades para acomodar tanto lienzo en el vacío que dejaran los trajes interiores de su equipo, fresco, aseado y con camisa limpia, volvió el cadete al comedor, y prévias las presentaciones de rúbrica, sentóse a la mesa, al lado de Corona. Presidíala el coronel (D. León le llamaban todos), que ocupaba la cabecera, y a los dos lados sentábanse el teniente con grado de capitán de cazadores D. Juan Fernández de Castro, de paso para Arratia, el capellán del batallón D. Juan Manuel, feo él; el ayudante Andrés, apodado *Chico mi tierra*, *Goirichu*, el factor, recaudador de portazgos y encargado del suministro de víveres, el cura de Munditibar, buen mozo, el secretario Corona y dos paisanos de la misma anteiglesia.

—*¡Benedicite... Dominus!...* clamó solemnemente el capellán, aprovechando un instante de silencio.

La comida fué suculenta. Platos escogidos y variados,

www.fpev.es

vinos excelentes, café superior y coñac de buena marca. El servicio nada dejó que desear. Una caja de habanos circuló al servirse el café, en pequeñas tazas de fina loza con ribetes dorados. En todos los detalles revelábase el buen gusto del anfitrión, émulo digno de Brillant-Savarin.

Palacios y Corona habían hecho dignamente los honores a la mesa.

—Observo que se come admirablemente en Vizcaya—decía el primero.

—Es el bello ideal de los vizcainos—contestó sentenciosamente Corona.—En cualquiera otro país se come para vivir, en Vizcaya se vive para comer...

Despidióse el teniente Castro, que proseguía su viaje hacia el valle de Arratia y la animación continuó de sobremesa.

Entre las azuladas espirales del humo del cigarro y los últimos sorbos de coñac, la inspiración se despierta, los recuerdos afluyen y la palabra responde dócilmente al pensamiento. El pasado es una quimera agradable y el porvenir se divisa, envuelto en nubes de color de rosa. ¡Cuántos proyectos! ¡Cuántas esperanzas!

Por su parte, el cadete refirió a los amables vizcainos su odisea de Castilla a Vizcaya, y todos los episodios fueron alegremente celebrados.

En tan gratas conversaciones transcurrió la tarde.

El batallón descansaba de las fatigas de la guerra.

Por la noche, después de opípara colación y un rato de tresillo, cada cual se fué a su dormitorio. Y al desnudarse en el suyo, el cadete no pudo menos de admirar la camisa de once varas en que estaba metido. Algún tiempo después la dedicó el siguiente humorístico recuerdo:

Una reina vestía,
según la Historia,
las camisas usadas
de cierta monja,
y así la pobre
creía verse libre
de *tentaciones*.

www.fpev.es

Más el diablo, curioso,
supo la treta
y como de costumbre
tentó a la reina.
¡Ay! ¡qué camisas!
¡como de ellas el diablo
se reiría!

—

Yo, en un trance de apuro
al diablo ajeno,
pues no me relaciono
con tal sujeto,
falto de muda
la camisa me puse
de un señor cura.
Era cómoda y limpia,
pero tan larga
que al mirarme con ella
risa me daba.
¡Ay que camisa
la camisa del cura
de Munditibar!



www.fpev.es

VI

REFERENCIAS HISTÓRICAS

El cadete despertóse al amanecer. A la luz de una cerilla consultó su reloj. Eran las cuatro y media. Acostumbrado; desde que al norte llegara, a estar en movimiento a tales horas, maquinalmente se incorporó, con ánimo de vestirse. Pero la casa permanecía en el más profundo silencio y no creyó oportuno hacer el menor ruido que interrumpiese el dulce soñar del cura y de sus familiares y alojados. Volvió a reclinarse, más ya no pudo conciliar el sueño, y entretúvose en recorrer con la imaginación sus andanzas y aventuras desde que saliera de Valladolid. ¡Cuánta gente había saludado en sus quince días de campaña! ¡Qué tipos tan diversos! Y ¡qué de pasos perdidos desde los valles más hondos a las más altas cumbres, y desde la región de las nieves a las orillas del mar! De pronto una nota sostenida llegó a sus oídos. ¿El toque de diana? No podía ser. Aquella nota era interminable. Comprendió al fin, que estaba oyendo el agudo chirriar de una carreta... y continuó pasando revista a sus memorias. Y ya bañaba el sol los balcones de la casa del cura, cuando el cadete abandonó el mullido lecho. Sólo turbaban la augusta paz de la aldea el canto de los gallos en los próximos caseríos y el alegre piar de los gorriones domiciliados en la torre parroquial. Ningún rumor denunciaba la presencia en aquel barrio de una población flotante de doscientos hombres. A poco notó algún movimiento en el interior de la casa. Debían ya comenzar las tareas domésticas. Apresuróse el cadete a concluir sus operaciones de policía y aseo personal y salió de su cuarto, en dirección a la calle. El ama del cura, aquella inteligente mujer, salióle al encuentro.

www.fpev.es

—¿Sin tomar chocolate marcha, pues?—le preguntó cariñosa.

—Es aún temprano. Voy a dar una vuelta. ¿Y los demás huéspedes?

—Dormir hasen.

En su excursión por el pintoresco lugar, el cadete tomó un apunte curioso para su diario.

Conversaba con unos jóvenes oficiales del batallón a quienes había encontrado en la carretera, cuando de la casa más próxima, salió una mujer gritando:

—*¡Josechu! ¿Guru zu chocolatie edo esnia?*

El interpelado, un rapazuelo de tres años que en la cuneta jugaba, se apresuró a contestar:

—*Nic ama bisec.*

Riéronse los oficiales, celebrando la ocurrencia del niño, y uno de ellos tradujo el chiste. (1)

El cadete hizo coro a los oficiales y felicitó a la aldeana por tener un hijo tan listo y tan guapo.

—*Grasias, grasias* y también tragón.

—¿Sabe hablar en castellano?

—No, señor. Pequeño es, pues, y los niños son más *grasiosos* hablando *vascuense.*

No quiso el cadete contradecir a la buena mujer, aunque pensó que siempre harán gracia los niños, cualquiera que sea la lengua en que expresen sus inocentes pensamientos.

Camino de la casa del cura, encontró el cadete a Corona. Juntos volvieron a desayunarse.

Más de las nueve serían, cuando circularon órdenes, sin toques de corneta, y en un bosque cercano se formó el batallón. Alzábase al frente blanco altar sombreado por las frondosas ramas de un roble gigantesco. Poco después apareció revestido el capellán y celebró el Santo sacrificio, de intensa poesía en aquel bosque de árboles seculares.

Apenas terminó la misa, el coronel llamó al capitán de la primera, Eusebio de Obieta.

(1) —Joseito, ¿quieres chocolate o leche?
—Yo, madre, las dos cosas

www.fpev.es

—He destinado a su compañía—díjole—a este caballero cadete. Con usted se alojará y espero le trate bien.

—Quedará usted complacido, mi coronel—contestó Obieta.

Capitán y cadete se estrecharon la mano.

Era Obieta un jóven de treinta años, de regular estatura y de blanco y risueño semblante, adornado por espesa barba rubia. Aquel color no curtido del rostro, denunciábale como hombre dedicado habitualmente a sedentarias tareas.

En marcha el batallón por un camino vecinal, Obieta refirió a Palacios sus aventuras políticas que databan de la intentona de 1870, la parte que tomó en el alzamiento general de 1872, su emigración a Buenos Aires y su regreso a Vizcaya al saber que se había proclamado la República en Madrid. El batallón no mereció tal nombre hasta el alzamiento de 21 de Abril de 1872. Era su primer jefe D. Pedro Allende Salazar, oficial de Marina, hermano del Conde de Montefuerte; pero aquel señor sólo asistió al acto del nombramiento de la Diputación a guerra, por los representantes forales, bajo el árbol de Guernica. Enfermo después, le sustituyó D. León de Iriarte, oficial que había sido en la guerra de los siete años. Al mando de Iriarte, el batallón se batió en Mañaria y en Oñate. Ambas acciones fueron gloriosas para las armas carlistas, a pesar de carecer sus bisoños batallones de instrucción militar y de elementos de guerra. Paisanos insurrectos batiéronse como unos veteranos. En la acción de Oñate fué herido el general Ulibarri. A los pocos días falleció. La falta de Ulibarri, cuya autoridad era por todos respetada, creó antagonismos entre la Diputación a guerra que pretendía según fuero, dirigir las operaciones y los jefes militares. Estando en Orozco los diputados, en vista del fracaso del alzamiento en Guipúzcoa y Navarra, acordaron aceptar las proposiciones de convenio hechas por el general Serrano, desde Amorebieta. En vano se opusieron D. León y el Marqués de Valde-Espina. El 27 de Mayo todo había concluído. Los muchachos entregaron sus fusiles y los jefes y oficiales volvieron a la emigración. Aquel convenio fué un paréntesis de la campaña. En Diciembre, el ex-jesuita Goiriena, capellán que había sido del batallón de Guernica, alzóse en armas al frente de unos veinte muchachos, cuyo nú-

www.fpev.es

mero se quintuplicó en pocos días. A mediados de Enero. fuerzas combinadas de civiles, carabineros y forales, salieron de Bilbao y unas por mar desde Bermeo y otras conducidas en diez y siete ómnibus por la carretera, lograron sorprender a Goiriena en Arechavalagana, dejando asaz reducido su embrionario batallón. Pero en Marzo, volvimos los emigrados, y D. León de Iriarte, en los últimos meses, ha conseguido reunir los elementos dispersos y organizar el batallón tal como usted lo vé.

—¿Qué fuerza tiene?

—Unos doscientos hombres.

—¿Divididos en compañías?

—Sí, señor, en cuatro, de los que somos encargados, con el nombre de capitanes, aunque carecemos de real despacho, los cuatro oficiales más antiguos o de mayores méritos, a juicio del coronel.

—De armamento, veo alguna variedad.

—Sí. La mayor parte de los fusiles proceden de la intentona de 1870, ocultos en los caseríos o enterrados en sus inmediaciones al disolverse las partidas. Otros, muy pocos, se cogieron al enemigo en la acción de Oñate el año anterior y los demás se han requisado también en caseríos, de los voluntarios que huyeron a sus casas antes del convenio de Amorebieta. Hay aquí fusiles Chassepot, Allen, Berdan, Remingthon, y con esta variedad de sistemas, mientras unos voluntarios tienen quince o veinte cartuchos, otros sólo disponen de siete u ocho. No podríamos resistir media hora de fuego.

—En las fuerzas que acompañan al general Velasco, sucede lo mismo.

—Por eso tenemos que permanecer a la defensiva, mientras no vengan las armas.

Entre los castaños del camino, destacóse la torre de una iglesia.

—¿Qué pueblo es éste?—preguntó Palacios.

—Arrazua, nuestro cuartel general.

www.fpev.es

VII

DE UNA ACADEMIA DE OFICIALES, FUNDADA Y DIRIGIDA POR UN CADETE

Arrazua, sitio de piedras por su significación eúskara, era un oasis de paz en medio de la guerra. Ya en los tiempos de emperador Augusto, a juzgar por las monedas y las armas halladas en el cercano monte de Gastiburu, existió en Arrazua un campamento romano. Los carlistas, sin conocer quizás la historia, habían coincidido al cabo de diez y nueve siglos en apreciar las ventajas de acantonarse en la tranquila anteiglesia, escondida entre montes. Allí llegaban los confidentes con noticias exactas acerca de los movimientos del enemigo y los ordenanzas de caballería, con los partes del Comandante general.

La seguridad era absoluta. El batallón podía dormir tranquilamente sin temor a una sorpresa.

Obieta y Palacios, habíanse alojado en casa del médico D. Luis Villanueva y Solis, joven tan competente en las materias relativas a su facultad, como erudito en asuntos literarios, achaque de familia, pues contaba entre sus ascendientes a D. Dionisio Solis y Villanueva, célebre humanista y poeta, cuyo nombre figura en el Catálogo de Autoridades de la Academia Española. A la casa de Solis concurrían el oficial Muzquiz, siempre correcto en actos y palabras y el secretario Corona, cuyos temas favoritos eran los caballos y las mujeres. Los períodos de amena conversación alternaban con partidas de tresillo a céntimo el tanto.

www.fpev.es

Aquella *descansada vida* no estaba exenta de *mundanal ruido*; porque en la plaza, bajo los balcones de la casa de Solis, celebrábanse bulliciosas romerías con acompañamiento de pito y tambor. Grupos de guapas muchachas de Guernica y de las próximas aldeas llegaban a Arrazua con objeto de visitar a los carlistas y de paso a divertirse.

El cielo cubierto de nubes y el fondo oscuro de las montañas que por todas partes cierran el horizonte, contrastaban con el bullicio y la alegría general. Una tarde el cadete, bajo la influencia abrumadora de aquel cielo de plomo, experimentó la nostalgia de los campos castellanos, de sus extensas perspectivas y su espléndido sol. Hacia ellos debiera orientarse el pensamiento de los jefes en vez de permanecer inactivos entre brumosas montañas. Tales regocijos diarios antojábansele impropios de un batallón que debiera prepararse para la campaña activa, con ejercicios y prácticas militares en lugar de vivir entregado a las delicias de Capua. Y obsesionado por la idea de utilizar aquellas fuerzas distraídas en vanas diversiones, subió al alto de la iglesia, cerca de la cual, en la casa del párroco, alojábase el coronel.

D. León jugaba al tresillo con tres señores curas. Recibió afectuoso al cadete y comentado que fué el último codillo, abandonó la mesa de juego. Larga fué la conferencia que el coronel y el cadete celebraron. En ella desarrolló Palacios, el plan que concebido había. A juzgar por sus observaciones desde que se incorporó al batallón, eran muy deficientes los conocimientos militares de aquellos decididos partidarios de la Causa. Había que empezar por instruir a los oficiales. Los buenos cuadros constituyen los buenos batallones.

—Apruebo en absoluto sus iniciativas - dijo D. León— Sólo falta que desarrolle usted prácticamente el pensamiento.

—Formularé un proyecto orgánico de la academia de oficiales. En ella adquirirán los del batallón nociones de Ordenanza, Táctica, Detall y Contabilidad, Procedimientos e Instrucción de Campaña...

Las palabras del cadete, sonaban en los oídos del coronel, a juzgar por su sorpresa, como extraños conceptos de una ciencia desconocida. Al fin contestó:

www.fpev.es

—Muy bien me parece ese proyecto. Yo seré el primer alumno de la academia. Continúe usted.

—Como no podemos esperar a que los oficiales se instruyan para que transmitan sus conocimientos a la tropa, las clases teóricas alternarán con los ejercicios prácticos; principalmente en lo que afecta a la instrucción del recluta, manejo del arma, táctica de compañía y táctica de guerrilla que son las fundamentales en esta guerra de montaña.

—¡Bravo! ¡bravo!—exclamó con entusiasmo D. León—formule usted el proyecto, y desde mañana...

—Mañana a las siete lo tendrá usted en su poder.

—Perfectamente, amigo Palacios. No puede ser usted más oportuno; porque según los partes que tengo, pronto llegarán los fusiles y podrá hacerse en Vizcaya el levantamiento general. Urge, pues, que los voluntarios actuales tengan la debida instrucción.

Y aquel partidario que pocos momentos antes solo pensaba en *dar una bola* a sus colegas de tresillo, mostrábase ya impaciente por ver realizadas las modestas proposiciones del hijo de Castilla.

Palacios trabajó durante la noche y a las siete de la mañana, presentábase ante el coronel, y le leía el *Reglamento orgánico de la Academia de Oficiales del Batallón de Guernica*. La crónica sólo ha conservado el título. ¡Lástima grande que en los azares de la campaña sufriese extravío tan curioso documento!

El efecto que la lectura produjo en el coronel debió de ser fulminante, pues dió inmediatas órdenes para que se reunieran todos los oficiales del batallón, en el átrio de la gótica iglesia de Santo Tomás. Y en torno a la mesa de piedra, donde el concejo de Arrazua despacha los domingos, después de misa mayor, los asuntos de la república, sentáronse el jefe, el cadete y los oficiales de más representación, constituyendo la presidencia. Los demás acomodáronse en los poyos adosados a los muros.

El coronel dispuso que se inaugurasen las clases con la lectura del Reglamento. Palacios levantóse y leyó, y cual si se tratara de un discurso político o de una obra literaria, elautor

www.fpev.es

fué aplaudido al final. Faltaban libros aunque alguno había. ¿Qué importaba? Al estudio supliría la enseñanza oral y la instrucción práctica.

Bien pronto la semilla comenzó a germinar. Aquellos hombres barbudos oían como a un oráculo al cadete barbilampiño y se asimilaban sus conocimientos. La fé transmitía a sus almas una voluntad firme de aprender para triunfar. El coronel estaba encantado de los progresos obtenidos por oficiales y tropa. Las diarias romerías se habían interrumpido.

Al cabo de una semana oficiales clases y soldados tenían nociones de ordenanza, del manejo del fusil, de táctica del recluta y compañía y éranles familiares los movimientos de la de guerrilla, cuyos toques aprendieron con suma facilidad, repetidos por el único corneta del batallón.

La academia de oficiales daba resultados superiores a los previstos por el jefe y por el mismo iniciador. Según aquél no había ejemplo de que un *cabàllero cadete*, que así llamaba siempre a Palacios, fuese director de estudios de una *academia de oficiales*. Era el primer caso en la historia militar del mundo. Mas ¿qué importaba el instrumento si cumplía su misión? (1)

No podía durar mucho aquella labor tranquila de enseñanza militar en tiempo de guerra.

Una tarde, a primera hora, sonó el toque de llamada, con gran satisfacción de los voluntarios que ya sentían la necesidad de movimiento. Contemplar nuevos horizontes, ver otras gentes, y distraer el ánimo en los inesperados lances que ofre-

(1) Los alumnos que constituyeron la **Academia de Oficiales**, en su primer período, aparte del jefe del Cuerpo, que se consideraba el primer alumno, fueron, por orden alfabético de apellidos, los siguientes: D. Pedro Achicallende, D. Segundo de Amesti, D. Eusebio de Amesti, D. Isidoro Apodaca, D. Francisco Arechederreta, D. Venancio Aurre, D. Anastasio Azurmendi, D. Juan Antonio Barandica, D. Manuel Barandica, D. Salvador Bengoechea, D. Manuel Corona, D. José Miguel Echevarría, D. Luis de Estefanía, D. Andrés Garitaonandia, D. Juan José de Gondra, D. Gabriel Guisasola, D. Juan Martín Guisasola, D. Mariano Maruri, D. Tomás Muzquiz, D. Andrés de Obieta, D. Eusebio de Obieta, D. Francisco Pablo Omar, D. Ramón Olaeta, D. Gabriel Ormaechea y D. Francisco Rodríguez.

www.fpev.es

cen el azar y la sorpresa, son para la gente jóven los mayores atractivos de la vida de campaña. El jefe al montar a caballo había dicho en voz alta:

—¡Vamos a Guernica!

Rápidamente circularon las palabras del coronel. Los voluntarios las recibieron con ruidosos ¡ujujús! no muy correctos considerados militarmente; pero disculpables en aquellos bisoños campesinos, improvisados guerrilleros, a quienes no podían aplicarse aún las severidades de la Ordenanza.

En poco más de media hora recorrió el batallón los cuatro kilómetros de distancia entre Arrazua y Guernica.

Fué un paseo militar sumamente agradable por la animación de los muchachos, la belleza del país y la deliciosa temperatura de aquella tarde primaveral. El desfile por las calles de Guernica, tuvo una parte pintoresca y otra de efecto teatral. La primera correspondió al *tamboritero*, verdadera institución en Vizcaya, donde no hay fiesta posible sin el concurso del popular funcionario. El de Guernica habíase agregado en la carretera al batallón y marchaba a su cabeza tocando un aire regional con el *chibilitu* y el tamboril. Extraño elemento parecía el silbo para regular el paso de una tropa; pero allí representaba la tradición del país, una tradición análoga a la de los antiguos regimientos escoceses, que hacíanse acompañar de la gaita; cuyos dulces sonidos evocaban el recuerdo de sus valles y sus montes y las costumbres patriarcales de su aldea.

El efecto teatral estuvo a cargo del cadete. Era preciso que la cabeza del distrito, conociera los progresos del batallón, y éste desfiló con los oficiales en sus puestos, con intervalos entre las compañías, y la tropa de a cuatro en fondo, marcando el paso, a los compases del silbo y del tambor.

—Marchan como veteranos.

—Si parecen *guiris*.

—¡Viva Carlos VII!

—¡Viva el batallón de Guernica!

—¡Vivaaa!

Las aclamaciones del pueblo no cesaron hasta que el batallón disolvióse en la Alameda.

www.fpev.es

VIII

LA LEYENDA DE UNA RAZA

Gratas fueron las impresiones que el cadete recibiera a atravesar la histórica villa de Guernica. Sus limpias calles, simétricas, a cordel, su caserío moderno, sus paseos cubiertos de arbolado y su magnífico frontón, demostraban buen gusto y celosas autoridades.

El cadete no tenía más armas que el revólver que le regalara en Valladolid, su compañero de Academia, Santiago Bacicher. Su primer cuidado en Guernica fué proveerse de una espada.

En Guernica hallábase el Comandante general del Señorío, Velasco, con los batallones de Arratia, Castilla, Marquina y Munguía. Tal contingente de fuerzas que sumaría unos 1 500 hombres, prestaba gran animación a la capital foral de Vizcaya.

Celebróse en Santa María, solemne fiesta religiosa, amenizada por histórico y elocuente sermón de D. Pío Fraile, que pocos días antes llegara de Valladolid. En la Alameda tocó piezas escogidas la charanga de Arratia, y en el frontón bailóse el *aurresku* con toda solemnidad.

Palacios tuvo ocasión de saludar a D. Pío y a los cadetes de caballería procedentes de la Academia de Valladolid, Montemayor, Teran, Campos, Urbina y Rios, agregados todos al cuartel del general Velasco y juntos pasearon, comunicándose las más risueñas esperanzas. La presencia de aquellos amigos,

www.fpev.es

refrescó en Palacios la memoria de sus lares castellanos tan queridos.

D. León, Obieta y Muzquiz, encargáronse después del capítulo de presentaciones. El cadete fué cariñosamente acogido por los prohombres guerniqueses, modelo de urbanidad y cortesía, y por las bellas guerniquesas.

Entre aquellos, distinguíase por su cultura el abogado D. Román Zubiaga, especialista en la legislación foral y profundo conocedor de la historia del Señorío.

Desde que el nombre de Guernica sonó en los oídos del cadete, había este acariciado el romántico deseo de visitar el árbol simbólico de las tradiciones euskaras. Zubiaga prestóse gustoso a acompañarle y juntos subieron al Alto de la Antigua. Con sencilla elocuencia desarrolló Zubiaga el cuadro legendario e histórico del país.

—Los vascongados somos descendientes de los iberos, primitivos pobladores de la Península, que no tienen parentesco alguno con las razas que la ocuparon en tiempos ya históricos. Los celtas, los fenicios, los griegos, los cartagineses, los romanos, los visigodos y los árabes, que sucesivamente dominaron a España, son muy posteriores a esta raza ibera, cuyos aborígenes se pierden en las nieblas de la prehistoria. Que los iberos ocuparon toda la Península, es un hecho comprobado por los estudios filológicos. Los nombres más antiguos de ciudades, comarcas, montes y ríos, son eúskaros, desde el Pirineo hasta las columnas de Hércules. Igual origen tienen muchos apellidos. Una parte de la raza unióse a los primeros invasores, los celtas, y formó el pueblo celtíbero; pero las tribus más celosas de su independencia refugiáronse en las montañas de aquende y allende el Pirineo, constituyendo la *Euskalerria*, es decir *el país de euscaldunac*, de los que hablan el idioma eúskaro, fiel guardador de sus tradiciones y de la pureza de sus costumbres. Y en estas montañas han conservado los vascos, a través de tantos siglos, su independencia, su libertad y las instituciones patriarcales, nacidas de sus juntas y asambleas celebradas al aire libre, bajo la sombra protectora de sus árboles centenarios. ¿No es admirable este memorial histórico de la raza eúskara? Si un día

www.fpev.es

por necesidades imperiosas de defensa, unión y gobierno, los vizcaínos eligieron a un Señor, fué reservándose su envidiable autonomía y el régimen económico, civil y penal que bajo este árbol habían establecido sus asambleas populares. Y después de los caudillos legendarios que residían en Morga, donde aún se conservan restos arqueológicos de sus casas-fuertes, destácase la figura de Jaun Zuria (el Señor blanco), hijo de una princesa de la verde Erin. Es el primer *Señor* aclamado *so el árbol de Guernica*, por la representación de los pueblos, la asamblea de los ancianos *(batzarra*—los viejos en uno). Desfilan a continuación los *Señores* propiamente históricos; cuya serie comienza en el siglo XI, con D. Iñigo López y concluye en el último tercio del siglo XIV, con el infante D. Juan, que al suceder en el trono a su padre Enrique II, unió el Señorío de Vizcaya a la Corona de Castilla. Y a partir de Juan I, todos los reyes castellanos ostentan entre sus títulos el de *Señor de Vizcaya*.

Habían entrado en la Casa de Juntas, precedidos de Pepe, el conserje, crónica viva de los Señores de Vizcaya, cuyos retratos cubren los muros laterales del salón. Ofrecióse Pepe a contar al forastero la historia de aquellos señores.

—Señale usted uno, Palacios, - dijo Zubiaga—que para muestra basta un botón.

Al azar señaló el cadete uno de los retratos y Pepe sin titubear hizo relación de la vida y hazañas de D. Lope Iñíguez, cuarto Señor de Vizcaya, que batióse contra Almanzor, al lado del Conde Fernán González, y del que decían los castellanos: «*Conde D. Lope el Vizcaíno, rico de manzanas; pobre de pan y vino.*»

Palacios felicitó al cronista por su buena memoria.

Contemplaron después en el testero de la sala, el altar de la Concepción donde celebrábase la misa del Espíritu-Santo, antes de comenzar las sesiones de las juntas. Una cortina de damasco aislaba la capilla del salón. Al extremo opuesto un lienzo representaba el acto de la jura de los fueros por D. Fernando el Católico.

De la sala de juntas salieron al jardín, donde vegetaba el árbol secular, rodeado de elegante verja de hierro. Era un

www.fpev.es

roble decrépito amenazado de muerte; pero aún sus frondosas ramas cubrían el ático de la construcción monúmental, estilo corintio, destinado a los diputados forales. Aquel pabellón de 22 hermosas columnas, cuyos fustes son de una sola pieza, construyóse en 1833, sirviendo de modelo al arquitecto director, el frontispicio del panteón de Agripa, en Roma.

Palacios habíase descubierto ante el sagrado roble y meditaba.

—Una observación se me ocurre - dijo:—Ha manifestado usted que Jaun Zuría fué elegido señor de Vizcaya so el árbol de Guernica, y yo entiendo que usted se refiere al símbolo al roble que entonces existiera, porque esta especie forestal no alcanza tantos siglos de vida.

—En efecto; he hablado del árbol de Guernica como símbolo. Esta especie de roble *(quercus pedunculata)*, puede vivir hasta 200 años, aunque por excepción haya ejemplares de mayor longevidad.

—Hay noticias de los árboles simbólicos que se han venido sucediendo desde Jaun Zuría?

—Muy pocas. De la Edad Media sólo referencias al árbol en documentos, a partir del siglo XIV. Es más; dúdase de que en este solar fuese proclamado ningún señor hasta después de la fundación de la villa de Guernica, en 1366, por la carta-puebla de D. Tello, conde de Vizcaya y de Castañeda. Tal opinión y la contraria sólo se fundan en hipótesis. Faltan testimonios escritos. Ya en la Edad Moderna, el P. Henao en sus *Antigüedades de Cantabria*, afirma que existían dos robles junto al templete y que había fenecido otro viejo.

Un siglo después, en 1794, pereció uno de los que viera el P. Henao, según recuerdos del notario señor Amesti. Y en 1826, al reconstruírse la Sala de Juntas, existían tres robles de los cuales se cortaron dos para dar mayor emplazamiento al edificio. Son los únicos datos que conozco.

—Y ¿como se explica usted la costumbre de los vizcaínos de celebrar sus asambleas bajo este árbol, en vez de celebrarlas en una casa, a cubierto de la lluvia, tan frecuente en este país?

—Se explica esa costumbre como una reminiscencia de la

www.fpev.es

religión natural de los primitivos vascos, quienes personificaban sus dioses en los árboles, las montañas, los ríos, además de rendir culto a la luna y a *Jaungoicoa* (Señor de lo alto). El cristianismo desterró la idolatría; pero no la costumbre en los pueblos de celebrar sus fiestas y reuniones bajo ciertos árboles consagrados por la tradición. El de Arechabalagana, en Larrabezua, precursor del de Guernica, el de Guerediaga en el Duranguesado y el de Avellaneda, en las Encartaciones, son ejemplos de esa tradición semireligiosa. Todos han desaparecido. Sólo queda, de los robles históricos, este de Guernica.

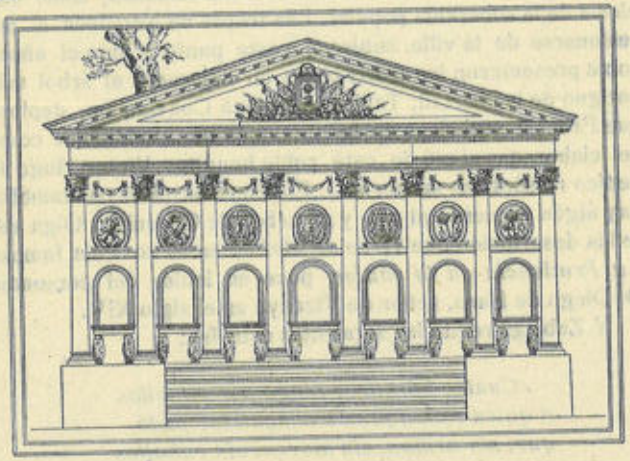
—Lástima es que no pueda prolongarse su gloriosa senectud. (1)

—El árbol de Guernica, como símbolo nunca desaparecerá. Ahí tiene usted a su hijo ante el sólio. Es un ingerto plantado en 1859.

Las primeras sombras del crepúsculo empezaron a invadir la Casa juradera y sus poéticos alrededores.

El abogado y el cadete sentáronse en el sólio, bajo la copa del árbol representativo de la leyenda de una raza.

(1) El árbol viejo existente en 1873, concluyó de secarse en 1892



www.fpev.es

IX

GUERNICACO ARBOLA

Tras unos momentos de silencio, Zubiaga prosiguió su erudita disertación.

—El árbol de Guernica—dijo—ha sido siempre objeto de admiración universal. Muchos hombres eminentes en las ciencias, las letras, las artes, las armas y la política han pasado por aquí, y todos, españoles y extranjeros, despidiéronse impresionados del culto de este pueblo a su roble secular y de las instituciones patriarcales que simboliza conservadas religiosamente a través de tantos siglos.

El filósofo Rousseau le saludó calurosamente como emblema de la soberanía popular. Las tropas de Napoleón al posesionarse de la villa, subieron a este punto y ante el añoso roble presentaron las armas como un homenaje al árbol más antiguo de la libertad, Tallien, en plena Convención, deploró que Francia careciese de instituciones tan envidiables como las elaboradas al pié de este roble bendito. Víctor Hugo le dedicó románticas memorias... En nuestros clásicos, también hay algún recuerdo al país y al arbol de Guernica. Oiga usted la descripción que *Tirso de Molina* en su comedia famosa *La Prudencia en la mujer*, pone en labios del personaje D. Diego de Haro, señor de Vizcaya en el siglo XIV.

Y Zubiaga recitó las siguientes estrofas:

«Cuatro bárbaros tengo por vasallos
a quién Roma jamás conquistar pudo,
que, sin armas, sin muros, sin caballos

www.fpev.es

libres conservan su valor desnudo.
Montes de hierro habitan, que a estimallos,
valiente en obras y en palabras mudo
a sus minas guardaredes decoro
pues por su hierro España goza su oro.»

. . . . . .

«El árbol de Guernica ha conservado
la antigüedad que ilustra a sus señores
sin que tiranos le hayan deshojado
ni haga sombra a confesos ni a traidores.
En su tronco, no en silla real sentado,
nobles, puesto que pobres electores,
a un solo señor juran, cuyas leyes,
libres conservan de tiranos reyes »

Comentado este alarde de independencia que Tirso de Molina atribuye a D. Diego López de Haro, el erudito Zubiaga prosiguió su interesante conferencia.

—Y con la filosofía, la oratoria, la milicia y la literatura dramática, han rendido su tributo al árbol de Guernica, la poesía y la música. ¿Conoce usted el zortzico de Iparraguirre titulado *Guernicaco Arbola*?

—No recuerdo haberle oído.

—¿Es posible? ¿Dónde está usted alojado?

—En casa de Obieta.

—Intérprete admirable. No deje usted de pedirle que toque ese zortzico.

—Su autor ¿era de Guernica?

—No señor, es guipuzcoano, de Villarreal. No se sabe que haya fallecido.

—¡Ah! ¿luego es una composición contemporánea?

—Sí, posterior a la guerra de los siete años. Iparraguirre, voluntario carlista, hubo de emigrar después del convenio y gracias a su hermosa voz de barítono pudo ganarse el pan cantando por extraños pueblos, como un trovador de la Edad Media. Sus canciones predilectas fueron los aires vascongados y su laud la guitarra. De vuelta a España indultado y vi-

www.fpev.es

viendo en Madrid, en 1853, compuso el himno que le ha hecho célebre, letra y música, aunque ésta la atribuyen algunos a otro vascongado, Altuna, amigo de Iparraguirre. No oscurece su gloria este detalle, pues son muchas las canciones que acreditan su originalidad como poeta y como compositor. *El Guernicaco Arbola* refleja fidelísimamente el sentimiento patrióti co del pueblo vasco y el amor que profesa a sus instituciones tradicionales. Viene a ser para nosotros lo que la *Marsellesa* para los franceses o el *Himno de Riego* para los liberales españoles. Cantado por Iparraguirre en pueblos y romerias, de tal modo entusiasmaba a las multitudes, que el gobierno de Isabel II, en previsión de alteraciones de órden público, desterró de estas provincias al trovador vascongado, que en busca de mejor fortuna, emigró a la América del Sur. (1)

Las campanas tocaron el *Angelus* e instantaneamente se interrumpieron los atropellados compases del *arin arin*, que a lo lejos, en la Alameda, se oían. Zubiaga y Palacios, descubriéronse y rezaron.

De regreso a la villa, Zubiaga cerró su interesante conferencia, con un episodio relacionado con Eusebio Obieta y el zortzico célebre.

Hallábase Obieta en Buenos Aires y un día, sin hogar y sin blanca, apoyóse desfallecido en el muro de un hotel. Los acordes del *Guernicaco Arbola*, que al piano tocaban manos inexpertas, hirieron las fibras patrióticas del vascongado. Aquel instrumento adolecía de insoportable desafinación. Una idea salvadora cruzó por la mente del artista. Presentaríase en la casa ofreciéndose a afinar el piano. Y así lo hizo. Sin dificultad fué aceptado el ofrecimiento. Obieta desempeñó concienzudamente su labor y después... después tocó y cantó

(1) Iparraguirre volvió a su patria pobre y desvalido en 1877 y a pesar de los esfuerzos nobilísimos de algunos escritores, principalmente alaveses, no encontró ni en las diputaciones vascongadas ni en sus paisanos, la protección que merecía el inmortal cantor del árbol de Guernica. Murió en 1881. Villarreal de Urrechu dedicóle una estátua en 1890.

www.fpev.es

el zortzico con tales matices de ejecución y sentimiento, que produjo en los moradores del hotel indescriptible entusiasmo. Aquel recurso, *el árbol de Guernica*, salvó la difícil situación económica de Obieta.

. . . . . .

No necesitó el cadete más que iniciar su deseo, para ser complacido por Obieta en cuya casa siempre estaba abierto el piano.

Obieta tocó y cantó el *zortzico* de un modo magistral. En los oídos del cadete sonaban aquellas notas a música primitiva por su extraño ritmo y sus efectos conmovedores. Creía sorprender en los compases melancólicas reminiscencias de danzas aldeanas, sobre la verde pradera, bajo los robles frondosos, no lejos del santuario, y en algunas estrofas antojósele percibir ecos de rebeldía mezclados con expresiones de esperanza y amor. El hijo de Castilla no pudo menos de participar del entusiasmo comunicativo que en cantantes y oyentes el himno euscalduna producía. Y no tardó en apercibirse de que gran parte de aquella exaltación dimanaba de la letra, para él ininteligible.

—La música y la letra—díjole don Escolástico, padre del capitán artista—se completan y armonizan. Son la materia y el espíritu, el cuerpo y el alma del *Guernicaco-Arbola*. Solamente unidas letra y música, pueden expresar los sentimientos que a los vascongados nos inspira el árbol simbólico de nuestras instituciones.

—Y ¿no se ha hecho alguna versión en castellano de la letra?

—Sí; hay varias, entre ellas la de Gertrudis Gómez de Avellaneda y la de Antonio de Trueba; pero todas deficientes; les falta expresión y colorido; no aciertan a interpretar los versos de Iparraguirre. Y es que los versos en vascuence por su especial contrucción, derivada del mecanismo del idioma, son intraductibles. ¿Qué digo los versos? En el lenguaje común hay frases y palabras cuya expresión no puede traducirse. Nada más dulce que *ama maitia* (madre querida), nada más enérgico que *aurrerá* (¡adelante!). Cuantos ensayos se hagan para traducir con fidelidad nuestro himno, resulta-

www.fpev.es

rán, pues, infructosos. Créame usted, Palacios, para sentir el *Guernicaco Arbola* es preciso conocer el vascuence.

Estas opiniones de Obieta, padre, acentuaron la curiosidad del cadete, que se hizo recitar y traducir las estrofas del himno de Guernica. De ellas anotó la primera y la última.

Guernicaco Arbola
Da bedeincatuba
Euscaldunen artean
Guztiz maitatuba
Emanta zabaltzazu
Munduban frutuba
Adoratzen zaitugu
Arbola santuba.

(El árbol de Guernica es bendito, amado por todo euscalduna. Propaga y extiende tu fruto por el mundo. Nosotros te adoramos, árbol santo.)

Erregutu diogun
Jaungoico jaunari
Paquea emateco
Orain eta beti.
Bai eta indarrere
Zedorren lurrari
Eta bendiciyoa
Euscal-erriyari.

(Roguemos todos a Dios que nos conceda la paz ahora y siempre. Y que fecunde la tierra del árbol y derrame su bendición sobre el país vascongado).

Rendido este tributo al himno y a su autor, Obieta pasó revista a sus recuerdos musicales. El piano y la flauta no tenían secretos para él, ya ejecutase motivos de ópera, alegres trozos de zarzuela o sentimentales *zortzicos*.

La velada terminó como había empezado, con el *Guernicaco Arbola*.

www.fpev.es

Y con el rumor de sus notas en los oídos, y el recuerdo de su letra, al retirarse a descansar el cadete discurría:

—Zubiaga padece una equivocación. No es el *zortzico* vasco comparable con *La Marsellesa* ni con el *himno de Riego*. *La Marsellesa* es un grito de guerra y de venganza de los oprimidos contra los tiranos. El himno de Riego es un cántico brioso a la libertad. *Guernicaco Arbola*, más bien parece una plegaria, un himno de paz y de amor...



www.fpev.es

X

EL CASTILLO DE ARTEAGA

Al amanecer del siguiente día, repetidos toques de corneta despertaron a los guerniqueses y a sus alojados.

La pequeña división de Vizcaya, después de racionarse, salió de Guernica por el camino de Zornoza. A la altura de Mújica abandonó la carretera, ascendiendo a los montes de Rigoitia. Desde una cumbre pudieron los carlistas contemplar el avance de la columna Pino, fuerte de unos 700 hombres, su descanso cerca de Mújica y su retroceso hacia Amorebieta. Ni los republicanos tenían ganas de batirse, ni los carlistas hallábanse en disposición de tomar la ofensiva, por su mal armamento y su escasez de municiones.

Apenas la columna republicana se perdió de vista, el general Velasco, a la cabeza de los batallones de Arratia, Castilla y Munguía, tomó la dirección de Larrabezua. El batallón de Marquina dirigióse a su distrito y el de Guernica, sin un momento de descanso, atravesó la villa de su nombre, los poblados de Ajanguíz y Cortezubí y a la caída de la tarde hizo alto en la anteiglesia de Gauteguiz de Arteaga.

Apenas el cadete limpióse el polvo del camino, salió de su alojamiento. Habíale llamado la atención aquella pintoresca vega, salpicada de modernas construcciones, y no tardó en descubrir la almenada torre de un castillo, que del fondo de bellísimos jardines se destacaba.

Todo el mundo caballeresco, surgió en la fantasía del cadete, ante aquella aparición feudal, que por un instante se le antojara cosa de encantamiento. Pronto se informó de que el

www.fpev.es

castillo pertenecía a la ex-Emperatriz de los franceses doña Eugenia de Guzmán, quien encomendara la reconstrucción del edificio al arquitecto francés M. Couvrechet y el trazado y repoblación de bosques y jardines a un jefe de los de Versalles. En la traza arquitectónica y en la parte decorativa del castillo, intervino el famoso arqueólogo M. Didron, entusiasta y romántico investigador de los monumentos medioevales y de sus bellezas artísticas.

Las obras comenzaron en 1857 y concluyeron en 1870. Un foso tapizado de fina hierba rodea a la muralla, rosales trepadores y madreselvas escalan los torreones angulares, un puente, que pudo ser levadizo, atraviesa el foso, dando acceso desde el jardín al patio de armas, cuyo centro ocupa el castillo coronado de almenas. Destácase en la portada nobiliario escudo, en cuyos cuarteles figuran calderas, serpientes, espadas y otros atributos de señorío feudal que contrastan con modernos emblemas imperiales. Tiene la torre 106 pies de altura, (unos 30 metros). Suntuosa escalera salva la parte de sótanos hasta la puerta de entrada. Consta el castillo de cuatro plantas. La más curiosa es la segunda donde el arquitecto colocó el oratorio. Sus ventanas ojivales dan paso a la luz a través de vidrieras de colores, en las que aparecen representados San Francisco de Sales y Santo Domingo de Guzmán, vástagos que fueron de la familia de la propietaria.

Tan artísticas vidrieras, fabricadas con arreglo a los procedimientos de la Edad Media, tienen el sello de origen: *Didron-Paris-1861*. La escalera de 114 peldaños, de madera fina, las chimeneas de mármoles y jaspes, coronadas por heráldicos escudos, los pavimentos, los artesonados, completan la obra arquitectónica subordinada en su fábrica y ornamentación al estilo del último período del siglo XV.

El cadete reflejó las impresiones y noticias que durante su visita al castillo recibiera, en la siguiente composición:

www.fpev.es

ANTE UN CASTILLO

Ayer tuve la suerte de descubrir
en esta hermosa vega, junto a la ría,
un castillo acabado de construir,
mansión que por su ambiente de poesía
parece, entre jardines encantadores,
más que feudal morada, nido de amores.
Y al visitar su torre, sus baluartes,
sus ricos aposentos y sus murallas,
admiré los recursos de ciencias y artes
para fingir históricas antiguallas;
que es el castillo, a un tiempo, casa ideal
y una joya del arte monumental.
Contemplaba aún la torre maravillado
cuando entró en los jardines un señor cura
de la iglesia de Arteaga, beneficiado,
muy perito en detalles de arquitectura
y a los datos históricos que le pidiera
contestó el señor cura de esta manera:

«El siglo diez transcurria
cuando fundó este castillo
un señor de horca y cuchillo
nombrado Sancho García.
Muchos servicios prestaron
don Sancho y sus sucesores
a los primeros señores
que en Vizcaya gobernaron.
Caballeros in mancilla
la Santa Cruz defendieron
y a los moros combatieron
bajo el pendón de Castilla.
La historia es confusa y vaga
hasta fin del siglo trece;
en el catorce, aparece
Fortun García de Arteaga.

www.fpev.es

Él reedificó el castillo
por la vejez cuarteado,
y fué en paz hombre ordenado
y en guerra bravo caudillo.
Auxilió con sus haciendas
y sus fieles veteranos
a los reyes castellanos
en sus bélicas contiendas.
Y en auge las banderías
luchó contra sus vecinos
como uno de los gamboinos
de mayores energías.
En sus empresas, según
la crónica, prosperó,
pero al final se eclipsó
la fortuna de Fortun;
pues estando en Villarreal
cometió tal desafuero
que el Rey don Pedro primero
le mató por desleal.
Tan fulminante castigo,
entonces digno de loa,
retrajo a los de Gamboa
y alentó al bando enemigo
y después de algunos años
estos valles invadieron
y el castillo demolieron
los Mújicas y Avendaños.
Pero deudos de García
volviéronle a edificar
sobre el antiguo solar
con piedra de sillería.
Sus murallones macizos
haciánle inexpugnable
contra un ataque probable
de los otros banderizos.
Fue inútil la previsión
porqué vino de Castilla

www.fpev.es

el licenciado Chinchilla
con real autorización
y pronto logró alianzas
de paz, entre los rivales
dándolos formas legales
merced a unas Ordenanzas
cuyos preceptos los dos
bandos cumplir ofrecieron
y desde entonces vivieron
en paz y en gracia de Dios.

Sin temor a otro desmán
(pasados los siglos medios)
vinculáronse estos predios
en la casa de Guzmán.

Cabeza de ese linaje
fué el procer conde de Baños
al que Arteaga muchos años
rindiera pleito-homenaje.

Por vivir cerca del trono
los condes, o por pereza,
dejaron la fortaleza
en el mayor abandono.

Y lo que no supo hacer
ningún varón para honrar
los timbres de su solar,
lo ejecutó una mujer.

Su culto a la tradición
inspiró a la Emperatriz
el pensamiento feliz
de hacer la reconstrucción,
y esas torres señoriales
alzáronse de la nada
como al conjuro de un hada
de los cuentos orientales.

Nunca aquí puso los piés
pero el plan que concibió
a realizarle acertó
un arquitecto francés

www.fpev.es

quién restauró ese recinto,
el castillo y los jardines
tal como estaban a fines
del siglo décimo quinto.
Si un trono perdió en Sedán
mientras el castillo exista
reinará aquí como artista
doña Eugenia de Guzmán.»

—

Hizo aquí punto y fuese el beneficiado
a rezar por el parque sus oraciones
y yo frente al castillo quedé sentado
abstraído en profanas meditaciones
nacidas del efecto que en mi memoria
produjeron los datos de aquella historia.
Porque la fiel reseña del señor cura
aunque no carecía de pormenores
era, en todas sus partes, historia pura,
la prosáica historia de unos señores
que, como tantos otros, o combatieron,
o hicieron desatinos o nada hicieron.
Faltaban a ese trozo de historia escueta
episodios románticos y pintorescos
lo más interesante para el poeta
que halla siempre en los siglos caballerescos
caudal inagotable de inspiraciones
en costumbres, leyendas y tradiciones.
Y recordé famosos viejos castillos
también en la Edad Media lindas moradas
hoy albergues de buhos y de cuclillos
que anidan en sus torres desmanteladas.
De la historia testigos, entre sus ruinas
esconden las leyendas más peregrinas.
Algunos rememoran los festivales
llenos de poesía, luz y colores
de las primeras épocas medioevales
dónde apuestos guerreros y trovadores
rendían en brillantes cortes de amor

www.fpev.es

homenaje a las damas, culto al honor.
Otros guardan recuerdos de desafíos,
de hazañas que inspiraron cantos de gesta,
de justas, de torneos y de amoríos
y en todos estos hechos se manifiesta
lo que más enaltece al mundo feudal,
un simpático fondo espiritual.
Y nunca falta el cuadro del trovador
a la luz de la luna, en bella actitud
cabe el muro entonando coplas de amor
a los dulces acordes de su laud
y asomada en el hueco de un ajimez
la tímida doncella de blanca tez.
Y cuando, al fin, comienzan a despoblarse,
los castillos feudales son invadidos
por fantásticos seres, al transformarse
en viviendas de brujas y aparecidos
y teatros de fábulas y de consejas
que al amor de la lumbre cuentan las viejas.
Estos hechos y algunos más secundarios
en historias auténticas se describieron
aunque yo los moteje de legendarios
y si en otros castillos acontecieron
hay, con perdón del cura, que suponer
que aquí también debieron de acontecer.
En los tiempos feudales armas de guerra
los castillos crecieron y prosperaron,
más como todo cambia sobre la tierra
los reyes a los feudos avasallaron
dominó a los castillos la artillería,
y tan sólo les queda la poesía.
Poesía que nace del sentimiento
ante toda grandeza que se derrumba,
que brota de las ruinas de un monumento
como brotan las flores sobre una tumba,
que llena de leyendas sensacionales
castillos, monasterios y catedrales.
Con esta poesía de lo pasado

www.fpev.es

que ofrecen la leyenda y la tradición,
pudo muy bien el ínclito beneficiado
amenizar su histórica disertación;
más enmendó la falta de amenidad
con un rasgo poético de actualidad.

Pues dijo que a las ruinas y la maleza
con su varita de oro tocó una maga
y surgió a su conjuro la fortaleza
que embellece el risueño valle de Arteaga
y brotaron en torno a la construcción
estos bosques de espléndida vegetación.

Tales efectos mágicos son bien sencillos
pues con oro y buen gusto cualquier mortal
puede hacer poesía y hacer castillos
que a la acción soberana del vil metal
el campo más estéril se fertiliza
y el lugar más prosáico se poetiza.

Más dado el imperante mercantilismo
del siglo diez y nueve, como excepción,
como nota de puro romanticismo,
es plausible esa artística restauración
con la cual enaltece y honra a sus manes
la ilustre sucesora de los Guzmanes.

En el nuevo castillo no habrá ya fiestas
de damas, trovadores y paladines
ni gentes al combate siempre dispuestas,
ni por las avenidas de los jardines
saldrán en son de guerra los gamboinos
contra sus adversarios los oñacinos.

Ahora no se percibe rumor humano:
susurra entre las flores el aura pura
saturada de efluvios del mar cercano,
y los pájaros cantan en la espesura:
todo es vida en la madre naturaleza,
todo es paz y silencio en la fortaleza.

No hay temor de que alteren sus soledades
los diversos factores de esta campaña:
ni responde a estratégicas necesidades

www.fpev.es

en guerra de partidas y de montaña,
ni por sus condiciones y situación,
tendría en ella facil aplicación.
Más si hoy es el castillo jaula vacía
cuyo silencio nadie viene a turbar,
por sus muchos encantos, quizá algún día
se convierta en alegre y feliz hogar;
pues supo hacer el arte con sus primores
de este campo de lucha nido de amores.

Arteaga 11 Junio 1813

Habíase atribuído la restauración del castillo y sus jardines al deseo de la Emperatriz, de hacer de tan ameno sitio, su residencia de verano. Nada más lejos de la realidad, a juicio del cura *cicerone*.

El castillo de Arteaga como edificio conmemorativo de ilustre solar, cumple su misión, pero como casa habitable para una Emperatriz, adolece de grandes deficiencias. Es simplemente una torre, no un palacio, aunque así le consideren los hijos de la anteiglesia.

La verdadera historia de su restauración, está relacionada con la política. Cuando Napoleón III, hallábase en el apogeo de sus prestigios imperiales, unas juntas de Guernica, celosas de sus fueros, acordaron declarar al príncipe Napoleón vizcaino originario. Representantes forales llevaron el acta del acuerdo a la Emperatriz, quien agradecida al homenaje, en justa correspondencia, mandó reconstruir su derruido castillo y restaurar los jardines de Ozolomendi. En los trece años invertidos en las obras, ni una sola visita hizo la Emperatriz a sus posesiones de Arteaga, lo que demuestra que nunca tuvo intención de abandonar por ella, su magnífica y suntuosa residencia veraniega de Biarritz.

Tres días deliciosos pasó el cadete en Arteaga y así en sus paseos por los jardines, como desde la torre del castillo, evocó las sombras de sus antepasados que allí contendieron con los de Eugenia de Guzmán. Cuatro centurias habían transcurrido desde que los Avendaños, raíces del árbol genealógico del cadete, conquistaron y demolieron el castillo que Fortun

www.fpev.es

García, reedificara. La historia se repetía. En el siglo XIX retoñaba el espíritu de rebelión que animó a las banderías medioevales. Sólo habían variado las dimensiones del teatro de la lucha, que en vez de limitarse a los valles vizcainos se extendían a toda la nacionalidad española y los nombres de los contendientes. Antes se llamaron gamboinos y oñacinos. Entonces se llamaban carlistas y liberales.

www.fpev.es

XI

MARCHAS Y CONTRAMARCHAS

Al tercer día de ejercicios y academias en Arteaga llegaron los confidentes con noticias alarmantes. Varias columnas republicanas se movían hacia el centro del distrito. Sin toques de corneta formóse el batallón y tomó el camino de la costa; pero al llegar al empalme, en vez de seguir la carretera de Lequeitio, dirigióse por Ibarranguelua al puerto de Elanchove. El tamborilero de la localidad salió al encuentro del batallón y éste penetró en la anteiglesia al compás del *¡Ay! ¡ay! ¡ay! mutillac* entre una turba de chicos y mujeres que aclamaban con entusiasmo a Carlos VII.

Elanchove, al abrigo del cabo Ogoño, es un pueblo original. En la rápida pendiente de la montaña hacia el mar, incrústase el caserío, formando una serie de escalones hasta el puerto, donde se guarecen embarcaciones costeras y lanchas de pescadores.

Las calles forman violentos planos inclinados y las cubiertas de las casas de una acera están al nivel de los pisos bajos de las situadas en la acera de enfrente. Todas tienen vistas al mar y desde el mar contemplado el panorama de Elanchove, ofrece la estructura de un castillo de naipes, con sus casas al parecer sobrepuestas, sin otra solución de continuidad que los tejados. Desde el alto de Ibiñaga, divísase toda la costa del golfo de Gascuña y los picos de los Pirineos. Retiro de lobos marinos, muchos de los cuales han dado la vuelta al mundo.

www.fpev.es

Elanchove no carece de comodidades. En su casino, buenas mesas de billar, periódicos españoles, franceses e ingleses y un excelente café, atraen numerosa concurrencia.

A las tres de la mañana del 14, otra confidencia hizo salir de Elanchove al batallón de Guernica.

La marcha fué, sin embargo, breve, pues terminó en la cercana anteiglesia de Ereño, célebre por sus canteras de mármol, que ofrece a los vecinos rica primera materia para sus construcciones. Desde la ermita de San Miguel, domínase toda la vega de Guernica, las márgenes pintorescas de la ria de Mundaca y un retazo de alta mar. ¡Hermosa perspectiva!

Confidencias más tranquilizadoras, favorecieron el regreso del batallón a su cuartel general de Arrazua. (1) Las columnas enemigas habían renunciado, como la zorra de la fábula, a sus combinaciones para alcanzar la fruta. Estaba verde.

En Arrazua y algunos días en Guernica, pasó el batallón una semana dedicado tranquilamente a enseñanzas y ejercicios militares, bajo la dirección del cadete Palacios. En Guernica celebrábanse las clases académicas en la sala de juntas de la iglesia juradera, con gran satisfacción de Pepe, el conserje, que seguía ejercitando con cualquier pretexto su memoria, en honor de los Señores de Vizcaya.

Una orden urgente del Comandante general, hizo salir al batallón de su distrito. Desde Arrazua, dirigióse, eludiendo encuentros con las columnas Pino y Costa, por Mendata,

(1) Por aquellos días de Junio, ocurrió en Guipúzcoa un hecho que erroneamente se atribuye a D. León de Iriarte. Los dos principales cronistas de la guerra civil, Pirala (*Anales*—tomo IV, página 461) y el Cuerpo de Estado Mayor (*Narración*—tomo III, página 19), dicen casi con las mismas palabras:

«El 18 de junio de 1873 presentóse en la estación de Beasain el cabecilla D. León Iriarte, con una compañía de vizcaínos e incendió 85 barricas de aguarrás y un vagón de trigo». Así se escribe la historia. El 18 de Junio de 1873, hallábase D. León de Iriarte en la anteiglesia de Arrázua, a cuatro kilómetros de Guernica, y ni antes ni después de esa fecha intervino en actos tan censurables como el que le atribuyen los mal informados narradores. Rectificamos ese error, rindiendo culto a la verdad histórica.

www.fpev.es

Albiz, Ajuria, Zugastieta y Amorebieta, a la anteiglesia de Lemona donde pernoctó. Continuando a la mañana siguiente su expedición, pasó por Yurre, Dima, y a la vista de Villaro, guarnecida por fuerzas republicanas, llegando al mediodía a Ceanuri, cuartel de Velasco.

Larga fué la conferencia entre el jefe del Señorío y el jefe de Guernica. En ella se trató del alzamiento general. Las armas estaban en camino y pronto efectuaríase el primer desembarco.

Terminada la conferencia y satisfechos los estómagos, el batallón volvió sobre sus pasos yendo a pernoctar a Dima.

Rezagado y maltrecho llegó el cadete. Una afección reumática impedíale articular la pierna izquierda. Informado el coronel, visitó al inválido, aconsejándole se quedase en el hospital de sangre establecido en Dima, hasta restablecerse. El cadete protestó. Seguiría al batallón aunque fuera con trabajo.

—No sea usted niño—añadió el coronel—empieza la campaña activa y en ese estado no puede usted prestarnos sus valiosos servicios. Mientras se hace el alzamiento, usted descansa aquí y se restablece, después tiene mucho que trabajar. Dejaré a usted recomendado al médico director y nada le faltará.

El coronel se levantó. Agudos dolores impidieron moverse a Palacios, que hubo de rendirse ante la realidad.

Cuando a la mañana siguiente partió el batallón, el inválido, apoyándose en un palo, presenció el desfile con sentimiento mezclado de gratitud por las muestras de afecto que todos tributáronle al pasar. El espíritu de cuerpo, ese lazo misterioso que auna tantas voluntades y engendra tantos heroismos, que hace comunes la gloria y la adversidad, la satisfacción y las privaciones, manifestábase en aquellos bisoños militares. Todos sentían la enfermedad del cadete como una desgracia del batallón.

www.fpev.es

XII

FUENTE MILAGROSA

En medio de sus desdichas el cadete solo tenía motivos para dar gracias a Dios, que con su infinita sabiduría coloca frecuentemente el medicamento curativo al lado de la enfermedad.

Persona afable y competentísima era el médico director del hospital de sangre de Dima, D. Luciano Legarreta.

Enterado del mal que aquejaba al cadete dolorido, dispuso el tratamiento.

—Nada tan eficaz—dijo el doctor—para el reumatismo como los baños sulfurosos. No pudiendo ir a Villaro ni a Elejabeitia sin permiso de los *guirís*, hay que recurrir a un manantial que tenemos cerca de Dima. Tomará usted siete baños en un caserío próximo, y no dudo de que le sentarán bien. Ahora voy a darle posesión de su cuarto.

La habitación destinada al cadete era una estancia coquetona con salida a un jardín, cuyos paseos flanqueaban mirtos y rosales en flor. Allá en el fondo susurraba el agua de una fuente al caer sobre el estanque. Bien se encontraba el enfermo en aquel delicioso retiro.

En el hospital había algunos heridos carlistas en convalecencia, y tres o cuatro enfermos, ninguno grave. Entre estos figuraban el cura Aparicio y los veteranos Arrillaga y Herrero, con los cuales pasó el cadete las horas de aquel día en grata conversación. A la mañana siguiente, apoyado en un bastón y del brazo de un robusto *mutill*, ascendió el joven reumático por un camino vecinal bordado de flores, al manantial sulfuroso. El cielo despejado, la temperatura primavera

www.fpev.es

y los magníficos paisajes que rodean a Dima, inspiraron al cadete ideas de optimismo y esperanza. Aquel malestar desaparecería según el diagnóstico de Legarreta. Era el fruto obligado de enfriamientos repentinos en los descansos de las marchas al caer sudoroso sobre los húmedos helechos de los bosques. Había que confiar en las virtudes terapéuticas de la fuente sulfurosa.

Próximo a la ermita de Santiago, alzábase el caserío de Azcuenaga y en el declive de una pradera contigua, a la orilla de un arroyuelo, brotaba la fuente mineral. El agua, negra a primera vista, era clara y transparente en un vaso. Los hijos del país denominábanla *uratza* (agua podrida), por su olor característico. Con el vaso en la mano el cadete evocó sus recuerdos de mitología y comparó aquella pradera al monte Helicón, grato a las musas, donde el caballo Pegaso, antes de tender su vuelo, hizo brotar de una patada la fuente Hipocrene, manantial de inspiración para los poetas de la Grecia antigua. Por su malaventura no iba el cadete al monte Helicón de Dima y a su fuente sulfurosa en pos de inspiración poética, sino en busca de un remedio a sus prosáicos dolores de reuma. Y lo encontró. El primer baño le abrasó la piel. Después le metieron en una cama y sudó, sudó mucho... Al tercer día ya pudo ascender al balneario sin necesitar el apoyo del *mutill*. Con sus compañeros de mesa participó de la única distracción que disfrutaban, por las tardes, los huéspedes del hospital; de la famosa tertulia de la confitería, centro de reunión, casino improvisado donde se tomaba café, se leían periódicos y se comentaban las noticias de la guerra. Era el alma del establecimiento una joven a quien los concurrentes llamaban Pepitachu, blanca, de pelo negro tendido en dos trenzas sobre la espalda, de labios rojos y de miradas tan dulces como sus confites. Una tarde Arrillaga, que leía *La Reconquista*, dijo al cadete:

—Voy a dar a usted una sorpresa agradable. Lea usted en voz alta:

Y señalando una de las columnas entregó a Palacios el periódico.

El cadete leyó. Era una carta del corresponsal dedicada a

www.fpev.es

describir el batallón de Guernica y su incipiente organización. Uno de los últimos párrafos decía:

«La instrucción del batallón está encomendada a un brillante joven apellidado Palacios, que siendo alférez del ejército ha pasado a nuestras filas.» (1)

—Aquí hay un error de caja—objetó Palacios—pues yo no fuí alférez en el ejército.

—Es una piadosa mentira del corresponsal—contestó Aparicio.

—Mentira que bien puede perdonársele en gracia a la buena intención—añadió Arrillaga.

La confitera intervino.

—¿Pero ese que *dise* el papel, es usted?

—Un poco desfigurado. Si dijera el corresponsal joven reumático en vez de brillante jóven y cadete en vez de alférez, se aproximaría más a la verdad.

—Oh, Palasios, no se humille, que bien *merese* ser más que *alféres*.

—Y ¿quién es el corresponsal?—preguntó Palacios a Arrillaga.

—Román Zubiaga.

—¡Ah! entonces ya nada me sorprende. Es un bombo de amigo.

A los pocos días le visitó el doctor Legarreta.

—¿Qué tal?

—Ya estoy bien. Deme usted de alta—contestó el cadete abrazando al doctor.

—Espere usted unos días. ¿Pero los dolores?...

—Han desaparecido totalmente. Al tercer baño pude andar sin apoyo alguno, al quinto estaba curado; porque para probar mis articulaciones subí a aquellos peñascos que dan vista a Zornoza...

—¡Qué atrocidad!

—Y no sentí dolor alguno. Mi curación es un milagro de la ciencia, sólo comparable a los milagros de la fe, y aquí la ciencia es usted.

---

(1) *La Reconquista*, del 26 de Junio de 1873.

www.fpev.es

—Pero si yo no hice más que recomendarle el tratamiento hidroterápico... No me atribuya usted...

—¿Cómo? Pues quién sino...

—¿Quién ha de ser? el manantial sulforoso, que para usted ha sido una verdadera fuente milagrosa...

Y el doctor Legarreta se alejó riendo, ante la cara de sorpresa del cadete.

www.fpev.es

XIII

PINTORESCAS EXCURSIONES

Impaciente estaba Palacios por reunirse al batallón. Más hubo de obedecer a los consejos de prudencia del doctor, permaneciendo en Dima tres días más. Uno de ellos fué bien aprovechado. Tenía el cadete referencias de las cuevas de Balzola y allá se fué con otros convalecientes curiosos. La jornada resultó algún tanto penosa por haber salido tarde en burros de medianos aparejos y no llevar provisiones. Pero todas esas incomodidades las dió el cadete por bien pasadas después de admirar aquellas maravillas de la naturaleza.

Las cuevas empiezan en un espacioso recinto grande como una catedral, de cuyas bóvedas y muros colgaran caprichosas estalactitas. Oculta por unas peñas en el interior de este templo colosal fabricado por la gota de agua, está la entrada de las galerías. Provistos de cuerdas y velas, los expedicionarios penetraron en aquella mansión subterránea, donde sólo faltaban, para completar la ilusión, los gnomos constructores. El guía tuvo buen cuidado de fijar el extremo de una cuerda a la entrada, e irla desarrollando al avanzar. Era el único procedimiento para no extraviarse en aquel nuevo laberinto de Creta, de subterráneos sin fin y galerías interminables que se cruzan y entrelazan. En los ángulos, en los techos, en los muros, aparecen estalactitas y estalagmitas de extravagantes figuras, en raras actitudes. Algunas, a la luz de las antorchas parece que se mueven, oscilan y van a desprenderse para protestar airadas contra los profanos visitantes que turban su oscura existencia y su reposo secular. En algunos puntos las luces descubren un abismo y abajo en el

www.fpev.es

fondo negro se oyen ruidos misteriosos como de torrentes que se desbordan o de pedruscos que chocan. Aquellas galerías ¿son obra exclusiva de la naturaleza? En la regularidad de algunos cruceros, en las líneas verticales de los muros revélase la mano del hombre. ¿Cuándo intervino éste y con qué fin? Se ignora. Las exploraciones de los arqueólogos han conseguido descubrir toda la red de las catacumbas de Roma y París. Las de Balzola ¿dónde terminan? Nadie lo sabe.

Al salir de las famosas cuevas y descender hacia el camino que acompaña al río Dima, admírase el capricho geológico denominado puente de Gentilzubi. Un machón cretáceo desprendido de las alturas interceptó el valle formado entre dos montes. Las avenidas fueron socavando la base cretácea y en el curso de los siglos, se formó el puente tendido de una a otra montaña, y que semeja labor de ingenieros cíclopes. Más que puente, pues el paso por encima es imposible, figura un arco grandioso, colosal, arco de triunfo construído por la naturaleza, en honor del agua fecundante, que por debajo desciende en bulliciosas cascadas.

Al siguiente día de esta excursión, despidióse el cadete del insigne Legarreta, de sus compañeros de hospital y tertulia y de la interesante Pepitachu, y salió de Dima, caballero en un potro del país. El guía marchaba delante, adquiriendo informaciones. De pronto al llegar al puente de Yurre, una mujer desde un caserío, situado en la falda del monte. —*¡Baltzac! ¡Baltzac!* —gritó. Coincidiendo con estas voces de alarma un aldeano que de Yurre llegaba informó al guía de que la columna Lagunero estaba a punto de asomar por la curva de la carretera. Los paisanos aconsejaron al cadete se ocultase en el cercano maizal. No había tiempo que perder. El aldeano continuó su marcha con su paraguas al hombro y el bagajero saltó sobre el rocín y a buen trote alejóse por un camino de herradura en dirección a Dima. ¡Bonita situación la del cadete! Sentado en el surco, procurando no mover las cañas de maiz que le ocultaban, oyó sucesivamente los relinchos de los caballos, el paso de la tropa, sus cantares y sus dicharachos, la trepidación de los carros de la brigada y de los armones de la artillería. Los ruídos fueron alejándose

www.fpev.es

poco a poco. Levantóse el cadete y aún pudo divisar la retaguardia de la columna. El bagajero desde lejos le gritó:

—Señor ofisial. Ya pasó Lagunero. Vamos a Dima, que pueden venir resagados.

—Vamos allá.

Celebraba el hombre con grandes risas el *chasco* que habían dado a los *guiris*, cuando se oyeron tiros hacia Castillo y Elejabeitia.

—¿Qué será eso?—preguntó el cadete.

—La funsión de todos los días. Las partidas volantes que saludan a los *guiris*, al pasar.

El regreso a Dima del cadete introdujo alguna inquietud entre los hospitalarios, pero pronto recobraron estos la tranquilidad, al saber por el comandante de armas, que la columna enemiga se alojaba en Villaro.

Después de comer, el cadete emprendió la marcha por el monte. El caballejo sorteaba admirablemente las sendas de cabras, escalando como un gato los repechos. El cadete detenía su potro de vez en cuando para contemplar los expléndidos paisajes que desde las cumbres dominaba.

A las cinco de la tarde los expedicionarios dieron vista a las casas de Amorebieta. Adelantóse el bagajero y el cadete esperó sus informes a la sombra de un castaño.

A los pocos minutos,

—Sin novedad—gritó el guía—¡adelante!

Al llegar a la iglesia los muchachos que jugaban en el pórtico, colocáronse dando vivas detrás del caballejo. El grupo aumentó al pasar el puente. Sin voz de mando se ordenó en dos filas y el cadete penetró en la plaza, a la cabeza de aquella tropa, como un jefe de partida. Un chico de unos quince años daba los gritos y los demás respondían.

—¡Viva Carlos VII!

—¡Vivaaa!

—¡Viva el ofisial valiente!

—¡Vivaaa!

Ignoraban que el *oficial valiente* venía por caminos extraviados, para evitar un encuentro con las tropas enemigas.

www.fpev.es

A recibir al cadete salió del edificio del Concejo un alguacil.

—Comandante de armas no está, pero le avisaré—dijo al cadete—*Chori*,—añadió dirigiéndose a un mocetón—vete a buscarle.

El nombrado *Chori* desapareció por la calle de San Miguel.

La tarde expiraba y ni el comandante de armas, ni *Chori* parecían.

—Pero ese *Chori*, ese *Chori*...—repetía impaciente el alguacil.

—*Chori* ¿es apellido?—preguntó el cadete.

—No, señor, es mote; *pájaro* quiere desir.

—Pues si vuela siempre así, cualquier día le soplan una perdigonada. No se distingue ese *Chori* por su actividad.

—No, señor; aquí en Sornosa todos *se distinguen por el mote*.

El cadete sonrióse del equívoco. *Chori* había, sin duda, alzado el vuelo y no se le vió más; pero el comandante de armas llegó, al fin, a paso largo. Muy afectuoso saludó al cadete.

—¿Qué sabe usted del batallón de Guernica.?

—En Arrazua estará. ¿Quiere usted alojarse aquí? Como seguro, en Larrea...

—No; quiero incorporarme al batallón. Necesito un bagaje.

—Precisamente va a salir el cartero en su tílburi. Con él puede usted ir a Guernica.

El medio de locomoción era cómodo y rápido.

Al emprender la marcha el tílburi, la nube de chiquillos despidió al cadete con nuevas manifestaciones de entusiasmo.

www.fpev.es

XIV

DE CÓMO EL CADETE PERNOCTÓ EN MÚGICA, EN CASA DE UN CURA GORDO, Y OBTUVO, PARA SEGUIR SU EXCURSIÓN, EL CABALLO DE UN CURA FLACO

Pintoresco es el camino de Zornoza a Guernica, trazado en múltiples curvas para suavizar las pendientes derivadas de las estribaciones del Oiz.

Entretenido en la contemplación del paisaje y con la plática del cartero, no se apercibió el cadete de que había avanzado siete kilómetros, hasta que el tílburi paró breves momentos en las casas de Zugastieta. Allí nadie sabía el paradero del batallón.

Al anochecer llegó el tílburi a Múgica. A la puerta de una taberna hallábanse sentadas varias personas, quienes al aproximarse el carruaje, levantáronse y saludaron al cadete. Entre ellas destacóse un cura alto, robusto, simpático.

—Usted es Palacios, del batallón de Guernica—dijo al cadete.

—Servidor de usted. ¿Puede usted decirme dónde está el batallón?

—En Arrieta, a tres horas y por malos caminos.

—Ya los conozco. ¿Me podré proporcionar aquí un bagaje?

—No sea usted impaciente, hombre. ¿Adónde vá usted a estas horas? Quédese esta noche conmigo, que no le trataré mal, y mañana podrá reunirse al batallón.

—Aceptado y gracias.

Y era en verdad de agradecer el espontáneo ofrecimiento del cura, dada la situación del expedicionario, convaleciente

www.fpev.es

de su reumatismo y con tres horas de noche en perspectiva por tortuosos caminos vecinales.

Bajóse Palacios del tílburi, que continuó su marcha en dirección a Guernica, y en agradable tertulia con el cura y sus amigos, que oyeron regocijados la aventura del tropiezo del cadete con la tropa de Lagunero, cerró la noche y disolvióse la reunión.

Hermosa casa habitaba el cura D. Pedro Pértica. En el cuarto que destinó al cadete, habíanse alojado el general Velasco, el Marqués de Valde-Espina, Lagunero, Pino, Costa...

—Yo soy amigo de todos—decía D. Pedro—lo mismo de los jefes carlistas, que de los jefes liberales. Por este carácter franco que Dios me ha dado y por lo bien que trato a mis huéspedes, sin distinción de color político, gentes envidiosas han propalado que soy liberal. Como si fuera posible un cura liberal en Vizcaya!

D. Pedro tenía una excelente cocinera, como lo demostró al servir la cena variada y sabrosa. La sobremesa prolongóse hasta las doce de la noche en agradables confidencias y comentarios políticos. Se habló de D. León.

—D. León—dijo su colega—es un fanático por la Causa, y por ella perderá gustoso vida y hacienda; pero carece de conocimientos militares. Conoce detalladamente la topografía del distrito y tiene grandes simpatías entre los aldeanos con quienes se muestra complaciente o enérgico según las circunstancias. De ahí que no haya sufrido sorpresas y contratiempos como otros partidarios. Aprecia como un seguro de vida de su batallón, las buenas confidencias y aparte de la red de comandantes de armas que abarca todo el distrito, se sirve de fieles aldeanos para conocer los movimientos del enemigo y en especial de sus confidentes predilectos, Ramón y Mendaro, saltamontes del país que en unas horas recorren media provincia, por atajos inverosímiles. Es verdad que en Vizcaya todo el mundo es confidente carlista. Hombres y mujeres, pobres y ricos, curas y seglares, creemos cumplir un deber colaborando en la insurrección. Hasta los perros con su instinto de fidelidad, su buen olfato y su admirable oído, perciben las diferencias entre los contendientes; y ladran desesperados a

www.fpev.es

la aproximación de columnas republicanas, mientras que mueven alegremente la cola al aparecer una partida carlista.

—Es curiosa la observación.

—Pero exacta. Por esta carretera pasan unos y otros y nunca los perros dejan de dar los aullidos de alarma, cuando se acercan los *guiris*. En tales condiciones, teniendo al país por suyo, fácil es a D. León seguir su estrategia de evitar encuentros con las columnas y ganar días hasta que lleguen las armas.

Retiráronse a descansar, y al amanecer invadía el cadete el dormitorio de D. Pedro.

—Pero hombre ¿adonde vá usted tan temprano?—le preguntó el cura.

—Sí he de incorporarme al batallón...

—No tenga usted prisa. Oíga usted el programa. Voy a enseñarle primero la casa y la huerta, después tomaremos tranquilamente chocolate, y como quiero que haga usted el viaje, por esos riscos, con toda comodidad, le acompañaré a casa del párroco, cuyo caballejo se pinta sólo para subir cuestas. Quiere el cura a su caballo entrañablemente y no le gusta que se lo monten. Por lo mismo hay que sacárselo. Representaremos una escena de sainete porque tanto como quiere al caballo, teme a las armas. Ya verá usted cuanto nos divertimos. Sobre todo, usted es mi huésped y en mi casa no se hace más que lo que yo mando.

El cadete se resignó. Era mucho hombre D. Pedro.

El programa cumplióse al pié de la letra. Después del sabroso chocolate, debidamente ilustrado, cura y cadete, dirigiéronse a casa del párroco, por un pintoresco camino de herradura.

Era el párroco un viejecito delgado, de cara pálida y bondadosa, y pequeño de estatura, es decir, la antítesis de D. Pedro, en su aspecto y desarrollo físico.

Tras las presentaciones, D. Pedro hizo a su colega la apología del valor, instrucción y demás prendas militares que adornaban al cadete, y dijo a éste por contera:

—Saque usted la espada.

El cadete obedeció y con mucha seriedad, siguiendo el

www.fpev.es

plan trazado con D. Pedro, hizo con la espada un molinete y se tiró a fondo. La lámpara suspendida sobre la mesa osciló de la estocada. El párroco cubrióse los ojos con las manos.

—Parece buena la espada—tartamudeó—y ¡como brilla!

—Legítima toledana, mire usted qué hoja y qué punta—dijo el cadete aproximándose al párroco.

—Sí, sí, basta, basta.

—Pues este caballero oficial, que es el que tan admirablemente ha instruído al batallón de Guernica—dijo D. Pedro, entrando en materia—tiene que marchar a Arrieta y necesita un caballo.

—¡Un caballo!—murmuró el párroco pensativo.

—Ninguno mejor que el de usted.

—El caso es que el mío, el pobre...

El cadete a una seña de D. Pedro empezó a dar al aire mandobles y estocadas.

—¡Qué bien maneja las armas!—añadió D. Pedro, dirigiéndose al párroco.

—Sí, sí ya lo veo. Oye, Pedro, di a Josechu que prepare el caballo.

D Pedro dirigió al cadete una mirada de triunfo. El cadete envainó la espada. El simulacro había producido su efecto en el alma tímida del párroco, refractaria a los impulsos generosos.

Con Josechu entró el ama portadora de una gran bandeja con bizcochos, copitas y una botella de licor.

Hechos los honores al obsequio del ama, el cadete despidióse agradecido del párroco, dió un abrazo a D. Pedro y con Josechu de espolique, tomó la dirección de Arrieta.

Los dos curas y el ama bajaron a la calle a dar al viajero los últimos adioses.

Cuesta arriba, hasta trasponer la cumbre, el cadete percibió con toda claridad el vozarrón de D. Pedro que seguía encomiando las dotes militares que le atribuyera para obtener del párroco la gracia de su dócil cabalgadura.

www.fpev.es

XV

DEL ALZAMIENTO GENERAL Y SUBSIGUIENTE DESEMBARCO DE ARMAS

En tres días habíase verificado el alzamiento general de los carlistas vizcainos. El distrito de Guernica respondió espontáneamente a la simple invitación del coronel Iriarte. Los alcaldes apresuráronse a concurrir a Guernica al frente de los mozos de diez y ocho a cuarenta años de su respectiva localidad. Ni una protesta, ni un prófugo. Quedaban en las aldeas los viejos, los casados, las mujeres y los niños, cuidando de las vacas, labrando las heredades; que la cría de ganados y el cultivo de la tierra, habrían de ser los principales mantenedores de la insurrección.

Cuando llegó el cadete Palacios a las alturas de Arrieta, grupos de jóvenes aldeanos circulaban por las calles, mezclados con los voluntarios de uniforme, la solera del batallón. En una de las casas oíanse sonar instrumentos de música. Si las aldeas contribuían con la masa, las villas proporcionaban los elementos de arte que complementan los organismos armados. Los músicos del distrito constituían la base de la charanga del batallón, que empezaba a organizar el maestro Urandúrraga, hijo de Elorrio, ya conocido de Palacios.

El jefe Iriarte, recibió con un abrazo al cadete. Estaba satisfecho.

—Ahora solo faltan las armas—le dijo—y mientras llegan, instruiremos a los chicos con palos. Tiene usted que trabajar mucho. Por el momento, debemos ultimar la organización de las compañías.

La tarde se pasó en este trabajo preliminar, no exento de

www.fpev.es

dificultades, pues los mozos de cada anteiglesia deseaban ser destinados a la misma compañía y no era fácil conseguir la debida proporcionalidad. Haciendo permutas y combinaciones los muchachos quedaron complacidos. Formáronse seis compañías de más de 150 plazas cada una. Las cuatro primeras compañías ya tenían jefes indiscutibles: Eusebio de Obieta, Segundo Amesti, Isidoro Apodaca y Juan Antonio Barandica *El Artillero*. Para mandar las de nueva formación, eligió el coronel a Venancio Aurre, *El Estudiante de Morga* y Luis Estefanía.

La escuadra de gastadores era notable por los buenos mozos que la componían. Entre todos descollaba la arrogante figura de *Rechin*, el cabo, tipo ibero, alto, derecho, proporcionado en sus atléticas formas, de larga y rizada barba negra como la endrina.

Para el servicio de descubiertas se formó un piquete de caballería, al mando de Manuel Corona.

El cadete fué destinado a la cuarta compañía cuyo jefe era Barandica *(el Artillero)*, un hombrachón de cincuenta años, de elevada estatura, grueso y cuyo rostro adornado con enormes bigotes y patillas de hacha, recordaba el tipo legendario del bandido andaluz. Por la Causa había perdido su hacienda. No sabía escribir, ni leer, pero era un *práctico* admirable. Recibió al cadete con grandes muestras de consideración.

—¿Y qué tal, Palasios, se le quitó en Dima *la* reuma?

—Completamente.

—Son *mu* buenas para *la* reuma las aguas *sinforosas*.

—¿Y cómo estamos de táctica?

—Eso es *mu complicao pa* nosotros.

—Pues hay que trabajar porque la cuarta compañía, sea la primera del batallón.

—Usted manda y nosotros obedeceremos.

Desde aquel momento Palacios fué el jefe efectivo e indiscutible de la cuarta compañía. *El Artillero* quedaba de capitán honorario.

Había sido destinado al batallón el comandante D. Manuel Rodríguez, procedente del ejército, en el que sirviera hasta

www.fpev.es

obtener el empleo de capitán y la cruz laureada de San Fernando en la campaña de Africa. Retirado después, distraíase en Fraga, su pueblo, entre el cultivo de sus higueras y la lectura del *Quijote* y de algunos libros de historia militar. Páginas enteras declamaba de la *Vida y Hechos de D. Tomás de Zumalacarregui*, por D. Juan Antonio Zaratiegui. Era su libro de texto, muchas veces leído y en toda ocasión oportuna recordado. En su leal saber y entender, según él decía, Zumalacarregui había sido la primera figura militar del mundo. Sesostris, Alejandro el Magno, Anibal, Cesar, El Cid, Gonzalo de Córdova, Federico el Grande, Napoleón, eran niños de teta al lado de Zumalacarregui. Si este malogrado general hubiese dispuesto de los recursos por aquellos empleados, cada cual en su esfera de acción, no habría en la historia, genio militar comparable, pues así como Dios creó el mundo, Zumalacarregui también hubo de crear un ejército de la nada.

Frente al ídolo del comandante, sin negar los méritos que como general y vascongado aquel tenía, presentaba el jefe de Guernica, la figura colosal de Napoleón, cuyos hechos y dichos repetía por haber leído sus Memorias muchas veces, en su curato de Busturia.

En tan instructivas comparaciones transcurrían las veladas en el alojamiento del coronel.

El batallón permaneció en Arrieta algunos días dedicado a ejercicios militares. Los muchachos simulaban con los palos el manejo del fusil y no puede negarse que ponían toda su voluntad en instruirse. Las nociones adquiridas por oficiales y soldados veteranos, en las academias y prácticas anteriores, facilitaban mucho la labor del cadete.

Por su parte la fuerza de caballería practicaba ejercicios del arma a las órdenes de Corona. En ellos intervenía por *sport* el ayudante Andrés. Una tarde, en el campo de maniobras, recibió Palacios un aviso del primer jefe.

—Amigo Palacios: antes de entrar en fuego hemos tenido una baja. Por meterse a farolero en los ejercicios, Andrés se ha caído del caballo y quedado cojo. Le he mandado a su aldea. Desde hoy ejercerá usted el cargo de ayudante, se

www.fpev.es

alojará usted conmigo y a la primera ocasión le proporcionaré un caballo.

¡Un caballo! el sueño de Ceberg. La proposición fué muy del agrado del cadete y entró en funciones de su nuevo cargo no sin suscitar envidias entre algunos oficiales del batallon. Pero como le consideraban todos necesario, por aquello de que en tierra de ciegos el tuerto es rey, poco a poco fueron disminuyendo las prevenciones contra el intruso, que tenía a su favor las preferencias del jefe y las simpatías de los voluntarios.

Del 9 al 12 de Julio, estuvo el batallón en Guernica. El cadete alojóse con el jefe en casa de D.ª Margarita Iturria, viuda de Albiz, tía de Muzquiz, una anciana señora, modelo de virtudes y bondades.

Dos días después, el 14 de Julio, hallándose el batallón en Gauteguiz de Arteaga, recibióse una información interesante. Un barco inglés debía llegar a la costa cargado de armas y pertrechos de guerra.

Esperábase un despacho urgente que determinase la hora y el sitio del desembarco.

Después de cenar, D. León, dijo a Palacios:

—Esta noche no dormiremos. Mientras llega el parte, entreténgase usted leyendo. Yo voy a dar una cabezada.

Y a horcajadas en una silla, sobre los brazos cruzados en el respaldo, reclinó la cabeza.

Las vidrieras entornadas del balcón permitían oir los menores ruídos de la vega, en la noche silenciosa. La luna brillaba en el cielo sin nubes, iluminando las blancas almenas del castillo, que se destacaba sobre las frondas del parque.

De pronto oyóse a lo lejos el galopar de un caballo por la parte de Guernica. El cadete asomóse al balcón y esperó. Al aproximarse, el jinete refrenó al caballo y preguntó a Palacios:

—¿El jefe del batallón de Guernica?

—Aquí es. ¿Trae un parte?

—Sí, señor.

—Bajo al momento.

Momentos después el cadete entregaba el parte al jefe que se paseaba nervioso por la sala. Tras rápida lectura,

www.fpev.es

—¡A escape! —exclamó D. León—ordene a la compañía de guardia que se distribuya por los alojamientos, avisando a la gente, con el menor ruído posible. Nada de toques de corneta.

Un cuarto de hora más tarde hallábase el batallón formado en la carretera. A las tres de la mañana, después de pasar por Nachitua, penetraba en Ea, el pueblo español quizás, cuyo nombre consta de menos letras, y media hora después en la playa de Ispaster, entre los cabos de Santa Catalina y de Montenegro. No tardó en desarrollarse un cuadro digno de un pintor de marinas. Hallábase a la vista un barco, portador de las armas y municiones tan esperadas por los carlistas vizcainos. A la luz de la luna comenzó el alijo. Los muchachos descalzos y con el pantalón remangado hasta los muslos, penetraban en el mar, recibían del barco las cajas de fusiles y cartuchos y las transportaban a la orilla.

Un jefe, vestido de paisano, daba órdenes, organizando el alijo. Era D. Alejandro Argüelles, jefe de Estado Mayor de la división de Vizcaya. Había llegado en el yate *Deerhond*, inglés, que recibió las cajas en alta mar de otro barco, para despistar a los cónsules y policías españoles.

—Hemos hecho una travesía feliz—dijo Argüelles—. Temí que la luz de la luna nos delatara; pero ni de cerca ni de lejos se ha visto un barco de guerra español.

—¿Cuántos fusiles vienen?—preguntó D. León.

—Cuatro mil fusiles y doscientos mil cartuchos—contestó Argüelles.

—¿Qué sistema?—interrogó Palacios.

—Berdam reformado.

—Ya hay para empezar—dijo D. León.

—Antes de un mes llegará otra remesa—añadió Argüelles.

La luna se había ocultado y las nubes iban extendiéndose, cerrando el horizonte. Improvisáronse antorchas de paja de maiz y a su difusa luz, terminó felizmente la operación, cuando ya apuntaba el día.

Por la parte de Lequeitio habían llegado los batallones de Marquina y Munguia.

Concluído el alijo, levó anclas el yate inglés y desapareció mar adentro como un barco fantasma.

www.fpev.es

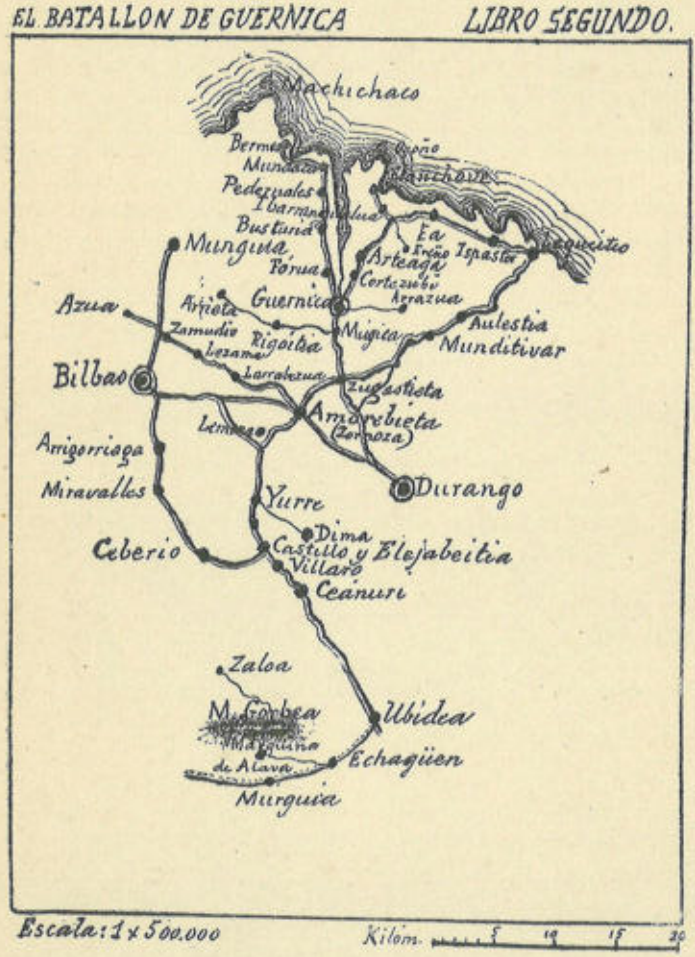
Procedióse a la apertura de las cajas y a la distribución de armamento y municiones. Los voluntarios abrazaban los fusiles, dirigiéndoles cariñosas palabras y recibían los cartuchos con el mismo interés que si fueran de oro amonedado.

Quedaron armados en la playa los batallones de Guernica, Marquina y Munguia. Para conducir al interior los demás fusiles y pertrechos, pidiéronse a los alcaldes las carretas necesarias.

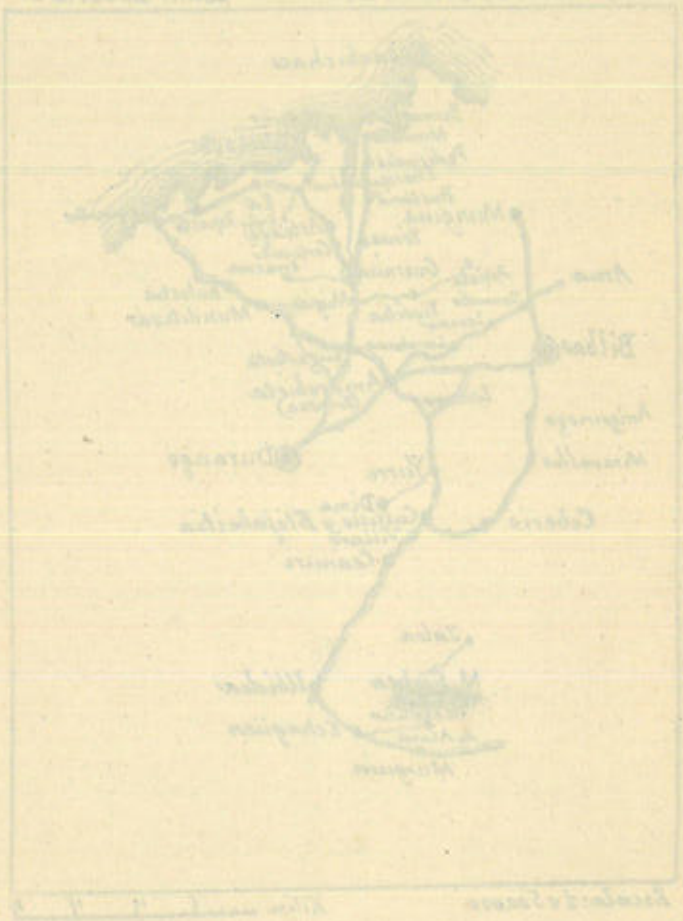
Y allí quedó la playa de Ispaster, sembrada de cajas llenas y vacías, de palos ya inútiles y de armas anticuadas, como restos de un naufragio esparcidos sobre la arena por las olas de la pleamar.



www.fpev.es


EL BATALLON DE GUERNICA
LIBRO SEGUNDO.
Machichaco
Bermeo
Mundaca
Pedernales
Ibarranguelua
Bustuna
Mungia
Ea
Ispaster
Arteaga
Forua
Cortezubi
Guernica
Arrazua
Azua
Arrieta
Zamudio
Rigoitia
Mugica
Aulestia
Munditivar
Lezama
Bilbao
Larrabezua
Zugastieta
Amorebieta
(Zamora)
Lemona
Arrigorriaga
Miravalles
Durango
Yurre
Dima
Castillo y Elejabeitia
Ceberio
Villaro
Ceanuri
Zaloa
Ubidea
Echagüen
de Alava
Murguia
Escala: 1 x 500.000
Kilom. 5 10 15 20

www.fpev.es



www.fpev.es

LIBRO TERCERO

Combates y expediciones

www.fpev.es

www.fpev.es

COMBATE DE LAMÍNDANO

La insurrección de los carlistas vizcainos entraba en su segundo período. Habíanse convertido los palos en fusiles, las partidas en batallones. El de Guernica, de regreso de Ispaster, detúvose un día en Arteaga. El cadete Palacios le dedicó a dar a conocer a oficiales y tropa, el mecanismo del nuevo armamento, cuyo sistema desconocían los dos jefes superiores y a ejercicios prácticos en los que demostraron las compañías que no había sido estéril la instrucción recibida con los palos y los fusiles viejos.

El 16 de Julio de 1873, Guernica se vistió de fiesta para recibir a su querido batallón y celebrar el feliz desembarco de las armas con solemne *Te Deum* en Santa María, banquetes, músicas y aurrescus.

Y llegó el momento de conducir los fusiles y cartuchos no distribuídos, desde Ispaster a los depósitos del valle de Arratia.

Sesenta carretas arrastradas por bueyes, en convoy interminable, despertaban con sus prolongados chirridos los ecos de las montañas. Los batallones de Marquina y Guernica, custodiaron el convoy. En Amorebieta, esperábale Velasco, con los dos batallones de Arratia y el primero de Castilla. Los cinco batallones continuaron protegiendo las carretas hasta Yurre, desde cuyo punto prosiguieron su lenta marcha, sin protección alguna, por el camino de Dima. La expedición había atravesado, de Norte a Sur, la mayor parte del Señorío de Vizcaya, sin ningún entorpecimiento. ¿Dónde estaban las columnas Costa, Pino y Lagunero? ¿Qué hacían las guarni-

www.fpev.es

ciones de Bilbao, Durango y Villaro, por entre las cuales pasó tranquilamente el convoy?

Al siguiente día, 19 de Julio, supo Velasco que la columna Costa había salido de Ochandiano con dirección a Villaro y resolvió tomar la ofensiva. Por el lado de Dima, ascendieron los batallones de Arratia, Castilla y Guernica, a las peñas de Lamíndano.

Serían las cuatro de la tarde cuando apareció la columna Costa, dividida en dos fracciones, una por la carretera de Céanuri a Villaro, y otra por un camino vecinal. Algunos impacientes carlistas dispararon prematuramente sus fusiles. La confusión se introdujo en las filas republicanas.

No tardaron, sin embargo, sus jefes en organizar la defensa. Guarecidos por las tapias de las heredades y demás accidentes del terreno, respondieron las tropas con nutridas descargas, al fuego de los carlistas. Durante tres horas la acción fué empeñada y gastáronse pródigamente los cartuchos por ambas partes sin modificación sensible de las líneas de fuego. A las siete de la tarde iniciose en los carlistas un movimiento de avance y en los republicanos el de retirada hacia Villaro. Procuraron éstos, ante todo, salvar sus cañones, que apenas habían saludado las peñas de Lamíndano, y condujéronlos precipitadamente hacia el pueblo, a vanguardia de la fuerza. Como una avalancha avanzaron los carlistas hasta la carretera, por donde huía en confusión, a encerrarse en Villaro, el grueso de la columna. Un destacamento que se había hecho fuerte en un caserío aislado, alzó la bandera blanca a la primera intimación. La resistencia era inútil. Empezaba a anochecer, cuando la acción terminó.

Habían tomado en ella parte activa el batallón castellano, uno de Arratia y el de Guernica. Las demás fuerzas carlistas constituían la reserva y no entraron en fuego.

Del enemigo intervinieron en la acción el regimiento de Zaragoza, el batallón de Alba de Tormes, guardias civiles y dos piezas de artillería, en junto unos 1.500 hombres, veteranos y aguerridos, número aproximado al que entró en fuego por parte de los bisoños carlistas.

Los resultados materiales de la acción fueron: un oficial y

www.fpev.es

22 soldados de Alba de Tormes prisioneros, más de 100 fusiles de igual procedencia abandonados, 12 muertos y 120 heridos de la columna Costa. Los batallones carlistas experimentaron 31 bajas, 6 muertos y 25 heridos. El batallón de Guernica tuvo dos muertos y cinco heridos. (1)

Pero los resultados morales excedieron a los materiales para la Causa. Los voluntarios se foguearon, el país celebró el triunfo, dispuesto a nuevos sacrificios, y los defensores de la República empezaron a reconocer que tenían enfrente una fuerza respetable en vías de organización.

Costa ignoraba, según referencias del oficial prisionero, que los carlistas hubiesen recibido armas y municiones.

La derrota de Lamíndano advirtió al jefe liberal de los riesgos que corría, y a la mañana siguiente, por el camino de Miravalles, único libre, huyó a refugiarse en Bilbao, con su columna y la guarnición de Villaro; dejando a los carlistas dueños de toda la merindad de Arratia.

A la caída de la tarde del mismo día, recibió en Yurre el batallón de Guernica la orden de regresar a su distrito. Alegría general de los guerniqueses. Ya era de noche cuando llegaron a Amorebieta. Esperábales, formado, el batallón de Marquina y juntos prosiguieron la marcha. La luna *brillaba por su ausencia* y sólo algunas estrellas asomábanse curiosas entre las nubes para ver desfilar a los carlistas. Silenciosos ascendían éstos, salvando las pendientes que en múltiples curvas sortean el macizo del Oiz. De pronto algunos voluntarios comenzaron a entonar una canción vascongada. Otros intervinieron procurando armonizar, el estímulo cundió por las compactas filas y las voces se multiplicaron ya dulces y sentidas, ya vigorosas y enérgicas; pero ajustándose instintivamente al duo colectivo, cual si un maestro de coros las concertara y una batuta invisible las dirigiera. La composición

(1) El historiador señor Pirala, afirma que los carlistas tomaron dos cañones a la columna liberal. El hecho es inexacto. Las armas de los prisioneros (al oficial se le respetó la espada y el revólver), una centena de fusiles abandonados en el campo de batalla y un caballo, fueron el botín de guerra de los carlistas en Lamíndano.

www.fpev.es

tenía la sencillez de las canciones vascas, pero el efecto era grandioso. Los misterios de la noche prestaban mayor solemnidad a las imponentes masas corales. La canción debía de ser muy popular; todos la sabían, como si respondiese a una idea por todos acariciada o expresase un sentimiento arraigado en todos los corazones.

La primera estrofa decía:

Viva Don Carlos eta.
Doña Margarita
Laster icosicoguz
Tronuan jarrita

(Viva D. Carlos y Doña Margarita; pronto les veremos sentados en su trono).

A la una de la noche entraban los batallones en Guernica al compás de los marciales paso-dobles de sus charangas.

El pueblo no dormía. Esperaba a su querido batallón después de su bautismo de sangre. Puertas, balcones y ventanas se iluminaron y una compacta multitud, tributó a los expedicionarios frenética ovación.

www.fpev.es

A CABALLO REGALADO...

No había echado el cadete en saco roto el ofrecimiento que el coronel le hiciera de proveerle de un caballo a la primera ocasión. Pero ésta no se presentaba, ni el jefe volvió a tratar del asunto, preocupado, sin duda, por los sucesos que con ta rapidez, cambiaron las condiciones de la guerra en la provincia de Vizcaya.

Por delicadeza y romántica abnegación política, abstenía-se el cadete de refrescar la memoria del coronel. Pero bien necesitaba, convaleciente aún de su afección reumática, del auxilio del caballo. Las marchas a pié dejábanle rendido y solamente su gran fuerza de voluntad, podía suplir a la física, en el cumplimiento de las múltiples tareas que sobre él pesaban. Porque bueno es consignar los cargos que asumía el infeliz cadete. Era ayudante del batallón, consejero del coronel en todos los detalles de técnica y práctica militar, profesor de la academia de oficiales y de la novísima de clases de tropa, por él también creada, instructor obligado de reclutas, jefe del detall en lo que podía aplicarse al incipiente organismo y no de contabilidad, porque allí nada había que contar. Todos servían al Señor, sin otro haber que las raciones de etapa. Ejercía además las funciones de secretario desde que Corona se encargó del piquete de caballería, y siempre estaba al quite en los casos imprevistos. Por ejemplo: un voluntario apuntó por broma a una joven que desde un balcón le saludaba. El tiro salió y la joven cayó herida. El voluntario fué preso y el jefe encomendó la instrucción de la sumaria al abogado Muzquiz y al secretario Corona. Discutían sobre las

www.fpev.es

formalidades del atestado, cuando el cadete apareció en escena. Ni Corona ni Muzquiz conocían los procedimientos militares. Hubo, pues, de encargarse Palacios de instruir la causa.

Al exceso de ocupaciones y a la falta de caballo, uníase para amargar la vida del cadete, una penuria monetaria difícil de remediar. Había agotado sus fondos; del batallón no percibía haber alguno; las comunicaciones con Castilla no eran fáciles para giros y libranzas, y el cadete, por decoro, no pedía a nadie un real. Pocos días antes de la acción de Lamíndano, sentado una mañana en un banco del jardín de la Casa de Juntas, no lejos del árbol simbólico, lamentóse de sus desdichas que aún dejábanle humor para cultivar el trato con las musas, en el siguiente soneto:

AYER Y HOY

AYER sin duelos en mi hogar vivía,
do el rumor de la guerra no llegaba,
de salud envidiable disfrutaba
y jamás de dinero carecía.
Pedir licencia alguna vez solía
y si en los montes distracción buscaba,
para mis excursiones empleaba
un caballo alazán que yo tenía.
Más por servir al Rey personalmente
con gusto abandoné mi hogar querido
y HOY.. ¿por qué no decirlo francamente?
tras mil azares en Guernica me hallo
de subir y bajar montes rendido
sin salud, sin dinero y sin caballo.

El soneto, a pesar de sus imperfecciones, mereció risas y plácemes del coronel. La alusión recordóle su promesa y el coronel era un caballero; pero... la capa, digo, el caballo

www.fpev.es

no parecía. El piquete que mandaba Corona tenía la culpa. ¡Se habían requisado tantos caballos! Y era una lástima sustraer a Corona cualquiera de ellos, pues el piquete quedaría incompleto.

Más todo llega para el que sabe esperar, y la ocasión de ascender a plaza montada ofrecióse al cadete en los últimos momentos del combate de Lamíndano. Cuando aún sonaban tiros sueltos y las tropas enemigas corrían atropelladamente a encerrarse en Villaro, dos voluntarios de Guernica presentáronse al ayudante, en el mismo teatro de la acción. Habían cogido, como único botín, un caballo y espléndidamente se lo ofrecían. Algún jefe de los *guiris* lo abandonó en la retirada. Allí cerca entre unos árboles lo tenían trabado. Pintan calva la ocasión y a los caballos con pelo. El ayudante aceptó agradecido el ofrecimiento, presentáronle el caballo y de un brinco lo montó. *Et vidit quod esset bonum*, y vió que era bueno para lo que él le necesitaba.

De vuelta a Guernica, Juan Santo Domingo, nuevo secretario del jefe, en sustitución de Corona, recomendó al ayudante para cuidar su caballo a Joshe de Zarrabeitia. Presentóse Joshe al cadete, boina en mano, en actitud resuelta, no reñida con el respeto. El cadete escribía.

—¿Eres el recomendado del señor Santo Domingo?

—Sí, señor.

—Pues entra desde luego en funciones. Esta mañana he tenido que montar y he dejado el caballo en la cuadra sin despojarle de sus arreos. Quítale el freno y la silla, llévale al abrevadero y después échale un buen pienso. El cabo de brigada te dará la ración. ¿Has entendido?

—Sí, señor.

—¿Sabes donde está la cuadra?

—Sí, señor.

—Pues anda, cuida bien al caballo.

—Sí, señor.

El cadete continuó su interrumpida tarea y Joshe desapareció ligero como un gamo.

—Parece listo este muchacho—decía entre sí el cadete—todo lo sabe. Ya estoy tranquilo respecto del caballo.

www.fpev.es

Por la tarde se le ocurrió al cadete dar una vuelta por la cuadra. Grande fué su sorpresa. El caballo conservaba puestos el freno y la silla. ¡Pobre animal! Tocó el pesebre y estaba limpio. Llamó a la patrona.

—¿No ha venido mi asistente?

—Nadie ha venido.

—Le dí instrucciones para que cuidase al caballo...

—No las entendería.

—¿Cómo? Si a todo me contestó *sí, señor*.

—¡Ja! ¡Ja! pues eso será lo único que sepa en castellano. Poco más saben los que vienen de la aldea.

Palacios aceptó la explicación en descargo de Joshe, mandó buscarle y que le repitieran en vascuence la orden que le dió por la mañana.

Y refiere la crónica que desde aquel día dedicóse Joshe al estudio del castellano, con tal afán, que al poco tiempo lo hablaba con rapidez y corrección.

Muy discutido fué el caballo *Lamíndano*, que así le bautizó el cadete. Corona y otros péritos descubríanle defectos; que si no tenía la alzada, que si era pelirrojo y de estampa poco elegante, que ya había cerrado y lo mismo podría tener diez que veinte años, que si el pecho, que si los corvejones...

—Señores—dijo Palacios—no se cansen ustedes. Me consta que es un caballo de *pur sang*... vizcaina. Y sobre todo... *a caballo regalado... no hay que mirarle el diente*.

www.fpev.es

III

MÚSICAS, DANZAS Y BANQUETES

Toda júbilo fué la cabeza foral de Vizcaya, durante los tres días que albergó a los batallones de Guernica y Marquina. Sin punto de reposo, sucediéronse fiestas religiosas, dianas, banquetes, bailes, serenatas y retretas, en celebración de la victoria de Lamíndano.

Con los regocijos populares coincidió la llegada a Guernica de una murga exótica compuesta de siete músicos dos de ellos oriundos de Alemania. Manifestaron su deseo de formar parte de la charanga del batallón y previo exámen de su aptitud musical, fueron contratados por el jefe de Guernica. Y en verdad que los tales músicos eran dignos de protección en justo premio de su amor a Euterpe, porque como tocar, tocaban bastante bien. Y ¡qué repertorio tan variado el suyo! Con el mismo vigor acometían fáciles motivos de la zarzuela clásica o de las más conocidas óperas, que interpretaban complicados trozos de música de concierto.

Ahitos de tanta diversión, salieron al fin de Guernica los dos batallones. El jefe del de Marquina, D. Juan Sarasola, joven simpático, ingeniero, según referencias, y muy popular en su distrito, quiso corresponder a las atenciones que le dispensara su colega el de Guernica y le invitó a proseguir en Marquina la fiesta comenzada. Por atajos pintorescos y a través de bosques frondosos llegaron a su destino antes de mediar el día. Los marquineses recibieron a los dos batallones con el obligado ruido de campanas, el estrépito de los cohetes y delirantes muestras de entusiasmo general. Repitiéronse los

www.fpev.es

bailes, serenatas y regocijos públicos. Los voluntarios encontraban la guerra divertida.

El jefe de Guernica alojóse con sus auxiliares en el palacio del Conde de Peñaflorida, anciano caballero, padre de provincia y liberal moderado.

Era el palacio un caserón de altas techumbres, pisos de madera encerada y cómodo mueblaje. Magnífico jardín embellecía la morada condal. Calles flanqueadas por árboles de sombra, conducían a espacios descubiertos, donde elegantes y bien combinados macizos de flores, perfumaban el ambiente. La yedra, las madreselvas y los rosales trepadores escalaban las tapias y entre el follaje surgían la gruta de un ermitaño, una capillita ideal y otras sorpresas que revelaban el buen gusto de los dueños. Más al fondo, en un espacioso estanque de onduladas orillas, flotaba una góndola, cerca del embarcadero. Un tiro de pistola y otros juegos de *sport* completaban los atractivos de aquel delicioso jardín.

El Conde, fiel a sus tradiciones señoriales, obsequió a sus alojados con expléndido banquete. A la derecha del Conde sentóse D. León, a la izquierda una sobrina de aquel, pálida, melancólica, de aristocrática distinción. Santo Domingo, *Goirichu* y Palacios, distribuyéronse a los lados de la mesa y en último lugar colocóse el abogado del Conde, su consejero áulico a juzgar por sus discursos y jurídicas disertaciones.

Al mediar lo comida, confortado ya el estómago, el asesor del Conde preparó el arsenal de sus argumentos para la acusación y cual si se hallara en la tribuna forense, en tono patético, empezó clamando contra la requisa de los caballos del Conde dispuesta por el señor Velasco. (No le reconoció como general y de buen grado hubiérale llamado *cabecilla*). Después censuró enérgicamente las faltas de atención y respeto de los marquineses hacia el señor Conde, padre de provincia a quien tantos favores debieran, faltas que fomentaban los mismos sacerdotes de la localidad. Y concluyó enumerando los abusos que a diario cometía el señor Sarasola, jefe militar del distrito. Fué todo un memorial de agravios, contra los hijos de Marquina altos y bajos, que no guardaban al señor Conde los respetos debidos a su abnegación y desinterés,

www.fpev.es

durante luengos años, en servicio del país. El Conde aprobó balbuciente los ampulosos conceptos de su abogado.

Tocó a D. León consumir el turno y defendióse bastante bien de las acusaciones del leguleyo liberal, recordando los excesos de la Revolución y la anarquía que reinaba desde que se proclamó la República, para justificar la guerra; a cuyas necesidades debía contribuir todo vizcaino amante de sus fueros y tradiciones. A las deficiencias y el desorden de todo movimiento popular en su primer período, debían únicamente atribuirse las molestias, que lamentaba, sufridas por el señor Conde. Ya no podrían repetirse en lo sucesivo, dentro del régimen foral, que empezaba a organizarse por la Diputación.

La conferencia resultó interesante e instructiva para el cadete.

Un paseo a caballo al famoso establecimiento de Urberuaga de Ubilla y la visita a unas monjas, muy versadas en el arte de la guerra, ocupó otro día a D. León, Santo Domingo y Palacios.

Al siguiente, después de comer, mandó el jefe tocar *llamada y tropa* y el batallón, por Guerricaiz y Zugastieta llegó ya de noche a Zornoza.

El jefe, con su pequeño estado mayor, alojóse en el lindo y cómodo hotel de D. Serapio de Pértica, franco y espléndido anfitrión. En tan grata compañía celebraron los huéspedes la festividad de Santiago.

Desde las primeras horas de la mañana dos tamborileros recorrieron las calles, al frente de los *espatadantzaris*, muchachos de doce a quince años, en mangas de camisa, ceñidos de faja y cubiertos con boina roja. Después de la misa militar amenizada por la charanga, los *espatadantzaris* lucieron sus habilidades en la esgrima y en las danzas de los primitivos vascos, trasmitidas de unas a otras generaciones.

A continuación bailóse el *aurrescu* en el que tomaron parte los más ágiles bailadores del batallón y preciosas amorebietas.

En casa de Pértica, celebróse Santiago con un banquete, en el que se sirvió la exquisita limonada *frappée*, tan apreciada por los gastrónomos vizcaínos. Los hijos de Amorebieta

www.fpev.es

no conciben una fiesta religiosa o profana, sin la correspondiente comilona, ni una buena comida sin la limonada tradicional. La gente rica posee sus garrafas y fabrica a su gusto el preciado licor. El pueblo se surte de algunos establecimientos de la localidad.

Al dar un paseo, los huéspedes de Pértica, a la caída de la tarde, tuvieron ocasión de confirmar la costumbre de los amorebietos. Ante la puerta de una fonda, leíase en gruesos carácteres: *Bendo limonda*.

—¿Qué es eso?—preguntó Palacios.

—Quiere decir—contestó Pértica—que ahí se vende limonada, pero al autor del cartel se le ha olvidado la ortografía del verbo y una letra en el nombre.

Un coro de chicos, contemplando el cartel, repetían: ¡Vendo *limondaaa!* ¡¡Vendo *limondaaa!!*

www.fpev.es

IV

BALANCE SATISFACTORIO

Después de cenar, algunos de los huéspedes de Pértica salieron a la terraza del hotel. La noche era asaz calurosa y convidaba más que a dormir, a conversar bajo el cielo tachonado de estrellas. A lo lejos, oíase la música de alegres bailables en la plaza de Zornoza. La série de diversiones que comenzado había con motivo del desembarco de armas y proseguido en celebración de la victoria de Lamíndano, continuaba con pretexto de la fiesta de Santiago. Ni músicos ni danzantes se rendían.

Alguien recordó, aludiendo a la fiesta popular, la intervención de Santiago en la batalla de Clavijo. El patrón Pértica, no dudaba de la presencia en ella del apóstol, caballero en blanco corcel, esgrimiendo descomunal y flamígero espadón sobre la morisma, presa del pánico. Uno de los huéspedes, aficionado a los estudios históricos, negó el hecho de Clavijo.

—Es una de tantas piadosas leyendas medioevales—añadió—inventadas por los escritores para amenizar la historia. La crítica ha demostrado que no hubo tal batalla de Clavijo, que fué una fantasía el tributo de las cien doncellas, origen supuesto del combate y una fábula el voto de Santiago, consecuencia práctica de tan peregrinas invenciones.

Pértica en su acendrada fe religiosa, no se dió por convencido de la falsedad de la leyenda, hasta que observó que el coronel se reía incrédulo y burlón.

Un asistente apareció en aquél momento a la puerta de la terraza.

www.fpev.es

—Este parte-dijo-acaba de traer un soldado de caballería.

—Veamos— murmuró el coronel—trae una vela.

El parte procedía del general Velasco. Anunciaba la salida de Lagunero, de Bilbao, al amanecer del 26, al frente de una columna de 3.000 hombres y gran tren de artillería, en dirección a Zornoza. El batallón de Guernica debía salir muy de madrugada y tomar posiciones, camino de Galdácano.

—Se acabaron las fiestas—dijo el coronel—Palacios, mande usted tocar parte. A las cuatro que esté formado el batallón. Ahora a descansar.

Buenas confidencias tenía Velasco. Con muchas horas de anticipación llegaban a su conocimiento los planes, fuerzas y dirección que había de tomar en su marcha el enemigo.

Aún no amanecía cuando el batallón preparábase a tomar posiciones en término de Galdácano.

—Buena falta nos hará hoy el auxilio del Apóstol—decía el coronel reconociendo el terreno.

Pero los preludios de combate, no tuvieron desarrollo. Un ordenanza del general llegó en aquellos momentos portador de un oficio.

—Contraorden y contramarcha—dijo el coronel con el oficio en la mano.

En las filas se oyeron murmullos de contrariedad. La gente estaba deseosa de batir a Lagunero. Pero quién manda, manda.

El batallón retrocedió a Lemona y en un monte cercano pasó el día sobre las armas. En tanto Lagunero con su columna había atravesado sin entorpecimiento las vegas del Nervión y del Ibaizabal y alojábase en Durango. El batallón de Guernica, a la caída de la tarde, desfiló hacia Yurre, donde pernoctó.

Al día siguiente, se despejó la incógnita del problema Lagunero. Su expedición no había tenido otro móvil que el de retirar la guarnición de Durango, casi comprometida. Con un botín de más de 200 vacas y terneras, robadas a su paso, regresó Lagunero a la capital de la provincia. Los caseríos cuyos moradores habían huído, ante el temor del saqueo, fueron incendiados... ¡Bravo general!

www.fpev.es

Los batallones vizcainos murmuraban de la pasividad de Velasco. ¿Por qué no se atrevió a hostilizar a Lagunero? Pudo interrumpir su marcha y ocasionarle pérdidas sensibles, ya que no se atreviera a empeñar un combate sério con sus bisoñas tropas escasas de municiones y sin una pieza de artillería.

En un grupo formado por la plana mayor de Guernica, el comandante Rodríguez recordaba a Zumalacarreguí y su famoso ataque a la división Carandolet en las Peñas de San Fausto. A su vez el coronel Iriarte hizo historia de la derrota de los austriacos, por Napoleón, en Lodí y la rendición de Milán como inmediata consecuencia.

En los siguientes días el batallón desde Yurre pasó a Zornoza, Guernica y Lequeitio. En este punto debía proteger un nuevo desembarco de armas.

Se divisó a las altas horas de la noche un barco de guerra enemigo, a caza, sin duda del *Orpheón*, fletado por cuenta de D.ª Margarita, para conducir fusiles y cartuchos. Pero el alijo se efectuó en una playa próxima a Lequeitio, sin que el barco liberal pudiera impedirlo.

Lequeitio despidió al batallón de Guernica, con grandes demostraciones de entusiasmo, el 31 de Julio. El batallón descansó unas horas en la capital del distrito y ya de noche llego a Larrabezua.

De sobremesa, la plana mayor hizo el balance de la campaña, durante los últimos meses, en el Señorío.

El 1.° de Junio, los batallones de Arratia y Castilla, apenas contaban con 800 hombres, armados con fusiles de pistón, Chassepot, Remigthon y Berdan, de los que no podían utilizarse la mitad por falta de municiones. Los batallones de Guernica, Durango, Marquina, Munguía, Orduña y Somorrostro, eran partidas de 150 a 200 hombres, con la misma variedad de inofensivo armamento. En junto contaría Vizcaya con unos 1.600 insurrectos carlistas, de los que sólo podían resistir media hora de fuego de 500 a 600.

Dos meses después, el 31 de Julio, Vizcaya podía presentar en revista 6.500 hombres con armamento uniforme, sistema Berdan, aparte de unos 200 soldados de caballería y algunas partidas volantes, el depósito de oficiales de Di""a, la

www.fpev.es

academia de cadetes en Orozco y algunos elementos de artillería, intendencia y sanidad, en el primer período de su organización.

El 1.° de Junio existían guarniciones republicanas en Villaro, Durango y Bermeo y las columnas de Lagunero, Pino y Costa, atravesaban libremente la provincia.

El 31 de Julio, ninguna columna liberal atrevíase a salir ni de Bilbao, ni de Portugalete, únicas poblaciones sometidas al gobierno de Madrid, en todo el señorío de Vizcaya.

Los progresos del carlismo en la provincia eran indiscutibles. El balance de la insurrección en los dos últimos meses no podía ser más satisfactorio.

www.fpev.es

V

EL SEÑOR DE VIZCAYA SO EL ÁRBOL DE GUERNICA

Don Carlos había entrado en España el 16 de Julio por Zugarramurdi. En pocos días atravesó de norte a sur el antiguo reino de Navarra; desde Los Arcos dirigióse por Santa Cruz de Campezu a la llanada alavesa, cruzó el Condado de Treviño sin ningún entorpecimiento y penetró en Vizcaya por Orduña, continuando hacia el centro del señorío por Miravalles, Arteaga de Arratia y Lemona, en una marcha triunfal de aclamaciones populares.

El 2 de Agosto era esperado el Rey en Amorebieta.

Inmenso gentío invadía plazas y calles y llenaba los balcones adornados de vistosas colgaduras.

Cubrían la carrera en dirección de Astepe, cuatro batallones vizcainos y a la cabeza, en la plaza, el de Guernica, que de madrugada, había llegado de Larrabezúa.

De pronto oyéronse lejanos sonidos de una música. Eran notas de la marcha real que tocaban las charangas de los batallones tendidos en la carrera. Aquellas notas al principio se percibían como ecos de las montañas que cierran el horizonte por el lado de occidente. Después se confundieron con el trépito de los cohetes y las aclamaciones de la multitud, avanzando en atronador *crescendo*, como las olas de un mar agitado, hacia la plaza de Zornoza.

El Rey se aproximaba.

En una de las vueltas de la carretera, a la orilla del Ibaizabal, apareció la escolta real. Las campanas, los voladores, las músicas, los gritos de entusiasmo del pueblo, formaban un

www.fpev.es

concierto ensordecedor. Al llegar al cruce de las cuatro calles que forman las carreteras de Arratia, Durango, Bilbao y Guernica, destacóse del fondo verde de la posesión de Jáuregui, la regia escolta, como un cuadro de brillantes colores y matices que iluminaba de frente el sol, arrancando múltiples reflejos de las armas, los dorados de los uniformes y los arreos de los caballos. Blanco era el que montaba el Rey a la cabeza de la escolta. Todas las miradas se concentraron en aquella interesante figura, todos los corazones latieron al unísono y se desbordaron en manifestaciones entusiastas. Por su porte distinguido, por sus elegantes movimientos y saludos para corresponder a la ovación del pueblo y de los batallones, aquel personaje no podía confundirse. Aquel era el Rey. Bien merecía serlo. La naturaleza y el Derecho, habíanse combinado a maravilla en aquel nieto de cien reyes, para expresar la más augusta representación humana del Poder, que el arte pudiera concebir.

Breves momentos se interrumpió la marcha. Los diputados forales del Señorío, aproximáronse a Don Carlos, rogándole continuase a Guernica. Pronto circuló la nueva. El Rey accedía a prometer ante el árbol, respetar los fueros de Vizcaya, aplazando la solemnidad del juramento hasta que pudiera prestarle con las debidas formalidades.

El batallón de Guernica marchó a vanguardia de la escolta real.

Desde Zornoza a Guernica, el paso del Rey fué una ovación continuada. En Guernica las manifestaciones rayaron en delirio.

El batallón apoyó la cabeza en la entrada de la iglesia juradera. Don Carlos desmontó y acompañado de los diputados forales señores Arrieta Mascarua, Piñéra, Sarachu y Olascoaga, penetró en la casa capitular. Seguíanle los generales Elío, Dorregaray, Ollo y Marqués de Valde-Espina y lucido acompañamiento.

Al pié del templete corintio, Don Carlos leyó un documento que terminaba:

«Cediendo a los impulsos de mi corazón vengo a saludar »a vuestro venerando árbol, símbolo de la libertad cristiana,

www.fpev.es



CARLOS VII, SEÑOR DE VIZCAYA EN 1873

www.fpev.es

»que os ha hecho felices durante tantos siglos y a aseguraros »con la solemnidad que las circunstancias lo permiten, que, de »hoy más, quedáis reintegrados en la plenitud de todos vues»tros fueros y que el día en que el Señor tenga a bien premiar »nuestros esfuerzos con la pacificación general de España, »os prometo solemnemente cumplir con toda exactitud, según »es mi deber, las prescripciones forales del juramento, con»forme lo hicieron mis augustos antepasados, y es mi volun»tad que ésta mi declaración quede consignada en acta.»

Después de la solemnidad, Don Carlos descendió a pié a la villa, cuyas calles recorrió entre estruendosas aclamaciones del pueblo.

Al banquete con que obsequió al Rey la Diputación foral, asistieron el jefe del batallón de Guernica y su ayudante.

Después de dos horas de sobremesa, Don Carlos volvió a pernoctar a Zornoza (1). El batallón de Guernica cubrió la retaguardia.

El cadete tuvo ocasión de estudiar a Don Carlos. Generalmente se experimenta una decepción al conocer a los hombres célebres. Pocas veces corresponden a la leyenda. Y tratándose de un rey, el desencanto suele ser mayor. La fotografía, la descripción gráfica y las referencias verbales adolecen de inexactitudes. En la fotografía, en la pintura, el personaje aparece favorecido por la preparación indispensable de indumentaria y tocador; la actitud ha sido objeto de previo ensayo; la luz, el fondo, los colores obedecen al estudio del artista, interesado en embellecer el original. Y las referencias, así verbales como escritas, casi nunca están acordes con la realidad. El interés o la adhesión exagerada las falsean.

En Don Carlos, hermosa leyenda para los amantes de la Legitimidad, se daba el fenómeno contrario. La realidad excedía en colorido y bondades a la leyenda. Físicamente era un rey de cuerpo entero; de elevada estatura, miembros propor-

(1) El señor Pirala dice que Don Carlos pernoctó en Guernica el 2 de Agosto—El señor Pirala está mal informado. Don Carlos pasó esa noche en la posesión del señor Olano, en Amorebieta.

www.fpev.es

cionados, simpática fisonomía y distinguidas actitudes. Gallardo, gentil, expresivo, realizaba el ideal del pueblo que aspira a ser representado por un ente superior, en quien resida el poder físico, la energía, la virilidad, la fuerza en todas sus manifestaciones. En tal concepto Don Carlos era el prototipo. La historia patria no registra un rey físicamente comparable a Don Carlos, a juzgar por las semblanzas de los cronistas y por los retratos que nos han transmitido la Numismática, la Pintura y la Escultura. A caballo, no había un ginete de su arrogancia y gentileza.

Y estas condiciones físicas guardaban cierta relación con las intelectuales. No era un genio, no era un sabio. El genio es una excepción, un desequilibrio quizás de las leyes ordinarias de la Naturaleza. El sabio suele ser el producto de la labor del tiempo y la perseverancia en el estudio, al servicio de una inteligencia cultivada, condiciones aquellas incompatibles con la educación de un príncipe, consagrado desde muy joven a la reconquista de sus derechos históricos.

Pero Don Carlos, en su conversación de sobremesa, reveló gran cultura, recto juicio, ideas propias y facilidad de expresión. En este punto sorprendió al cadete el dominio que Don Carlos demostrara del idioma castellano, empresa no tan fácil para quién, como él, hablaba varias lenguas y había vivido siempre lejos de España. Padecen pues, un error, sólo disculpable por la pasión política, cuantos escritores dicen que Don Carlos, chapurreaba el castellano. Hablábale con toda propiedad y únicamente en la pronunciación arrastraba un poco la *erre*, defecto ligerísimo de que adolecen algunos españoles que sólo conocen el idioma patrio.

Tal era en 1873, el Rey de derecho, que como Señor de Vizcaya, acababa de prometer *so el árbol de Guernica*, a los nobles vizcaínos, guardar sus *franquezas, libertades, fueros y buenas costumbres.*

www.fpev.es

VI

QUE TRATA DE DURANGO, VILLA Y CORTE, DEL BLOQUEO DE BILBAO Y DE UNA EXCURSIÓN POR LOS PUEBLOS DE LA COSTA

En los capítulos precedentes me he tomado la libertad de introducir algunas ampliaciones al relato del cronista. Suyos son los hechos y los comentarios. Mía es sólo la forma. Pero nada tengo que modificar en el presente capítulo. El *Diario de Operaciones* me lo dá hecho. Limítome, pues, a copiar:

Agosto, 3.—Formación al toque de diana. Esperar órdenes. Paso del Rey con Dorregaray, Velasco, Valde-Espina y escoltas, seguidos de los batallones de Arratia, Castilla y Munguía, hacia Durango. Por la tarde llega Marquina. Saludo al simpático Sarasola. El batallón continúa alojado en Larrea.

Día 4.—A las nueve llamada y tropa. Salida de Zornoza en dirección a Durango. El recibimiento de los durangueses al batallón de Guernica, raya en los límites del delirio. Veíanle por primera vez y les han sorprendido los gigantescos gastadores, las nutridas bandas de música y cornetas, el marcial desfile, en columna, de la tropa y el piquete de caballería con los vistosos uniformes y las lanzas, cuyas flotantes banderolas lucen los colores nacionales.

El desfile por secciones en columna de honor, ante el Rey, ha sido solemne. Oficiales y tropa correctísimos siguiendo mis instrucciones. Ni un error en las voces de mando, ni una vacilación en los movimientos. Los músicos se situaron a la distancia reglamentaria del grupo formado por el Rey y los gene-

www.fpev.es

rales. D. León colocóse a la izquierda del Rey, hasta que el batallón concluyó de desfilar. Me dice que él y Velasco recibieron muchos plácemes del Rey y de Dorregaray, por la perfecta instrucción de la tropa. No saben que Velasco, el primer sorprendido, ninguna participación tuvo en ella, y que para el coronel es un jeroglífico la táctica. Uno y otro abstuviéronse de confesar que el batallón se halla instruído y organizado por obra y gracia de un modesto cadete.

Alojados plazuela de Santa Ana. Tengo un gabinete con mirador. Limpio del polvo del camino, salgo con el coronel a tomar órdenes del general Velasco. Nos recibe D. Carlos Costa, nuevo jefe de E. M. de Vizcaya, antiguo profesor de la Academia de Toledo y exteniente-coronel del ejército republicano. Le recuerdo a su hermano D. Francisco, coronel del Regimiento de Guadalajara, al que estuve agregado en Valladolid. El coronel Costa, de unos cuarenta y cinco años de edad, delgado, activo, inteligente, es una copia animada del retrato del Marqués de Spinola, hecho por Velázquez en el cuadro de *Las Lanzas* o *Rendición de Breda*. Me hace preguntas referentes al batallón y queda muy satisfecho de mis contestaciones. El jefe, al paño se mesa la barba. Me ordena prosiga el orden establecido; instrucción por la mañana temprano, academia de oficiales e instrucción por la tarde. Muy afectuoso nos despide Costa, encargándome a mí que mientras permanezca el Rey en Durango, vaya a recibir la orden a las ocho de la mañana. En compañía de D. León doy una vuelta por el pórtico de Santa María y Ezcurdi. Durango ofrece el aspecto de una capital que tuviera numerosa guarnición. Saludamos a muchas personas. A D. León le conoce todo el mundo. Me presenta a Marichalar, Vallecerrato, Argonz, Lirio, Arístides Artiñano. Por mi parte encuentro a Magin Rodríguez, coadjutor de una parroquia de Valladolid, y a D. Pío Fraile que recorría las tiendas acompañado de un joven también de Valladolid, a quien nombró Moisés. Que él nos conduzca desde este Egipto a la tierra de promisión. De un grupo de oficiales surge mi apellido. ¡Palacios! ¡Palacios! Me aproximo. Son, como yo, procedentes de la otra banda; el capitán Garnica, del 1.° de Guipúzcoa, los excadetes Ceberg, Bastos, Valdes, Montemayor, Teran, Rios,

www.fpev.es

Urbina, que rodean al Barón de Sangarren, jefe actual del Batallón de Durango. Saludos, abrazos, presentaciones. Don León se aleja con unos señores de su edad y yo continuo charlando con mis antiguos compañeros. A todos les encanta la animación de Durango.

—Es un pequeño Madrid—dice uno.

—Con mayor categoría—observa otro—porque Madrid es solo villa y Durango en estos momentos es villa y corte.

Se acarician ilusiones y se forman proyectos para el porvenir. Quedamos citados en el café a las tres de la tarde. Vuelvo al alojamiento. Conferencio con D. León. Mando tocar parte. Llegan los sargentos.—«A las cinco formación para ejercicios en la carretera de Mañaria». Después de comer D. León se echa la siesta. Yo me voy al café. En varias mesas contamos veintidós jefes y oficiales procedentes del ejército. Poco antes de las cinco tocan llamada las cornetas de Guernica. Me reuno al batallón que sale bajo el arco de Santa Ana. Regresamos tocando fagina. Por la noche café y billar.

Día 5.—Sol espléndido, cuyos ardores atenua fresca brisa norteña. Voy a la orden. Costa comunicativo. Sin novedad. Ejercicios de batallón. Café con amigos. Por la tarde ejercicios y rosario.

Día 6.—Voy a la orden. Se acabó la buena vida. Sale el Rey en dirección de Zornoza con cuatro batallones navarros Castilla y Arratia. En consejo de generales presidido anoche por el Rey, se acordó proseguir en Navarra el ataque a los fuertes de Estella, en Guipúzcoa sitiar a Vergara y otras pequeñas guarniciones y en Vizcaya establecer oficialmente el bloqueo de Bilbao. Después de las maniobras acompaño a D. León a visitar a unas monjitas. Del convento salía Lizárraga. Se despidió para Guipúzcoa, adonde marcharía después de comer con sus dos batallones. Se presentan dos sargentos primeros, del batallón de Puerto Rico, acantonado en Vergara. Hablo con uno de ellos muy simpático e instruído, Blas Albar, aragonés. Por la tarde salida de Durango. Pernoctar en Zugastieta, a donde llegamos a las diez de la noche.

Día 7.—En Zugastieta. Léese la alocución de Velasco a os bilbainos. Les expone la conveniencia para sus intereses

www.fpev.es

mercantiles, de abrir las puertas de Bilbao al ejército real, antes de que les sorprenda el estampido del cañón y llegue el terrible momento del asalto.

—Y ese cañón ¿dónde está?—pregunté al coronel.

—¡Qué cañón ni qué carape! —Será el de Barba-Azul.

Por la tarde a Guernica. Noche, serenata.



Día 8.—En marcha por la carretera de Munguía—Descanso en esta villa. Buenos edificios entre los que se distingue el palacio del Marqués del Duero. A pernoctar a Zamudio. Alojados en casa del cura D. Juan Sarria.

Día 9.—En Zamudio. Toda la mañana me ocupo en extender oficios a los alcaldes de los pueblos próximos, comunicándoles quedará establecido el bloqueo de Bilbao, desde el ída 11. Sólo se permite la entrada en la villa a las personas que se provean de pases autorizados con el sello del batallón, pero la introducciou de productos de la tierra o el mar queda prohibida en absoluto. Se organiza el servicio de guardias avanzadas con órdenes rigurosas. La salida de la plaza es libre.

www.fpev.es

Día 10.—En Zamudio. Paseo a caballo a la avanzada de Santo Domingo. Bilbao en el fondo del valle. Hermoso panorama de la ría hasta el mar. Por la tarde vienen a visitarnos señoritas bilbainas, algunas guapas. Música y obsequios.

Día 11.—Expedición de pases para Bilbao. Coronel y comandante marchan a Munguia. Quedo encargado del batallón. Vuelve el comandante sólo. Dos aldeanas, madre e hija vienen a querellarse contra un voluntario. Yo me inhibo. El comandante debe de entender en el asunto. Sea por costumbre o por ausencia de molares, el comandante infla y desinfla con frecuencia los carrillos. Ese movimiento le ha valido el apodo euskaro de *Aspoa* (Fuelle), entre los chicos del batallón. Recibe a las querellantes. Sopla y dice a la madre:

—Exponga usted su queja.

—Pues de Bilbao venía esta chica sola y uno del batallón la cogió y *abrasarla* hiso.

—¡Qué barbaridad! Y ¿dónde la produjo las quemaduras?

—Quemaduras no, señor, abrasar, abrasar a la fuersa.

Un asistente que presenciaba el interrogatorio aclara el hecho.

—No dise que la quemó, dise que la abrasó, que la cogió en brasos.

Al comandante le tiembla la perilla. Movimiento de fuelle en los carrillos.

—Eso varía—dice.

—Y tamien besarla hiso ¡Qué vergüensa!—añade la mujer.

—¿Lo presenció alguno?

—La sentinela tamien estaba—dice la chica.

—Esperen abajo.

El comandante dá órdenes y al poco tiempo comparecen el acusado y el centinela. Se reanuda el juicio.

Los muchachos sólo hablan vascuence.

No entienden en castellano otras palabras que las aprendidas en la instrucción, las voces de mando.

El delincuente niega. El comandante pregunta al único testigo.

—¿Tú estabas de centinela?

—Sentinela, *bai jauna.*

www.fpev.es

—¿Y te hallaste en el lugar del suceso?

—¿En lugar? *Bai jauna. En su lugar descanso.*

La perilla del comandante se mueve nerviosa. Los carrillos funcionan.

—¿Y no viste la maniobra de tu compañero?

—¿Maniobra? ¿Columna maniobra? *Es jauna. Nic sentinela.* Vista al frente y a derecha e izquierda.

No había medio de entenderse. La hija y la madre increpan indignadas al acusado y al centinela, y éstos las interrumpen. Hablan a un tiempo; pero todo es vascuence. El comandante se impacienta, despide a las querellantes y condena al acusado a cuatro horas seguidas de centinela. Me aproximo al balcón y veo en la campa a los muchachos haciendo figuras de aurrescu delante de las mujeres. Comentarios y risas.

Día 12.—Tiroteo en las avanzadas. Salida de Lagunero con una columna hacia el alto de Santo Domingo. Manda incendiar la casa del Mirador de Quintana y ocho caseríos próximos. Lagunero se cubre de gloria con estos rasgos dignos de los cantonales de Alcoy. Dada la voz de alarma acudimos con refuerzos y los incendiarios, después de nutrido tiroteo, huyen cobardemente a refugiarse en la villa.

Día 13.—Regresa D. León. Durante el dia tiroteos y cañonazos. A las altas horas de la noche se forma el batallón sin previos toques de corneta. Ascendemos a Santo Domingo y variamos hacia la derecha. Se prohibe fumar. Bajada hasta cerca del Campo Volantin. Sale la luna. El propósito de sorprender a un destacamento enemigo es ya operación aventurada. Retrocedemos. Llegamos a Zamudio al amanecer.

. . . . . .

Día 17.—Relevo de Guernica por Munguia. Acompaño al ayudante a las avanzadas. Rumor de avance del cabecilla Sánchez Bregua con 12.000 hombres. La plaza de Bilbao, la más glotona del señorío y quizás de toda España empieza a sentir las consecuencias del bloqueo. Faltan en ella los artículos de primera necesidad, suben los precios, el vecindario protesta, claman los comerciantes contra el abandono del Gobierno, la disciplina de la guarnición deja mucho que desear y los elementos liberales de Bilbao temen un ataque serio de los

www.fpev.es

carlistas. Así se explica la llegada de Sánchez Bregua. Pernoctamos en Larrabezua.

Día 18.—Distribución de boinas y cartuchos. Llega la bandera del batallón primorosamente bordada por unas monjas de Guernica. Se enseña la bandera a los muchachos y al pueblo, una, dos, tres... *ene* veces.

Día 19.—En Larrabezua.—Ordenes de la comandancia general para estar preparados. Sánchez Bregua con su cuerpo de ejército llega a Vergara. Voy en comisión a Zarátamo al frente de dos compañías, de que hago entrega al coronel Fontecha, jefe del Batallón de Bilbao.

Día 20.—Marcha a Zarátamo. Sánchez Bregua se aproxima. Hoy se supone que pernoctará en Amorebieta.

Día 21.—Formación al amanecer. En marcha. Atravesamos Arrigorriaga y Miravalles, donde está Echevarri con un batallón de Arratia. Seguimos hasta Arrancudiaga. Noticias oficiales: Sánchez Bregua ha recorrido el camino de Zornoza a Bilbao sin ningún entorpecimiento. La mayor parte de los batallones vizcaínos se han replegado hacia el valle de Arratia. Velasco en Yurre. Academia de oficiales en el salón del Concejo.

. . . . . .

Día 28.—Toda la semana entre Ceberio y Lemona. Marchas y contramarchas sin objetivo racional. Hoy acampamos en una landa de Lemona. Preludios de combate. El enemigo sale de Bilbao y por la carretera alta llega a Zornoza. Se murmura de la actitud pasiva de Velasco. Voy a Yurre a recibir órdenes. Hablo con el coronel Costa. Me dice confidencialmente que se habían hecho preparativos para batir a Sánchez Bregua a su salida de Bilbao; pero deducidos los batallones que bloquean a la villa y los que Andéchaga ocupa en Portugalete, no quedaban disponibles más que unos tres mil hombres, una cuarta parte de las fuerzas enemigas. Hubiera sido una locura oponerse al paso de Sánchez Bregua. En compensación de esta noticia, Costa me informa de la rendición de Estella. Vuelvo a galope a Lemona. La segunda noticia se recibe con júbilo. La primera se comenta.

—La sombra de Zumalacarregui—dice el comandante Ro-

www.fpev.es

dríguez—vaga por estos montes. Con menos elementos él no hubiera perdido la ocasión de atacar.

—Y Napoleón hubiera atacado y vencído—objetó el coronel.

Día 29.—Sábese que Sánchez Bregua desde Durango se dirige a Vitoria. Vía libre. Velasco oficía al jefe de Guernica ordenándole la disolución del piquete de caballería, que manda Corona. El coronel echa pestes contra Velasco. Desaparecido el *coco* de Sánchez Bregua, el Comandante general de Vizcaya organiza una expedición con los batallones de Durango, Arratia, Castilla y Guernica. Orden de marcha. A pernoctar a Durango.

. . . . . .

Reunidos el 30 de Agosto en Durango los cuatro batallones, marchan por Elgueta a Vergara y en los siguientes días por Elgoibar, Placencia y Marquina a Ondarroa, Lequeitio, Guernica y Bermeo, cosechando por donde quiera, vítores y aclamaciones. Los chicos se divierten y el general luce satisfecho las guías napoleónicas de su bigote engomado.

De regreso a Durango, refréscanse los conocimientos de oficiales y tropa con academias y ejercicios, mientras Andéchaga prepárase al ataque de Portugalete y en Bilbao se aumentan los rigores del bloqueo.

www.fpev.es

VII

DE DON CARLOS EN LA INTIMIDAD

Progresos evidentes habían obtenido los carlistas del Norte, durante el verano de 1873. Quedan apuntados los relativos a Vizcaya.

En Navarra, a la capitulación de Estella sucedieron la derrota de la división de la Ribera en Dicastillo, la toma de Viana y las rendiciones de Sangüesa, Lumbier y Valcarlos.

En Guipúzcoa capitularon Elgoibar, tras heróica resistencia y Mondragón, con menos empeño defendida, y retiráronse a la capital las guarniciones de Salinas, Escoriaza, Arechavaleta, Vergara, Zumarraga, Oñate, Azpeitia, Azcoitia, Placencia, Eibar y otras igualmente expuestas a ser atacadas y rendidas por los batallones guipúzcoanos.

En poder del gobierno de la República, quedaban en Guipúzcoa, San Sebastián, Hernani, Irún, Guetaria y Tolosa. A Lizárraga convenía la posesión de Tolosa, no sólo por razones de estrategia sino por ser el centro industrial y mercantil de la provincia. Y para expugnar la plaza. defendida por numerosa guarnición y audaces voluntarios de la Libertad, solicitó el concurso de navarros, alaveses y vizcainos. La división de Vizcaya respondió al requerimiento con dos batallones.

El 12 de Septiembre a las tres de la mañana, partieron los de Durango y Guernica, camino de Marquina. Cuando a Marquina llegaron, supieron que allí estaba el Rey, preparándose a marchar. Los dos batallones, en orden de parada, tributáronle honores y siguiendo las huellas del Cuartel Real, continuaron su expedición hacia Guipúzcoa.

www.fpev.es

Al pasar ya de noche, y bien oscura, por Elgoibar y Placencia, los habitantes de estas villas, saludaron a los vizcainos con iluminaciones, cohetes y vítores clamorosos. A las diez de la noche entraban los batallones en Vergara, que les hizo una ovación más ruidosa que las anteriores.

A la mañana siguiente el coronel Iriarte y el cadete Palacios, fueron a visitar al Rey, que alojábase en el palacio del conde de Villafranca. El coronel, durante su emigración, había tratado a Don Carlos con cierta intimidad, y deseaba ofrecerle sus respetos, fuera de los actos oficiales Cuando llegaban a la verja del jardín de Villafranca, salía el Rey, acompañado del marqués de Valde-Espina. El coronel se inclinó, como para besar al Rey la mano, y exclamó conmovido.

—¡Señor!...

El Rey, eludiendo el homenaje, alzó el brazo y estrechó afectuosamente al coronel.

—¡Querido D. León!—dijo el Rey—mi leal veterano...

El marqués de Valde-Espina, también abrazó a D. León, su amigo y compañero de fatigas en la campaña que precedió al convenio de Amorebieta.

El ayudante, a respetuosa distancia, había saludado militarmente.

—Ibamos—dijo Don Carlos—a despedir a Lizárraga que marcha con dos batallones hacia Tolosa. Acompañenos usted D. León. ¿Y este joven? Ya le ví en Guernica ¿es sobrino de usted? (1)

—No, señor, es el ayudante del batallón; un oficial procedente del otro ejército.

—Muy bien, muy bien.

Y dirigiéndose al cadete, añadió:

—Si todos tus antiguos camaradas te imitasen, pronto terminaría la guerra.

—Todos vendrían si tuvieran el honor de conocer personalmente a Vuestra Majestad—contestó Palacios.

---

(1) Don Carlos hablaba a todo el mundo *de tu*. De esta regla solo exceptuaba a los sacerdotes. A D. León le había conocido en Francia vestido de abate.

www.fpev.es

Don Carlos sonrió satisfecho.

Comenzaron a bajar en dirección a la plaza. Junto al Rey sus acompañantes quedaban empequeñecidos. Valde-Espina, a su derecha parecía tener la altura de un bastón. A su izquierda, Iriarte que media buena talla, no llegaba a frisar con los reales hombros. El cadete, al lado de Iriarte, hacia *pendant* con el Marqués.

Lizarraga a la cabeza de su escolta, y los dos batallones, en correcta formación, disponíanse a partir.

Sonó una corneta, oyéronse voces de mando y caballeros e infantes hicieron, al desfilar ante el Rey, los saludos de Ordenanza.

Concluído el desfile, el Rey, esquivando manifestaciones populares, regresó a su alojamiento, en íntima conversación con el coronel. Al despedirse a la puerta, le dijo familiarmente:

—Hasta la noche, D. Leon; no falte usted a mi tertulia.

Llegó la noche, con impaciencia esperada por el curioso cadete.

A la real tertulia concurrieron aquella noche, los generales Elío, Cevallos y Marqués de Valde-Espina, los coroneles Costa e Iriarte, el jefe de Durango, Baron de Sangarren y buen número de jóvenes ayudantes. Celebrábase la tertulia en un gran salón, con mucho gusto decorado, y los concurrentes dividíanse en dos grupos. En un ángulo del fondo Don Carlos departía en voz baja con los generales y jefes. En el opuesto lado, los ayudantes cambiaban impresiones, no todas relativas a la guerra. El Marqués de Valde-Espina, sordo como una tapia, obligaba a los del círculo régio, a esforzar la voz y los ayudantes oian trozos de la conferencia. El ataque a Tolosa... después la rendición de Bilbao, condición exigida por Inglaterra para el reconocimiento de la beligerancia... más tarde el empréstito para comprar fusiles y cañones... y con estos elementos y el favor de Dios, ¡ancha Castilla!... Don Carlos llevaba la voz cantante. Apenas se discutió. Todos estaban conformes con el plan. Elio se retiró temprano. Sangarren, pretextando una orden que tenia que dar al ayudante de su batallón, desertó del círculo de los señores graves, pasándose al de los jóvenes. Hablaban éstos de las buenas con-

www.fpev.es

diciones de aquel salón para un baile. Sangarren contó una aventura de que fué protagonista en un baile de máscaras de Zaragoza. Acercóse Don Carlos a escuchar a Sangarren, que era un amenísimo narrador y celebró, con los jovenes, el final de la aventura.

Y a su vez Don Carlos contó, con mucha gracia, un suceso análogo que tuvo ocasión de presenciar, y del que fueron teatro los salones de un palacio ducal de Venecia.

En estas y otras intimidades que el cronista no consignó, confiándolas sin duda a su memoria, transcurrió la velada. Al sonar las once en el reloj de San Pedro despidióse Don Carlos, y jefes y ayudantes fueron abandonando el salón.

Camino del alojamiento el coronel preguntó al cadete:

—¿Qué le ha parecido a usted el Rey?

—Que es un rey absoluto más demócrata que Castelar (1).

(1) Castelar era entonces Presidente de la República.

www.fpev.es

VIII

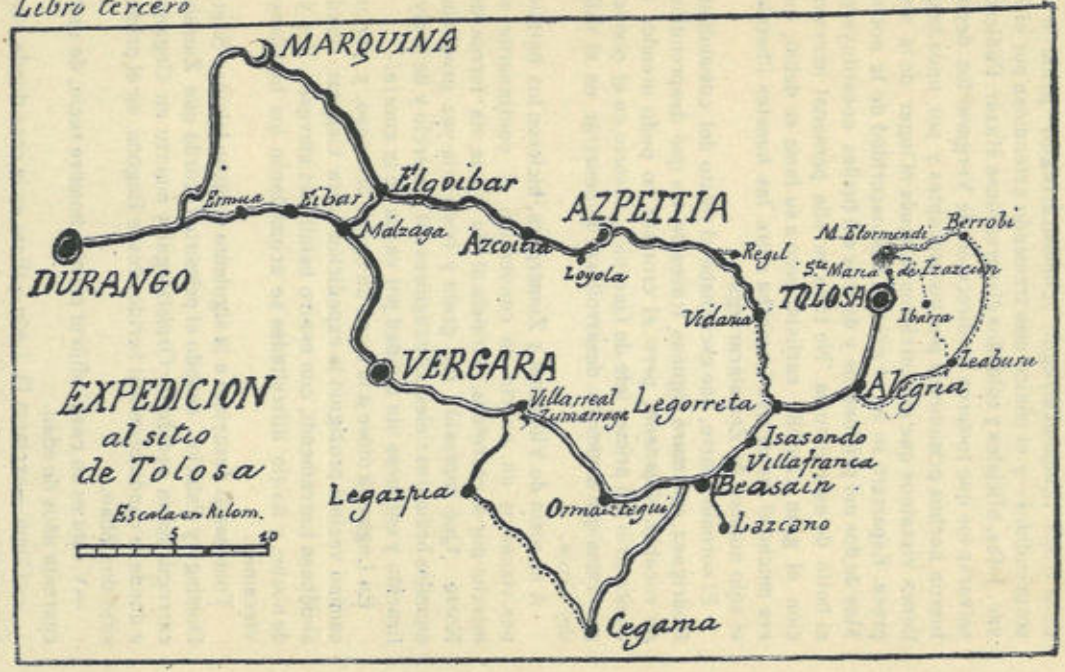
DE CÓMO EL CADETE DURMIÓ EN LA CAMA DONDE FALLECIERA EL GENERAL ZUMALACARREGUI Y DE OTROS HECHOS ANOTADOS POR EL CRONISTA

A la mañana siguiente salieron de Vergara los batallones de Durango y Guernica, a las órdenes del jefe de E. M. de Vizcaya, D. Carlos Costa.

En el trayecto de Vergara a Zumarraga, el comandante Rodríguez aproximó su caballo al del cadete.

—Fíjese, amigo Palacios—le dijo—en las montañas de la izquierda. Aquel es el alto de Descarga. Allí sufrió Espartero una de las más vergonzosas derrotas de su vida militar, más vergonzosa aún que la de Ayacucho, si se tiene en cuenta la desproporción de las fuerzas carlistas que le atacaron con las que él comandaba. Sólo a un general inexperto se le ocurre establecer un vivac en esas alturas inhospitalarias, sin contar con buenas confidencias y sin las precauciones que son elementales al frente del enemigo. Zumalacarregui atacaba a Villafranca y en socorro de su guarnición acudían dos columnas, la de Jáuregui desde Tolosa y la de Espartero desdesde Vergara. El general carlista Eraso, para informar á Zumalacarregui de la situación de Espartero, dispuso desde Villarreal un reconocimiento hacia Vergara con un escuadrón de caballería y varias compañías de infantes. Era ya de noche; los cristinos confiados en su número, muy superior a todas las fuerzas de Eraso y Zumalacarregui, habían colocado en pabellón sus armas y encendido hogueras. El escuadrón y las compañías avanzaron rápidamente hacia el vivac, introduciéndose los primeros lanza en ristre en medio de la con-

www.fpev.es


MARQUINA
Ermua
Eibar
Elgoibar
AZPEITIA
Málzaga
Azcoitia
Loyola
Regil
M. Elormendi
Berrobi
Sta María
de Izazcun
DURANGO
TOLOSA
Ibarra
Vidania
Leaburu
VERGARA
Villarreal
Zumarraga
Legorreta
Alegria
EXPEDICION
al sitio
de Tolosa
Escala en kilom.
5
10
Isasondo
Villafranca
Beasain
Legazpia
Ormaiztegui
Lazcano
Cegama

www.fpev.es

fiada tropa. ¡Zumalacarregui! ¡Zumalacarregui!—gritaron los sorprendidos—y el pánico más tremendo extendióse por el vivac. Jefes, oficiales y soldados dispersáronse al azar. Pudieron salvarse los que tomaron la dirección de Vergara: los demás fueron hechos prisioneros por los atacantes y por unos batallones vizcaínos que concurrieron después al lugar de la sorpresa. Espartero se salvó gracias a la oscuridad de la noche. Mas de dos mil prisioneros y de tres mil fusiles constituyeron el botín de esta victoria. No tuvo en ella personal intervención el gran caudillo carlista, pero a su fama se debió; que era mucho el terror que inspiraba entre las huestes liberales el sólo nombre de Zumalacarregui.

El coronel Iriarte, que escuchaba el relato del comandante Rodríguez, murmuró algunas frases de las que desprendióse un vocablo: Napoleón; pero el cronista no pudo atender al comentario del primer jefe de Guernica, absorto en el poético panorama que empezó a desarrollarse al penetrar en el valle del Urola.

A la vista de Villarreal y Zumarraga, hicieron los batallones vizcaínos un cuarto de conversión y continuaron su marcha por la carretera, paralela al río y a la vía ferrea del Norte. ¡Qué impresión tan grata y triste a la vez producían aquellos brillantes rieles, conductores del comercio y de la civilización y entonces sin utilidad por causa de la guerra!

En Legazpia dióse a la tropa un ligero descanso, y por un camino vecinal prosiguió la expedición hasta Cegama, donde alojábase Larramendi, con cuatro batallones alaveses. Era ya de noche, y no sin dificultades se acomodaron los batallones vizcaínos.

Tomaban el desayuno a la siguiente mañana Iriarte, Santo Domingo y Palacios, cuando el primero recordó que Zumalacarregui había nacido en Ormaiztegui y muerto en Cegama, a donde le condujeron mal herido, desde Begoña, en el primer sitio de Bilbao.

—Y esta es su casa—dijo el patrón, hombre recio, de unos cuarenta años de edad.

—¡Cómo!—exclamó D. León—¿Esta es la casa donde vino a morir?

www.fpev.es

—Sí señor. Su cuarto está como él lo dejó.
—Vamos a verle si se puede, ¡Pobre general!
Y precedidos del patrón, sobrino carnal de Zumalacarre-



EL GENERAL LIZÁRRAGA

gui, entraron los alojados en una habitación inmediata, que no era desconocida para el cadete. Adornaban las paredes un cuadro representativo de la Virgen, un catalejo, sin duda el que regaló el coronel inglés Gurvood, al invicto general, un sable de caballería y una espada española. En un rincón

www.fpev.es

apoyábase una escopeta vieja. Una cama de madera, cuyas ropas estaban revueltas y varias sillas de Vitoria constituían el resto del mobiliario.

—En esa cama murió – dijo el patrón—Todo está como él lo dejó hace treinta y ocho años.

—¿Pero las ropas también? – observó D. León mesándose las barbas y contemplando el lecho.

—No, señor, las ropas no. Sí ahi ha dormido esta noche el señor ayudante...

—¡Aaaah!

Rieron el equívoco algunos de los visitantes; pero no el cadete, que experimentó hacía aquel local, religiosa admiración desde que supo que habia tenido la honra de dormir en la misma cama donde fué sorprendido por el sueño eterno el gran Zumalacarregui.

El comandante Rodríguez, no llegó a tiempo de presenciar la anterior escena; pero hizo un examen minucioso de todos los recuerdos de su ídolo que la casa contenia y por su gusto hubíerala transformado en templo para que nadie la profanara.

Y al salir, añadió:

—Es vergonzoso para el partido carlista y para el mismo ejército, que aun no se haya elevado una estatua a Zumalacarregui, el estratega incomparable, el primer general español del siglo XIX, así reconocido por los más ilustres escritores militares nacionales y extranjeros... (1)

Bajo un temporal desapacible de viento y lluvia, salieron de Cegama los batallones vizcaínos.

Atravesaron Segura, algún tiempo Corte de Carlos V. En Beasain tuvieron los expedicionarios ocasión de presenciar el espectáculo deplorable que ofrecían la estación quemada y los vagones de mercancías incendiados por el tristemente célebre cura Santa Cruz, condenado a la última pena por un tribunal carlista.

(1) En cambio tienen sus correspondientes estatuas en Madrid, Espartero, Martínez Campos, Cassola y el Marqués del Duero, ninguno de los cuales ha merecido de la crítica militar europea los elogios prodigados al genial Zumalacarregui.

www.fpev.es

Antes de llegar a Villafranca hicieron los expedicionarios una conversión a la derecha, dirigiendose a Lazcano, cuyos vecinos dispensáronles entusiasta acogida y cómodos alojamientos.

El coronel Costa que durante la expedición habia sostenido animadas conversaciones con Palacios, nombróle su ayudante interino y le dió la comisión de pasar a Villafranca a recibir órdenes del coronel Feliu, jefe de E. M. de Guipúzcoa.

Hombre ya entrado en años, de canosa barba y militar aspecto, era el coronel Feliu. Escuchó atento el mensaje; agradeció el concurso de las fuerzas de Vizcaya y no atrevióse a resolver acerca del punto que habían de ocupar aquellos batallones en el cerco de Tolosa.

—Vuelva usted mañana. Salude en mi nonbre al coronel Costa.

Al siguiente día retornó el cadete a Villafranca. El coronel le señaló en un plano el lugar que debían cubrir los vizcaínos. Para llegar a él, marcó un itinerario, del que tomó nota el cadete en su cartera.

—Deberán salir los batallones mañana temprano, para batir al siguiente día el barrio de Izazcun.

De regreso a Lazcano, transmitió el cadete las instrucciones de Feliu, al coronel Costa.

—Al fin vamos a batirnos—dijo Costa frotándose las manos.

Al toque de diana, formáronse los batallones y después de racionarse, emprendieron la marcha siguiendo el itinerario dispuesto por Feliu, esto es, Villafranca, Isasondo, Legorreta, Icasteguieta y Alegría donde se dió descanso a la tropa. En Alegría terminó la que en los ánimos del viajero produce todo buen camino; pues abandonando la carretera, los expedicionarios hubieron de escalar el monte por trochas de difícil acceso y llenas de barrizales. Anochecia cuando llegaron a las casas de Leaburu donde debían pernoctar por orden superior.

www.fpev.es

IX

DEL COMBATE DE ELORMENDI, SEGUIDO DE HAMBRE, SED Y MÚSICA CELESTIAL

Amaneció, por última vez para algunos vizcaínos, el 18 de Septiembre de 1873.

Sin previo toque de diana oyóse el de llamada y tropa y no tardaron en formarse los dos batallones en una planicie sita entre el monte y las casas de Leaburu.

El corneta de órdenes de Costa tocó marcha. Trazando un arco de círculo, cuyo centro fuera Tolosa, dirigióse la columna por Berrobi a la escarpada altura de Elormendi, cuya cúspide coronó a las diez de la mañana. Abajo, en el fondo del valle bañado por el Oria, divisábanse los edificios como casas de juguete. Mas cerca veíase el barrio de Santa María de Izazcun, alrededor de la iglesia.

—Ahí está el enemigo—dijo Costa a Palacios—Mande usted desplegar cuatro compañías de Guernica y otras cuatro de Durango.

Palacios trasmitió las órdenes, y volvió a preguntar a Costa:

—¿Me permite usted bajar, mi coronel?

—¿Quiere usted distinguirse? No me opongo. Buena suerte.

El Barón de Sangarren, descendió también con cuatro compañías de su batallón.

Iriarte y Rodríguez quedáronse fumando en la cumbre.

Comenzó el despliegue, apercibióse el enemigo y rompió el fuego.

Las guerrillas carlistas abarcaban una extensión aproxima-

www.fpev.es

da de trescientos metros, dibujando la convexidad del macizo de Elormendi.

El enemigo (la columna de Loma, terror de los pueblos guipuzcoanos) ocultábase tras excelentes parapetos. Los carlistas solo en una parte de la línea pudieron utilizar muy deficientes trincheras.

Formalizóse la acción que duró más de tres horas. Durango y Guernica, avanzaron hasta cien metros de la barriada. El espacio era corto; pero los carlistas habían de atravesarlo a pecho descubierto y los liberales estaban provistos de abundantes municiones a juzgar por su furor en derrocharlas. El ruído de las descargas era imponente. Cientos de proyectiles silbaban en el aire; pero con gran sorpresa del cadete, parecían inofensivos. Los soldados de la República o no apuntaban o apuntaban mal. Las balas hundíanse en la tierra o levantaban múltiples nubecillas de polvo al chocar con la costra del monte; pero a considerable altura de las cabezas carlistas. Las municiones de éstos agotábanse y no existía repuesto. A la una y media sonó en la cumbre el toque de retirada, que no pudieron oir los más próximos a Izazcun. El estruendo de las descargas apagaba las notas de las cornetas. Algunos heróicos voluntarios, con desprecio de su vida, transmitieron la orden de replegarse por la izquierda, donde una depresión del terreno favorecía la retirada. En el extremo del ala derecha había quedado el cadete con una sección. Era el punto más próximo a la ermita de Santa María. Al conocer la orden dispuso el desfile guardando largas distancias de un número a otro para atenuar las pérdidas probables. El cadete desfiló el último. En el trayecto cayó mortalmente herido un voluntario. Entre un diluvio de balas se le pudo transportar a un baden próximo, donde falleció. El calor era sofocante. Otras pérdidas costó la retirada. El enemigo cubierto en sus parapetos continuaba disparando impunemente. La ascensión a la cumbre era penosa. En una landa Palacios encontró sentado al barón de Sangarren, limpiándose el sudor.

—Bien se ha batido el cobre, amigo Palacios—dijo el jefe del batallón de Durango—Me he sentado porque no puedo más. Tengo una sed horrorosa.

www.fpev.es

Palacios preguntó a los chicos de Guernica, si llevaban vino.

—Una gota solo para humedecer los labios—añadió Sangarren.

Un voluntario le ofreció el botillo.

—Viño *callente* estará, sí.

—No importa.

Sangarren bebió, y quiso gratificar al muchacho con un duro, al mismo tiempo que le daba las gracias.

—Gracias sí, pero eso nó—contestó con dignidad el guerniqués rechazando la moneda.

Y continuó su camino.

Al reunirse los combatientes en la altura se pasó revista. Durango y Guernica, habían tenido doce bajas, cuatro muertos y ocho heridos (1).

—Más bajas creí que hubiera con fuego tan nutrido—dijo Costa—atendiendo al factor de probabilidad, es decir, a la relación entre la anchura del blanco y la dispersión de los proyectiles.

El sol brillaba en un cielo sin nubes con toda la intensidad de la canícula. Los batallones carlistas pasaron la tarde en el cerro de Elormendi, a la vista de Tolosa. Para entretener la sed y el hambre las charangas de Guernica y Durango tocaron motivos de zarzuela. Los estómagos exhaustos protestaban contra aquella música impertinente. La música es arte y en el orden de los progresos humanos, el arte corresponde a una edad en que los hombres han conquistado de la naturaleza los elementos necesarios para satisfacer sus necesidades materiales. Para sentir el arte, preciso es tener el estómago

(1) El Sr. Pirala, y la *Narración* del E. M. dedican pocas líneas a este combate. La *Narración* limítase a decir que «Loma subió con sus fuerzas a Izazcun y dispersó a los carlistas, que tuvieron tres muertos y trece heridos, entre ellos el jefe del batallón de Durango; un oficial y un prisionero».—Loma ya estaba en posesión de la barriada de Santa María de Izazcun, cuando llegaron los batallones vizcaínos a Elormendi y de ella no se movió manteniéndose a la defensiva. Sangarren no fué herido y los soldados de Loma, no hicieron ni pudieron hacer prisionero alguno, porque no abandonaron sus parapetos.

www.fpev.es

satisfecho. Concíbese que un ejército se bata heroicamente con hambre y sed. La fuerza moral de sus deberes se sobrepone a su debilidad física; pero oir música, contemplar un cuadro, una estatua, un monumento, con el estómago vacío, son placeres intelectuales que pugnan con las leyes de la naturaleza. Así, aquellas notas tan agradables, sonaban a hueco para las hambrientas tropas vizcaínas. Por otra parte, la música requiere un escenario propio y no era el mejor elegido el pelado cerro de Elormendi.

Y es lo que decía el comandante Rodríguez:

—En estas alturas tan próximas al cielo, esa música suena en mis oídos a música celestial.

www.fpev.es

X

EN QUE SE HABLA DEL PASO DE LOS ALPES POR NAPOLEÓN Y DE UNA EMPRESA DE ZUMALACARREGUI PARA ENTRETENER EL HAMBRE Y EL FRÍO EN EL VIVAC

Al calor del día sucedió un frío glacial en la cumbre de Elormendi. Cerró la noche y la gente no podía dormir, falta de capotes u otras prendas de abrigo y sin medios de encender hogueras. Algunos privilegiados, hiciéronse la ilusión de combatir el frío envolviéndose en sus impermeables. La misma ilusión acariciaban los que, sentados en corro, creían comunicarse mutuamente algún calor.

En uno de estos corros figuraban el coronel Iriarte, el comandante Rodríguez, el capitán Aurre y los jóvenes sin clasificar Muzquiz y Palacios. Si el primero bajo su impermeable tiritaba, los demás... ¿qué harían?

Todos quejábanse de hambre y sed y sobre todo de la glacial temperatura. ¿Quién podía dormir con aquel relente que penetraba hasta los huesos?

El coronel Iriarte, haciendo aplicación a las circunstancias de la historia, tantas veces por él leída, de Napoleón, recordó el paso de los Alpes por el famoso general en la primavera de 1800.

—La temeraria empresa de Napoleón—decía—no puede compararse a las de Annibal y César que también salvaron las cumbres de los Alpes; porque éstos no tuvieron que atender al transporte de artillería. Napoleón atravesó los Alpes con treinta y cinco mil hombres, cinco mil caballos y buen número

www.fpev.es

de cañones bajando a precipicios y subiendo ventisqueros inaccesibles a 3.000 metros de altura sobre el nivel del mar. Cada cañón dispuesto en improvisada artesa (la mitad de un tronco limpio de tejido celular) era arrastrado por cien hombres. A lomo, en mulas escogidas, hizo conducir municiones y cureñas desarmadas. Y así llegó al Gran San Bernardo, mientras sus generales escalaban las alturas del Simplon, de San Gotardo y del Monte Cenis, en tan acertada combinación estratégica que dió por resultado la reconquista del Piamonte y la inmediata victoria de Marengo. Pues aquellos hombres que sólo hallaron en la hospedería de San Bernardo pan y queso, gracias a la caridad de los monjes, tuvieron que dormir durante los cuatro días que tardaron en pasar los Alpes. Porque no hay quien resista cuatros días sin dormir. Y durmieron entre la nieve, a muchos grados bajo cero. Aquí, pues, se quejan ustedes de vicio.

Y esto lo decía el coronel, envuelto en su impermeable; pero tiritando.

—No es preciso—dijo el comandante Rodríguez,—buscar ejemplos en las campañas de Napoleón; porque los tenemos sin salir de casa. Yo he dormido muchas noches a campo raso, más ligero aún que hoy de ropa en pleno invierno y sin permiso para encender hogueras. Operando a las órdenes de Zumalacarregui, eran frecuentes los vivacs en los montes de Navarra, bien preparando una sorpresa a los cristinos o eludiendo su persecución. Recuerdo que cierta noche tan fría como ésta y oscura como boca de lobo dormí yo perfectamente en un camino de la sierra de Urbasa.

—Buen sueño tendría usted—observó Aurre incrédulo.

—Un sueño atrasado de tres días con sus noches de marcha no interrumpida. Ello fué en la primavera del 34, una primavera disfrazada de invierno. Era yo cadete del segundo de Navarra, que operaba a las inmediatas órdenes de Zumalacarregui. De regreso de Vitoria, en cuyas calles nos batimos, proyectó el General, para atenuar el fracaso, una operación hacia la Ribera, escogiendo para formar la columna expedicionaria dos batallones navarros; uno alavés; otro guipuzcoano y doscientos caballos. Y con la rapidez que imprimía a

www.fpev.es

todos sus movimientos nos llevó desde la Solana a Lodosa, atravesamos el Ebro y al siguiente día nos hicimos dueños de Calahorra. Apercibióse el enemigo y todas las divisiones cristinas combináronse para copar nos. Pero Zumalacarregui previendo la encerrona, apresuróse a repasar el Ebro y sorteando las columnas de Quesada y Lorenzo, nos condujo a marchas forzadas hacia nuestro baluarte de las Amezcuas. Ya nos aproximábamos; pero antes de llegar a Contrasta, supo el general que la división de Oráa, ocupaba el pueblo y que la de Quesada se dirigía a un valle inmediato. Imposible era avanzar, peligroso retroceder, pues Lorenzo nos seguía, y temeridad combatir con una de las tres divisiones enemigas, hallándose las otras dos tan próximas y pudiendo prestarse mutuo socorro.

El comandante para tomar aliento y recibir algún calor, pues también tiritaba, encendió un cigarro e infló los carrillos.

—¿Y lo del sueño?—preguntó Muzquiz.

—Ahora, ahora vendrá. Antes hay que salir de la ratonera. ¿Cómo hubiera usted salido?

—Por la tangente.

—No había tangente, pues estábamos dentro de un círculo.

—El círculo se rompe.

—Eso fué lo que hizo el gran estratega. Ordenó que infantes y caballos se emboscasen en lo más espeso del monte, mandó algunos jinetes en observación a los caminos para impedir comunicaciones entre las fuerzas enemigas y cuando cerró la noche, por un angosto sendero que no distaría cien pasos de las guardias de Oráa, fuímos desfilando uno a uno hasta ganar las primeras estribaciones de la sierra da Urbasa. Ya habíamos roto el círculo. Estábamos en nuestra zona sin perder un hombre. Pero la noche era oscurísima y llevábamos más de ochenta horas de marcha sin otro descanso que el que nos diera el general en el bosque, mientras anochecía. Y ahora viene lo del sueño.

El comandante resopló varias veces según su costumbre y prosiguió:

—La lentitud de la desfilada había desarticulado los batallones y al subir la sierra cada cual tomaba la dirección que le

www.fpev.es

permitían las desigualdades del terreno y la espesura de los árboles. Automáticamente andábamos sin otra orientación que el rumor de las pisadas de los que nos precedían. Algunos de mi batallón tuvimos la suerte de seguir al primer comandante, guiados por las chispas que las herraduras de su caballo desprendían al chocar con los pedruscos. El caballo instintivamente marchaba por un camino de carreta. Y al instinto del noble animal nos abandonabamos. No teníamos otro guía. El avance era muy lento. De pronto se suspendió la marcha. La cabeza había hecho alto y al movimiento de flujo y reflujo de la tropa, sucedió un silencio sepulcral. ¿Qué ocurría? Esperando que la cabeza prosiguiese la marcha, la gente detenida comenzó a sentarse en los bordes del camino. Y así esperamos hasta que el cansancio y el sueño nos rindieron. Tres noches de vigilia y sin parar, no hay quien las resista. Quedamos dormidos.

—¿Todos? preguntó el coronel.

—Todos.

—¿Pero el caballo y el jinete también?

—También.

—Eso es inverosímil.

—Es tan cierto como la luz de esas estrellas.

—Que es bastante incierta para nosotros.

—No sea usted guasón, mi coronel. Lo ocurrido fué que una carreta abandonada, llena de hierba interceptaba el camino. El caballo hambriento se dió un verde y sin estímulo de voz ni espuelas se durmió. El jinete, según confesión propia, ya iba dormido confiado en el instinto del caballo, que a rienda suelta avanzaba. Al romper el día, los primeros que nos despertamos pudimos reconstituir la escena que nos ocultara la oscuridad de la noche. En lo alto la carreta, y a continuación el caballo inmóvil, con su jinete inclinado sobre el arzón delantero, y unos cincuenta voluntarios en las más extrañas posturas, profundamente dormidos a derecha e izquierda de la trocha. Y como el soldado en campaña nunca pierde su buen humor, cuando despertóse la gente y se informó de lo sucedido, no fué poco lo que bromeó a costa del comandante, del caballo y de la carreta. El comandante también reíase; pero

www.fpev.es

comprendiendo su responsabilidad dió la orden de marcha, salvó el obstáculo y antes de media hora nos incorporábamos al grueso de los batallones. Todos habían pasado la noche, como nosotros, dispersos por la sierra. A nadie, pues, exigió el general responsabilidades, comprendiendo, sin duda, que la resistencia humana tiene sus límites. Y una vez más fracasaron las combinaciones de los generales cristinos cuando ya de día, coincidieron en el monte Alda y no hallaron ni sombra de Zumalacarregui, a quien esperaban copar con su columna Y ahora ¿creen ustedes verosímil que nos durmiéramos todos, jefes y soldados en el camino de una sierra?

—Dados los antecedentes, pudo ser,—dijo Muzquiz.

—*E si non e vero e ben trovato*—añadió Palacios.

—De mí puedo asegurar—repuso el comandante—que en mi vida he tenido un sueño más profundo y reparador que el de aquella noche.

En esto se oyeron ruidos alarmantes por el lado opuesto al de Tolosa. Los del corro se pusieron en pié.

—¿Qué ocurre?—preguntó el coronel.

—¡Que llegan los brigaderos!

—¡Las raciones!

—¡Las raciones!

—¡Gracias a Dios!

La tropa se puso en movimiento. Ya nadie habló más del frío ante la perspectiva de confortar el estómago. Con las mulas de brigada llegó Pedro, el cocinero del coronel, y los asistentes de la plana mayor.

A tientas, en la oscuridad, se comió con el placer que deben sentir los chacales después de forzoso ayuno. No tardó en despertarse la sed y a falta de agua bebióse mucho vino.

Con tales refuerzos debían haber resurgido las energías físicas de los huéspedes de Elormendi y sucedió lo contrario. La digestión laboriosa les sumió en dulces ensueños, las conversaciones cesaron, el silencio restablecióse en el vivac y hubo quien, a pesar del frío, durmió tan profundamente como los soldados de Zumalacarregui durmieron en la sierra de Urbasa, según el testimonio del comandante Rodríguez.

www.fpev.es

XI

DEL SITIO DE TOLOSA Y SU FRACASO

Aunque el autor del *Diario de Operaciones*, olvidose de consignar qué hora marcaba su reloj, la del alba sería cuando Palacios, entumecido por el relente de la pasada noche y quebrantado por la dureza del lecho, abandonó las ociosas plumas, que ni de acero fueran más insufribles y comenzó a pasearse, para entrar en reacción por el tortuoso cerro de Elormendi.

El coronel Costa había sentido la misma necesidad y coronel y cadete coincidieron en un punto de la cumbre desde el que se dominaba el pintoresco valle regado por el Oria.

Saludáronse amistosamente.

—¿Tomaremos la plaza, mi coronel? preguntó Palacios.

—Es muy probable si derrotamos a la columna que venga en socorro de Loma.

Apenas salió el sol ordenó Costa que formasen los batallones. A juzgar por los preparativos iba a renovarse el ataque a la barriada de Izazcun. El coronel Costa encomendó al cadete el mando de las fuerzas de vanguardia, dos compañías de Guernica, con la provisión entera de cartuchos. Desplegadas en guerrilla y con bayoneta calada avanzaron hacia los caseríos de Izazcun. Con gran extrañeza del cadete el enemigo permanecía silencioso.

—¿Será una celada?—dijo en voz alta Palacios.

—No se distingue a los *guíris* detrás de los parapetos—contestó un guerniqués.—Cómo no estén ocultos en la iglesia y en las casas...

—¡A la carrera! corred la voz, *¡Aurrera!*

www.fpev.es

En pocos minutos las guerrillas rodearon la barriada de Izazcun. Una mujer asomóse a una ventana y habló en vascuence. El barrio había sido abandonado, durante la noche por las fuerzas de Loma. Inmediatamente Palacios ordenó a un sargento que subiese hacia Elormendi a trasmitir la noticia al jefe de Estado Mayor de Vizcaya.

Después dedicóse a reconocer la posición que ocupara el enemigo. Allí había éste dejado, como luctuoso recuerdo, trozos de lienzo y girones de ropa manchados de sangre, entre cápsulas vacías al pié y a lo largo de los parapetos.

Izazcun era un balcón sobre Tolosa. Bellísimo panorama ofrecía la villa y sus alrededores. Contemplábale distraído Palacios, cuando desde una casa situada al otro lado del puente hicierónle una descarga. Los proyectiles le saludaron por arriba, por abajo, por derecha y por izquierda; pero con el mayor respeto.

Al poco rato llegó Costa con los batallones. Organizó el servicio de campaña y la gente libre retiróse a descansar en los caseríos inmediatos a la ermita. Bastos, excadete de la Academia de Valladolid, oficial entonces de Durango, y Palacios, descendieron a un caserío, donde tomaron talo con leche. Todo el día con raras intermitencias duró el fuego entre la plaza y los centinelas carlistas.

Por la noche era curioso el espectáculo que ofrecía la plaza sitiada. Los faroles encendidos dibujaban las líneas de las calles con tal exactitud que hubiera podido alzarse el plano de la población. En las montañas circundantes, veíanse pasar misteriosas luces, como de batallones en marcha guiados por antorchas, o procesión interminable de fantasmas. Otras luces en lo alto de los montes parecían funcionar como telégrafos de señales.

El plan de Lizárraga, según Costa, consistía en impedir el paso de la columna de Andoain protectora de la de Loma, encerrada en la villa, derrotarla antes de que se estableciera el contacto entre ambas y romper el fuego de artillería, preparatorio del asalto, contra fuertes y barricadas.

Tan bien trazado plan, no pudo realizarse. Habíanse reunido alrededor de Tolosa quince batallones carlistas, cinco gui-

www.fpev.es

puzcoanos, cuatro navarros, cuatro alaveses y dos vizcaínos. Tales fuerzas, con los seis cañones de que disponían, hubiesen bastado para acometer con éxito la doble operación de derrotar a la columna de socorro preparada en Andoain y batir a Tolosa; pero no se había contado con un tercer factor que inesperadamente defraudó los propósitos de Elío.

A mediados de aquel mes de Septiembre había sido nombrado Moriones general en jefe del ejército del Norte. Tomó en Vitoria posesión del cargo, hizo alarde, en bélica proclama, de poseer el secreto de aniquilar a los carlistas, secreto desconocido para su antecesor Sánchez Bregua, concentró las columnas de operaciones y con un contingente de 12.000 infantes, 1.000 caballos y 24 cañones, salió el 21 de Septiembre de la capital de Álava, decidido a socorrer a Tolosa.

El 22, al amanecer, recibieron los batallones vizcaínos la orden urgente de retirarse de la posición de Izazcun, hacia el interior de la provincia. Mal efecto hizo en jefes y voluntarios tan inesperada resolución. Al pasar por Ibarra, el cadete que habíase quedado el último, en espera de los rezagados, se cruzó con el comandante Rodríguez, y le dijo:

—Costa ordena que se fuerce la marcha. Esto parece una fuga.

—Esto es, sencillamente, una retirada—respondió el comandante—y como dijo Cervantes, por boca de Sancho, el retirarse no es huir, ni el esperar es cordura cuando el peligro sobrepuja a la esperanza. Y alguno debe de haber cuando Elio ha ordenado la retirada con esta precipitación.

Después de Leaburu atravesaron la carretera y gatearon por los montes hasta descender a Alegría. Nada más que incorporarse los rezagados, continuó la media brigada por Icazteguieta y Legorreta, donde dejó el camino real y por los montes fué a descansar y desayunarse a Vidania. Ascendió después por la carreterra, a la vista de Goyaz y Regil y a las nueve de la noche entraba en Azpeitia. La jornada había sido dura; pero tuvo su resarcimiento, en la ovación indescriptible que el pueblo azpeitiano en masa tributó a los batallones vizcaínos.

En Azpeitia se despejó la incógnita del problema de la re-

www.fpev.es

tirada. Sin el cuerpo de ejército de Moriones, Tolosa hubiera caído en poder de los carlistas. Todos los sitiadores, a excepción de un batallón navarro, pudieron abandonar el cerco de Tolosa sin sufrir pérdida alguna. Por deficiencias del mando, ese batallón no recibió la orden de retirada con la debida oportunidad y fué batido y disperso.

Descansaron los vizcaínos toda la mañana del 23 en Azpeitia, y por la tarde, después de comer fuerte y tomar café, desquitándose de las pasadas privaciones, fueron a pernoctar a Azcoitia; un paseo militar, amenizado por la perspectiva del monasterio de Loyola a mitad de camino y las canciones en coro de los hijos de Durango y Guernica.

En Azcoitia alojáronse D. León y Palacios en la suntuosa residencia del señor Zavala, quien espléndidamente les trató.

A la mañana siguiente se celebraron solemnes exequias por los voluntarios muertos en Elormendi, a las que concurrió todo el pueblo de Azcoitia.

Por la tarde el batallón de Guernica, fué a visitar el monasterio de San Ignacio de Loyola, donde por acuerdo de Lizárraga habíanse establecido nuevamente los jesuítas, espulsados cinco años antes por la Revolución.

El coronel, el comandante Rodríguez y el cadete Palacios, visitaron la casa—solar de San Ignacio de Loyola, la parte de monasterio construída, correspondiente a una de las alas del águila, que figura el plano general y la iglesia.

D. León se admiró del lujo desplegado en los altares. Era perito en la materia.

—¿Qué le parece a usted?—preguntó el cadete al comandante.

—La casa del Santo, admirable, en armonía con la pobreza que aquél predicó, el convento nada tiene de particular y el templo, aparte su piadoso destino, es una exposición de mármoles, jaspes, incrustaciones y dorados, afeada por el horrible estilo churrigueresco. La vanidad contrasta con la ausencia de sentido artístico. Mucha riqueza y mal gusto...

www.fpev.es

XII

EXPEDICIÓN A NAVARRA

Muy obsequiados fueron los guerniqueses en Azcoitia, Elgoibar, Eibar y demás pueblos de Guipúzcoa, donde permanecieron hasta los últimos días de Septiembre.

El 29 volvió el batallón a sus cuarteles de Guernica, donde se esperaba a Don Carlos. No tardó éste en llegar, acompañado de Dorregaray. Con tan fausto motivo se reprodujeron las manifestaciones de entusiasmo y los ruídos de cohetes y campanas. Por la noche en el palacio de Montefuerte, donde el Rey se alojaba, celebróse besamanos, al que concurrió la oficialidad del batallón presidida por sus jefes. El Rey con fácil palabra exhortó a sus oyentes a perseverar en la defensa de los santos principios por él representados, concluyendo su discurso con sentidas frases de protección y esperanza.

En los siguientes días solo se habló en Guernica, de una expedición a Navarra.

Moriones, nuevo general en jefe del ejército republicano, proponíase al volver a Navarra, su país, la reconquista de Estella. Bien informado el general carlista Ollo, del proyecto de Moriones, pidió fuerzas auxiliares a las provincias hermanas. Preparados estaban para marchar los batallones de Durango, Guernica, Arratia y el castellano de El Cid, únicos en Vizcaya, libres del bloqueo de Bilbao.

La falta de municiones, suspendió por unos días la salida de la expedición.

El 2 de Octubre verificóse el desembarco de municiones en las próximidades de Lequeitio. Conducidas por 57 carretas, a Zornoza, hízose la distribución de cartuchos.

www.fpev.es

El 6, con el Cuartel Real, en cabeza, salió la expedición de Durango y pasando por Mañaria, Ochandiano, Villarreal, Marieta y Ozaeta, quedáronse a pernoctar en Narvaja. El Rey, Dorregaray y Velasco, alojáronse en una aldea próxima. El 7 pasó la división por Salvatierra, Galarreta, Zalduendo y monte Mezquia, descansó en Eguileor, y avanzó por San Román a Ciórdia, primer pueblo de Navarra. Llovía torrencialmente.

El día 8, sin cesar la lluvia, llegaron los batallones a Olazagoitia y ascendieron por el puerto del mismo nombre hasta la Amezcua, atravesando la sierra de Urbasa. ¡Pintorescos paisajes dignos de ser admirados con más detenimiento! Con pequeños descansos cruzó la tropa expedicionaria los pueblos de Zudaire, Baríndano y Artaza. El batallón de Guernica pernoctó en Artabia.

No se hablaba en este pueblo de otra cosa que de la acción empeñada el día 6 entre Moriones y Ollo, en Santa Bárbara de Mañeru. Las fuerzas de los contendientes eran desproporcionadas, pues Moriones disponía de 13.000 hombres, 1.600 caballos y 16 piezas, mientras que los carlistas sólo contaron con unos 4.000 hombres (5 batallones navarros y 3 alaveses) mal armados y con escasas municiones. A pesar de este desequilibrio de fuerzas y elementos, después de varias alternativas el ejército de la República concluyó por retirarse desordenadamente a Puente la Reina perseguido por las bayonetas carlistas. Deplorábase un acto de salvajismo que hacía poco honor a la tradicional hidalguía del soldado español. Diez y siete heridos carlistas fueron muertos a bayonetazos al ocupar la ermita de Santa Bárbara las tropas liberales.

La acción de Mañeru, la más importante desde que empezó la guerra, marcaba la divisoria para el carlismo entre el sistema de partidas y el científico de un ejército regular. Ya podían los carlistas contender, honrosamente con el enemigo en batallas campales.

El 12 de octubre salieron de sus cantones las fuerzas vizcaínas y pasando al pié de las célebres Peñas de San Fausto, donde el comandante dedicó un recuerdo a Zumalacarregui, entraron en Estella, que les dispensó un recibimiento entu-

www.fpev.es


Durango
Elorrio
Elgueta
Manaria
Vergara
Villarreal
Zumarraga
Beasain
Ochandiano
Idiazabal
Villarreal de Alava
Marieta
Echami-Aranaz
Ozaeta
Narbaja
Alsasua
Lizarraga
Olazaguita
Salvatierra
S. Roman
Urbasa
Amezcoa Baja
Eguileor
Zudaire
EXPEDICION A NAVARRA
Itinerarios de ida y vuelta
Escala: 1/500.000
Artaza
Estella
10
20
30 K.

www.fpev.es

siasta. Después de una hora de descanso, volvieron a formar en el paseo y desfilaron en columna de maniobra entre los aplausos y vítores del pueblo. La jornada terminó en Aberin, para el batallón de Guernica. Durango, Arratia y Castilla alojáronse en Muniain y Morentin.

Más de tres semanas permaneció en Aberin el batallón de Guernica No desaprovechó el tiempo. El cadete Palacios dedicóse a completar la instrucción de oficiales y tropa, que así en la táctica de guerrilla como en la de batallón, alcanzaron progresos evidentes. Los ejercicios de brigada, en unión de los otros dos batallones vizcaínos y el de Castilla, alcanzaron, según el coronel Costa, que les mandaba, los límites de la perfección. En estas maniobras el cadete Palacios suplía al primer jefe, desmemoriado para las voces y también al comandante poco fuerte en la táctica moderna.

Todo marchaba bien hasta que una mañana recibióse en Aberin, un parte urgente del general Velasco. El Rey deseaba presenciar las maniobras y llegaría a las tres de la tarde. Ni una bomba explotando a sus pies hubiera producido en el ánimo del buen D. León el efecto de aquella noticia inesperada. Era natural que él, como jefe, no delegara en ningún subalterno el mando del batallón en los ejercicios. Apremiaba el tiempo y Palacios apresuróse a dar algunas lecciones a D. León. Explicados teóricamente los principales movimientos, Palacios en funciones de brigadier daba las voces. El jefe correspondía con las aplicables a su batallón. Pero quedábase indeciso antes las voces largas. El cadete decía, por ejemplo:

—*¡Batallones!... Sobre la primera del tercero, cambio de frente perpendicular a la derecha...*

Aquello era una charada para D. León.

—No sé la voz correspondiente, ni tengo ya cabeza para esas cosas. Bien decía Napoleón que la táctica debiera reformarse cada diez años.

—Pero en tanto, los soldados de Napoleón, aprendían la táctica entonces vigente. Vea usted las consecuencias de haber dejado de asistir a las clases. Cuando se organizó la Academia usted aseguró que sería su primer alumno.

www.fpev.es

—¡El primer alumno! y lo soy.

Llamábase el primer alumno de la Academia con la misma razón que podía haberse titulado *el primer agricultor de España*.

En aquel aprieto ocurriósele al cadete aplicar un recurso de estudiante. Hizo que D. León escribiera las voces del brigadier y las concordantes del jefe del Cuerpo en los puños de su camisa, reduciendo a la quinta esencia la táctica de brigada.

—Ante todo, mi coronel, mucha serenidad para mirarse los puños.

—Si eso no es posible tampoco. Con las riendas del caballo en una mano y la espada en la otra ¿cómo voy a estirarme los puños?

—De la siguiente manera.

Y con unas correas en la mano izquierda y la espada en la derecha, Palacios demostró a D. León que podían los puños estirarse bajo la presión de los dedos meñiques.

Llegó el Rey, acompañado de su hermano D. Alfonso y de la esposa de éste Doña María de las Nieves de Braganza, seguidos de brillante escolta y hechos los honores por los batallones, comenzaron las maniobras. El papel de D. León no estuvo mal representado en los primeros movimientos; pero resintióse después de la falta de ensayos. Gracias a la instrucción de los oficiales, atentos a las voces del brigadier, pudo sortearse el compromiso con relativa facilidad.

La presencia de Doña María de las Nieves, ejerciendo de amazona, entre Don Carlos y Don Alfonso, fué objeto de comentarios aquella noche después de la cena.

—Es impropio de una mujer esa vida de campaña—dijo D. León.

—Debe de ser muy romántica—apuntó el cadete.

—O muy celosa—añadió el jefe de Guernica. Sea cualquiera el motivo, ocasiona críticas poco favorables a D. Alfonso. A mi me disgustaría que la imitase una mujer de mi familia. La misión de la mujer es más delicada. Su puesto está en los hospitales de sangre, cuidando heridos o en el hogar haciendo hilas. Pasaron los tiempos de Juana de Arco. La mujer es amor, piedad, abnegación y tales sentimientos pugnan

www.fpev.es

con los que inspira la guerra. Además, D. Alfonso es capitán general. ¿Cuando se ha visto en campaña un capitán general con su mujer? Eso es ridículo y más aún entre nosotros que hace cuarenta años nos estamos batiendo por el triunfo de la ley sálica...

Pocos días después, el 4 de Noviembre recibiéronse en los pueblos de la Solana confidencias alarmantes. Moriones había concentrado en Los Arcos, todo su ejército con el propósito de romper la línea carlista de Montejurra y penetrar victorioso en Estella.

La brigada vizcaína trasladóse a los pueblos inmediatos a Montejurra. El batallón de Guernica se alojó en Azqueta. El primer jefe y sus ayudantes acomodáronse en la casa del párroco D. Pedro Lara, sesentón, de elevada estatura, fuerte, de carácter franco y espansivo. Aquella tarde habían llegado de Guernica dos acémilas cargadas de provisiones. La cena fué un banquete. Entre los sabrosos bocados que la remesa familiar contenía, figuraban unas cajas de ostras, producto del mar completamente desconocido por el cura Lara. Sentados a la mesa y servidas sin abrir las ostras, D. León invitó a D. Pedro a que se hiciera plato y... allí de los apuros. Después de algunos tanteos, el buen cura, soltando un taco, concluyó por manifestar que él no comía aquellas piedras.

—A ver si ustedes son capaces de hincarlas el diente— decía.

Celebrada la broma, el cocinero se llevó las ostras para abrirlas.

No disgustaron a D. Pedro los mariscos, pero halló más sabrosos otros platos de la cocina de Vizcaya.

Al siguiente día pasaron por Azqueta fuerzas de caballería, algunos cañones de montaña y otros elementos precursores de un próximo combate. Una excursión a caballo a Montemayor, en la falda del Monjardín, ilustró al cadete acerca del teatro en que había de desarrollarse la batalla, si Moriones persistía en su propósito de pasar a Estella. En el desfiladero que divide Monjardín y Montejurra estaba la llave de la acción.

El 6 de Noviembre, pasó el batallón de Guernica, desde

www.fpev.es

Azqueta a Luquin. Con ligeras intermitencias el batallón estuvo todo el día sobre las armas, esperando órdenes.

El tiempo lluvioso y frío los días precedentes, tendía a mejorar. El cielo estaba despejado y el sol de otoño, aunque en pequeñas dosis, esparcía algún calor sobre aquellos sufridos voluntarios, cuyo abrigo dejaba mucho que desear.

www.fpev.es

XIII

BATALLA DE MONTEJURRA

Un mes había necesitado Moriones para reponer los quebrantos físicos y morales que su ejército experimentara en Mañeru, y prepararse a tomar nuevamente la ofensiva.

Al amanecer del 7 de Noviembre estaba formado en Luquin el batallón de Guernica, esperando órdenes. Ante el temor de los desmanes del ejército republicano todos los vecinos abandonaban sus viviendas. En carros, caballos, mulas y borricos, cargados de ropas, animales de corral y provisiones, marchaban las familias, camino de Estella. El patrón Azcona fué de los últimos en dejar su casa. Aquel exodo no era triste. Todos los emigrantes confiaban en la victoria de los carlistas, pero querían evitar el peligro de hallarse entre dos fuegos y sobre todo la presencia de las tropas republicanas. Pasaron los últimos carros a la salida del sol. Las personas iban alegres; pero algunos de los animales no estaban conformes con aquel viaje intempestivo: los cerdos gruñían y las gallinas lanzaban cacareos de protesta.

—No queda un alma en el pueblo—decía Azcona—ni un pan, ni un jamón, ni un vicho. Si los *guiris* vienen sin raciones, tendrán que comerse los codos de hambre. En cambio pueden emborracharse; porque vino les dejamos en abundancia.

Con su vista habituada a los accidentes de aquel terreno, Azcona percibió las guerrillas del enemigo al asomar por el boquete de Cogullo.

—Ya están ahí esos malditos—añadió.—Zúrrenles bien la badana.

www.fpev.es

Este era el espíritu de todo el pueblo navarro.

Serían las ocho. El sol que ya se alzaba sobre las cumbres de Montejurra hería de frente al ejército republicano que desplegábase en la llanura al pasar el desfiladero de Cogullo. Los sables y tercerolas de la caballería y los fusiles de los infantes, despedían vivísimos reflejos a los rayos del sol. Varios escuadrones avanzaron en guerrilla de frente y por el flanco derecho en líneas paralelas a Urbiola y Villamayor. Detrás apeonaban por tres puntos, grandes masas de infantería.

El batallón de Guernica recibió la orden de abandonar el pueblo de Luquin y ascender al monte a tomar posiciones.

El pueblo quedó completamente desierto, apagados los hogares, cerradas las puertas.

El batallón ascendió por la falda de Montejurra, hasta una eminencia que dominaba todo el campo de maniobras del ejército republicano.

La línea de batalla extendíase desde Villamayor, al oripié del elevado Monjardín, hasta Arroniz, en el extremo oriental de Montejurra. Entre ambos puntos, en un trayecto de 4 kilómetros se sucedían, de O. a E. la carretera de Estella, objetivo de Moriones, los bosques de Montejurra y en sus vertientes occidentales los pueblos de Urbiola, Luquin y Barbarín.

Defendían la izquierda de la línea cuatro batallones navarros, el centro tres vizcaínos y el primero de Castilla y la derecha tres alaveses, uno navarro y el de Rioja; en junto, trece batallones de 500 plazas cada uno por término medio, que dispondrían, deducidos músicos, brigaderos y asistentes de 6.000 fusiles y de escasa dotación de municiones, dolencia crónica del ejército carlista. Completaban sus elementos de combate cuatro piezas de montaña, distribuídas entre Villamayor y Barbarín y 200 caballos al mando de Pérula, dispuestos a entrar en acción en el trayecto de Villamayor a Azqueta.

Contra las fuerzas carlistas, las desplegadas en la llanura por el enemigo ascedían a 16.000 infantes, 2.000 caballos y 24 piezas de artillería, según cálculos del jefe de Estado Mayor de Vizcaya, D. Carlos Costa.

A las 9 rompieron el fuego las piezas carlistas emplazadas

www.fpev.es

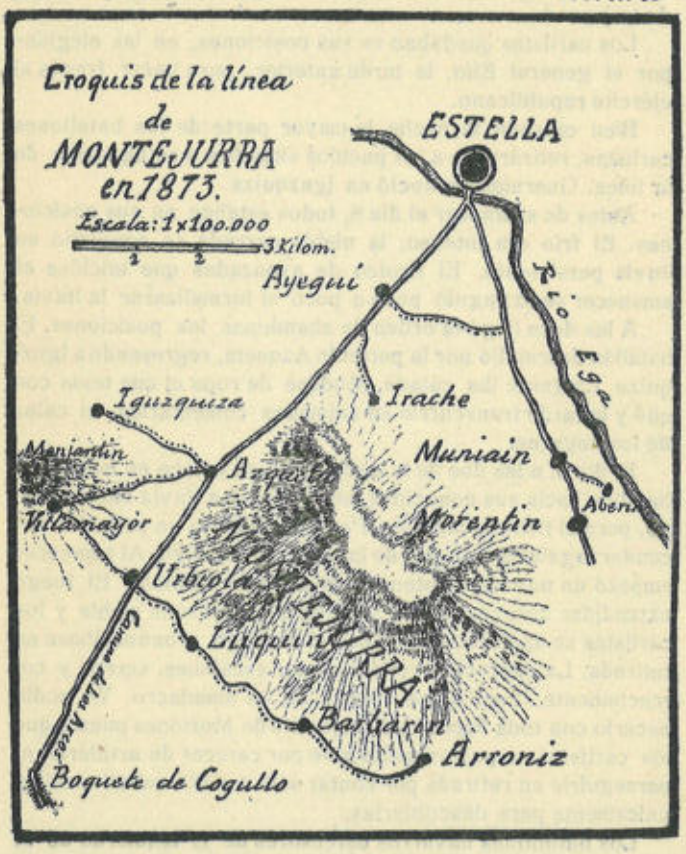
en Villamayor, contra los escuadrones liberales desplegados en guerrilla por el flanco derecho. Algunos proyectiles estallaron en los intervalos; pero los caballos siguieron su ordenado avance. Simultáneamente dispararon las piezas colocadas en Barbarín e inicióse por los navarros el fuego de fusilería en el flanco izquierdo. El enemigo emplazó 16 piezas frente a las cumbres de Barbarín y otras ocho con las bocas dirigidas hacia Villamayor y alturas de Luquin.

A las diez generalizóse el fuego en toda la línea, pero con mayor intensidad en la extrema izquierda carlista donde Moriones había acumulado los más poderosos elementos de combate. Bajo la protección de las 16 piezas, logró la infantería republicana, coronar las cimas de Barbarín, heróicamente defendidas durante cuatro horas por algunas compañías navarras y dos de Guernica, al mando de Palacios. Agotadas las municiones replegáronse unas y otras, y entró en fuego la segunda línea carlista que con sus certeros disparos, contuvo el avance de la tropa liberal. Ruda fué la defensa de la posición sobre Barbarín. Los 16 cañones disparando activamente, aparte el efecto moral, no produjeron una sola baja. El cadete que recorría la línea de fuego recomendando a los chicos se cubrieran y ahorraran municiones, debía ofrecer a los artilleros un blanco seguro, pues ni un instante se ocultó, pero los proyectiles, o quedábanse cortos o rebasaban la cumbre explotando en el fondo de la cañada. Las dos compañías de Guernica hubieron de lamentar dos muertos y trece heridos, todos de balas de fusil.

Dueño Moriones de la cumbre de Barbarin y creyendo quebrantada la moral carlista con aquel éxito parcial, conseguido a costa de tanta sangre, concentró sus huestes en Urbiola y Luquin. Los batallones alavases, los vizcaínos y el primero de Castilla, opusieron tan tenaz resistencia a las tropas allí acumuladas, que a pesar del apoyo de la caballería y de la artillería, no pudieron avanzar de Urbiola. Prodigóse el valor y la sangre por ambos contendientes y al anochecer, convencido Moriones de que no podía forzar el paso del desfiladero de Villamayor, llave de Estella, ordenó el repliegue de sus fuerzas a los pueblos deshabitados.

www.fpev.es

Libro tercero Itinerario



www.fpev.es

Puerto Rico y Gerona, abandonaron las alturas de Barbarin, que inmediatamente fueron ocupadas por un batallón navarro. La única ventaja obtenida por Moriones derrochando sangre y elementos, resultó, por consiguiente ilusoria al final de la jornada.

Los carlistas quedaban en sus posiciones, en las elegidas por el general Elío, la tarde anterior, para hacer frente al ejército republicano.

Bien entrada la noche la mayor parte de los batallones carlistas, retiráronse a los pueblos situados a retaguardia de la linea. Guernica pernoctó en Iguzquiza.

Antes de amanecer el día 8, todos estaban en sus posiciones. El frío era intenso, la niebla cerrada se convirtió en lluvia persistente. El tiroteo de avanzadas que inicióse al amanecer se extinguió poco a poco al formalizarse la lluvia.

A las doce llegó la orden de abandonar las posiciones. El batallón descendió por la parte de Azqueta, regresando a Iguzquiza. La gente iba calada. Mudóse de ropa el que tenía con qué y la tarde transcurrió en animados comentarios, al calor de los hogares.

El día 9, a las dos de la madrugada ya estaba en marcha el batallón hacia sus conocidas posiciones. La lluvia había cesado, pero el frío era horrible. Para combatirlo se permitió encender fogatas a cubierto de la vista del enemigo. Al amanecer empezó un nutrido tiroteo por la parte de Urbiola. El fuego extendióse después a toda la línea. Despejóse la niebla y los carlistas se apercibieron de que el enemigo pronunciábase en retirada. La operación verificóse por escalones, serena y correctamente, cual si se tratara de un simulacro. Ya podía hacerlo con toda impunidad el ejército de Moriones puesto que los carlistas no podían molestarle por carecer de artillería, ni perseguirle en retirada por contar sólo con 200 caballos útiles únicamente para descubiertas.

Los batallones navarros defensores de la izquierda de la línea, molestaron con sus descargas el flanco de las tropas liberales. No podían hacer otra cosa sin el concurso de la caballería.

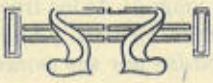
A las once todo había concluído.

www.fpev.es

Cesó el fuego y los últimos caballos de la retaguardia enemiga desaparecieron, como sombras chinescas, por el boquete de Cogullo.

Los batallones carlistas bajaron a los pueblos. Todas las viviendas habían sido saqueadas y para completar su labor destructora, los soldados dejaron abiertas las llaves de las cubas de vino que inundaba las bodegas, y esparcieron y ensuciaron los trigos y cebadas en los graneros.

Por contraste, a la salida de Urbiola paisanos y voluntarios abrían zanjas para dar sepultura a los cádaveres enemigos y un capellán carlista rezábales responsos...



www.fpev.es

XIV

CRÍTICA HISTÓRICA

El anterior bosquejo está copiado casi literalmente de *Diario de operaciones* escrito por el cadete Palacios.

El bosquejo coincide en sus líneas generales con las descripciones más autorizadas de tan memorable acción de guerra, pero difiere en algunos puntos, cuyo razonado análisis, entra ya en el dominio de la crítica. (1)

Todos los historiadores convienen en afirmar que el ejército republicano, a las órdenes de Moriones, se apoderó victorioso de Barbarín, Luquin y Urbiola. La victoria supone lucha, combate, y en ninguno de los tres pueblos midieron sus armas los contendientes. Urbiola y Luquin habían sido *completamente abandonados* por sus moradores y por las fuerzas carlistas, mucho antes de comenzar la batalla. En Barbarín quedó un batallón navarro protegiendo las dos piezas allí emplazadas; pero artilleros e infantes evacuaron el lugar ante el fuego graneado de los 16 cañones enemigos, en los comienzos del ataque. Es, pues, inexacto que las tropas liberales *conquistaran* esos pueblos, como aseguran los historiadores. Una cosa es *conquistar*, acto que requiere la intervención de las armas y otra cosa es *ocupar* lo que el enemigo ha abandonado, lo que nunca entró en sus cálculos defender. Y la *ocupación* simple de una cosa abandonada, ni es un hecho que exija desplegar grandes dotes de valor y pericia, ni puede

(1) *Narración* por el Cuerpo de E. M. Tomo III, página 270.—*Anales*, por Pirala. Tomo IV, página 565.—*La Campaña del Norte*, por Brea, página 62.

www.fpev.es

considerarse como una victoria desde el punto de vista militar.

La descripción que hace de la batalla el Cuerpo de E. M., adolece además de otras inexactitudes. En ella se lee que «Dana debía apoderarse del pueblo de Urbiola... y *así lo hizo*, sin obstáculo serio y con sólo algún tiroteo de guerrillas». (1)

Y después de dejar a Dana dueño de Urbiola, a renglón seguido dice: «Al avistar el pueblo de Urbiola, que se hallaba ocupado por infantería y caballería del enemigo...» ¿En qué quedamos? Si Dana se apoderó de Urbiola, es que no estaban allí los carlistas. Y si estaban, ¿cómo entró Dana en Urbiola sin obstáculo serio? El tiroteo de guerrillas es verosímil sin estar en el pueblo los tiradores, porque podían disparar desde las faldas de Montejurra, a medio kilómetro de Urbiola; pero la permanencia en este pueblo de fuerzas carlistas, ni antes ni después de la aproximación de Dana, es pura inventiva del narrador; porque Urbiola quedó desierto al aparecer las tropas liberales por el boquete de Cogullo.

Hablando del ataque a la izquierda carlista, supone también la *Narración* que «el enemigo tiraba cubierto por obras de tierra». No existían más obras en Barbarín, que las de la naturaleza, y en ellas en los accidentes topográficos naturales, fué donde únicamente pudieron cubrirse los tiradores carlistas, como se cubrían los republicanos.

Aclarados estos puntos, procede discurrir acerca del objetivo de Moriones. Los apologistas de este fracasado general, aseguran que nunca entró en sus cálculos la reconquista de Estella. La fábula de la zorra y las uvas del emparrado, se representa muchas veces en la comedia humana.

El gobierno, presidido por Castelar, había dado a Moriones facultades amplísimas para cuanto se relacionase con la campaña del Norte. Todo dependía de la libérrima libertad, del arbitrio absoluto del general en jefe. Sólo se le exigía, en cambio, una victoria de resonancia universal y ninguna comparable a la reconquista de Estella. El gobierno necesitaba

(1) *Narración*. Tomo III, página 280.

www.fpev.es

para presentarse dignamente ante las Cortes, la ocupación de aquella plaza, con objeto, según carta del ministro de la Guerra a Moriones, fecha 24 de Octubre, «de satisfacer en cierto modo y levantar la pública opinión que tiene su mirada fija en ese punto.» Y Moriones, que no pudo apoderarse de Estella el 6 de octubre por el camino de Puente la Reina, apremiado por el gobierno y por la opinión liberal, resolvió al mes siguiente seguir otra vía que consideró más accesible, la de Los Arcos, para lograr su propósito.

El señor Pirala dice que el principal objetivo del ataque y la defensa de Montejurra era el desfiladero de Villamayor, antesala de la ciudad carlista. "Pasado el desfiladero no hay obstáculo que se oponga a la marcha de las fuerzas victoriosas. Pero la *Narración* supone que Moriones sólo se propuso al atacar las líneas defensivas de Estella *levantar la moral del soldado*, propósito inútil, tratándose del soldado español que no necesita esas pruebas para batirse bien, y muy secundario si se atiende a los grandes sacrificios de hombres y recursos que representaban aquellas operaciones. La moral del soldado se levanta llevándole a la victoria, adquiriendo el dominio absoluto de las posiciones conquistadas y avanzando sobre las fuerzas enemigas hasta conseguir su total aniquilamiento y destrucción. Pero no se levanta la moral del soldado, forzándole a tomar posiciones para abandonarlas después, ni haciéndole víctima de su desgracia si es herido, por no disponer de material sanitario, ni dejándole como inútil impedimenta, a merced de la misericordia del enemigo, ni prodigando cruces y empleos a jefes y oficiales por acciones que se resuelven en deplorables retiradas. Si Moriones sólo tuvo aquella aspiración, forzoso es confesar que los resultados fueron contraproducentes; porque consiguió lo contrario de lo que se proponía. Con la retirada por sistema, los soldados de la República perdieron en fuerzas morales, lo que ganaron los carlistas, quiénes a partir de Mañeru aprendieron a batirse con la disciplina y el orden de un ejército regular.

Pero no: el pensamiento de Moriones, más que en principios de ética militar, estaba ocupado en la reconquista de Estella. Su plan era una incógnita; quizás no lo tenía. Los hom-

www.fpev.es

bres de fortuna esperan siempre la intervención favorable del azar. Pero la distribución de fuerzas y la forma del ataque en la batalla de Montejurra revelaron desde luego el firme propósito de Moriones, de posesionarse de la tierra prometida. Flanquear Montejurra por Barbarín y Arroniz, envolver la izquierda carlista, quebrantarla, destruirla; y, esto conseguido, acumular todos los elementos en el punto de intersección de Montejurra y Monjardín, en el desfiladero, llave de Estella. Tal fué el propósito de Moriones. ¿Cómo entender, sino el famoso telegrama que tanto júbilo causó en el gobierno y en la prensa liberal? «*Tomado Montejurra, domino Estella*» decía el despacho que Moriones se apresuró a dirigir al ministro de la Guerra, en la tarde del 7 de Noviembre. Se *apresuró*, no cabe duda, porque no contaba en las primeras horas de la tarde cuando sus tropas coronaron las cumbres de Barbarín, con la segunda línea de Montejurra, ni con la tenacidad y heroismo de los batallones carlistas ante Villamayor. Y desorientado y confuso, al llegar la noche, reconociendo su impotencia, ordenó el repliegue de las tropas a los pueblos. Y al siguiente día dispuso la retirada, operación admirablemente concebida, muy honrosa para el jefe de Estado Mayor que la organizó y para las fuerzas que la ejecutaron.

Moriones no pudo complacer al gobierno, reconquistando a Estella, por causas superiores a su voluntad. Y ante el revés prefirió cargar a la cuenta de la moral del soldado lo que fué sencillamente una tremenda equivocación.

Andando los años, Moriones ascendido por la Revolución de comandante a teniente general, fué nombrado por el hijo de aquella señora contra quien siempre conspiró, Marqués de Oroquieta.

¡Qué ridículo!

Nombre y acción de Oroquieta
Son dos cosas de opereta.

Más conforme al sentido común hubiese sido atribuir tal dignidad a Montejurra, en primer término porque Moriones ya fué expléndidamente recompensado con la faja de teniente general por la fácil dispersión en Oroquieta, con un cuerpo de

www.fpev.es

ejército, de un grupo compuesto en su mayoría, de paisanos inermes, victoria al alcance de un sargento de la guardia civil. Y en segundo lugar, porque en Montejurra aunque no logró su propósito de pasar a Estella, demostró por lo menos, arte sumo y pericia indiscutible en una operación digna de aplauso: la retirada.

www.fpev.es

XV

TRES DIAS EN ESTELLA

Algunos de los batallones que habían concurrido a la jornada de Montejurra, trasladáronse a Estella, acompañando al Rey y a los Generales Elío, Dorregaray, Larramendi y Velasco. La ciudad tributó a sus defensores una ovación estruendosa.

El Cuartel Real publicó al siguiente día una alocución de Don Carlos, en la que daba las gracias a los voluntarios de Navarra, Vizcaya, Alava, Castilla y Rioja, por su arrojo y sufrimiento y disponía la creación de una medalla que conmemorase el triunfo obtenido en los campos de Barbarín y Urbiola.

Tres dias pasó en Estella el batallón de Guernica. En la mañana del primero, el cadete recorrió la ciudad y sus alrededores en compañía de Muzquiz y de un cura pariente suyo, que ofició de *cicerone*. Llamaron la atención del cadete las antiquísimas iglesias de San Juan y de San Pedro y las ojivales de San Miguel y el Santo Sepulcro, y algunas casas armeras de la calle Mayor, pero lo que más entretuvo a los excursionistas fué la descripción minuciosa que hizo el cura del ataque de las fuerzas navarras, a las órdenes de Dorregaray contra el antiguo convento de San Francisco, convertido en fuerte por las tropas de la República. Desde el 17 al 24 de Agosto duró la contienda y en ella registráronse episodios de valor y temeridad dignos de pasar a la Historia. El cura reconoció lealmente la heroicidad de los defensores que sólo capitularon, cuando no les quedaba otro recurso que morir entre los escombros de la fortaleza. Hechas por el Ayuntamien-

www.fpev.es

to las obras de reparación necesarias, el General había destinado el edificio a depósito de prisioneros.

Por la tarde el coronel y el cadete dieron un paseo a caballo hasta el hospital de Irache, con objeto de visitar a los heridos del batallón. Antiguo monasterio de frailes benitos y célebre universidad, la Junta de Navarra hizo en él importantes obras y una institución, *La Caridad*, fundada por Doña Margarita, lo convirtió en hospital para los heridos de la guerra. De la importancia histórica del monasterio, quedaban, entre otras memorias, la del derecho del abad a sentarse en las Cortes de Navarra y la de haber guardado algunas de las cadenas del pabellón de Miramamolin, que Sancho VII, el *Fuerte*, trajo como trofeo de las Navas de Tolosa y que desde entonces figuraron en el escudo del reino. En poco más de un mes el antes abandonado monasterio, habíase transformado en cómodo asilo de las víctimas de la campaña, sin distinción entre carlistas y republicanos, pues todos eran igualmente atendidos con cariñosa solicitud. En sus espaciosos departamentos, contábanse ya más de trescientas camas. El servicio sanitario era completo y todos los detalles revelaban la previsión y la actividad del legitimista francés Mr. Bourgade y de la señora viuda de Calderón, principales organizadores del humanitario establecimiento. Bien atendidos y en vías de curación hallábanse los muchachos de Guernica, quienes únicamente deploraban no poder acompañar al batallón cuando regresase al Señorío.

Por la noche el cadete concurrió al casino. El Barón de Sangarrin que presidía una peña de jefes y oficiales procedentes del Ejército, invitó a Palacios a sentarse a su lado.

La conversación giraba alrededor del combate de Montejurra y de sus probables consecuencias para el porvenir de la Causa. Ensalzáronse las previsiones estratégicas de Elío, la disciplina de todos los batallones y la serenidad del Rey ante las granadas que a sus piés explotaron en Villamayor. En todos reinaba el entusiasmo y el deseo de distinguirse en nuevos hechos de armas. Alguien insinuó la oportunidad de las propuestas de ascensos y cruces. Ya que no percibían haberes, justo era que se premiaran los servicios con honores a los que

www.fpev.es



GENERAL DORREGARAY

www.fpev.es

perdieron sus carreras y abandonaron sus intereses por la Causa. Desde luego se encomiaron las reformas introducidas por el Estado Mayor, relativas a la supresión de los grados, perturbadores de las escalas y la desaparición del dualismo en los empleos, sistema qus favorecía a los Cuerpos privilegiados en perjuicio de las armas generales. También fué objeto de aplausos la sustitución de ángulos y estrellas, como distintivos de empleos por simples tirillas en las bocamangas (1). Todos los reunidos lucían sus divisas, a excepción de Palacios.

—Y usted ¿por qué no lleva divisas?—preguntóle Sangarren.

—Porque carezco de título que me otorgue ese derecho. Mientras no tenga mi despacho de alférez...

—¿Cómo alférez? usted ejerce funciones de ayudante.

—En ausencia del efectivo.

—Y aun de jefe, puesto que manda el batallón en las maniobras.

—En defecto del coronel y del comandante que no están muy fuertes en la táctica moderna y delegan en mí esa comisión que tanto me honra.

—Usted se batió a mi lado en el sitio de Tolosa y se distinguió. Usted es el alma del batallón de Guernica. Con tales méritos ¿por qué no solicita su clasificación?

—No soy ambicioso. Tengo la satisfacción interior que proporciona el cumplimiento del deber y sólo deseo el triunfo de nuestros ideales.

—Admiro su desinterés.

Al día siguiente fué sorprendido el jefe de Guernica, por una novedad. En el servicio militar de la plaza, había correspondido al batallón dar la guardia al general Dorregaray. Discutióse el caso entre el coronel y el cadete; pasaron revista a los oficiales y éstos por A, aquéllos por B y esotros por A + B, todos fueron desechados; porque el oficial de guardia tenía que comer con el Comandante general de las provin-

(1) Estas reformas introducidas en el ejército carlista, fueron después adaptadas al liberal por los ministros de la Guerra de la Restauración.

www.fpev.es

cias vasco-navarras y Rioja y era necesario dejar bien puesto el pabellón de Guernica.

—Tiene usted que ir, Palacios, no encuentro otra solución —dijo D. León, que se paseaba nervioso—. Hágame usted ese favor.

—Sea; pero no por favor, sino por deber. Usted ordena.

Y Palacios, entró de guardia, previa elección de clases, por él instruídas, en el capítulo de honores.

Al llegar la noche un ordenanza avisó al cadete, ascendido a oficial de guardia, para que subiera a comer de parte del general. Cuatro personas solamente ocupaban la cabecera de una larga mesa, el general Dorregaray, el Coronel Oliver, el brigadier Alvarez y un joven ayudante, cuyo apellido no ha pasado a la historia.

El general hizo algunas preguntas a Palacios, a las que éste procuró contestar con suma discreción, y satisfechos todos de que el oficial de guardia procediera del Ejército, la conversación fué animándose a medida que los estómagos se confortaban. Rivalidades, competencias, agravios y postergaciones, salieron a relucir con gran sorpresa del cadete, que nunca creyó respirar aquella atmósfera en las altas esferas de la milicia carlista. Fuera de Don Carlos, no quedó títere con cabeza, ni general sin censura, ni diputación sin enconadas alusiones. Y Don Carlos mismo no se libró de la crítica indirecta de aquellos señores, pues ciertas especies calumniosas y faltas de consideración que afectaban a Dorregaray, procedían de los generales y ayudantes del cuarto militar del Rey, cuya suprema autoridad hubiera podido corregirlas, en vez de contribuir, con su indiferencia a fomentarlas. El general agraviado pediría licencia para pasar una temporada en el balneario de Elorrio. Allí seguiría curándose la herida de su brazo izquierdo que aun llevaba en cabestrillo. Oliver y Alvarez estaban decididos a solicitar el pase al ejército del Centro.

Toda la noche meditó Palacios, en el cuerpo de guardia, acerca de lo que acababa de oir y no pudo menos de deplorar que aquel tiempo distraído en estériles murmuraciones, no se emplease en el estudio y aplicación de los procedimientos más rápidos para el triunfo de la Causa.

www.fpev.es

XVI

REGRESO A VIZCAYA

Rendido el cadete de la mala noche que pasado había, apenas llegó el relevo, dirigióse a su alojamiento, almorzó fuerte y se acostó. Empezaba a recibir las dulces caricias del sueño, cuando abrióse la puerta del dormitorio, y oyó la voz del comandante Rodríguez.

—Pero ¿qué es eso? ¿en la cama a estas horas?

—Acabo de salir de guardia, mi comandante.

—Sí, ya lo sé; pero me avisa el coronel para que dé cumplimiento a una orden del general Elío y necesito el auxilio de usted. Hay que hacer una relación de jefes, oficiales e individuos de tropa que han concurrido a la ballata de Montejurra, una propuesta de cruces a favor de los heridos y otra de oficiales y voluntarios de las compañías que han entrado en fuego para las recompensas que tenga a bien otorgarles S. M. el Rey. Esto urge; porque mañana saldremos de Estella en dirección a Vizcaya, y hoy mismo deben entregarse esas relaciones, que representan demasiado trabajo para un hombre solo.

—Y para dos también. ¿Con qué a Vizcaya? Lo siento, Iba tomando cariño a este país.

Saltó el cadete de la cama, vistióse y llamó a un asistente.

—Dí al corneta que toque parte.

—¿Para qué?—preguntó Rodríguez.

—Para repartir las cargas. Nada más eficaz en estas urgencias que la división del trabajo.

A poco llegaron los sargentos. Palacios les dió instruccio-

www.fpev.es

nes para los encargados de compañías y antes de dos horas estaban despachadas relaciones y propuestas.

A la mañana siguiente partió de Estella la brigada vizcaína.

Una lluvia menuda azotaba de frente los rostros de los expedicionarios, pero la tropa iba contenta por regresar a Vizcaya. Pasaron por Abarzuza, ascendieron por la sierra de Andia cuyas cumbres se ocultaban tras densos nubarrones, atravesaron el túnel de Lizárraga, de 240 metros y el pueblo de Echarri-Aranaz y ya de noche llegaron a Bacaicoa. El batallón de Guernica iba en cabeza y fué el primero que se alojó. Los demás siguieron desfilando entre sombras, como fantasmas. La lluvia caía incesante y monótona, calando los cuerpos sudorosos.

—Buena jornada—dijo Palacios al comandante.

—Unos cuarenta kilómetros. Mañana será mayor si hemos de llegar en tres jornadas a Durango.

El comandante padeció el error de una jornada; pues en vez de tres fueron cuatro las que invirtieron en llegar desde Estella al punto de partida, los batallones vizcaínos.

A las tres y media de la madrugada, salió el de Guernica de Bacaicoa, esperó en Iturmendi al general Velasco y al resto de las fuerzas y pasando por Alsasua, quedó toda la brigada a pernoctar en Beasain. La lluvia continuaba.

—¿Cuántos kilómetros, mi comandante?

—Treinta y cinco.

Al otro día la jornada fué más corta. Racionose la brigada en Beasain, almorzó en Zumarraga y pernoctó en Vergara.

Al pasar por Anzuola el comandante señaló al cadete las alturas de Descarga.

—Sí, sí, ya me contó usted la derrota de Espartero—se apresuró Palacios a decir temiendo una nueva descripción de la sorpresa.

Desde Vergara, pasaron al siguiente día los batallones a Durango, que les tributó un recibimiento tan entusiasta como ruidoso.

A petición de los jefes vizcaínos Velasco acordó conceder licencia general por tres días a las fuerzas expedicionarias.

www.fpev.es

Cada cual podía marchar a donde más le conviniese. Los hijos del país iban contentos a sus casas, al calor de su hogar, al lado de sus padres, que les esperaban impacientes, a referir sus impresiones acerca de los pueblos que habían visto, de las gentes que conocieron y de las costumbres extrañas que observaron, a contar bajo la negra campana de la cocina del caserío, o en el pórtico de la iglesia, las fatigas pasadas y las aventuras corridas, los episodios en los combates y los progresos evidentes del ejército carlista. Todos llevaban sus fusiles, cartucheras y morrales, todos vestían sus flamantes uniformes, que les comunicaban marciales actitudes encubriendo su extracción aldeana. Allá iban en grupos por atajos, trochas y carreteras lanzando ruidosos ¡ujujús!, que repetían los ecos de las montañas. ¿Y los pobres castellanos? Plantas exóticas en los valles vizcaínos no era fácil encontraran luz y calor fecundantes para sus sentimientos y afecciones. La única familia de los castellanos era la colectiva del batallón y aquella familia se diseminaba por las villas y aldeas del distrito. Érales, pues, forzoso, ante la deserción general, asociarse con los suyos.

En Durango saludó Palacios a un cadete que procedía de la academia de Palma de Mallorca. Apellidábase Montis y Allende Salazar. Era hijo del marqués de la Bastida y sobrino carnal del conde de Montefuerte.

Al llegar al Norte, tras un viaje de aventuras por mar y por tierra, había sido destinado, a su instancia, al batallón de Guernica y con tal motivo Montis y Palacios entablaron amistosas relaciones. Y al anunciarse la licencia general los dos cadetes acordaron disfrutarla juntos en Guernica. Y allí fueron a instalarse en el palacio de Montefuerte. El tío de Montis no había vuelto a su señorial morada desde que formalizóse el alzamiento carlista; pero el administrador y los criados tenían ya orden de atender al sobrino calavera, evadido de Mallorca, si por Guernica recalaba. Todos los dependientes de conde eran carlistas, conocían ya a Palacios, y es inútil decir que trataron a los dos huéspedes a cuerpo de rey.

Para no olvidar el oficio, los jóvenes dedicaban las ma-

www.fpev.es

ñanas a recorrer los montes cercanos, con pretexto de la caza de sordas. Acompañábales, como práctico, el cura Espada, quién olvidando su apellido, ejercía las funciones de *escopeta negra*. Poca suerte tuvieron. O los cazadores se portaron mal o las sordas de entonces, oían perfectamente, pues solo consiguieron hacer tal cual disparo a tenazón y cobrar alguna mísera pieza. Las tardes pasábanlas en el casino haciendo carambolas y comentando los últimos sucesos de la guerra. La retirada de Moriones en Montejurra, inspiró a Palacios un soneto, caprichosa composición que mereció aplausos de los habituales concurrentes al casino. Decía así:

REVÉS DE GUERRA

(CON MUCHAS ERRES)

Irritado Moriones por la zurra
que en Mañeru a sus tropas despatarra
resuelve sobre Estella echar la garra
por la vertiente sur de Montejurra.
Y en previsión de que un revés le ocurra
al realizar empresa tan bizarra
ordena que a esa parte de Navarra
su numeroso ejército concurra.
Derrocha en tres jornadas sangre y hierro.
esterilmente según yo discurro,
pues no logra pasar del primer cerro
y a Los Arcos regresa él muy cazurro
con el rabo entre piernas como un perro
y las orejas bajas como un burro.

—Es un derroche de erres—dijo Zubiaga.

—Un soneto de ruído—añadió Juan Solís.

Tan gratos esparcimientos terminaron al espirar la licencia general.

El día señalado y horas antes de la fijada por el corone alegres grupos de voluntarios animaban las carreteras y ca-

www.fpev.es

minos vecinales que en Guernica concurren. La capital del distrito recibió cariñosamente a sus ruidosos invasores. El bullicio concluyó al sonar por las calles el toque de llamada.

El batallón formóse en la Alameda.

Los encargados de compañía pasaron lista. No faltó ni un solo voluntario.



www.fpev.es

XVII

PARALELOS Y PARALELAS

Por aquel tiempo la Diputación a guerra había organizado los servicios administrativos de las fuerzas carlistas de Vizcaya. Aparte de las raciones de etapa, tenían derecho a percibir por sus respectivos haberes, treinta reales al mes los voluntarios, cincuenta los sargentos, ciento veinte los alféreces, ciento cincuenta los tenientes, doscientos los capitanes y comandantes y trescientos los jefes de batallón.

Tal derecho experimentaba en la práctica sensibles modificaciones. La situación nunca próspera, de los fondos provinciales solo consentía el abono de una fracción a cuenta de los haberes y aún esa parte sufría un descuento de diez por ciento para los batallones castellanos y otra de seis por ciento para la música. Pero estos atrasos y deducciones no impedían la presentación de los comprobantes mensuales con todo rigor y exactitud. Las listas de revista autorizadas por el Comisario de guerra, las relaciones de altas y bajas y los estados de distribución, llevábanse con tanta formalidad como los que se referían a vestuario, armamento y municiones. Tales perfiles burocráticos eran superiores a la capacidad de algunos capitanes y especialmente a la del buen Barandica, a quien estorbaba lo negro. Y Palacios hubo de encargarse nuevamente de *la cuarta*, con gran satisfacción de los muchachos y del mismo capitán.

—Deseando estaba que *vendría* usted a la compañía, que revuelta un poco anda, pues,—decía *El Artillero*.

—Todo se arreglará si usted me presta su concurso.

www.fpev.es

—Usted ordena. Por mi parte ya sabe que si me manda rodar, *rodo*.

Al confeccionar las primeras listas de revista surgió el problema de la clasificación de oficiales. Ninguno tenía Real despacho. Acordóse por los jefes del batallón clasificar como capitanes a los encargados de compañía y a los demás según sus méritos, servicios, y aptitudes. Palacios era el único que quedaba sin clasificar.

—Y yo ¿cómo figuro en las listas?—preguntó a los jefes.

—Por mi gusto con el empleo de capitán,—contestó el Comandante—Mejor que otros desempeñaría usted el cargo.

—Gracias, mi comandante.

—No las merece. Como cadete del otro ejército es usted aquí alférez por derecho propio. Ha instruído usted al batallón, ha desempeñado dignamente el cargo de ayudante y se ha batido siempre en primera línea. Con menos méritos sería usted capitán en el ejército republicano.

—En el otro campo—objetó Palacios—la milicia es una carrera. Generales, jefes y oficiales sirven al gobierno constituído que les paga, sin preguntarles sus ideas políticas. Los que aquí hemos venido, sacrificando la carrera, por un acto voluntario, no tenemos derecho a hacer comparaciones. Defendemos la causa de la abnegación y el desinterés....

—¡Muy bien! ¡muy bien!—interrumpió el coronel.

—Estoy conforme en principio—añadió el comandante—pero las ideas políticas no son incompatibles con la honrada ambición que nos reconoce la Ordenanza en las Ordenes generales para oficiales. Somos un ejército y cada cual debe ocupar el puesto que le corresponde.

—De esta situación anómala de los oficiales—dijo el coronel—tiene la culpa Velasco, que ni organiza la división de Vizcaya, ni formula propuestas por acciones de guerra.

—Pero en el caso presente—insistió el comandante—considero injusto que Palacios aparezca en las revistas como alférez.

—Y yo también. Hay un término medio. Puede figurar como teniente mientras se formalizan las propuestas. Nadie dirá que ha hecho la carrera por intrigas.

www.fpev.es

—Eso se dice en el otro ejército de los tenientes de *cuchara*, que pasan de los cuarenta.

—Pues no hay más que hablar—concluyó el coronel—queda usted clasificado, señor teniente Palacios.

El cadete había dejado de serlo.

Despachadas las operaciones de detall y contabilidad, en las que el comandante Rodríguez se reveló cual consumado burocrata, el batallón salió de Guernica al mediar una brumosa tarde de Noviembre, en dirección a Bilbao.

Era muy avanzada la nohe cuando llegó a Larrabezua.

Tocole en suerte a Palacios alojarse con Alejo de Guerequiz, un oficial tan modesto como simpático, en cierta casa que reunía muy pocas condiciones de confort. Pero Guerequiz recordó a un cura pariente suyo que no lejos del pueblo moraba e invitó a Palacios a que le acompañase. ¡Dignísimo anfitrión! El cura D. Domingo Zorrozúa dispensó a sus alojados cariñosa acogida y obsequióles expléndidamente, excediéndose en muchos grados de los que marca el deber de la hospitalidad.

Pero en campaña lo bueno dura poco. A la noche siguiente, después de un día agitado de marchas y contramarchas por órdenes contradictorias del comandante general, departían los jóvenes oficiales de sobremesa con su amable patrón, cuando sonó el toque de llamada a la carrera. Formóse precipitadamente el batallón, rompió la marcha y al mediar la noche ascendía al alto de Santo Domingo. Desde la cumbre divisábase un foco de luz en el paisaje tenebroso. Era Bilbao con sus faroles encendidos que dibujaban las líneas de las calles, y de los muelles. Una lluvia menuda, sacudida por el viento, azotaba los sudorosos semblantes de los expedicionarios. Las plazas montadas echaron pié a tierra para atenuar los efectos del *sirimiri*.

—¿Vamos a atacar a Bilbao? preguntó Palacios al coronel.

—No lo sé. Recibo un parte urgente para que venga sin demora a Santo Domingo y aquí no hay ningún jefe que disponga lo que se ha de hacer.

Poco después llegó un ordenanza de caballería portador de un oficio.

El coronel descifró su contenido a la luz de varias cerillas.

www.fpev.es

—Que divida el batallón en secciones paralelas—dijo alzando el rostro oculto por la capucha del impermeable—que avance hacia Bilbao y rompa el fuego contra las avanzadas enemigas, con objeto de llamar la atención por esta parte. ¡En secciones paralelas!—exclamo estirándose la barba.

—¿Paralelas a las avanzadas enemigas?

—¿Qué se yo? Buena está la noche para semejantes dibujos.

Medio batallón quedó en reserva y el otro medio distribuido en secciones, con el dudoso paralelismo que permitía el oscuro y accidentado campo de maniobras, comenzó a descender hacia Bilbao. No tardaron en apercibirse del movimiento las guardias liberales. Sonaron los primeros tiros de alarma. Las secciones de Guernica disparaban hacia los resplandores de los fogonazos, pues otro blanco no se percibía en las tinieblas de la noche. El tiroteo duró algunas horas. Antes de amanecer llegó a las secciones la orden de retirada. La lluvia se formalizó y la gente albergóse en los muros de un caserío desmantelado.

El coronel, en medio de la carretera, daba fuertes patadas en el suelo para entrar en calor.

El comandante y el excadete, que ascendían llenos de barro de la parte de Mallona, se aproximaron al coronel.

—No comprendo—dijo el comandante—el objetivo de esta operación—Si Velasco se proponía un ataque serio por otro lado del bloqueo, sin duda ha cambiado de opinión, pues no se ha oído un tiro en el resto de la línea.

—Velasco está chiflado—contestó el coronel—Esto no tiene pies ni cabeza. Acabo de recibir otra orden para que me retire al amanecer.

Reunido el batallón, rompió la marcha en dirección a Derio. El jefe no quiso montar a caballo. Necesitaba ahuyentar el frío.

Y cuesta abajo, mientras despertaba un día gris, entablóse entre los jefes un diálogo interesante.

El coronel, según costumbre, evocó a Napoleón.

—Con generales como Velasco—decía—no haremos más que perder el tiempo. Napoleón con 30.000 hombres, mal vestidos y peor alimentados venció a 80.000 hombres y en quince

www.fpev.es

días se apoderó del Piamonte. Un mes después era dueño del Milanesado. Y en sus campañas posteriores sometió a toda la Italia. En un año había conseguido destruir cinco ejércitos y conquistar la segunda península del Mediterráneo...

—Napoleón—contestó el comandante—disponía de un ejército organizado y aguerrido y representaba al gobierno constituído de una nación poderosa. Mayor mérito, dadas las circunstancias y la clase de guerra debe atribuirse a Zumalacarregui que todo lo tuvo que improvisar, gobierno, administración, ejército, disciplina, fusiles, cartuchos y cañones, que atacaba al enemigo o eludía su encuentro, realizando marchas y contramarchas inverosímiles. Sarsfield, Lorenzo, Oráa, Valdes, el sanguinario Quesada, Rodil, Carandolet, Mina, Córdova, Espartero, todos los generales cristinos que vinieron al Norte, fracasaron ante el genio militar de Zumalacarregui.

—No desconozco los méritos de Zumalacarregui; pero en todas las operaciones militares de Napoleón, aún en las más desgraciadas, hay una grandeza incomparable.

—Napoleón en estas provincias quizás no hubiese conseguido lo que Zumalacarregui consiguió.

—No sea usted iluso. Napoleón es el primer conductor de hombres que registra la historia.

—Dadas las diversas cicunstancias en que desarrollaron sus iniciativas, no puede establecerse entre ambos un paralelo; pero menos admisible es el paralelo que a usted se le ocurrió, entre Napoleón y Velasco.

—Yo recordé a Napoleón y sus empresas; más no para compararle con Velasco, que no tiene de general mas que el nombre. Observo que si Velasco es aficionado a las paralelas, usted abusa de los paralelos.

En estas pláticas llegó la cabeza del batallón a la cruz de Derio, donde recibió otro parte el coronel. Era una orden para relevar a las fuerzas que cubrían el bloqueo desde San Miguel de Basauri a la Peña.

Y aquella gente aburrida y soñolienta, hubo de dar un largo rodeo para cubrir las nuevas posiciones.

Al asomar Palacios al boquete de Basauri para la colocación de los centinelas, hiciéronle una descarga cerrada tropas ocul-

www.fpev.es

tas en las casas de Puente Nuevo. Seguramente los proyectiles dibujaron la silueta del joven oficial; pero no se había aun fundido la bala destinada a matarle.

Pocos días estuvo el batallón entre Zuazo y Arrigorriaga.

Una tarde de Diciembre recibió el jefe la orden de pasar a Retuerto, desde donde debía destacar guardias *paralelas* a la ría del Nervión.

—Pues señor—decía Iriarte—aquí no hay más que paralelas y paralelos. Con tal de que no sean esas paralelas como las de Santo Domingo...

—Desengáñese usted, mi coronel—añadía el comandante—el estudiar paralelas no es para...lelos. Aquí hace falta un Zumalacarregui.

—No, un Napoleón.

Aquellos dos respetables jefes, no perdían ocasión de consagrar un recuerdo a sus respectivos ídolos militares. Y sin embargo el coronel no pasaba de ser un mediocre guerrillero y el comandante nunca se distinguió más que como un diligente y minucioso oficinista.

Por San Roque, Buya, atravesando la vía férrea, llegó el batallón al puente de Castrejana, fantásticamente iluminado por los hornos encendidos de la próxima fundición. Tras breves momentos de descanso, la cabeza continuó hacia Baracaldo, en cuyo barrio de San Vicente quedóse el batallón a pernoctar.

Al amanecer del nuevo día prosiguió la marcha a Retuerto relevando al batallón de Orduña, que cubría las llamadas *paralelas* de Luchana, El Desierto, Castrejana y otros puntos de la orilla izquierda del Nervión.

Allí la unidad orgánica se desarticuló al distribuirse en secciones para el servicio de avanzadas. Quedaban en suspenso las academias y los ejercicios. Toda la actividad de Guernica, así como la de otros batallones, iba a emplearse inútilmente en la desdichada aventura del sitio de Bilbao.

www.fpev.es

LIBRO CUARTO

Alrededor de Bilbao

www.fpev.es

www.fpev.es

I

CIÉRRASE EL BLOQUEO

En Diciembre de 1873, la villa de Bilbao hallábase totalmente bloqueada por tierra, y sus habitantes sólo disponían del Nervión para recibir provisiones y comunicarse con el mundo. El procedimiento era arriesgado y costoso y la crisis de subsistencias comenzaba a preocupar al vecindario. Los precios elevábanse como la espuma y hasta las clases adineradas carecían de los principales artículos de consumo. Pero esperando siempre el avance del ejército libertador, al mando de Moriones, detenido en Castro-Urdiales, las tropas de la guarnición apercibíanse a la defensa y el elemento civil organizábase militarmente, resuelto a sufrir las privaciones impuestas por el sitio, con un entusiasmo digno de mejor causa.

Por su parte los carlistas, procuraban dificultar la circulación de los vapores en el trayecto comprendido entre Bilbao y el mar, e impedir que los de guerra suministrasen víveres a las fuerzas destacadas en Luchana, El Desierto y Portugalete.

El Batallón de Guernica, cuya plana mayor residía en Retuerto, prestaba servicio de avanzadas en El Desierto, Luchana, puente de Castrejana y Burceña.

En los dos primeros puntos las secciones de guardia tenían orden de no disparar sobre los fuertes enemigos, y éstos a su vez absteníanse de molestar a los carlistas. Pero la prohibición cesaba en cuanto aparecía un barco de guerra. Descargas nutridas saludaban al intruso, que siempre correspondía, en justa defensa, con fuego de fusil y de cañón. Entonces salían también de su mutismo los destacamentos republicanos. De tan estériles refriegas solían resultar muertos, heridos...

www.fpev.es

Una tarde, la del domingo 21 de Diciembre, apareció en la ría, procedente de Bilbao un vapor de guerra, al mismo tiempo que asomaba por el lado de Portugalete otro cañonero guardacostas del mismo tonelaje. Eran, según después se supo, los vapores *Ferrolano* y *Gaditano*. Habíase encomendado al primero la no fácil empresa de desembarcar víveres, municiones y soldados de relevo en el fortín de Luchana. El segundo debía proteger la operación.

En la margen izquierda de la ría hallábase aquella tarde Palacios, de jefe de la avanzada. En cuanto divisó los barcos, apresurose a distribuir la sección a sus órdenes al abrigo de los accidentes del terreno y de una trinchera. La línea formaba un arco de círculo y desde todos sus puntos dominábase la escalera del muelle, único punto accesible al fortín. Los vapores avanzaron, disminuyendo gradualmente su velocidad, hasta quedar inmóviles a la altura del blokaus aspillerado del fuerte de Luchana.

Hubo unos segundos de silencio en cierto modo solemne, como precursor del combate. A una señal de Palacios rompieron el fuego los voluntarios que junto a él estaban en el centro de la línea. Los vapores respondieron con sendos cañonazos y descargas de fusilería. La guarnición de Luchana cubrió sus aspilleras, colaborando con nutrido tiroteo a la acción de los vapores. Uno de estos maniobró para aproximarse a la escalerilla; pero pronto hubo de volver al centro de la vía fluvial. La escalera, oculta por el vapor para los tiradores del frente, quedaba al descubierto para los voluntarios que cubrían los extremos del arco de círculo y la dominaban con sus tiros diagonales. Ni los defensores del fortín ni la dotación de los vapores, podían, sin riesgo de muerte, aventurarse a pisar aquellos peldaños de piedra. Después de varias tentativas, el *Ferrolano* renunció a desembarcar su cargamento. Cuantas veces lo intentó, los certeros disparos de las alas carlistas se lo impidieron.

Tres horas duró la refriega. Lluvias de balas se cruzaron entre los contendientes. sin que tubiese que lamentar graves daños la sección carlista. Los vapores hicieron hasta 45 disparos de cañón, que solo afectaron a una caseta desocupada y

www.fpev.es

a un edificio del barrio; pero sin ocasionar desgracias personales. Todos los tiros rebasaban la línea carlista, explotando a su retaguardia. La seccción de Guernica tuvo suerte. Un herido leve y tres contusos, entre ellos Palacios, fueron sus únicas bajas en aquel combate seminaval. Si los proyectiles de cañón se limitaban a meter ruído, en cambio los de fusil estrellábanse por donde quiera levantando cascotes y pedruscos. De éstos provinieron las contusiones. En tales contiendas el azar preside al destino del soldado. Una inflexión, un movimiento, puede ser su salvación o su sentencia de muerte. Muchas veces en aquella tarde acarició los oídos de Palacios la sacudida del aire agitado por los proyectiles, al mismo tiempo que su fatídico silbar.

Poco después de las cinco, los vapores viraron hacia El Desierto, convencidos de su impotencia. La operación intentada había fracasado y los defensores del fuerte tenían que resignarse a sufrir nuevas privaciones. Uno de los barcos cabeceaba violentamente, inclinándose a estribor. Los voluntarios de Bermeo, péritos en la materia, aseguraban que aque vapor había sufrido graves averías. En cuanto los vapores *Ferrolano* y *Gaditano* perdiéronse de vista, cesó el tiroteo. La avanzada y el fuerte por acuerdo mudo y espontáneo decidieron no molestarse más. Y unos y otros retiráronse de las trincheras, envueltos en las sombras de la noche, llevando en los oídos el fragor de los cañonazos y el estruendo de las descargas.

De este combate nada dicen las historias. No es extraño. Muchos otros libráronse en las orillas del Nervión que tampoco merecieron un apunte de los cronistas de la campaña.

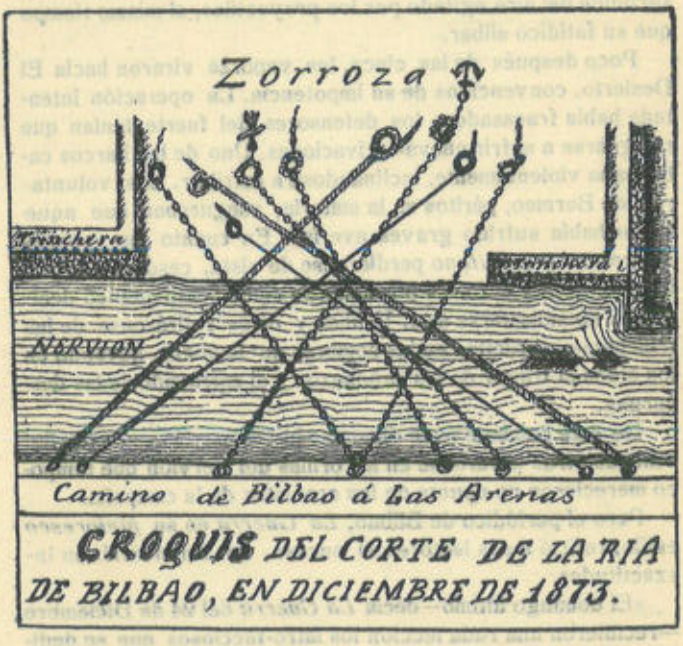
Pero el periódico de Bilbao, *La Guerra* en su *pintoresco* estilo, refirió a sus lectores el suceso, no sin incurrir en inexactitudes.

«El domingo último—decía *La Guerra* del 24 de Diciembre—recibieron una ruda lección los latro-facciosos que se dedican a disparar sobre los buques que cruzan la ría.—A las tres de la tarde salió de su fondeadero del Arenal, el vapor *Ferrolano*, conduciendo el relevo de la guarnición de Luchana y víveres para la misma... Al llegar el vapor a Luchana se

www.fpev.es

encontró con que los carlistas parapetados en dos reductos, hacían un fuego nutrido y certero sobre el vapor, el cual para ahuyentar a aquellos salvajes arrojó sobre las posiciones enemigas cuarenta y cinco granadas, dirigidas con tal acierto y precisión que obligaron al enemigo a desalojar precipitadamente sus atrincheramientos, dejando bastante número de bajas. El *Gaditano* coadyuvó eficazmente al éxito de esta operación.»

Lo cierto es que ninguno de los cañoneros volvió a Bilbao y que este combate fué el último que se libró en la ría, interceptada pocos días después.



CROQUIS DEL CORTE DE LA RIA DE BILBAO, EN DICIEMBRE DE 1873.

La operación de cortarla, verificóse durante la noche del 28 de Diciembre, con calabrotes, cadenas y gruesas cuerdas de cáñamo tendidos entre las márgenes, a la altura de Zorroza. Las amarras, que eran nueve, formaban una especie de trián-

www.fpev.es

gulo, cuya base estuviese en el muelle de Deusto y el vértice en el de Zorroza. Toda embarcación ya procediera del mar o de Bilbao, debía de resbalar hacia el vértice, erizado de trincheras. La ría quedó completamente interceptada y Bilbao sin comunicación.

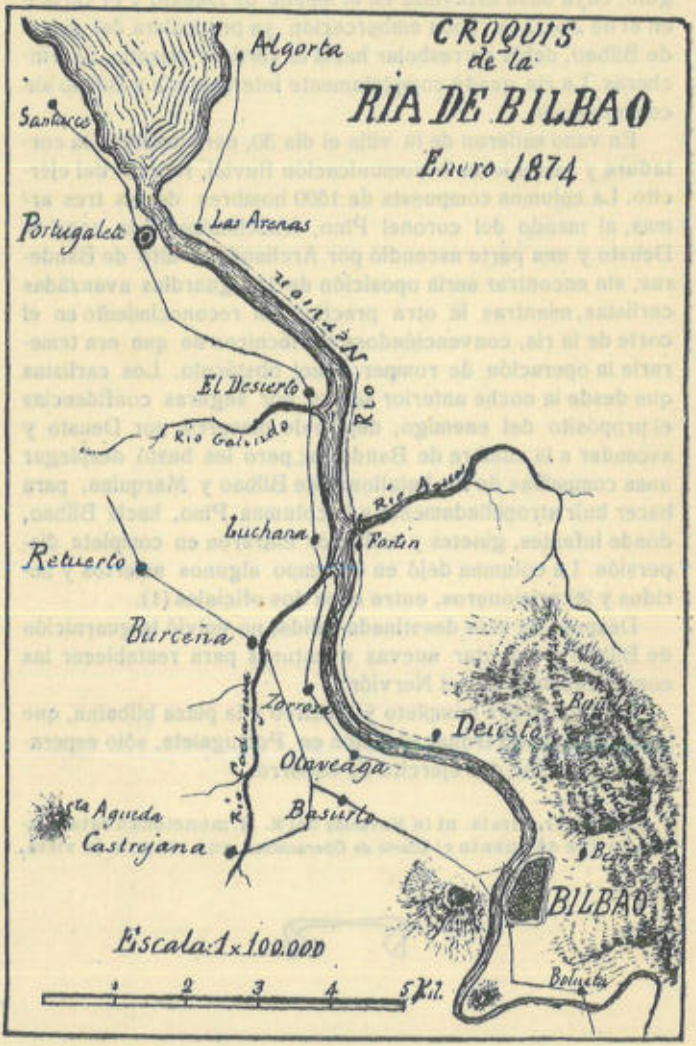
En vano salieron de la villa el día 30, para destruir la cortadura y restablecer la comunicación fluvial, fuerzas del ejército. La columna compuesta de 1500 hombres de las tres armas, al mando del coronel Pino, fraccionóse en la vega de Deusto y una parte ascendió por Archanda al alto de Banderas, sin encontrar seria oposición de las guardias avanzadas carlistas, mientras la otra practicó un reconocimiento en el corte de la ría, convenciéndose los técnicos de que era temeraria la operación de romper aquel obstáculo. Los carlistas que desde la noche anterior sabían por seguras confidencias el propósito del enemigo, dejáronle discurrir por Deusto y ascender a la cumbre de Banderas; pero les bastó desplegar unas compañías de los batallones de Bilbao y Marquina, para hacer huir atropelladamente a la columna Pino, hacia Bilbao, donde infantes, ginetes y artilleros entraron en completa dispersión. La columna dejó en el campo algunos muertos y heridos y 29 prisioneros, entre ellos dos oficiales (1).

Después de esta desatinada salida, no volvió la guarnición de Bilbao a intentar nuevas aventuras para restablecer las comunicaciones por el Nervión.

El bloqueo era completo y efectivo y la plaza bilbaína, que ya venía oyendo tronar el cañón en Portugalete, sólo esperaba su salvación del ejército de socorro.

(1) Ni el Sr. Pirala, ni la *Narración* del E. M. mencionan estas bajas, de que dá cuenta el *Diario de Operaciones*, que tengo a la vista.

www.fpev.es


CROQUIS
de la
RIA DE BILBAO
Enero 1874
Algorta
Santurce
Portugalete
Las Arenas
El Desierto
Rio Galindo
Luchana
Fortin
Retuerto
Burceña
Zorroza
Deusto
Olaveaga
Basurto
Castrejana
BILBAO
Escala: 1 x 100.000
1 2 3 4 5 Kil.

www.fpev.es

II

VELADAS DE INVIERNO

Entre el fragor de la pelea y las malas noches de las guardias avanzadas, lucían intervalos de tranquilidad, horas serenas que los carlistas empleaban en agradables esparcimientos.

Durante el día era soportable aquella existencia irregular, así en las guardias como en los puntos de concentración de las fuerzas libres de servicio.

Los gastrónomos podían satisfacer sus apetitos; porque a las aldeas concurrían los habituales proveedores del mercado bilbaíno, radicalmente suprimido por el bloqueo. Improvisados cafés servían de lugares de reunión a los jugadores de mus, tute y tresillo.

Los aficionados a la música hallaban grato entretenimiento en los ensayos de las charangas, cuyo repertorio no carecía de variedad y los adoradores de Terpsícore tenían frecuentes ocasiones de divertirse y nunca faltábanles interesantes parejas; que para las muchachas siempre fueron los pantalones encarnados emblema de la galantería y los bailes su predilecta diversión.

Las noches de guardia, en cambio, transcurrían monótonas y aburridas en aquél invierno de intenso frío y lluvia persistente.

Los oficiales, sin embargo, procurábanse distracciones en todas las avanzadas.

La de El Desierto distinguíase por la tertulia que todas las noches se celebraba en un almacén muy bien representado por dos guapas jamonas bilbaínas, Fidela y Eustoquia. Sin olvidar su negocio, ni las conveniencias sociales, aquellas dos

www.fpev.es

mujeres hacían agradable la velada con su graciosa conversación. Merced a ellas, El Desierto dejaba de serlo para convertirse en oasis. Allí se tomaba café, rom legítimo de Jamáica, se cantaba, se bailaba, se reía... A ninguno de los contertulios ocurríasele que al salir del almacén, solo visitable de noche, podía ser víctima de una bala del inmediato fuerte enemigo. Fidela era un primor cantando, con acompañamiento de guitarra. Entre sus canciones predilectas, figuraba un aire de vals, a cuyas notas imprimía matices sentimentales. De la letra sólo ha conservado el cronista, los siguientes fragmentos:

Para qué me dijiste
que estabas sola
¡ay! ¡ay! ¡ay!
si estabas con tu amante
negra traidora
¡ay! ¡ay! ¡ay!
. . . . . .
Tuve un novio muy guapo
que me decía
¡ay! ¡ay! ay!
que si yo le olvidaba
se moriría
¡ay! ¡ay! ¡ay!
Y esto no es cierto
porque yo le he olvidado
y no se ha muerto
¡ay! ¡ay! ¡ay!

Al buen gusto y a la entonación perfecta añadía Fidela el seseo bilbaíno, siempre gracioso en una mujer guapa.

Carácter muy distinto revestía la tertulia de Luchana, en el lindo hotel habitado por Herr John Krug, ingeniero alemán. El señor Krug representaba a la *Luchana Mining and Co.*, sociedad inglesa, y estaba casado con una simpática española. Fruto del matrimonio eran dos criaturas rubias como los angelotes que rodean a las vírgenes de Rubens. Por esta triple

www.fpev.es

conjunción de afectos e intereses, Herr John, considerábase con derecho a poseer tres patrias y orgulloso lo decía; Alemania donde naciera, Inglaterra que le sustentaba y España donde habíase creado un hogar feliz. Conocía de *vísu* las principales ciudades de Europa y América, hablaba varios idiomas y su cultura extendíase a todos los conocimientos humanos. Cultivaba por si mismo su jardín y tenía multitud de canarios de los que mostraba hermosos ejemplares. En el forzoso descanso a que la guerra le obligaba, habíase dedicado a coleccionar recuerdos y en una vitrina conservaba proyectiles de cañón, sin explotar; cascos de otros que cerca del hotel explotaron, balas de Remington, planos por él trazados de las acciones libradas en aquellas cercanías y otros curiosos objetos como los sellos de comunicaciones de Don Carlos, que pocos días antes habían empezado a circular. Las veladas en el hotel del señor Krug, eran, para Palacios, en extremo interesantes, gracias a la cultura enciclopédica del simpático alemán.

Las distracciones en Castrejana, correspondían a distinto género de las que proporcionaban Luchana y El Desierto. Durante el día, visitaba con frecuencia la avanzada el párroco de la aldea. Era un señor ancianito muy discreto e ilustrado, de carácter dulce y complaciente. Poseía una regular biblioteca y demostraba gran erudición histórica. Todo en el venerable cura, era ordenado y correcto; sólo adolecía de una debilidad incurable: la gastronomía. Tratándose de comer, brillábanle los antes apagados ojos y en todo su semblante se reflejaba intensa beatitud. No se ha visto hombre más feliz que el cura de Castrejana ante un plato de angulas.

Una tarde subieron el cura y Palacios a la avanzada de Altamira. Domínase desde allí Bilbao, Begoña, Deusto, Olaveaga, Zorroza, Luchana y en perspectiva El Desierto, Algorta y el mar.

—¿Ha visto usted nada más hermoso?—decía el cura—Vizcaya es un pequeño paraiso.

—Pero con Evas, manzanas y serpientes—objetó Palacios.

—Las serpientes están allí—contestó el cura señalando a Bilbao.

www.fpev.es

El cura participaba de las prevenciones tradicionales en el aldeano vizcaíno.

Pero el cura acostábase temprano y las noches de guardia interminables, dedicábalas Palacios a lecturas más o menos soporíferas y a despachar la correspondencia que sostenía con amigos destacados en otras avanzadas. Sus cartas, generalmente en verso libre, solían celebrarse entre los indulgentes compañeros. Cierto día, al atravesar el puente, hizo Palacios el descubrimiento de dos bellas jóvenes, hijas del director de la fábrica de fundición de Castrejana. Un saludo y una galantería sirviéronle de heraldos para entablar conversación. Desde aquella noche, en casa del inglés Sir Enoc, padre de las niñas, organizóse la correspondiente velada a la que concurrieron después Guerequiz, Muzquiz, Albar y otros oficiales que cuando estaban libres de servicio, hacían sus escapatorias desde Retuerto. Allí se mataba el tiempo con el *chist*, inocente juego de cartas, algunos de prendas y otros honestísimos entretenimientos, hasta las once de la noche. Una de ellas ocurriósele a Muzquiz enseñar la última carta en verso de Palacios, y las jóvenes pidieron al poeta un recuerdo en renglones desiguales. En vano se esforzó Palacios, en convencerlas de que aquellos ensayos eran recursos contra el aburrimiento. Insistieron las niñas en su demanda y Palacios sorteó el compromiso de la siguiente manera:

¡PRISIONERO!

Dos pollas, a cual más fina,
conozco yo en Castrejana,
morena la una, Romana,
y rubia la otra, Sabina.

—

Próximo a la carretera
entre árboles escondido
tienen las bellas su nido
del Cadagua en la ribera.
Yo las ví por vez primera

www.fpev.es

cruzar en fría mañana
el puente de Castrejana
surgiendo entre la neblina
como visión peregrina
de una leyenda alemana.
Sus nombres me recordaron
que los romanos ladinos
a los incautos sabinos
as mujeres les robaron
y que éstos se trasladaron
en épocas no lejanas
a las ciudades latinas
y en unas cuantas semanas
vengaron en las romanas
el robo de las sabinas.
Y si los nombres vinieron
a refrescar mí memoria
con sucesos de la historia
que ha siglos acaecieron,
por igual me redujeron
las lindísimas figuras
de aquellas dos criaturas
tan dulces y encantadoras
grato solaz de unas horas
en mí vida de aventuras.
Y hoy me encuentro persuadido
que tras el tiempo pasado
los papeles se han trocado,
los términos invertido,
y que yo, inerme, he caído
prisionero en Castrejana
por la gracia soberana,
que juzgárase divina
a no saber que es humana,
de una hechicera Sabina
y de una hermosa Romana.
¡De las dos! Caso fatal
y a mis fuerzas superior

www.fpev.es

pues aunque sé que en amor
los hombres en general
tienen un solo ideal,
la inclinación genuina
que por ambas me domina
a la elección no se allana;
porque si quiero a Romana
quiero lo mismo a Sabina.
En esta dulce cadena
con que el amor me aprisiona
si la rubia me ilusiona,
mis sentidos enajena
la gracia de la morena,
y si una es bella y lozana
y hermosa y gentil su hermana
¿cómo demostrar mezquina
preferencia repentina
por Sabina o por Romana?
Podría si amase a una
seguir del amor en pos
pero queriendo a las dos
no tendría la fortuna
de interesar a ninguna
pues según muy bien opina
cierta oficiosa vecina
que conoce el alma humana
ni me amaría Romana
ni me querría Sabina.
Planteado así el problema
fuera vanidad extrema
del poeta y del amante
seguir agotando el tema
y también el consonante.
La ausencia, si bien sensible,
es la solución más noble
y la única posible
para este afán increible
de amar por partida doble.

www.fpev.es

Y aún tal determinación,
que me impone un sacrificio,
no soluciona, a mi juicio,
totalmente la cuestión,
pues queda mi corazón
prisionero en Castrejana
y aunque me ausente mañana
de esta aldea vizcaína,
yo querré siempre a Sabina
igual que quiero a Romana.

Los versos distrajeron agradablemente a la reunión y las niñas guardáronlos como oro en paño.

Y en estas y otras apacibles distracciones, despidióse lloviendo copiosamente el año de gracia de 1873.

www.fpev.es

III

RENDICIÓN DE GUARNICIONES

Al comenzar el año 1874, la nave carlista marchaba viento en popa, merced a las divisiones de los republicanos, a los desatinos del gobierno de Madrid y al fracaso de sus generales.

Las partidas de insurrectos, lo mismo en el Norte que en Cataluña y el Centro, habíanse convertido en organizados batallones, que en vez de huir del enemigo, tomaban donde quiera la ofensiva.

En Vizcaya la dominación carlista era casi absoluta. Los defensores de Bilbao, Portugalete, Luchana y El Desierto, últimos baluartes de la causa liberal en el Señorío, sólo disponían del terreno que pisaban.

Bilbao podía resistir algún tiempo agotando sus subsistencias, al abrigo de sus fuertes; pero las otras guarniciones, sin los recursos de la capital y abandonadas por el gobierno, habían de optar entre sucumbir con el heroísmo de Numancia y Sagunto, o negociar una capitulación.

Por el momento, la actividad carlista, encarnada en el brigadier Andéchaga, habíase concentrado en Portugalete. Con viejos cañones desenterrados y los nuevos fundidos en la fábrica de Arteaga, improvisó el veterano jefe una artillería de sitio, que pudo contender con los cañones de acero de los sitiados y de los barcos de guerra, gracias al concurso de los jefes y oficiales procedentes del disuelto Cuerpo.

La rendición de Portugalete, si el ejército de Moriones, indeciso en Castro-Urdiales, no avanzaba victorioso, era una letra a corto vencimiento, dadas las condiciones del pueblo,

www.fpev.es

dominado por las baterías y trincheras carlistas, el ineficaz apoyo de los barcos, y la perseverancia de los sitiadores.

Pero la primera guarnición que capituló fué la de Luchana, y en ella intervino el oficial Palacios.

Pero este episodio, demanda algunos antecedentes que reproduzco del *Diario de Operaciones*.

«*2 Enero 1874*.—Trasládanse la plana mayor y las compañías libres de servicio, de Retuerto a Zorroza...»

«*Día 6*.—En Zorroza. Visitar cierre de la ría y parapetos. Misa. Progresos en la charanga. Durante la Misa toca baiiables de *Rigoletto, Fausto* y *Traviata*. Terminada la misa, D. Juan Manuel, dá media vuelta a la derecha y como de costumbre, dice al público:—*Verbà bat* (una palabra). La fórmula circula en voz baja por las filas, antes de que el capellán la pronuncie. Todos estamos en el secreto de la oratoria de D. Juan Manuel. Y en secreto permanece su plática, para los castellanos; pero como es un secreto a voces, ninguno pone interés en su descubrimiento.—En el muelle. Más de 200 paisanos trabajan en terraplenar con vena la vía navegable del Nervión. Al grupo donde estoy con el comandante, se aproxima un oficial y manifiesta alegremente:»

«—Dicen que van a darnos una paga, mi comandante.»

«El comandante lo ignora; pero tiene embotellada una colección de chistes y procura aplicar a cada caso el que por clasificación corresponde.»

«—¡A propósito!—exclama—una noticia análoga le dieron a una señora pensionista, gallega por más señas...»

«Y refirió...; pero no quiero manchar este *Diario* con el sucio chiste del comandante.»

«Confirmóse la noticia. Cobramos tres duros los oficiales y duro y medio los individuos de tropa.»

«Para liquidar la paga, antes de que un cañonazo nos estropee la figura, se proyecta para esta noche, después del toque de retreta, una excursión. Albar, Jorge y otros, acompañados de la charanga, salimos silenciosamente a las diez, hacia El Desierto, a dar una sorpresa... a las jamonas. Noche de luna. Atravesamos el puente de barcas de Burceña. Al dar vista a Luchana el destacamento republicano nos saluda con

www.fpev.es

algunos tiros. Más adelante vemos un vapor en medio de la ría. Esto era más grave. Uno de los músicos percibe los colores de la flotante bandera. ¡Un barco inglés! Adelante. Llegamos a El Desierto. Las jamonas nos reciben cariñosamente a los expedicionarios de vanguardia. Los músicos quedan silenciosos en la calle. De pronto, cuando mayor es la animación dentro del almacén, rompe a tocar la charanga. ¡Qué sorpresa la de las jamonas! ¡Qué griterío! Qué de plácemes por la *felis ocurrensia*. La serenata fué un éxito. Cena y baile. Regreso a Zorroza a las tres de la madrugada. Al pasar por Luchana, el oficial de guardia me dice que han preguntado por mí desde el fortín republicano. Desea hablar conmigo un oficial de Valladolid. ¿Quién será? La hora es intempestiva para parlamentos. Hecho mis cuentas. Entre Zorroza y Castrejana no quedaré libre de servicio hasta el próximo sábado. Encargo al oficial participe mañana al de Valladolid que el domingo vendré y hablaremos.....». Hasta aquí el *Diario*.

Llegó el domingo. Palacios y Albar concurrieron a Luchana. El misterioso personaje era Camilo Pérez Toró, alias *Amando*, alférez del regimiento de Zaragoza.

Parlamentaron de una a otra orilla y convinieron en darse un abrazo a las altas horas de la noche, si *el inglés* quería prestar su barca para hacer la travesía. El titulado inglés era D. Juan Krug y su barca tenía el privilegio de ser respetada por carlistas y republicanos, cuando en ella hacía el alemán sus excursiones a Bilbao antes del corte de la ría. Bastábale izar una bandera inglesa. No sin alguna resistencia consintió D. Juan en entregar a Palacios la llave del candado de su barca, amarrada a la orilla de la ría.

Al filo de la media noche, ya oculta la luna, dos muchachos de Bermeo, vogaban en la barca hacia la margen derecha. El ruído de los remos, al batir el agua alarmó a los centinelas de Munguía que dispararon tres tiros a los navegantes.

-¡Alto el fuego!—gritó Palacios—que va en servicio real.

Los de Munguía no volvieron a disparar y minutos después *Amando* y Palacios se abrazaban.

—Aquí le quería ver—dijo el último—ya es usted mi pri-

www.fpev.es



D. ANTONIO OLIVER,
Jefe de E. M. del General Dorregaray

www.fpev.es

sionero. Vamos a El Desierto, que en este barrio nada podemos ofrecerle.

—Pero ¿no habrá compromiso para usted? — objetó Amando.

—No temo que lo haya. En último caso, diré que estoy en negociaciones con ustedes para la entrega del fuerte.

—Y diría usted la verdad. No he querido que pase usted para evitarle el disgusto de contemplar aquel cuadro de miseria. No tenemos pan ni vino, ni tabaco; Gorordo nos ha cortado el agua, nos morimos de sed. Sólo nos quedan galletas, arroz y bacalao, y en la ría agua salada. La mitad de los chicos enfermos y sin medios de asistirlos.....

—Y ¿qué piensan hacer?

—Pues eso precisamente, negociar la rendición, si es posible, con el mismo Dorregaray.

—Sí podrá ser. Mañana iré a verle a Cruces con el jefe del batallón.

—No lo descuide usted.

En este palique llegaron a El Desierto, Amando, Albar y Palacios.

Una cena improvisada, café, coñac, agua pura para el sediento *Amando* y cigarros Lamiquiz, marca vizcaína, eran los únicos obsequios que a tales horas podían ofrecer los carlistas a su huesped.

De regreso a Luchana, *Amando*, Palacios y Albar maduraron el plan de la capitulación.

Cuando el alférez de Zaragoza despidióse agradecido al pié de la barca, eran las tres de la noche.

El día 12, fué ocupadísimo para Palacios. Con Iriarte fué temprano a ver a Dorregaray, volvió a conferenciar con el jefe del fortín, acompañóle al palacio de Cruces y quedó convenida la forma de la rendición. Por la tarde, con el coronel Oliver, jefe de Estado Mayor de Dorregaray, marchó Palacios a caballo a Azua, donde estaba Gorordo, para prevenirle del suceso y darle las órdenes oportunas. Atravesaron el Nervión por un puente provisional de barcas, tendido desde la parte baja de Olaveaga a la orilla opuesta, término de Deusto, donde había un destacamento enemigo que no dió

www.fpev.es

señales de vida, aunque los dos caballeros pasaron a medio tiro de fusil del fuerte de la iglesia.

Amaneció el nuevo día. Era 13 y martes, de mal agüero para los supersticiosos. Todo estaba dispuesto en Luchana para el simulacro: una pieza que había de disparar con pólvora sola, frente a las aspilleras del fortín, una sección del batallón de Guernica, provista de cartuchos sin bala, y una compañía del batallón con la música al frente para tributar los honores a la guarnición rendida. A las ocho de la mañana llegó Dorregaray con su escolta, y a pecho descubierto los carlistas y tras su línea de trincheras los republicanos representóse la comedia con toda la propiedad que requería su sencillo argumento. Unos chupinazos del cañón, media hora de fuegos artificiales de fusil, la bandera de parlamento que se alza en el fuerte, varias gabarras que transportan a los rendidos, desfile, música y honores y terminó la ficción. Alegría general de vencedores y vencidos, de pueblo y ejército. En el palacio de Cruces los 95 soldados de Zaragoza y los 20 carabineros, que componían la guarnición, entregaron sus fusiles. A los oficiales se les respetó las espadas y en unión de Palacios fueron invitados a almorzar por Dorregaray. Después del almuerzo, los rendidos marcharon en plena libertad a Castro, según una de las condiciones de la capitulación. Palacios les acompañó hasta Retuerto, donde abrazó por última vez a *Amando* y sus compañeros de desgracia.

Esta es la verdad histórica de la capitulación del destacamento de Luchana. (1)

Pocos días después, el 21 de Enero, por la noche, rindióse Portugalete y el 22 El Desierto. Las condiciones fueron más duras que las del fuerte de Luchana. Quedaban prisioneros más de mil hombres.

---

(1) El Sr. Piraia, acerca de este episodio, dice: «Comisionado D. Rafael Alvarez, con el batallón vizcaíno de Arratia, mandado por Gorordo, se hizo dueño a los pocos días de aquel punto». No pueden decirse más inexactitudes en menos palabras. Ni Alvarez actuó en la rendición del fortín de Luchana, ni el batallón de Arratia, que estaba con Velasco en las Encartaciones, intervino en el hecho, ni Gorordo mandó nunca ese batallón.

www.fpev.es

Por orden expresa de Dorregaray, acompañó Palacios a los prisioneros de El Desierto hasta Azua, donde hizo de ellos entrega al insigne Radica.

A su regreso observó que los republicanos de Deusto habían huido a Bilbao.

Don Carlos era Señor efectivo de Vizcaya. Quedaba sólo en actitud rebelde la villa de Bilbao. Aquel rincón del Señorío, había de ser, una vez más, por ley histórica, el pozo airón en cuyas profundidades se hundieran y esterilizaran todos los sacrificios del ejército carlista.



www.fpev.es

IV

EN OLAVEAGA

Con la rendición de las guarniciones de la ría, cesó el servicio en Luchana y El Desierto y el batallón trasladóse a Olaveaga.

Palacios alojóse con su compañero Arechederreta, en una casa sita al pié del cerro de San Mamés, con vistas a los Diques Secos por el norte y a una huerta por el sur. La propietaria de aquella linda vivienda Dª. Dominga Altuna, viuda de un capitán mercante, su hija Felicia, vivaracha y alegre y su sobrina Francisca, triste y melancólica, no tardaron en simpatizar con sus alojados, que las daban bien pocas molestias. Cubría el batallón el servicio de avanzadas en la parte de la línea del bloqueo, comprendida entre la Perla y la Casilla, y los oficiales pasábanse la mitad de la semana ausentes del alojamiento, cumpliendo con sus deberes al pié de las trincheras donde velaban de noche y dormían algunos ratos durante el día en el edificio más próximo a la guardia.

Eran bellísimos aquellos alrededores de Bilbao, con sus caseríos rodeados de árboles y parras, con sus hoteles y jardines, sus huertas salpicadas de frutales, sus pintorescos caminos cubiertos por las cercas de las heredades y presidiendo el conjunto la monumental construcción de San Mamés.

El ambiente de paz y bienestar que se desprendía de aquellas propiedades embellecidas por los ricachos bilbaínos, alterábase con los frecuentes tiroteos entre sitiados y sitiadores y los cañonazos del Morro y Miravilla. Todo estaba allí dispuesto para el disfrute de la vida en la paz del campo, y por

www.fpev.es

contraste, allí rondaba la muerte, allí hervía la guerra, ese legado histórico que las generaciones se trasmiten como atávica propensión a la barbarie. Había varios hoteles deliciosos, el de Ubagon, el de Franco-Echea, el de Estraunza. Este último era el punto de reunión de los oficiales aficionados a la música y a los libros. En el magnífico piano Erard recordaban los profesores su repertorio y en la biblioteca entretenían las horas de guardia los amantes de la lectura. Y hasta los oficiales ajenos a la música y a los libros, hallaban distracciones en el bien cuidado jardín, en la estufa cuajada de plantas en flor adelantándose a la estación primaveral y en el lindo kiosco-pajarera donde, en tremenda algarabía, multitud de canarios, alegraban los días grises de la cuenca del Nervión.

Estando libres de servicio Muzquiz, Montis, Albar y Palacios, solían atravesar el puente de barcas y en el palacio chino de Razquin, escondido como un tesoro en la vega de Deusto, jugaban grandes partidas de carambolas en una preciosa mesa de bandas metálicas.

Había entrado el mes de febrero.

El anunciado ataque de Moriones se dilataba y el de los carlistas a Bilbao no se resolvía, limitándose al avance paulatino de las tricheras hacia las del enemigo, agravando por momentos la crítica situación de la plaza. El comandante general de la provincia, Velasco, que no había intervenido en los sucesos relacionados con la rendición de las guarniciones de la ría, tampoco daba muestras de actividad frente a Bilbao. El avance de las trincheras debíase a la iniciativa de los bloqueadores subalternos. El general ni una vez se había molestado en recorrer la línea. Tal vez a esta inacción de Velasco, obedeciera el nombramiento de Comandante general de Vizcaya a favor del Marqués de Valde-Espina.

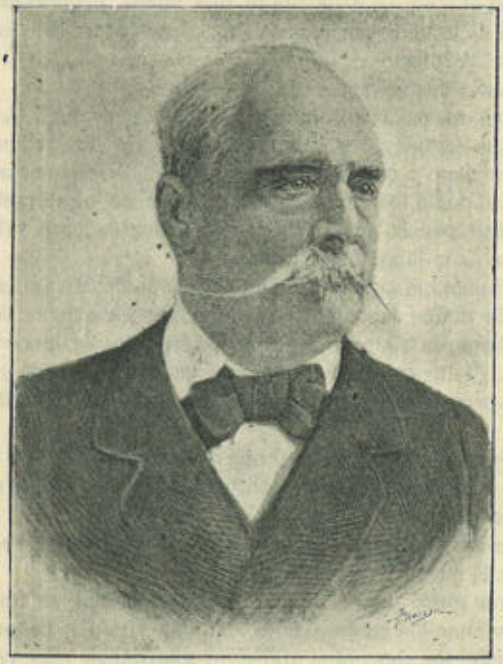
El jefe del batallón visitó las avanzadas, acompañado de sus interesantes sobrinas Angeles y Nicol, comunicando a los oficiales el acuerdo de Don Carlos.

—Sólo aplausos merece—decía—porque Velasco a partir del alzamiento se ha dormido en los laureles. El marqués imprimirá nuevo rumbo a las operaciones y no tardaremos en asistir al bombardeo de Bilbao.

www.fpev.es

—Pero el rey ¿aprueba esa medida?—objetó un oficial conocedor de la historia.

—El rey no puede menos de asentir a la opinión unánime del pueblo y de los jefes vizcaínos. El marqués, Andéchaga,



GENERAL VELASCO

Ormaeche y todos los jefes de Cuerpo, hijos de Vizcaya, estamos conformes con el bombardeo, ya que carecemos de artillería para atacar a los fuertes. Andéchaga opina que a las primeras bombas, el vecindario se amotinará, obligando a rendirse a la guarnición.

—Mucho temo—contestó el oficial—que Andéchaga se

www.fpey.es

equivoque. Ya hemos visto en Portugalete que el ejército no se rinde hasta agotar todos los medios de defensa. Y el bombardeo perjudicará a los propietarios, a los comerciantes, al vecindario en general; pero la guarnición permanecerá intacta en sus fuertes y trincheras. Faltándonos artillería de sitio sólo el bloqueo prolongado nos puede proporcionar la posesión de la villa; porque hay dos cosas contra las cuales se estrella el heroismo...

—Y esas dos cosas...

—Esas dos cosas son: pan y municiones, es decir, la munición de los estómagos y el pan de la guerra, dos artículos de diario consumo y que no se improvisan sin primeras materias. Ya falta el pan a los sitiados; no tardarán en agotárseles los proyectiles, puesto que carecen de elementos para fabricarlos... Esa es la labor del bloqueo.

Interrumpió la conferencia un cañonazo de Miravilla hacia Archanda donde trabajaban los ingenieros carlistas. Mas de treinta disparos hicieron desde los fuertes los artilleros republicanos. El fuego de fusilería entre las avanzadas se generalizó. Los proyectiles sonaban sibilantes o con susurros de moscardón.

—¿Qué es eso?—preguntó una de las niñas.

—Es la muerte que pasa—contestó el coronel.—Que nos espere muchos años.

Las niñas mostráronse valientes y no quisieron resguardarse en el caserío más próximo.

—En la guerra anterior—continuó el oficial ya familiarizado con aquellos ruidos—no tenían los sitiados cañones de ese alcance, los elementos ofensivos guardaban más relación y sin embargo no se rindió la plaza. Según Napoleón un sitio es un duelo de artillería, y nosotros carecemos de ella.

—Conozco ese pensamiento de Napoleón—contestó el coronel.

—Tampoco ignora usted que en todo sitio para que se equilibren las fuerzas contendientes, los elementos de los sitiadores deben estar en relación de cinco a uno con los de los sitiados y aquí aparecen invertidos los términos.

—Teoría pura—respondió Iriarte, batiéndose en retirada—

www.fpev.es

Napoleón expugnó muchas plazas, sin utilizar la artillería. Cuando más cañones tuvo, en Waterloo, fué derrotado. Ante todo, somos defensores de la religión y debemos tener fe. Hace un año solo algunas partidas ambulaban por los montes y hoy contamos con un ejército. ¿Quién ha hecho el milagro? La fe.



GENERAL MARQUÉS DE VALDE-ESPINA

—Bueno es tener fe; pero en estas cuestiones de ponderación de fuerzas y elementos no sobran las matemáticas.

Habíase aproximado al grupo el comandante Rodríguez y seguía con interés las discusión.

—Y usted ¿qué dice, mi comandante? —le preguntó el oficial.

www.fpev.es

—Que respeto la opinión del jefe; pero me inclino más a la de usted. El bloqueo riguroso agotará las subsistencias en la plaza, sin alarmar al gobierno de Madrid. El bombardeo dará la señal de alarma y el ejército de Moriones, reforzado, atacará nuestras líneas con elementos superiores a los nuestros. ¿Lograremos rechazarle? Aún suponiendo que derrotemos a Moriones, Bilbao sólo capitulará por hambre. En la guerra pasada también creyeron los jefes vizcaínos que arrojando unas bombas a la plaza, sus habitantes se rebelarían contra el gobernador, obligándole a capitular. Zumalacarregui se opuso y preparó las piezas para batir los fuertes más accesibles y dar el asalto. Y a la pretensión de los jefes contestó: «Mientras el enemigo se sostenga en la línea de fortificaciones exteriores yo no puedo mandar que se arrojen proyectiles sobre las casas; pero sí lo haré en el momento que, rechazado de los fuertes, quiera defenderse en ellas.» Tales fueron las palabras del gran general, según su historiador Zaratiegui. Tengo buena memoria. El ataque a los fuertes; este es el procedimiento. Y a falta de artillería el bloqueo absoluto que es el hambre. En los dos sitios de 1836, Villarreal y Eguía bombardearon la plaza. Y ¿qué adelantaron? Acelerar la llegada de los ejércitos de socorro. Lo mismo sucederá ahora en cuanto empiece el bombardeo.

—Pues no puede emplearse otro recurso—contestó Iriarte—si los bilbaínos no proponen o aceptan una honrosa capitulación. Un ejemplo de ayer. ¿Qué hizo Martínez Campos el año pasado ante Valencia, declarada en cantón? Pues bombardearla, ocasionando muchas ruinas y desastres. Y ¿qué hizo Valencia? Pues apresurarse a capitular (1).

—No hay términos de comparación. Martínez Campos dis-

(1) Esta cita de Iriarte, me recuerda la famosa proclama de Martínez Campos a los valencianos. «No hay debilidad—decía—en el pueblo valenciano, en aceptar estas bases y evitar el derramamiento de sangre, toda española, *toda republicana*, pues que después de esta reconciliación nos queda que combatir un enemigo común: los carlistas». Y este *republicano* se *pronunció* después estando al frente del enemigo en favor del hijo de Isabel II, y más tarde confesó a Sabalis, que tenía *tres cuartos de bolna. Risus teneatis.*

www.fpev.es

puso de poderosa artillería de sitio y de un ejército, enfrente de los cantonales, que eran paisanos, y de una plaza sin fortificar. Aquí ocurre lo contrario.

La hora de comer se aproximaba y disolvióse la reunión

Pocos días después Iriarte avisó a Palacios.

—Buenas noticias.—dijo aquel—Acabo de conferenciar con el marqués y con Jover, su jefe de Estado Mayor, y vengo bien impresionado. Se proponen organizar en forma la división vizcaína, proveer de vestuario a oficiales y tropa de todos los batallones para que haya la debida uniformidad y expedir a los primeros los reales despachos de que aún carecen. Ahora recibirán los buenos oficiales de Guernica la merecida recompensa a sus servicios.

Palacios no se dió por aludido.

—¿Y del bombardeo?—preguntó—¿qué dice el marqués?

—Que empezará en cuanto lleguen los morteros de Arteaga. Ya están construídas las baterías principales.

Y cambiando de tono, añadió:

—Tenemos que trabajar. Quédese usted a comer.

Palacios no se hizo de rogar.

En la mesa se comentó la caída de Velasco, cuya reputación como general quedó a mediana altura. A moro muerto gran lanzada. En cambio se encomiaron las dotes militares, los sacrificios por la Causa y la caballerosidad del Marqués de Valde-Espina.

—¡Lástima que sea tan sordo!—exclamó una de las jóvenes.

—Es una ventaja para él en acciones de guerra,—contestó D. León—porque no le impresiona el ruido de los disparos. En Eraul al frente de la caballería dió una carga que resolvió el combate. Herido de un bayonetazo, mientras le curaban apoyado en una peña, preguntó:—¿Ha cesado el fuego?—Todavía no—le contestaron—.El enemigo se bate en retirada. De pronto rozándole una oreja se estrelló una bala en el peñasco que le servía de apoyo.—¡Caramba!—exclamó—ahora, ahora sí que tiran. Era la única bala que había oido en toda la acción.

—Y ¿no ha procurado corregir ese defecto?

—Si, merced a una trompetilla acústica. Hallándose emigrado en Bayona, le recomendaron ese aparato y el marqués se

www.fpev.es

apresuró a encargarlo a París. Por cierto que fué gracioso el ensayo de la trompetilla. Una tarde fué el marqués a visitar a cierta dama legitimista. Preguntó por ella a la sirviente que le abrió la puerta y para informarse de la contestación aplicóse a un oido el aparato. Nunca lo hiciera. La muchacha comenzó a gritar, creyendo que la trompetilla era un arma de fuego. Acudió gente y armóse el gran alboroto, hasta que salió la señora de la casa y encontró al marqués con la trompetilla en la mano. La muchacha, repuesta del susto, explicó el suceso, que el marqués fué el primero en celebrar.

De sobremesa quedaron solos D. León y Palacios y cuando éste se despidió ya tenían forma, en un pliego de papel de barbas, los proyectos relativos al batallón de Guernica. Faltaba que fuesen aprobados por el comandante general de Vizcaya.

www.fpey.es

V

EMPIEZA EL BOMBARDEO

El ejército liberal después de varias evoluciones entre Laredo y Castro, decidióse a avanzar el 17 de Febrero, hacia la villa bloqueada. Fácilmente tomó la posición de Saltacaballo, defendida por escasas fuerzas de los batallones de Arratia y Castilla. En el combate murió Blas Belaustegui, comandante de Arratia, y tres individuos de tropa de éste batallón. Pasaron de veinte los heridos carlistas, y de ciento las bajas sufridas por los republicanos, entre ellas tres prisioneros.

La heroica defensa de Saltacaballo no impidió el avance de Moriones a Somorrostro.

Confiados los generales carlistas en los elementos reunidos para batir al ejército libertador, resolvieron en junta presidida por Don Carlos, apresurár los preparativos del bombardeo, estimulando así a Moriones al ataque. Una victoria de las armas carlistas en aquellas condiciones, podría acelerar la capitulación de la plaza. El 20 de Febrero hallábase Palacios de guardia en la Casilla. A las siete de la mañana recibió del jefe del batallón un abultado pliego con orden de entregarle a la avanzada enemiga. Era según se supo después una carta del Marqués de Valde-Espina, al general Castillo, en la que incluía otras tres de Dorregaray, destinadas a dicha autoridad militar y a los cónsules de Francia e Inglaterra. Las comunicaciones de Dorregaray limitábanse a transmitir su resolución de empezar el bombardeo en el término de veinticuatro horas, qne podían aprovechar ancianos, mujeres, niños y extranjeros para salir de la plaza, precisamente por la carretera de Zornoza (Amorebieta).

www.fpev.es

Palacios mandó alzar la bandera de parlamento que fué saludada con algunos disparos por los centinelas liberales. Como los parapetos estaban próximos y diariamente mantenían diálogos los contendientes, un sargento carlista gritó:

—*¡Guiris!*

—*¡Carcas!*

—No tiréis que va a cruzar un paisano con un pliego para vuestro general.

—No tiraremos. Que pase cuando quiera.

Saltó el aldeano la trinchera, y recorrió el trayecto hasta la del enemigo, donde se hizo cargo del pliego un oficial.

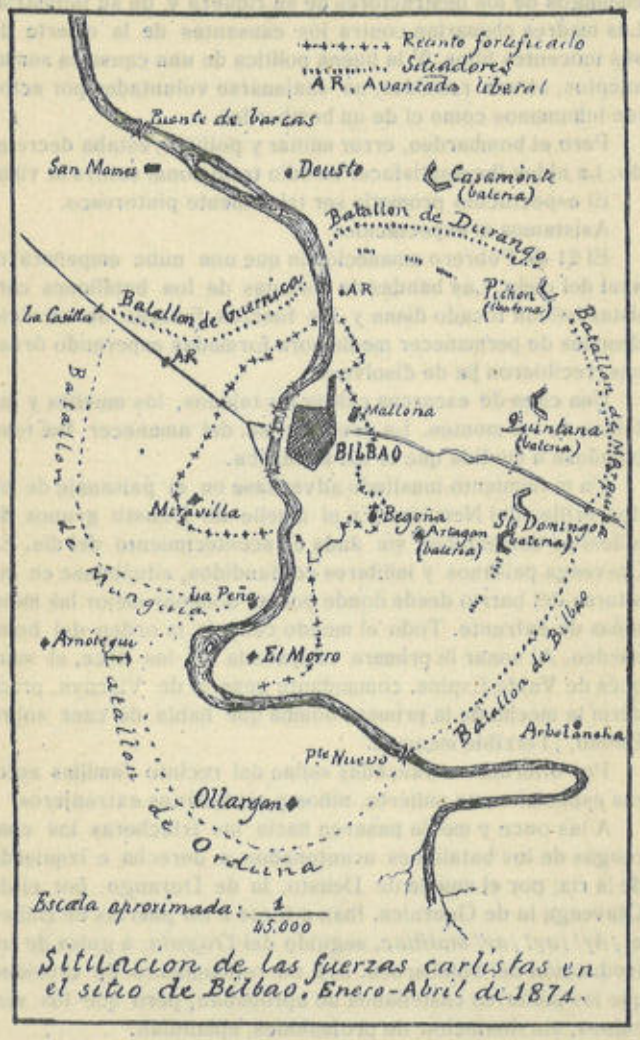
A las once y media se repitió la operación en sentido contrario. Palacios trasmitió la respuesta al jefe del Cuerpo para que la cursara.

El general Castillo, según referencias del jefe de E. M. del Señorío, acusaba recibo de la notificación, extrañándose de que un cuerpo de tropas que pretendía impedir el paso al ejército del general Moriones no encontrara otro medio de reducir a Bilbao que el del bombardeo.

En efecto, era un error militar y político la resolución de bombardear a Bilbao. Un pueblo industrial y mercantil es refractario a las contiendas que perturben la marcha regular de sus negocios. Si no abre sus puertas a un ejército sitiador, al primer aviso, no es por falta de voluntad, sino porque está forzosamente sometido a la del jefe de la guarnición, interesado en defender la plaza y con ella el honor militar de las tropas a sus órdenes. Lo correcto, pues, en el sitiador, es atacar las trincheras, los fuertes, los puntos donde el ejército sitiado oponga resistencia. Vencida que ésta sea, el pueblo acepta el cambio de dominadores sin dificultad. Mil ejemplos ofrece la Historia. Desde el punto de vista político era aún más censurable el bombardeo de Bilbao; porque en el recinto de la población habitaban muchas personas identificadas con las ideas carlistas ¿Por qué hacerlas víctimas del bombardeo? Y aquellas de opiniones liberales o indiferentes a todo credo político, que constituyen la mayoría en los pueblos mercantiles, ¿qué solidaridad tenían con los defensores por deber y por honor? ¿Por qué perjudicarlas en sus vidas y haciendas? Los antes in-

www.fpev.es

EL BATALLON DE GUERNICA. -LIBRO IV.



Situacion de las fuerzas carlistas en el sitio de Bilbao. Enero-Abril de 1874.

www.fpev.es

diferentes propietarios y comerciantes, convertiríanse en enemigos de los destructores de su riqueza y de su industria. Las madres clamarían contra los causantes de la muerte de sus inocentes hijos. Y la buena política de una causa es sumar adeptos, atraer rebeldes, no enajenarse voluntades por actos tan inhumanos como el de un bombardeo.

Pero el bombardeo, error militar y político, estaba decretado. La aldea iba a satisfacer su odio tradicional contra la villa.

El espectáculo prometía ser tristemente pintoresco.

Asistamos al espectáculo.

El 21 de Febrero amaneció sin que una nube empañara el azul del cielo. Las bandas de cornetas de los batallones carlistas habían tocado diana y las fuerzas francas de servicio después de permanecer media hora formadas esperando órdenes, recibieron la de disolverse.

Una capa de escarcha cubría los tejados, los muelles y las faldas de los montes. La fresca brisa del amanecer fué templándose a medida que el sol avanzaba.

Un movimiento inusitado advertíase en el paisanaje de las dos orillas del Nervión. En el muelle de Deusto grupos de aldeanos comentaban sin duda el acontecimiento del día. En Olaveaga paisanos y militares confundidos, situábanse en las alturas del barrio desde donde podían dominar mejor las montañas de enfrente. Todo el mundo conocía la orden del bombardeo. Al sonar la primera campanada de las doce, el marqués de Valde-Espina, comandante general de Vizcaya, prendería la mecha de la primera bomba que había de caer sobre Bilbao. ¡Terrible mensaje!

Por diferentes avanzadas salían del recinto familias enteras especialmente mujeres, niños y ciudadanos extranjeros.

A las once y media pasaron hacia las trincheras las charangas de los batallones acantonados a derecha e izquierda de la ría; por el muelle de Deusto, la de Durango, por el de Olaveaga la de Guernica. Iban a tocar a las puertas de Bilbao el *¡Ay! ¡ay! ¡ay! mutillac*, seguido del *Trágala*, a guisa de introducción del bombardeo. Era un refinamiento de crueldad que los militares castellanos no aprobaban; pero que los vizcaínos, sin distinción de profesiones, aplaudían.

www.fpev.es

La gente convertía en observatorio los puntos más culminantes y despejados de ambas orillas. En los balcones de las casas agolpábase el vecindario y algunos curas esgrimían largos catalejos en dirección a las cumbres de Archanda.

La impaciencia reflejábase en todos los semblantes. En los ojos de los aldeanos rebosaba la alegría.

Enorme grupo de paisanos y militares llenaba el atrio de la iglesia. El sacristán impaciente y nervioso, en vez de mirar como las demás personas allí reunidas hacia las alturas de Santo Domingo, no quitaba ojo del campanario.

—¿Qué mira usted ahí? —preguntóle un oficial de Guernica.

—Miro la hora—contestó el sacristán.

—Pero ¿dónde está el reloj?

—En la torre. ¿Ve usted la sombra que proyecta el tejadillo? ¿Ve usted aquella hilada cerca del campanario? Pues cuando la sombra llegue a la raya, serán las doce en punto.

—Es un reloj económico.

—Pues no tiene otro Olaveaga.

—Y ¿cuánto faltará para las doce?

—Unos diez minutos.

De la parte de Bilbao llegaban al atrio de la iglesia las notas del *trágala*.

No tardó el sacristán en anunciar la hora con toda exactitud, pues aún no había concluído, cuando el reloj de la iglesia de Deusto, empezó a rasgar el aire con sus campanadas lentas, graves, sonoras, que repitieron los ecos de los montes. Todos miraron con ansiedad hacia la cordillera de Archanda donde habíanse construído baterías en los puntos denominados Casamonte, Quintana, Santo Domingo y Pichón.

Al fin, a las doce y cuarto, de la batería de Pichón, surgió una espesa nube de humo.

—¡La bomba! ¡La bomba! rugió la multitud aglomerada en el atrio de la iglesia.

A los pocos segundos se escuchó imponente, estruendosa la detonación.

Los espectadores volvieron a guardar silencio en actitud de escuchar. Pasó un rato y hubo quien aseguraba que había oído la explosión de la bomba; pero la mayoría opinaba que aquel

www.fpev.es

proyectil no había explotado. Repitió la suerte la batería de Pichón y entonces a lo lejos, en el fondo de la cuenca donde se extiende Bilbao, oyóse un ruído sordo.

—¡Ya estalló! exclamaron algunos.

Y el pueblo volvió a dirigir la vista a los altos de Archanda y recibió con nuevos rumores de satisfacción otros globos de humo espeso que brotaban de la verde cordillera, cual emanaciones volcánicas, ya aplaudió las otras baterías cuando rompieron el fuego y escuchó las explosiones que lúgubremente resonaban en el casco de la villa, hasta que húmedos los ojos por la atención prestada y doloridos los cuellos por la violenta postura, militares y paisanos abandonaron el observatorio para satisfacer otras necesidades más imperiosas que la curiosidad.

Tal fué el principio del bombardeo.

www.fpey.es

VI

SOMORROSTRO Y SAN PEDRO ABANTO

Fuera labor de monótona lectura la relación de los episodios del bombardeo, ceñida al *Diario de operaciones*, que ha inspirado estas páginas.

Los espectáculos más grandiosos, y aquel tenía la grandeza de la barbarie, dejan de interesar y entran en la categoría de los hechos vulgares cuando se repiten diariamente sin variación sensible en el argumento, la decoración o los actores.

Ya habían caído cientos de bombas sobre la plaza y las profecías de los carlistas ilusos estaban lejos de cumplirse. Bilbao no se rendía ni por la falta de subsistencias, ni por el terror. Esperaba siempre el auxilio prometido.

El tronar de los morteros carlistas decidió al fin a Morionés a forzar el paso.

Desde el amanecer del 24 de febrero, sendos cañonazos y nutridas descargas de fusil, resonaban por la parte de Somorrostro. Durante todo el día circularon las noticias más absurdas. Serían las ocho de la noche cuando sorprendió a las fuerzas que cubrían el servicio por el lado de la Perla, un alegre y general repique de campanas.

—¿Qué será eso?—preguntó Palacios a su compañero Arechederreta.

Un poderoso *sansó* lanzado por algún aldeano en el camino de Olaveaga interrumpió el silencio de la noche. Aquel relincho humano era señal de alegría, nuncio de algun acontecimiento favorable. Poco después llegaron a la avanzada los músicos del batallón, acompañados de la banda de cornetas. Al frente, Urandúrraga, batuta en mano, daba muestras de gran regocijo.

www.fpev.es

—¿Qué ocurre? le preguntó Palacios.

—Los *guiris* han sido rechazados en toda la línea de Somorrostro y se ha dado la orden a las baterías para que durante la noche arrojen sobre Bilbao trescientas bombas. Vamos a tocar el *trágala* a los bilbaínos.

Y aproximándose a la barricada, tras un preludio de la banda de cornetas, rompió la charanga con el *Ay ay ay mutillac*, seguido del anticuado *trágala*.

Al día siguiente volvió a repetirse el concierto atronador de la artillería liberal, desde Somorrostro al abra, donde los buques de guerra batían la extrema derecha carlista. El fuego era horroroso e incesante. Simultáneamente los morteros carlistas arrojaban bombas sobre la plaza. Por la tarde visitó Don Carlos,ia casa de misericordia de San Mamés y pudo contemplar desde las azoteas el humo que desprendíase de la línea de batalla. La música de Guernica tocó la marcha real al salir el Rey de San Mamés. Inmenso gentío acompañóle dando vivas estruendosos hasta el muelle de Olaveaga, donde se embarcó con sus ayudantes en una entoldada barquichuela que tomó la dirección de Zorroza.

Por la noche súpose que la jornada de Somorrostro había sido dura para ambos ejércitos; pero que el liberal rechazado en toda la línea con grandes pérdidas, tuvo que replegarse a Somorrostro. Las charangas volvieron a los parapetos a tocar el *trágala* y el bombardeo prosiguió con desusada violencia.

Algunos días después subía Palacios con otros oficiales, de Olaveaga a Basurto, cuando oyó una voz argentina, que le llamaba desde la orilla del Nervión.

—¡Palasioschu! ¡Palasioschu!

—Parece la voz de Felicia—dijo el oficial tan cariñosamente llamado.

—¡Papeles! ¡papeles!—volvió a gritar la voz.

Tenía Palacios hecho el encargo a sus amigos de Luchana y El Desierto, de que le mandaran periódicos de Madrid, si alguna vez los recibían y D. Juan Krug, le enviaba un paquete. *La Correspondencia de España*, describía los últimos combates de Somorrostro e insertaba el siguiente telegrama de Moriones al ministro de la Guerra:

www.fpev.es

«El ejército no ha podido forzar los reductos y trincheras de San Pedro Abanto y su línea ha quedado quebrantada. Vengan refuerzos y otro general a encargarse del mando. Se han inutilizado haciendo fuego sus piezas de diez centímetros. Conservo las posiciones de Somorrostro y comunicación con Castro.»

Era la confesión del descalabro, el grito de alarma de la impotencia.

El general Moriones en cinco meses se había desacreditado. Desde Septiembre del 73, en que tomó el mando del ejército del Norte, no contaba más que desaciertos. Estableció la línea de la Ribera, pretendiendo recobrar a Estella, primero por Santa Bárbara, después por Montejurra y tuvo que retroceder con pérdidas enormes. Marchó después a Guipúzcoa en auxilio de Tolosa, retiróse a San Sebastián y embarcó sus tropas para Santoña por temor a un desastre si volvía por tierra a Navarra. Pretendió, en fin, auxiliar a Bilbao y acababa de sufrir una derrota.

Había fracasado y lealmente lo confesaba.

Disponía de 27 batallones, 24 piezas, cinco escuadrones y la escuadra, en la desembocadura del Nervión. Contra estos elementos los carlistas sólo pudieron oponer 13 batallones y 8 piezas de montaña (1). Los carlistas, sin embargo vencieron.

---

(1) La *Narración* del Cuerpo de E. M. eleva las fuerzas carlistas a 28 batallones. El error es bien extraño en sus autores, que insertan la orden del día del general Ollo, en la que figuran los nombres de los Cuerpos, la situación que cada uno había de ocupar en la línea de combate, los puntos de retirada en caso extremo, y la distancia a que debían romper el fuego, para economizar municiones. Matemáticamente realizóse el plan de Ollo. Los batallones que cita tan admirable documento, son: 3.° y 4.° de Alava, 3.° 4.° y 7.° de Guipúzcoa 1.° 2.° 4.° 5.° y 6.° de Navarra, 1.° y 2.° de Castilla y 1.° de Aragón: total 13 batallones. Otros cinco, ocupaban puntos distantes del campo de la acción, como los de Arratia y Encartados.—Los demás batallones vizcaínos cubrían la línea de bloqueo de Bilbao, en esta forma. *Marquina*, Archanda y Santo Domingo; *Bilbao*, Artagan, Arbolancha y Puente Nuevo; *Orduña*, de la Peña a Larrasquitu: *Munguía*, de Larrasquitu a la Casilla; *Guernica*, de la Casilla a la ría y *Durango*, de la ría a Archanda.

www.fpev.es

¿Por qué? El ataque de frente de posiciones atrincheradas es un verdadero desatino, cuando aquellas están defendidas con armamento susceptible de multiplicar los disparos. Así se comprende que el ejército de Moriones sufriera más de 2000 bajas, mientras que las de los carlistas no pasaron de 500.

Para enmendar los errores del general republicano, le sustituyó el Duque de la Torre, Presidente del Poder Ejecutivo, quien nombró jefe de E. M. al general López Domínguez, reorganizó el ejército liberal, aumentando su contingente con las fuerzas a las órdenes de Loma, con carabineros, civiles, ingenieros, marinos y algunas baterías... Los carlistas no pudieron reforzar sus huestes ni disponer de artillería. No contaban con un gobierno constituído que proveyera a sus necesidades; no tenían cuerpos auxiliares, ni dinero, ni cartuchos ni, cañones. En el carlismo sólo había hombres, masas, valor y fe. Todo lo demás era una improvisación.

Pasó un mes.

El Duque de la Torre, el jefe del Estado liberal, con 48 batallones, 60 piezas, y la escuadra al extremo izquierdo de su línea, emprendió el movimiento de avance al amanecer del 25 de Marzo. Con grandes pérdidas logró apoderarse de las primeras estribaciones del Montaño. El 26 continuó la batalla, sin obtener el Duque sensibles progresos y el 27, tras sangrientos episodios en que ambos ejércitos demostraron heroismo y disciplina, convencido el Duque de la Torre de que no podía tomar las alturas de San Pedro Abanto, centro de la línea, desistió de su empresa. Había incurrido en el mismo error estratégico de Moriones, al atacar de frente las posiciones carlistas. Ambos confiaron en los efectos de su poderosa artillería contra un enemigo desprovisto de ella, sin contar con la eficacia del fusil moderno que convierte en fortaleza todo campo atrincherado, ni con el valor admirable de sus defensores. (1).

(1) En estas batallas comenzaron los carlistas a dar gran desarrollo a la trinchera, aplicándola, como elemento defensivo, a las grandes líneas de combate. En el curso de la campaña, elevaron el procedimiento a la categoría de sistema científico, según reconoce el general Ruiz Dana en sus *Estudios*. De la

www.fpev.es

El triunfo de los carlistas en las jornadas de Marzo, tuvo una compensación dolorosa. Dos días después de terminada la trágica contienda, cuando zapadores y paisanos dedicábanse a la obra de misericordia de enterrar a los muertos de ambos campos, la artillería liberal, faltando a la suspensión de hostilidades acordada, rompió el fuego contra los grupos carlistas que sin precaución alguna se formaban cerca de sus trincheras. Una granada al explotar hirió mortalmente al general Ollo, al brigadier Radica y al auditor de guerra Escudero.

Palacios y Albar que habían ido a caballo a la línea de Somorrostro, con objeto de visitar a Jorge Vicente, herido en el combate, después, de recorrer los atrincheramientos, tan sabiamente trazados y construídos, al pasar por San Salvador del Valle, oyeron doblar a muerto.

Ya se dirigían hacia la iglesia cuando un voluntario les informó de que las campanas doblaban por el general Ollo.

—Pero ¿cuándo ha muerto?—preguntó Albar.

—Anoche. En aquella casa está de cuerpo presente.

Apeáronse los oficiales y subieron al primer piso, última morada del general.

En el suelo, entre cuatro blandones yacía su cadáver, vestido con el hábito de San Francisco. En el noble semblante conservaba la serenidad que le acompañó en los trances más peligrosos de su vida. Sus ayudantes y algunos jefes acompañábanle por última vez. Salinas, Galbarra, Miravalles, Villaro, Monreal, Eraul, Ollagoyen, Udave, Allo, Dicastillo, Mañeru, Montejurra, Somorrostro, San Pedro Abanto, fueron testigos de su pericia militar y de su valor indomable. Entre los fuertes y pueblos que tomó al enemigo recordábanse a Irurzun, Puente la Reina, Cirauqui, túneles de San Adrián y de Lizárraga, Estella, Viana, Sangüesa, Lumbier, Valcarlos...

Allí estaba, al parecer, dormido el héroe de tantas empresas militares, el audaz guerrillero que atravesó la frontera con

importancia de aquel factor, dan testimonio los ejércitos de las principales naciones europeas en la trágica lucha que hoy sostienen. Todos han adoptado la trinchera carlista perfeccionada.

www.fpev.es

veinte hombres y en poco más de un año había conseguido organizar e instruir los doce batallones de la provincia de Navarra, el genio estratégico que hizo fracasar todas las combi-



GENERAL OLLO

naciones de los generales enemigos, el capitán insigne, compañero más que jefe de sus voluntarios que como a un padre le querían, el jefe ilutradísimo que consagraba sus horas de trabajo al estudio de libros de fondo relativos al arte militar...

www.fpev.es

En la mejilla izquierda mostraba la huella de un casco de granada, aunque el origen de su muerte fué la herida que recibiera en el muslo derecho.

Aquella noche fué conducido el cadáver del malogrado general a Durango, en cuyo cementerio recibió cristiana sepultura (1).

Los republicanos habían perdido una batalla, una más de la serie; pero mayor pérdida fué la de Ollo para el ejército carlista, tan necesitado como el liberal, de buenos generales.

La muerte de Ollo marca los límites de la curva ascendente en los progresos carlistas del Norte. Pasados algunos meses no faltó quien observara esta coincidencia. Pero hasta la muerte de Ollo bien pudo decirse: o que el ejército carlista contaba con un buen general, o que el ejército republicano era una coleccion de leones dirigida por burros. Porque ninguno de los generales en jefe del ejército liberal, que se sucedieron desde Nouvilas hasta el Duque de la Torre, podía vanagloriarse de haber obtenido una victoria sobre los carlistas.

Todos, sin excepción, habían fracasado.

(1) Los restos del general Ollo fueron trasladados a Estella en Junio de 1912.

www.fpev.es

VII

DE CÓMO UN POETA APLICÓ A LAS LIDES DE AMOR LA TÁCTICA DEL MARQUÉS DEL DUERO

Aquel día estaba de guardia Palacios en las trincheras próximas al hotel de Estraunza.

Sentado en un banco del jardín, leía un libro que le proporcionara la mujer del jardinero, los *Cuentos de color de rosa*, de Trueba.

De pronto oyó la voz de Muzquiz.

—¿Está el teniente Palacios?

—Aquí estoy, chiquitín, pasa.

—Carísimo Palacios; marcho a Guernica. Mi abuela, enferma, me llama. Vengo a despedirme de tí.

Y cambiando de tono:

—¿Sabes la noticia?

—¿Qué noticia?

—Que Bilbao capitula. Las familias que diariamente salen de la plaza, aseguran que el desaliento cunde entre el vecindario y que los víveres se agotan. No hay pan ni aún para la guarnición. Los soldados que desertan de Alba de Tormes y Zaragoza, enseñan mendrugos de pan de habas, duro como la piedra y negro como la pez...

—Pero cuentan con otros recursos según esos desertores. No les falta arroz, bacalao, conservas, carne de caballo, garbanzos, alubias... Comprendo que el elemento civil considere excesiva tanta resistencia. El estómago tiene sus necesidades incompatibles con la gloria colectiva. Pero un gobernador militar tan pundonoroso como Castillo, no se rinde sin extremar la defensa. Acuérdate de Portugalete.

www.fpev.es

—Pesimista estás.

—Porque conozco al ejército.

—Lo que fuere sonará. Pero si los rumores se confirmasen, en los ocho días que me han dado de licencia, avísame. Quiero entrar en Bilbao con mi compañía.

—Vete tranquilo, que en ese tiempo Bilbao no capitulará. Celebraría engañarme.

—Adios, un abrazo.

—Adios, que encuentres mejor a tu abuela.

A los dos días de la marcha de Muzquiz, regresó su asistente a Olaveaga, portador de extensa carta dirigida a Palacios. En ella había una parte sentimental, la referente a la abuela. Huérfano desde muy niño, Muzquiz hubo de concentrar en ella todas sus afecciones de familia y la anciana señora correspondíale con el amor de abuela, que es el amor de los amores. Ya se hallaba fuera de peligro, según el doctor Solis. Podía, pues, el nieto distraerse algunos ratos en el casino con los amigos y en el paseo de la Alameda con las amigas. Y a una de éstas dedicaba la mayor parte de su carta. Vehemente pasión le había inspirado; pero la reserva y el desdén de la joven, contenían los impulsos amorosos del oficial. Con gran lujo de detalles describía Muzquiz los atractivos de la bella guerniquesa, conjunto de clásicas perfecciones esculturales y de cristianas virtudes. Estaba enamorado; pero no se atrevía a formular una seria declaración por temor a unas rotundas calabazas. ¿Qué hacer en situación tan crítica? ¿Qué *táctica* emplear para conmover el corazón de aquella mujer de hielo? ¿Qué procedimiento sería el más eficaz y práctico para conquistar su amor?

Hallábase Palacios aquel día predispuesto a escribir en renglones desiguales y a las preguntas de su amigo contestó en la siguiente forma:

www.fpev.es

TÁCTICA APLICADA

Querido Muzquiz: recibo
por mano de tu asistente
tu carta seis del corriente
y sin demora te escribo
por si el asunto es urgente.
Me dices que te interesa
salir triunfante en la empresa
de vencer en lid honrosa
a una joven guerniquesa
tan esquiva como hermosa.
Indeciso y pesimista
temes que ella se resista
y me preguntas *qué táctica*
considero yo más práctica
para lograr su conquista.
En el campo del honor,
como en las lides de amor,
francamente, considero
que no hay *táctica* mejor
que la del marqués del Duero.
No tengas miedo a un revés
que tus planes desbarate
si aplicas con interés
las reglas que dá el marqués
sobre el *orden de combate*
Como el general experto
el pretendiente de mundo
debe emplear con acierto
lo mismo el *orden abierto*
que el *delgado* y el *profundo*.
El *orden abierto* indica
descubierta, exploración,

www.fpev.es

el *delgado* ejecución
y el *profundo* significa
denuedo, resolución.
Es la *guerilla* el primero,
el segundo la *batalla*,
la *columna* es el tercero
y aún hay un *orden* postrero
el *mixto*, que nunca falla.
Con estas indicaciones
de *táctica* general
al elegir *posiciones*
combina algunas lecciones
de *estratégia* elemental.
Y ya puedes, desde luego,
poner tus *fuerzas* en juego,
aprovechar un instante
propicio, y *romper el fuego*...
Con que valor y... ¡*adelante*!
Aunque te juzgo *valiente*
no comentas la locura
de *atacar* nunca de *frente*
pues te expones imprudente
a una *derrota* segura.
Sin *descubrir* tus amores
flanquea, y entre las flores
más corrientes y sencillas
despliega los *tiradores*
de tus primeras *guerrillas*
Si demuestra indiferencia
y elude entrar en *acción*
ensaya la *evolución*
que la *estratégica ciencia*
denomina *diversión*.
Mueve la *caballería*
flor de la galantería
y prepara *escalonada*
con la mayor sangre fría
una honrosa *retirada*.

www.fpev.es

Más si ella, según yo creo.
corresponde al *tiroteo*
no cometes un dislate
al prescindir del floreo
puesto que acepta el *combate*.
Bien hecha la *exploración*
si el *flanco* del corazón
permanece *descubierto*
el llamado *orden abierto*
ha cumplido su misión.
Para el *frente despejar*
haz al punto *replegar*
las *guerrillas* de *vanguardia*
que deben de *reforzar*
la *reserva a retaguardia*
Y adopta el *orden delgado*
la batalla, el indicado
para *tomar la ofensiva*
por un hombre enamorado
contra una mujer esquiva.
No te intimiden las *balas*
de su *defensa* aparente
en *movimiento envolvente*
avanza audaz tus dos *alas*
sin *alterar* nunca *el frente*.
En esta disposición
prosigue la *operación*
de *vencer* su resistencia
disparando a discreción
las armas de tu elocuencia.
Que se obstina en *resistir*...
no pases plaza de lerdo
toma entonces el acuerdo
decisivo de *batir*
con vigor su *flanco izquierdo*;
pues la mujer más austera
tiene un noble corazón
que a palpitar se acelera

www.fpev.es

y se funde cual la cera
al *fuego* de la pasión
Para ello has de *maniobrar*
sin detenerte un segundo
y al *orden mixto* pasar
procurando *combinar*
el delgado y *el profundo*.
En tanto que aquel la extrecha
abriendo en su frente brecha
e inspirándola zozobra
avanza por la *derecha*
en *columna de maniobra*.
Si ella ve que no vacilas,
pronto habrás de percibir
en sus hermosas pupilas
el desorden que en sus *filas*
acabas de introducir
Mas si a pesar de este jaque
aún ella se *parapeta*
rápido *ordena* al *corneta*
que toque *paso de ataque*
y *carga a la bayoneta*.
Es un recurso excelente,
pues en tales circunstancias
el triunfo del pretendiente
estriba precisamente
en *extrechar las distancias*.
Sin esperar el momento
de este choque interesante
precursor del vencimiento
lógico es que ella levante
bandera de parlamento.

. . . . . .

Ya te dió el *sí;* la has vencido,
más galante y bien nacido
extrema la cortesía,
que nunca estuvo reñido
el valor con la hidalguía.

www.fpev.es

Y en los combates de amores,
siendo de ambos los honores
y simultáneo el placer,
no debe jamás haber
vencidos ni vencedores.

—

Aunque sin forma didáctica
y de voces desprovista
tal es, amigo, la táctica
que considero más práctica
para hacer una conquista.
Como oficial competente
las voces ya las conoces
aunque esto es indiferente,
porque ningun pretendiente
hace el amor dando voces.
Deja, pues, de lamentar
de tu destino el rigor:
ya sabes como aplicar
la táctica militar
a las lides del amor.
Y hago punto, compañero:
es ya la tarde avanzada
y espera tu mensajero
que tiene que andar ligero
para hacer hoy la jornada.
Aquí la cosa está que arde:
fuego por mañana y tarde;..
los bilbainos reacios...
¡Adios! Muzquiz, Él te guarde.
Tu buen amigo

PALACIOS

Hotel de Estraunza.—7 Abril 1874

www.fpev.es

VIII

LA SÉPTIMA Y LA OCTAVA

No se confirmaron los rumores de capitulación. Los fuertes liberales volvieron a disparar sobre las posiciones carlistas y el bombardeo reanudóse bruscamente en la noche del 6 al 7 de Abril, disparando las baterías doce proyectiles por hora. En algunos momentos alteróse ésta proporción, pues viéronse hasta cinco bombas en el aire. Si el bombardeo producía desastres en Bilbao, también las granadas de los fuertes ocasionaban desgracias en el campo carlista. El día 9 un proyectil disparado desde Mallona, explotó en Deusto causando la muerte del capellán del batallón de Durango y varios heridos, entre los que figuraba el señor Anrich, exministro de Marina de la República.

Un horroroso temporal de lluvias torrenciales y vientos huracanados, impuso a carlistas y liberales nueva tregua de algunos días. La crecida del Nervión desprendió de los muelles de Bilbao gabarras y chanelas, que rompieron y arrastraron los puentes de Olaveaga y Deusto. La comunicación entre las márgenes de la ría quedó interceptada y un general resuelto hubiera podido dar una sorpresa a las baterías de morteros que quedaban sin inmediato apoyo. En el campo liberal también hubo un punto expugnable. Del fuerte de Miravilla derrumbóse el lienzo de muralla Nordeste, arrastrando en su caída a uno de los cañones de mayor calibre. La brecha convidaba al asalto del fuerte, operación que fué propuesta al general Elío; pero éste la consideró temeraria. La posesión de Miravilla que dominaba a los demás fuertes del circuito y al casco de la plaza, hubiera sido la posesión de Bilbao.

www.fpev.es

El Marqués de Valde-Espina había aprovechado los momentos de reposo que el sitio le dejara, para completar la organización de los batallones vizcaínos. Nombró jefes de las dos brigadas y de las cuatro medias brigadas, proveyó a los jefes y oficiales de los despachos correspondientes a sus empleos y a la tropa de prendas uniformes: pantalón encarnado, polainas grises, capote azul y boina del mismo color. El uniforme de los oficiales semejábase al del ejército liberal y el sable sustituyó a la espada.

Una tarde recibió Palacios un aviso urgente del jefe del Cuerpo.

—A la orden de usted, mi coronel.

—Buenas noticias Palacios. El Marqués ha aprobado nuestros proyectos de reorganización y las propuestas. Ya es usted capitán.

—Gracias mi coronel, por su propuesta.

—No; gracias a los méritos y servicios de usted. Muzquiz también asciende y para que ambos queden conmigo en el batallón, se formarán las dos nuevas compañías proyectadas.

En dos días quedó el batallón reorganizado. Emocionantes fueron los episodios que surgieron al segregar las fuerzas que habían de constituir las nuevas unidades tácticas. Formadas las compañías libres de servicio (4.ª, 5.ª y 6.ª), Palacios, previo permiso de los jefes, se adelantó hacia aquellas y as expuso brevemente el acuerdo del coronel, aprobado por el Comandante general del Señorío.

La tropa ya acostumbrada a las advertencias y observaciones de Palacios, desde que éste ejerciera los cargos de instructor y ayudante, escuchó al joven capitán con murmullos de aprobación.

—En el otro ejército—continuó Palacios—se os destinaría a las nuevas unidades sin consultaros, hasta completar el número de clases e individuos que proporcionalmente las corresponde. En el ejército carlista, donde todos somos voluntarios, se os concede el derecho de elección. Podéis continuar prestando vuestros servicios en las compañías actuales o elegir entre las que van a organizarse. Mi querido compañero D. Tomás Muzquiz, ha obtenido el mando de la octava com-

www.fpev.es



D. LEÓN DE IRIARTE

Jefe del Batallón de Guernica

www.fpev.es

pañía y yo tendré el honor de mandar la séptima. Los que permanezcan en filas se entenderá que no desean variar de destino. Los que aspiren a figurar en las nuevas compañías darán tres pasos al frente, colocándose a mi derecha cuantos prefieran servir en la octava, a las órdenes del capitán Muzquiz, y a mi izquierda los que elijan la séptima, que ha de quedar a mis órdenes. No se violente en nada vuestra voluntad, que ninguno de los capitanes se considerará ofendido por el uso de vuestro derecho. ¿Habéis comprendido bien?

—¡Sí! ¡sí! —contestaron a coro los voluntarios.

—Pues los que aspiren a formar en las nuevas compañías *¡aurrera!* tres pasos al frente.

Risas de los muchachos y de los jefes. Seriedad simulada en el orador.

Hubo un momento de indecisión. Ninguno quería ser el primero en romper filas. Tímidamente, al fín, desprendiéronse algunos muchachos de la formación, después avanzaron en parejas y por último, desvanecida la timidez, en pelotones. Las antiguas compañías quedaban en cuadro. Pero la mayoría de los electores colocóse a la izquierda del capitán que acababa de hablar. Todos preferían servir a las órdenes de Palacios.

El coronel, que presenciaba la escena, acariciábase la luenga barba, el comandante sonreíase satisfecho y el capitán Muzquiz, reflejaba en su semblante la contrariedad.

Palacios volvió a hacer uso de la palabra, dirigiéndose a su izquierda.

—Esto no puede ser, voluntarios. Mucho os agradezco la honra que me dispensáis al pretender tan espontaneamente servir a mis órdenes; pero con gran sentimiento mío esa honra no puedo aceptarla de todos. Corresponden a la séptima compañía 88 individuos, y ahí estáis más de doscientos. Y aún faltan los que componen las otras tres compañías, de servicio en las avanzadas, con el mismo derecho de elección que el que vosotros acabáis de ejercitar. Poneos de acuerdo.

Hubo unos instantes de confusión y desorden. Todos hablaban a un tiempo y ninguno se decidía a desertar del campo de la séptima. Se les había dado a elegir y su elección estaba hecha.

www.fpev.es

Intervino el coronel, procurando convencer a los más rebeldes de la imposibilidad de constituir una compañía tan numerosa en perjuicio de las demás.

—Como a la séptima—concluyó—sólo han de ser destinados cuarenta y cuatro individuos de estas tres compañías, si no hay acuerdo entre vosotros, se procederá al sorteo.



CAPITÁN PALACIOS



CAPITÁN MUZQUIZ

No fué necesario apelar a este recurso. El temor al sorteo convenció a los más entusiastas por la nueva unidad. Distribuyéronse por anteiglesias, por barrios, por familias, y quedó resuelto el conflicto, yendo a formar la octava o reingresando en sus antiguas compañías los sobrantes de la séptima.

Por la tarde, al ser relevadas las compañías primera, segunda y tercera, repitióse el espectáculo. Ciases y soldados pretendían servir en la séptima. No sin trabajo consiguió el coronel combinar destinos y restablecer la tranquilidad.

—*¡Arrayua! ¡demoniñua!*—clamaban los contrariados.

Opuestos en su mayoría al sorteo, la amenaza de verificarlo, obligó a los protestantes a entenderse, haciendo canges y permutas.

Y así quedaron formadas las compañías séptima y octava del batallón.

www.fpev.es

IX

LA RETIRADA

Un mes tardó el ejército liberal en reorganizarse para socorrer a Bilbao.

El refuerzo que recibiera de 25 batallones y 20 piezas al mando del Marqués del Duero, tenía la misión de flanquear las posiciones carlistas de la línea de Somorrostro, colocarse a su retaguardia y antes de llegar a Bilbao, batir y hacer prisioneros a los batallones que a las órdenes de Dorregaray quedaban entre dos fuegos y el Nervión. Ni la victoria de Bailén, ni la jornada de Rivoli, podrían compararse a la concebida por Concha. Allí concluiría la guerra.

Mucho se ha discutido el plan de campaña que adoptó el Marqués del Duero para la liberación de Bilbao. Pudo ser el del general Villegas, con ligeras modificaciones; pero ridícula se me antoja tal discusión. El flanqueo de la línea carlista estaba indicado desde los combates de febrero. El ejército republicano, hubiera sufrido otro revés atacándola de frente. Pero el flanco izquierdo carecía de trincheras y hasta de defensores. Disponiendo, como Concha disponía, de fuerzas quintuplicadas a las que mandaba Dorregaray y de ochenta cañones contra ocho, la operación de romper la línea carlista era elemental, atacándola de flanco. Y así lo ejecutó el Marqués del Duero, apoderándose, no sin pérdidas sensibles, de las posiciones de las Muñecaz y Galdames, por escasas tropas defendidas.

Atribúyese a lamentables errores de Elío y a la confianza de Andéchaga el fácil paso del ejército de Concha. Es muy corriente, a distancia, asegurar que la batalla de Lérida no se

www.fpev.es

debió perder; pero en este caso, sin los errores de Elío, que no era infalible, y sin la confianza de Andéchaga, que en el combate halló gloriosa muerte, los mermados batallones carlistas hubiesen al fin retrocedido ante un ataque simultáneo de frente y de flanco de las divisiones republicanas. El resultado debía ser desfavorable al ejército de Don Carlos sin otra razón estratégica que una sencilla regla de tres.

El general Concha consiguió pasar a Bilbao; pero ¿realizó su plan? ¡Menguada victoria la de un general que encierra a su adversario en un círculo cuya línea está formada por cañones y bayonetas, por barcos de guerra y agua de una ría y no logra ostentar como botín, ni un cañón, ni un fusil, ni un prisionero!... ¡Plan irrisorio el de limitarse a entrar en la plaza sitiada, contando con suficientes elementos para haber copado una gran parte de los batallones enemigos! La victoria, técnicamente considerada, no fué del Marqués del Duero, sino de los carlistas quienes, a pesar de los errores de algunos de sus generales, efectuaron una brillante retirada.

Las noticias que desde el 28 de Abril llegaron a la línea de Bilbao acerca del avance del ejército liberal adquirieron el 30 las proporciones de un desastre. Sonó la palabra *traición* entre la tropa y los paisanos comprometidos. Los medios batallones, francos de servicio de Munguia, Durango y Guernica pasaron la noche sobre las armas en una campa de Basurto y allí les sorprendió la luz del alba del primero de Mayo, esperando órdenes. En el curso de este día, se supo que el ejército liberal había escalado las alturas que dominan a Castrejana y que Dorregaray replegábase a Zorroza para atravesar el Nervión por el puente de barcas allí tendido. El desaliento era general.

A las diez y media de la noche, recibieron los comandantes de guardias y retenes de las líneas de Bilbao, la orden de retirada... Las baterías seguían lanzando bombas sobre la plaza rebelde... Palacios, que estaba de guardia en La Casilla, mandó formar.

—¿Falta alguno?—preguntó.

Los sargentos Giménez e Isasi, previa inspección, le informaron de que en la compañía nadie faltaba. Entonces or-

www.fpev.es

denó que se dispararan algunos tiros hacia la guardia enemiga para hacer un acto de presencia. Los centinelas liberales contestaron por costumbre...

Silenciosamente desfiló la séptima compañía en dirección a Olaveaga...

Palacios, asomado al parapeto observó entre las sombras de la noche. No se divisaba una luz. Ningún rumor se percibía. De pronto brillaron dos puntos de fuego y dos balas silvaron al ras de su boina. Aún esperó. Silencio absoluto. Entonces, sólo, tristemente impresionado al abandonar aquellos lugares testigos de tantas noches de vigilia y tantos ensueños de triunfo, retiróse por la estrada que conducía a San Mamés. Cuando descendió a Olaveaga todo el batallón había pasado por el puente flotante al muelle de Deusto.

El teniente Guisasola (alias *Urria*), esperaba intranquilo a Palacios, a la entrada del puente.

—Tiros se han oído por La Casilla. Temía le hubiera pasado un percanse

—¿Qué más percance que esta retirada? Y de Dorregaray ¿qué se sabe?

—Que ya atravesó el puente de Zorroza con los batallones navarros, sin novedad. Nadie queda detrás. Somos los últimos que nos retiramos.

Pasaron el puente

En el muelle de Deusto, esperaban formados varios batallones la orden de marcha.

A las doce y media de la noche comenzó el desfile en dirección a Archanda. Al pasar junto a las baterías, los artilleros desplazaban precipitadamente morteros y cañones. Bombas y balas quedaban por allí esparcidas.

Por Santo Domingo bajaron los batallones vizcainos al crucero de Vista-Alegre, prosiguiendo silenciosos hacia la derecha. Multitud de paisanos flanqueaban el camino al atravesar la tropa Zamudio y Lezama. Cuando los batallones llegaron a Larrabezua iluminaban el horizonte las primeras luces del día.

Circuló el rumor de proximidad del enemigo y dióse la orden a Guernica para que desplegase tomando posiciones a

www.fpev.es

los lados de la carretera. Desvanecido el rumor volvió el batallón a formarse a la entrada de Larrabezua. Durante la mañana y las primeras horas de la tarde, el desconcierto presidió a las órdenes del Estado Mayor. Las que transmitían los ayudantes eran al poco tiempo rectificadas. Si el Marqués del Duero, en vez de dedicar sus ocios a discurrir sobre táctica, los hubiese aplicado al estudio de la psicología de los ejércitos en horas de adversidad, seguramente prosiguiera su movimiento y realizara una brillante operación de guerra. Pero Concha encerróse en Bilbao y dió tiempo a los carlistas para restaurar algún tanto sus decaídas fuerzas morales, a consecuencia de la retirada.

Por seguras confidencias súpose a la caída de la tarde, que el ejército liberal alojábase en Bilbao y entonces Valde-Espina, resolvió marchar a Galdácano con los batallones de Durango, Munguia, Orduña, Somorrostro y Guernica, mientras los navarros y alaveses tomaban la dirección de Zornoza. Aquellos batallones habían permanecido sobre las armas diez y ocho horas, describiendo un arco de círculo a las puertas de Bilbao. Rendidos física y moralmente entregáronse a un sueño agitado por los fantasmas de la pasada noche, triste como la de Hernán Cortés.

Un historiador (¿Valera? ¿Borrego?) afirma que los carlistas levantaron el sitio de Bilbao «*dejando, en pos de sus huellas, incendiados cuantos caseríos antes ocuparan y otros por ser sus dueños liberales* (1). En ninguna de las obras mejor documentadas, se hace alusión a tan calumniosa especie para los batallones carlistas. Ni Pirala en su *Historia Contemporánea*, ni el Cuerpo de E. M. en su *Narración*, ni los autores de *Bilbao ante el bloqueo y bombardeo de 1873-74*, y de *El Sitio de Bilbao en 1874*, testigos presenciales de los hechos, desde el campo liberal, atribuyen a los carlistas delitos semejantes. Nunca fué la guerra modelo de civilidad ni escuela de resignación cristiana. Las represalias son uno

(1) *Historia de España*, de Lafuente, continuada por D. Juan Valera, con la colaboración de D. Andrés Borrego y D. Antonio Pirala.—Tomo 24, pág. 309.

www.fpev.es

de sus emponzoñados frutos. Pero bajo el testimonio de sitiadores y sitiados, puedo asegurar que en aquella retirada no hubo un solo incendio promovido por mano carlista. Los incendiarios salieron de la plaza. Noblemente así lo reconocen los autores de la *Reseña histórica de la última campaña del Marqués del Duero*, en esta forma: «Un suceso desagradable vino a aminorar la satisfacción del General en Jefe. Algunas turbas de gente del pueblo se entregaron a excesos graves en los caseríos inmediatos, incendiando varias propiedades so pretexto de que pertenecían a personas afectas a la causa carlista. Tan pronto como tuvo de ello conocimiento el Marqués del Duero, resuelto a no tolerar semejantes atentados que deshonran a toda población civilizada, acordó el día 6 (de Mayo), que el General Castillo, publicase, como Gobernador militar que era de la provincia, un severo bando por el que se sujetaba a un consejo de guerra a los autores de tales desórdenes, medida que, por si sola, bastó para reprimir y cortar de raiz el escándalo» (1)

Los carlistas retiráronse en el silencio de la noche con las precauciones que tal operación requería al frente del enemigo. No tenían, por otra parte, interés alguno en ocasionar perjuicios a las personas de quienes recibieran afectuosa hospitalidad, fueran carlistas o liberales.

(1) Obra citada, pág. 63.

www.fpev.es

X

COMENTARIOS – RESOLUCIONES

Los días siguientes a la retirada, fueron de continua movilidad para los batallones vizcaínos acantonados en Galdácano y sus proximidades.

Los jefes superiores, temiendo el avance del ejército invasor, daban órdenes contradictorias, movían las fuerzas sin objeto ni plan y en todos sus acuerdos revelaban la mayor desorientación. Apenas formados los batallones, se ordenaba disolver la formación; oíase a poco el *ya siniestro* toque de *llamada a la carrera* y a los quince minutos nueva orden devolvía la gente a sus alojamientos. Aquella serie de rectificaciones que denunciaban la inseguridad y el temor en las autoridades, no era ciertamente una garantía moral para los subordinados.

En los corros de jefes subalternos y oficiales, hacíase la crítica de aquellas disposiciones.

—Este desconcierto—decía el comandante Rodríguez—es una consecuencia del bombardeo de Bilbao. A los mismos errores que en la guerra anterior, corresponden análogas consecuencias. El sitio, sin contar con artillería adecuada, ni con tropas suficientes para detener y aún batir al ejército de socorro, ha sido un gran error en ambas contiendas.

—Y ¿habíamos de permanecer inactivos delante de la plaza?—preguntó el capitán Aurre.

—Preferible hubiera sido hasta que Bilbao agotara sus recursos; pero lo que se imponía era el asalto a raiz de las capitulaciones de Luchana, Portugalete y El Desierto. La

www.fpev.es

guarnición de la villa no podía aumentar. Era un factor conocido. Moriones, mal preparado, tardaría en socorrerla. Un ataque simultáneo por dos de los puntos más accesibles, prévio amago de los otros, para distraer fuerzas, con los veinte batallones que concurrieron a los combates de Somorrostro y cercábamos la plaza, hubiese resuelto el problema de la rendición en pocos días. Las jornadas de Febrero, Marzo y Abril, nos han costado más de cinco mil bajas. Nunca hubieran llegado a ese número las que sufriéramos en el asalto. La operación, bien planeada y dirigida, tenía por lo menos, un ochenta por ciento de probabilidades en favor del éxito, dada la escasez de cartuchos de los sitiados y la extensa línea que habían de cubrir, débil en muchos puntos del perímetro.

—¡Qué bien se teoriza! observó el capitán Eusebio de Obieta—Y el ejército de socorro ¿no avanzaría al saber lo del asalto? Y ¿qué fuerzas nos quedaban para detener a Moriones si la mayor parte concurrían a la operación?

—El ejército de socorro, incomunicado como estaba con los bilbaínos sólo recibiría noticias vagas hasta conocer la rendición; lo mismo que sucedió en la de Portugalete; y si avanzaba, gran resistencia podían oponerle los batallones que a las órdenes del general Elio quedaron sin entrar en fuego por la parte de Valmaseda. Desengañense ustedes. El bloqueo de Bilbao no alarmó al gobierno de Madrid, el bombardeo apresuró sus disposiciones para socorrer a la villa y el fracaso de Moriones y Serrano, estimuló todas las actividades del ministro de la Guerra liberal para la acumulación de fuerzas y pertrechos en Vizcaya, a fin de conseguir, como consiguió, el alzamiento del sitio de la capital. Sin el bombardeo, ni esas medidas hubieran sido tan rápidas, ni los refuerzos tan considerables, y nosotros estaríamos hace tres meses en posesión de Bilbao. Esos tres meses de que dispuso el enemigo para la reorganización de su ejército, ha sido tiempo perdido, oro de ley disipado por nosotros, que no podíamos aumentar nuestros medios de defensa, reducidos al país vasco-navarro...

—Tiene razón el comandante—dijo Palacios—Hemos desaprovechado la ocasión de rendir a Bilbao, por haber permanecido a la defensiva, por no recurrir al asalto, después de

www.fpev.es

unos días de bombardeo, por no tirarnos a fondo con oportunidad.

Toques de corneta interrumpieron la conferencia. Llamada y tropa. Formados los batallones en columna, el Marqués de Valde-Espina, previo punto de silencio, leyó con sonora voz, la orden del día del general Elío, en cuyo documento el ilustre veterano censuraba y desmentía los rumores de traición, atribuyendo la retirada al ataque de nuestras líneas por fuerzas de abrumadora superioridad. Terminada la lectura, el Marqués pronunció enérgica alocución, redondeada con las siguientes frases de otro general:

—Si avanzo, seguidme; si retrocedo, matadme; si muero, vengadme.

Era el lenguaje que entonces necesitaban aquellos voluntarios para reanimar su espíritu, del abatimiento que les produjera la retirada.

El Marqués terminó el acto con vivas a la Religión, al Rey y a los fueros, contestados entusiásticamente por todos los batallones.

Al siguiente día circuló el rumor de haber salido el enemigo hacia Archanda. El telégrafo de banderas confirmó la noticia. Algunos confidentes llegaron a Galdacano. La columna liberal componíase de 6.000 hombres y cuatro baterías, y había hecho alto en Santo Domingo. Llegó por la tarde a Galdacano el general Lizárraga y exhortó a los batallones al cumplimiento de su deber y el señor Novia Salcedo, ilustre vizcaíno, pronunció elocuente discurso, estimulando a sus paisanos a la defensa de la Santa Causa. Terminados los discursos, emprendieron los batallones la marcha hacia Santa Marina. Antes de llegar a la altura, desplegáronse guerrillas. La columna liberal, en vez de seguir la cordillera, había descendido al valle de Azua. Estos paseos militares repitiéronse los siguientes días, hasta que se improvisaron unas chabolas en el alto de Santa Marina, a cubierto de los cañonazos del Morro y se dispusieron alojamientos para la tropa franca de servicio, en unos tinglados de la próxima fábrica de dinamita. Entonces se organizó en forma la avanzada, con un batallón, distribuyéndose los demás en la nueva línea que llegaba hasta

www.fpev.es

La Peña. En la fábrica hallábase el batallón de Guernica, cuando circuló una noticia sensacional. Reunidas las cuatro diputaciones forales, habían acordado apelar al patriotismo de pueblo y del ejército para la compra de fusiles y cañones. Se solicitaba de jefes y oficiales la cesión de una mensualidad del sus exiguos haberes. Todos los de Guernica correspondieron a la demanda de las diputaciones con verdadero entusiasmo.

Iba a formarse el tren de artillería que tanta falta hizo alrededor de Bilbao, a continuar la fundición de cañones en la fábrica de Azpeitia, de proyectiles en la de Vera y de material en la de Bacaicoa. Con tales elementos y los que habían de adquirirse en las fábricas extranjeras, organizaríase una poderosa artillería susceptible de competir con la del enemigo.

Como complemento a estas disposiciones, creóse desde luego, en Azpeitia una academia de Artillería donde recibiesen la debida instrucción los jóvenes ya habituados al estudio en centros superiores de enseñanza.

No faltó quien considerase tardías estas resoluciones. Un año, seis meses antes, cuando los republicanos ventilaban sus discordias, hubieran sido más oportunas. Por el momento contribuyeron a resolver la crisis moral de los batallones vizcaínos, y a disipar el desaliento que se apoderó del pueblo como secuela de la retirada.

www.fpev.es

XI

ESCARAMUZAS

Dos semanas pasó el batallón prestando servicio de avanzadas en Santa Marina.

Una noche, a poco de descender de aquella inhospitalaria altura, sonaron en Galdacano, intempestivos toques de llamada. ¿Qué ocurría? Apenas formado el batallón aparecieron, como sombras fantásticas, los jefes a caballo.

Palacios se aproximó a D. León.

—¿Hacia donde es la marcha, mi coronel?—le preguntó.

—A Derio—contestó el interpelado en voz baja—Se trata de una sorpresa.

Detrás de los batallones de Arratia y Munguia, desfiló el de Guernica.

Por caminos de carreta, sorteando barrancos y precipicios pasó la columna desde el Gallo a Larrabezua atravesando la cordillera. En Lezama abandonaron otra vez la carretera y dando un largo rodeo fueron a parar a la de Munguia. La expedición había durado toda la noche, sin un momento de descanso. En un bosque próximo a Zamudio, tomó posiciones el batallón de Arratia. Detrás del de Guernica marchaban los batallones Encartados. La operación proyectada debía ser mportante a juzgar por las fuerzas reunidas.

Al amanecer acamparon los batallones en una landa poblada de árboles. Las horas transcurrían y ningun ruído denunciaba la supuesta operación. Hacia el medio día llegó la orden de avanzar.

—¿Dónde está el enemigo?—preguntó Palacios al jefe.

—En Vista-Alegre.

www.fpev.es

Empezó el tiroteo entre los árboles. El enemigo parapetado disparaba impunemente. Desplegáronse guerrillas y el fuego por ambas partes se formalizó.

El coronel que se había desmontado, inclinóse al lado de la senda, apretándose el estómago.

—¡Qué dolor tan horrible siento! Es natural. En ayunas a estas horas... Estoy desfallecido...

Palacios mandó correr la voz para que se aproximara Pedro el cocinero del jefe, y avanzó al frente de su compañía. Pero a los pocos pasos un ¡ay! lastimero llamó su atención. Era del teniente Gondra. Desencajado, apretábase el estómago.

—Me pongo muy malo, Palacios, ¿me permites retirarme?

—¿Cómo? ¿al frente del enemigo? Buen ejemplo para los voluntarios. No hay permiso.

—Por Dios, Palacios, me da un dolor que me mata. No puedo resistirlo. En este estado no sirvo para nada. Por caridad...

Gondra era un buen oficial, Palacios vió en su semblante retratado el dolor.

—Retírate—le dijo.

Pálido y demacrado, apretándose con ambas manos el estómago, el teniente Gondra desapareció.

—Pues señor—murmuró el joven capitán—hoy se repiten los casos de dolor de estómago. ¿Será una epidemia? Con tal de que a los voluntarios no les dé dolor de vientre... *¡Aurrera mutillae!*

Tres horas de fuego, con la gente en ayunas a las cuatro de la tarde, no es función muy divertida. Todo el mundo, sin embargo, cumplió con su deber; retiráronse algunos heridos, cogióse prisionero al médico del Regimiento de San Fernando y el batallón descansó en las posiciones conquistadas.

Al anochecer recibieron los combatientes la orden de retirarse por el flanco derecho.

Las compañías 7.ª y 8.ª quedaron de avanzada en el próximo bosque de Lañamendi, con orden de no encender hogueras. Combinado el servicio de vigilancia por Muzquiz y Palacios, acordáronse de que aún estaban en ayunas a las diez

www.fpev.es

de la noche. Los asistentes pudieron, no sin dificultad, proporcionarse pan y vino. Una comisión de voluntarios solicitó de los capitanes permiso para encender fogatas. El frío era intenso y estaban en ayunas y ateridos. Muzquiz se oponía. Palacios, más rebelde, ordenó:

—Bajo mi responsabilidad podéis encender hogueras, siempre que se doblen los centinelas y se extreme la vigilancia. Y si los *guiris* se atreven, que vengan, ya saben donde estamos.

Esta baladronada valió a Palacios hurras y ujujús de ambas compañías.

Al amanecer, a pesar de las fogatas, todos estaban helados y cubiertos de rocío. La Providencia, compasiva, dirigió hacia Lañamendi al cantinero *Cachu* provisto de su barrilito de aguardiente de Areta.

—*Copa bat.*

—*Copa bi.*

Cachu agotó en poco tiempo su mercancía. Las raciones tampoco llegaron y hubo que apelar al talo y al chacolí que adquirieron los muchachos en los próximos caseríos. Por confidencias se supo que el regimiento de San Fernando había tenido en la escaramuza del día anterior, cuatro muertos y diez heridos. Por la tarde se reprodujo la escaramuza, llovió copiosamente y el batallón durmió sobre el húmedo lecho de argomas de Lañamendi. Llegó al fin el momento del copo anunciado. Arratia, Munguia y Guernica atacaron las casas de Derio, donde se albergaba el enemigo. Eran las dos de una oscura noche. Después de dos horas de inútiles tentativas y de sufrir un fuego horroroso de los defensores de las casas, fracasó la operación por malas disposiciones y falta de elementos preparatorios. Dos días más permanecieron los tres batallones acampados en aquellas landas, sosteniendo inútiles escaramuzas con un enemigo parapetado.

Con la estancia del batallón en Derio, coincidió la orden de la Diputación a los alcaldes de villas y anteiglesias para que se incorporasen a los respectivos Cuerpos, todos los mozos que hubiesen cumplido diez y ocho años desde el alzamiento general de 1873.

www.fpev.es

De varios puntos del distrito iban llegando los reclutas a engrosar las ya mermadas compañías. Después de filiados y reconocidos por el médico Argomasilla, formóse con ellos un pelotón a cargo del oficial y el sargento que habían de actuar de instructores.

Cierto recluta, oriundo de un barrio de Morga, destinado a la séptima compañía, recibió a los dos días de incorporarse, una carta de su padre y como al muchacho le estorbaba lo negro, presentóse al capitán en demanda de que se la leyera. La carta contenía un párrafo del que tomó nota el capitán curioso. Decía: «Cumple con D. León y con el *comendante* y sobre todo, *date tono con los oficiales*». El párrafo hizo fortuna y estuvo de moda algún tiempo entre la oficialidad del batallón.

La anteiglesia de Derio, pertenece al distrito de Guernica y algunos mozos estaban comprendidos en la orden de reclutamiento. Uno de ellos despedíase de su familia a la puerta de un caserío. Entre las mujeres que al mozo rodeaban, distinguíanse por sus manifestaciones una vieja y una joven, la madre y la novia; la primera lloraba inconsolable, la segunda animaba al muchacho.

—Miedo no tengas—le decia—casador eres y bien escopeta tiras. A ver si te hasen pronto ofisial.

Muzquiz y Palacios presenciaban la escena y al proseguir su camino, Palacios pensó en voz alta.

—La madre llora, la novia le anima, ¿quién le quiere más de las dos...?

www.fpey.es

XII

GENTE NUEVA — DESPEDIDA DEL CORONEL IRIARTE

El batallón de Guernica pasó el resto de la primavera de 1874, haciendo servicios de avanzadas en Santa Marina, Basauri, Puente Nuevo y La Peña. La plana mayor, los gastadores, los músicos y las compañías francas de servicio, alojábanse en Galdacano o Arrigorriaga, según la parte de la línea que correspondía cubrir al batallón.

En tanto los ingenieros liberales habían concluído de fortificar la cordillera norte de Bilbao, desde el monte Abril hasta Banderas, prolongando la línea defensiva de la margen derecha del Nervión al monte de Cabras y puente de Luchana, Axpe y Algorta. Las guarniciones de Olaveaga, Zorroza, Luchana, El Desierto y Portugalete, aseguraban en la margen izquierda la libre comunicación de Bilbao por la vía fluvial.

El Estado Mayor carlista de Vizcaya, a falta de planes de guerra, distraíase en mover el personal de la división y en cubrir vacantes. Al nombramiento del brigadier Ormaeche (alias *Butrón*) para la jefatura de la primera brigada, sucedió el del teniente coronel D. Andrés de Olascoaga, para el mando del batallón de Guernica, en sustitución del coronel D. León de Iriarte, y el de comandante de armas en favor de D. Francisco Martínez. También fueron destinados al batallón algunos oficiales nuevos, procedentes de la academia de Orozco y otros de origen castellano, comprendidos en los canjes de prisioneros, que habían empezado a efectuarse.

El 27 de Junio, llegaron a la línea de Bilbao noticias referentes al combate de Abarzuza. El *Boletín del Señorío*, en un

www.fpev.es

suplemento, publicaba el parte telegráfico transmitido desde Estella.

«Rechazado el enemigo en toda la línea. Prisioneros, armas abandonadas, muerte de Concha, general en jefe. En retirada incendia el enemigo Abarzuza. Fusilamiento de los incendiarios.»

El telegrama produjo excelente impresión en los batallones vizcaínos y entre los paisanos de Arrigorriaga, Basauri y Galdacano, que echaron a vuelo las campanas de sus iglesias y ermitas.

El nombramiento del señor Olascoaga, causó estañeza y disgusto a los antiguos oficiales y voluntarios del batallón; pues todos querían y respetaban al coronel Iriarte. Muchos visitaron a éste al circular el rumor de su reemplazo para demostrarle su afecto y su incondicional adhesión. El coronel agradecido, expuso a la mayoría de sus subordinados, que no tenía motivos para censurar el acuerdo de sus superiores, pués por su graduación le correspondía el mando de media brigada; pero al quedarse a solas con Palacios manifestóse indignado.

—Esa Diputación—dijo despectivamente—es un foco de parásitos y ojalateros. El nepotismo es la razón soberana de sus resoluciones. El nuevo jefe es hermano del secretario de la Diputación y tal parentesco basta para explicar mi reemplazo.

—¿Procede del ejército el señor Olascoaga? ¿Cuando ha ingresado en las filas carlistas?—preguntó el capitán.

—No lo sé; no le conozco. Dicen que ha sido marino mercante; pero ignoro en que campaña ha ganado los galones de teniente coronel. En la división vizcaína tengo la seguridad de que no ha servido desde el alzamiento general. Sin duda el marqués, por complacer a Juan Antonio Olascoaga... Yo quisiera que se comparasen las hojas de servicios...

—Ya recordará usted, mi nombramiento de cronista del batallón cuando al recordar fechas de algunos combates y expediciones, en Olaveaga, aclaré todas las dudas, merced a mi *Diario de Operaciones*. Ni un día sólo dejo de consignar los hechos que al batallón se refieren... ¿No podría usted facilitarme su hoja de servicios para extractarla en mi crónica?

www.fpev.es

—Hombre, sí. Aquí tengo todos los antecedentes de mi vida militar.

Y entre algunos legajos de comunicaciones relativas al batallón, sacó el coronel una carpeta que contenía sus documentos particulares.

Según la hoja de servicios, D. León de Iriarte, natural de Busturia, provincia de Vizcaya, de calidad noble, ingresó en el ejército de Carlos V, a los 17 años de edad, como caballero cadete, el 2 de Marzo de 1834, siendo destinado al batallón «Guías de Vizcaya», en el que ascendió a subteniente por méritos de guerra. En Octubre del mismo año, se le destinó al «Primer batallón de Vizcaya», donde prestó sus servicios desde Octubre de 1834 hasta fin de Agosto de 1839, en que concluída la guerra en las provincias del Norte, a consecuencia del convenio de Vergara, al que Iriarte no se adhirió, hubo de emigrar a Francia. Durante los cinco años y medio que sirvió en el ejército de Carlos V, tomó parte en cuarenta y siete acciones de guerra, entre ellas, las gloriosas de Guernica el 1.° de Mayo de 1835 y del alto de Descarga el 2 de Junio siguiente. Asistió además a los tres sitios de Bilbao y a los de Olazagoitia, Valmaseda y Castro-Urdiales, obteniendo sus ascensos, grado por grado, hasta el empleo de capitán, todos por méritos contraídos en funciones de guerra.

Al concluir Palacios de leer y tomar apuntes de la hoja de servicios, dijo D. León:

—Ahora, una laguna de treinta años. No había yo cumplido los 23 de edad, cuando regresé de la emigración, seguí la carrera eclesiástica y terminada que fué, obtuve el curato de Busturia mi pueblo, donde permanecí alejado de la política hasta 1869. Siga usted.

Apareció a continuación un documento fechado en 1870. La Junta central de Organización militar que funcionaba en Bayona, nombró a D. León de Iriarte, comandante de Infantería y segundo jefe del distrito de Guernica. El nombramiento estaba suscrito por el Comandante general de las Provincias Vascongadas, D. Vicente de Ceballos, en 17 de Enero de dicho año.

En 19 de Abril de 1871, el Centro gubernativo del Ejército

www.fpev.es

Real, que presidía D. Joaquín Elío, confirió a D. León de Iriarte, el empleo de teniente coronel, por estar comprendido en el Real Decreto de 4 de Noviembre de 1868, con la antigüedad de esta fecha.

Este nombramiento contenía un apéndice que llamó la atención de Palacios. Decía así: «Y siendo la voluntad de S. M. que los sacerdotes se empleen con preferencia en funciones propias de su sagrado Ministerio, recibirá usted en el estado eclesiástico según lo permitan las circunstancias y en tiempo oportuno, la recompensa correspondiente a su empleo militar».

—¿Tiene usted que hacer alguna observación a esta condicional de Elío?—interrogó Palacios.

—Ya lo creo—contestó D. León—Los curas, en efecto, no deben tomar las armas cuando existen militares de profesión. Pero en un alzamiento popular ni se improvisan los jefes militares, ni todos los paisanos reunen condiciones para organizar y dirigir las masas insurrectas. Es necesario que encaucen el movimiento, personas de autoridad y prestigio en el país. Esto lo sabe muy bien Elío. Pues en el distrito de Guernica no teníamos jefe, ni militar, ni civil, con el prestigio suficiente para levantar en armas una docena de muchachos. ¿Qué había yo de hacer, tratándose de la defensa de la Religión? Lo que hice. Ponerme al frente de los voluntarios en 1872, cuando se retiró a su casa Allende Salazar, y en 1873 al renovarse el alzamiento.

—En 1872, obtendría usted el empleo de coronel.

—De derecho; por una disposición favorable a los que nos opusimos al convenio de Amorobieta; pero sin Real despacho hasta que el Marqués confirmó mi empleo al aprobar las clasificaciones de jefes y oficiales de la división vizcaína. Facilito a usted estos antecedentes de mis servicios a la causa para que consten en el historial del batallón; pero añadiendo mi protesta de que no me lancé al campo siendo sacerdote, con la esperanza de obtener empleos ni recompensas, sino con el mayor desinterés personal, en defecto de jefes más autorizados, y sin otro objetivo que el triunfo de la Religión, del Rey legítimo y de los fueros. Y prueba de ello es, que yo

www.fpev.es

abandoné mi parroquia y mi hacienda por la azarosa vida de campaña, sin más elementos que la fé y las simpatías de mis paisanos. ¿No sabe usted el origen del actual batallón? Pues apunte usted, que es curioso. Me había yo comprometido con el Comandante general a iniciar la insurrección en el distrito, el primer día de la primavera de 1873. Contaba con algunas armas y con la adhesión de más de cien voluntarios, que sólo esperaban una orden mía para concurrir a Busturia. Con la debida anticipación les avisé. Llegó la noche del día señalado; eran las nueve y ninguno de los comprometidos se presentó. Me encontraba solo, con mi asistente Ventura, y ya estaba decidido a salir al campo, como D. Quijote con su escudero, en busca de los malandrines que faltaran a su palabra, cuando ocurrió un hecho imprevisto. Además de *un* Ventura, mi asistente, había en casa *una* Ventura, mi sobrina, a quien usted conoce, que tiene entre otras virtudes la de adivinar mis pensamientos. Y Ventura Carrera una señorita de diez y siete años, al verme impaciente y nervioso, me dijo:—No te apures tío y espera. Tu no puedes salir a reclutar voluntarios sin despertar sospechas de civiles y forales. Yo no soy sospechosa. Iré a Guernica, a Bermeo, donde me mandes y te aseguro que no volveré sola.—Vete a Bermeo que ofrece menos peligro—la contesté. Y antes de cuatro horas, Ventura estaba de regreso, en compañía de *nueve* muchachos, casi todos estudiantes. Tal fué el origen del batallón de Guernica. Recorrí el distrito al frente de aquel pelotón y a los tres días constaba la partida de 120 plazas. Poco a poco, voluntariamente, fueron agregándose los perezosos, y usted recordará, cuando se incorporó en Lequeitio, que ya se componía el batallón de más de 200 hombres armados y uniformados. Después usted ha sido testigo de mis trabajos y desvelos hasta conseguir que el batallónfuera, como lo es por todos conceptos, el primero de Vizcaya. ¿Cómo no deplorar mi separación si es obra mía, si a todos ustedes, desde el comandante al último corneta, les profeso un cariño paternal?

—Pués ahora tiene usted que dominar sus impresiones al resignar el mando y presentar al nuevo jefe.

—¡Ah! eso no; sería para mí muy violento. He escrito a

www.fpev.es

Ormaeche para que como jefe de la primera brigada, venga a cumplir esa formalidad. Lo único que haré será despedirme de mi querido batallón, por medio de una orden del día. Aquí la tengo redactada. Léala usted.

El capitán tomó el pliego y leyó: *Orden del Batallón de Guernica para el día 30 de Junio de 1874, en Arrigorriaga.*

Más que una orden de carácter militar, parecía el documento por su estilo y sus manifestaciones sentimentales, la carta de despedida de un padre cariñoso a sus amados hijos, una despedida impregnada de pena y amor.

En la parte que pudiera llamarse *oficial* manifestaba el coronel, que nunca había aspirado a mayor gloria que a la de seguir al frente de tan queridos compañeros, participando de sus fatigas y laureles, ni a más alto honor que al de entrar en Madrid a la cabeza del batallón por él creado, a la protectora sombra del simbólico árbol de Guernica. Y terminaba exhortando a los voluntarios a mantener la disciplina y a perseverar en la defensa de los principios representados por el Rey y Señor Don Carlos VII.

El día 30, después de la lectura de la orden del día, y de despedirse cariñosamente de sus subordinados, el coronel Iriarte, marchó a tomar posesión de la media brigada compuesta por los batallones de Arratia y Orduña que desde el primero de Julio, había de operar a sus órdenes.

www.fpev.es

XIII

EN LAS AVANZADAS

El primero de Julio, formadas en la carretera próxima al pueblo de Arrigorriaga, las cuatro compañías francas de servicio, con su obligado aditamento de músicos y gastadores, el brigadier D. Andrés de Ormaeche, dió a reconocer a D. Andrés de Olascoaga, como primer jefe del batallón de Guernica.

Ormaeche pronunció algunas palabras en elogio del nuevo jefe y del batallón. Olascoaga no dijo esta boca es mía.

La formalidad se cumplió en medio de la mayor indiferencia.

Disuelta la formación, apeáronse los jefes de sus caballos y formaron corro con gran número de oficiales, que creyeron cumplir con el deber elemental de cortesía de saludar al brigadier y ofrecer sus respetos al teniente coronel. Frisaría Olascoaga con los cincuenta años, cuya mitad habíalos vivido navegando, según francamente confesó. Era recio, cuadrado, de mediana estatura y simpática fisonomía. En su actitud, bien poco militar, denunciaba sus hábitos marineros, pues sus robustas piernas arqueadas, siempre abiertas, parecían desafiar las bruscas oscilaciones del buque, agitado por las olas. Por lo demás, demostró gran sinceridad en sus primeras manifestaciones, declarando su desconocimiento de muchas costumbres militares de las fuerzas de tierra. Esperaba, sin embargo, merced al concurso de todos, dejar bien puesto el pabellón de Guernica.

Al día siguiente Olascoaga avisó a Palacios. Con Iriarte habían marchado a su nuevo destino el ayudante Andrés y el

www.fpev.es

capellán D. Juan Manuel, dos vacantes que era urgente cubrir.

El nuevo jefe, ilustrado por el comandante Rodríguez, ofreció a Palacios la plaza de ayudante del batallón. Palacios le contestó:

—Siento mucho, mi teniente coronel, no poder aceptar el cargo con que desea honrarme. Le doy un millón de gracias por el ofrecimiento; pero estoy obligado a los voluntarios de mi compañía. Ellos me eligieron; espontáneamente colocáronse a mis órdenes al formarse esta unidad y sería yo un ingrato si les abandonara. Mandar, pues, la séptima compañía, es para mí un compromiso de honor.

—Aplaudo su delicadeza y no insisto; pero no me negará usted su concurso para renovar las enseñanzas en las academias de oficiales y sargentos.

—No por cierto; estoy incondicionalmente a las órdenes de usted, mi teniente coronel.

Hizo éste exploraciones cerca de otros capitanes y al fin aceptó el cargo de ayudante el bilbaino Apodaca, capitán de la tercera.

Toda nueva jefatura suele ir acompañada de planes de mejora. Olascoaga, inspirado por Rodríguez, comandante de detall, dispuso la reapertura de las academias de oficiales y clases de tropa y diarios ejercicios del medio batallón libre de avanzadas. Para dar forma a tales proyectos, celebróse una junta de jefes y capitanes, a la cual concurrió el nuevo comandante Martínez, valenciano, de unos cuarenta y cinco años, de gallarda presencia y de ignorados méritos. Había sido destinado a Vizcaya por Dorregaray.

Expuso el primer jefe su pensamiento, y rogó se le indicasen las personas que habían de dirigir las academias. Silencio general.

—Yo no tengo inconveniente en encargarme—dijo al fin Palacios—de la de cabos y sargentos.

—Y ¿quiénes serán los profesores de la de oficiales?

—Ese es un honor que corresponde a los jefes. Yo fuí profesor al organizarse el batallón; pero ahora los oficiales requieren conocimientos superiores.

—Si fuesen relativos a náutica—objetó D. Andrés—algunos

www.fpev.es

podría trasmitir; pero en cosas de tierra... Los comandantes tienen la palabra.

Martínez se disculpó con que ya había olvidado las teorías, como si fuera posible olvidar lo que nunca se aprendió y Rodríguez, después de exponer que no estaba fuerte en la táctica moderna, se ofreció a encargarse de las clases de Ordenanza, Detall y Contabilidad.

—Palacios—añadió Rodríguez—explicará las demás clases.

Inauguróse la academia de oficiales con cierta solemnidad. Presidía el primer jefe. Pero las clases empezaron a interrumpirse por necesidades del servicio. O faltaban los profesores o la mayoría de los alumnos, empezando por el presidente. Y al fin sucedió lo que era de esperar, que la academia de oficiales murió por consunción. La de clases de tropa se sostuvo algún tiempo más; pero al trasladarse el batallón a Zamudio, quedó definitivamente clausurada.

Igual suerte tuvieron los ejercicios de la tropa. El nuevo comandante de armas, que apenas había saludado la táctica de batallón, inventaba movimientos no previstos por el Marqués del Duero, daba voces completamente caprichosas y no pocas veces oyó murmullos de protesta de oficiales y voluntarios. Los oficiales más instruídos tomaban nota de las voces mal aplicadas y que eran después en el café objeto de chistosos comentarios. Buen pulmón, eso sí, pero ¡que planchas hacía en los ejercicios el audaz valenciano! Por inútiles, quedaron también estas prácticas interrumpidas.

En los primeros días de Julio, circularon rumores de una operación del enemigo hacia Basauri. Reforzáronse guardias y retenes y se recomendó la mayor vigilancia. Pero la primera salida de los republicanos fué por la parte de Algorta. Fuerzas de Alba de Tormes, Saboya, Galicia y forales, pretendieron sorprender a las avanzadas de Munguía y Orduña. Dos compañías de Guernica acudieron como refuerzo. Las tropas liberales, diéronse una vuelta por el valle de Azua y al regresar a Bilbao fueron atacadas en el monte Urube y perseguidas hasta Luchana, donde embarcaron los heridos.

Pocos días después, salió otra columna por el paseo de Miraflores. Amanecía. Acababa de efectuarse el relevo de la

www.fpey.es

guardia carlista en Bolueta. Un centinela vió adelantarse unas sombras.

—¡Alto! ¿quién vive? ¡alto! ¡alto!

De las sombras salió una descarga cerrada.

—¿Qué alto, ni que... bajo?

La escuadra que componía la avanzada carlista, tras unos momentos de confusión, disparó replegándose al otro lado del puente sin experimentar daño alguno. Concurrieron otras fuerzas, generalizóse el fuego que duró cuatro horas y al fin se retiró el enemigo de las aspilleras del Puente Nuevo, sin haber logrado obtener fruto alguno de la sorpresa. Otra intentó al siguiente día por Larrasquitu una fuerte columna republicana para apoderarse del alto de Ollargan. Pero sin duda por la lluvia, el brigadier Cenarruza se volvió a la plaza, sin acabar la operación.

Esta actividad de las fuerzas concentradas en Bilbao, mantenían en constante alarma a los carlistas bloqueadores, siempre pendientes de toques de corneta intempestivos, de partes urgentes, en constante movimiento de Arrigorriaga a Buya, de Buya a la Peña, de Basauri a Careaga, de Careaga a Churdínaga y de Puente Nuevo a Santa Marina, con estaciones intermedias en la fábrica de explosivos y en Usargoicoa; unas veces de avanzada, otras de retén, descansando sobre paja llena de miseria o en pobres caseríos donde toda incomodidad tiene su asiento, sufriendo las más extremas temperaturas y las lluvias torrenciales que hasta los huesos les calaban y sin otro premio que las raciones, no siempre servidas con regularidad y los míseros haberes que apenas cubrían el presupuesto del tabaco.

Penoso era especialmente el servicio de guardias y retenes en el alto de Santa Marina. Semanas enteras transcurrían, sin que los defensores de aquella cumbre pudieran bajar a los pueblos y en tales períodos de vida montaraz, los oficiales no se desceñían el cinturón, arrugado bajo el peso del sable y del revólver, ni se descalzaban, ni disponían de otro albergue para defenderse de los temporales y conciliar el sueño, que las míseras chabolas alfombradas de sucia paja de maiz. Y las clases de tropa no tenían mejor suerte.

www.fpev.es

Aquella gitana existencia, sin estímulos de ningún género, ni esperanzas de mejora, no podía menos de inspirar censuras y comentarios desfavorables a la Diputación e introducir gérmenes desmoralizadores en el animoso espíritu de oficiales y voluntarios. Los jefes, los músicos y los gastadores ocupaban buenos alojamientos en los poblados y hacían una vida relativamente cómoda. Más para la tropa en armas, de capitán abajo, tenía pocos atractivos aquel bohemio vagar, sin ningún resultado práctico, de unas a otras posiciones, labor más propia de tribus errantes que de veteranos aguerridos. ¿Qué mucho que inventasen recursos para disminuir en parte los efectos nocivos a la salud y a la higiene de aquella vida irregular? Las clases y los soldados habían establecido turnos que rigurosamente observaban. Con autorización de los capitanes, un diez a quince por ciento de los muchachos ibanse a sus pueblos durante una semana a cambiar de ambiente y a *mudarse de camisa*, es decir, a limpiarse de parásitos, a dormir desvestidos en cama confortable y a saludar a sus familias. Los compañeros suplían a los ausentes en guardias, retenes y escaramuzas, con la esperanza de que les correspondiera el turno. Los jefes aunque no ignoraban la combinación, hacían la vista gorda. Pero los oficiales no podían abandonar sus destinos sin licencia del comandante general, previa justificación de causas. Y ninguna más expeditiva que la de simular enfermedades, contando con la complicidad del simpático Argamasilla, médico del batallón.

De acuerdo Muzquiz y Palacios para hacer juntos una excursión a tierra de Guernica, sintiéronse sucesivamente enfermos. Marchó Muzquiz primero y Palacios, encargado de las dos compañías, procuró dejar corriente la documentación para evitar dudas a los subalternos que habían de sustituír a los capitanes ausentes. En estos trabajos le sorprendió una carta kilométrica de Muzquiz, en la que éste describía con tan vivos colores su plácida existencia, que Palacios sintióse afectado por grave enfermedad y recurrió al tópico de Argamasilla. Para mayor estímulo, Muzquiz insertaba una relación, que hoy puede considerarse histórica, de las jóvenes casaderas de Guernica en 1874, y que a la letra decía: «Nota de las

www.fpev.es

pollas que llamarán tu atención cuando vengas: una de Arana, una de Gabiola, una de Zubiaga, una de Maqueta, la *Fu*, la *petite Fi*, dos de Basterra, dos de Ochoa, tres de Carrera-Iriarte, una de Azua, una de Acha, dos de Amesti, tres de Iturzaeta, dos de Mathurin, dos de Bilbao, tres de Chabalin-chaurreta, dos de Loyzaga y algunas más; total 36 a 40 bellísimas guerniquesas, capaces de volver locos de amor a todos los capitanes del Ejército Real.»

El traslado del batallón, desde Basauri al sector de Zamudio y Derio, demoró algunos días la marcha de Palacios. Organizado el nuevo servicio y obtenida la licencia, resignó el mando de las compañías en los tenientes más antiguos y preparó su maleta con el placer del colegial en víspera de vacaciones.

Palacios tenía dos asistentes, Jóshe de Zarrabeitia y José Ignacio de Mericaechevarría, que cuidaba del caballo. Para evitar confusiones, llamábale al uno Jóshe y al otro José, o bien José I, y José II, cual si fuesen miembros fundadores de una dinastía de asistentes. José I partió de descubierta a Cortezubi, con objeto de preparar el alojamiento en el caserío de Piperrene de Barrutia. José II, ante la perspectiva del viaje, cepillaba y embellecía a *Veloz* y sus arreos como si fuese a disputar *le grand-prix* en la *première* de Longchamp. Todo lo merecía el sucesor de *Lamindano*, abandonado en Olaveaga. Tres años, negro de color, buena estampa, finas extremidades, elegante cuello, agilidad e inteligencia eran sus caracteres. Al oir a Palacios, relinchaba alegremente y a sus caricias respondía aproximando los húmedos belfos al rostro del capitán, que siempre le tenía reservado algún terrón de azúcar.

A la caída de una tarde de Agosto, salió Palacios de Zamudio, caballero en su *Veloz* y ya de noche, a la luz de la luna, hizo su entrada en Amorebieta, alojándose en la fonda de Santi, llamada también de *Nieves*. Después de una cena opípara y de grata sobremesa con Bernaola, jefe del batallón de Orduña, y con Faustino, capitán de Munguia, ¡con qué placer tomó Palacios la horizontal en amplio lecho de finas sábanas y colchón de muelles!...

www.fpev.es

XIV

DE OJALATEO

Ya en la primera guerra carlista, el vocabulario de la lengua española, enriquecióse con el verbo *ojalatear* y los sustantivos *ojalatero* y *ojalateo*.

Los académicos, o desconocieron estas voces o las negaron la beligerancia, puesto que no figuran en el léxico oficial del patrio idioma. Pero el cronista que me conduce por el laberinto de estos episodios, empléalas frecuentemente y faltara yo a mi deber de historiador concienzudo si no las reprodujera con su propia y genuina significación.

La etimología de tales vocablos es árabe pura. No puede dar motivo a controversias.

—¡Oh Allah!—exclamaban los árabes en sus tribulaciones.

—¡Oxala!—dijeron los cristianos españoles, sin apercibirse de que invocaban al dios de Mahoma.

La *equis* permutóse gráficamente en jota, adaptándose a la pronunciación y el vocablo *ojala* tomó carta de naturaleza entre las interjeciones de la lengua castellana.

Andando el tiempo, los carlistas *pasivos*, usaron y abusaron de la interjeción para expresar sus aspiraciones políticas y a ellos atribuíase la célebre frase:

—¡Ojalá ataquen y *ganemos*!

De la interjeción derivóse el sustantivo *ojalateo* aplicable a todo carlista que desde su casa seguía cómodamente el curso de la guerra, sin hacer ningún sacrificio personal o económico. Y por extensión, empleábanse los vocablos *ojalatear* y *ojalateo* para significar las funciones del carlista que, en ser-

www.fpev.es

vicio activo, procurábase destinos sedentarios o eludía temporalmente los riesgos y fatigas de la campaña.

Palacios comenzó en Amorebieta su modestísimo ojalateo en compañía de Castelurrutia, Garcés y otros amigos que en el pueblo encontró, celebrando meriendas, siempre rociadas con la indispensable limonada *frappée*, en el alto de Autzagana, parador de Pagay y en la frondosa alameda de Jauregui-Berria, donde no se notaban los rigores caniculares.

Requerido por una carta de Muzquiz, salió al fin Palacios de Amorebieta una mañana, en unión de varios jefes compañeros de fonda, que se dirigían a Lequeitio, residencia entonces del Cuartel Real. En Zugastieta despidióse de ellos, espoleó a *Veloz* y no tardó en llegar a Guernica.

Muzquiz le esperaba. ¡Qué abrazo se dieron!

—Chico—dijo Muzquiz—esta vida, libre de cuidados, de pulgas, de miseria, me parece un adelanto de la gloria. El purgatorio, con vistas al infierno, queda allá, en la línea de Bilbao.

Subieron a visitar al venerable *arbola santua*. En el jardín de la casa juradera, un cura de melancólico aspecto, leía ensimismado. Alzó la cabeza y correspondió afectuoso al saludo de los capitanes. Hablaron de la guerra. Los jóvenes refirieron al cura la vida salvaje que hacían en las avanzadas. Por todo comentario el melancólico sacerdote, abrió el libro que entre las manos tenía (un tomo de las obras de Santa Teresa), y leyó con melodramático acento:

Nada te turbe
nada te espante
Dios no se muda...
. . . . . .
Con la paciencia
todo se alcanza.
Solo Dios basta.

Después recordó versos de Fray Luis de León y de otros autores místicos.

—Yo, aunque humilde—añadió—también soy poeta. He

www.fpev.es

compuesto un dístico al Santo Rosario. ¿Quieren ustedes oirlo?

—Con mucho gusto.

Y con los ojos elevados al cielo, el cura recitó con solemne entonación:

El Santo Rosario es un abaniqueo
que la virgen compuso para nuestro recreo.

Los jóvenes se miraron y a duras penas pudieron contener la risa. Palacios fué el primero que actuó de crítico.

—Pero, *pater*, eso casi no es verso—dijo.

—Ni es verso ni es verdad—añadió Muzquiz con franqueza navarra—porque el Rosario no fué compuesto por la Virgen, sino por Santo Domingo de Guzmán.

—Acaso tenga usted razón. Perdonen a este pobre capellán de monjas. Quizás haya cometido un pecado, contra mi voluntad e intención.

Los jóvenes disculparon al capellán en gracia a sus aficiones poéticas y a su amor a la Virgen y después de saludar a árbol simbólico, salieron los tres del jardín, comentando el incidente. Y al despedirse en la Alameda, una mujer que seguía al grupo oyendo la conversación, dijo mirando al capellán que se alejaba:

—Inosente es, pues ¡*Coitado*!

Juntos comieron aquél día los capitanes y a los postres aprobaron el plan que habían de seguir durante su ojalateo. Por la mañana al balneario de Cortezubi. Palacios esperaría a Muzquiz a la puerta del caserío de Piperrene, en Barrutia, a un kilómetro de Guernica, donde aquél se hospedaba, bien atendido por Marichu la madre de Joshe. Baño e inhalaciones en previsión de reumatismo y catarros. Por la tarde café y charla en el casino. Después paseo en la Alameda. Terminado que fuese el tratamiento hidroterápico, una excursión a Lequeitio, un almuerzo en la famosa cadena de Mundaca, dos días en Durango... y regreso al batallón.

El programa cumplióse, aunque no en su totalidad. Una desgracia de familia impidió la ejecución de los dos últimos números.

www.fpev.es

En el paseo del atardecer conversaban los jóvenes con los señores Obieta y Amezti (padres), Santo Domingo (Raimúndo), Acillona (José Pablo), Zubiaga y otras ilustres personalidades, o departían con las pollas de la localidad. Entre éstas figuraban las cinco *Gracias*, dos más que las helénicas que se disputaron la manzana de oro en el jardín de las Hespérides. A pesar de ser bellísimas y amables las Gracias guerniquesas, desdeñados amadores habíanlas descortesmente bautizado con nombres de valor entendido y por abreviación las distinguían por la *Fa*, la *Fe*, la *Fi*, la *Fo* y la *Fu* primeras sílabas de la Fatua, la Fea, la Fiera, la Fosca y la Furia. Muzquiz, seriamente enamorado de la *Fu* no había tenido aún ocasión de practicar las reglas de la *Táctica aplicada al amor*, que Palacios compuso meses antes.

Con sujeción al programa llegó el día señalado para la excursión a Lequeitio. Era una mañana deliciosa. Ligera brisa movía las hojas de los árboles Las primeras luces de la aurora teñían de rosado color las nubecillas que por Oriente dibujaban fantásticas siluetas sobre el azul del cielo. Palacios ya estaba a caballo cuando su compañero llegó a Barrutia. Picaron espuelas y a las tres horas desmontábanse a la puerta de la fonda de Arano.

Era domingo. Las campanas de la basílica y de los conventos de monjas tocaban a misa. A lo lejos oíanse metálicos sones de cornetas y clarines.

Ambulando por las calles y la playa, los capitanes hicieron consideraciones acerca la mudanza de los tiempos. Aquella hermosa villa, que fué residencia de verano de Isabel II, lo era entonces de Carlos VII. ¿Quién hubiera previsto tan rápida transformación antes de 1868?

Asistieron después a la misa real en Santa María. La música del batallón de Guias, interpretó magistralmente escogidos trozos de ópera. Don Carlos, de uniforme de capitan general, lucía su mayestática figura en el presbiterio. Al pie de las gradas apiñábase nutrido grupo de generales y altos dignatarios de la Corte. Detrás, el Real Cuerpo de Guardias, escolta predilecta de Don Carlos y el batallón de Guias, cubrían la nave central. En las laterales se apretaba el pueblo.

www.fpev.es

Terminada la misa, Don Carlos, seguido del Duque de la Roca y del Marqués de Valde-Espina, salió del templo, a los compases de la marcha real. En el pórtico, la multitud aclamó a su Señor, quién sonriente, correspondió a los entusiastas vítores con inclinaciones de cabeza y saludos militares, tomando la dirección del palacio de Adam, donde se alojaba.

Palacios y Muzquiz, saludaron en el pórtico al Marqués de Vallecerrato, que preguntó al primero por D. León.

—En Miravalles sigue, al frente de su media brigada.

—¿Qué ocurre por la línea de Bilbao? ¿vienen ustedes con alguna comisión?

—Venimos de ojalateo. Por la línea ocurre lo de siempre; escaramuzas, cañonazos, miseria y aburrimento.

—Pronto variará la escena.

—¿Hay novedades?

—Muchas y de sensación. La toma de La Guardia, por Alvarez.

—Ya sabíamos esa noticia por *El Cuartel Real*.

—Pero lo que acaso no sepan, porque son nuevas de hoy, es que Saballs ha derrotado a la columna Cirlot, que el infante D. Alfonso se aproxima a Madrid con sus aguerridos batallones de valencianos y aragoneses, que acaban de presentarse a ofrecer sus servicios a S. M., el general Mogrovejo y el brigadier Llavanera, procedentes de Madrid, que cunde la insurrección en Galicia y Asturias y... la bomba final; que de Inglaterra ha salido un buque cargado de... ¡cañones!..

Los capitanes de Guernica quedáronse mudos de sorpresa ante aquel aluvión de inesperadas noticias.

Aproximóse al grupo un señor alto, grueso, de grandes mostachos y larga perilla entrecana, vestido de paisano. El Marqués nombróle familiarmente D. Antonino.

—¿D. Antonino Milla?—preguntó Palacios.

—El mismo.

—Señor D. Antonino—dijo el capitán dirigiéndose al recien llegado—Usted fué muy amigo de mi pobre padre. Concédame usted el honor de extrechar su mano.

El joven hizo su presentación.

—¿Pero, eres tu?—exclamó D. Antonino con su vozarrón

www.fpev.es

de sochantre—¡el hijo de mi mejor amigo! Ven a mis brazos.

La escena fué emocionante.

—Y ¿cuándo viniste? Y ¡ya capitán! Si eres un niño...

—Un niño que ha organizado un batallón y se ha batido como un hombre—observó noblemente Muzquiz.

—De casta le viene al galgo. Vaya, señores, me lo llevo. Tengo que hablar mucho con este joven capitán.

—Tomás Muzquiz, mi compañero de batallón...—dijo Palacios a Milla, señalando a su amigo.

—Ah, si, me olvidaba. Perdone usted.

—No hay de que, señor Milla.

Despidiéronse del entusiasta Vallecerrato y D. Antonino, flanqueado por los dos capitanes, tomó rampa arriba el camino de la fonda de Arano donde también se hospedaba.

Ya en su habitación, evocó Milla recuerdos de su amistad con el padre de Palacios. Juntos hicieron la campaña anterior y juntos emigraron y vivieron después en Madrid hasta que la lucha por la vida les separó. Él, cursó la teología y siendo canónigo de la catedral de León, promovió el alzamiento carlista en la región noroeste. Tenazmente perseguido, refugióse con su batallón de asturianos en las proviucias vascongadas. A la sazón ejercía las funciones de secretario de Estado.

—De vivir tu padre—añadió Milla—conmigo hubiera estado desde el principio de la campaña. En treinta años solo su muerte interrumpió nuestra correspondencia. Éramos hermanos, más que amigos.

Una muchacha abrió tímidamente la puerta.

—Cuando ustedes gusten—dijo—pueden bajar a comer.

—Sí, vamos a hacer por la vida.

D. Antonino presidía la mesa redonda. Los capitanes colocáronse a derecha e izquierda del presidente. No había olvidado Milla sus costumbres de León. Se cuidaba como un canónigo. De sobremesa, continuó recordando sucesos históricos de los que no suelen hablar las historias generales ni las monográficas. Todo cuanto decía era interesante, sugestivo. Milla pertenecía a la raza, que vá degenerando, de los carlistas de fe inquebrantable, y al mismo tiempo que rendía

www.fpev.es

el culto debido a los recuerdos, alimentaba en su espíritu las más risueñas esperanzas políticas. Según él antes de un año estaría el Rey en su palacio de Madrid. Entre sus costumbres de canónigo conservaba la de echarse la siesta después de comer y así lo manifestó D. Antonino con militar franqueza.

A la caída de la tarde en la playa, reanudarían la plática.

Fuéronse Muzquiz y Palacios a un café próximo y allí pasaron el período de la siesta haciendo carambolas.

Al atardecer bajaron al puerto donde se reunía la crema del Cuartel Real. En la primera playa bañábase Don Carlos, haciendo alardes de habilidad y resistencia de nadador consumado. Varias veces recorrió, sin fatigarse, el espacio comprendido entre el muelle y la isla de San Nicolás. A poco apareció el gran Milla, destacando su arrogante figura entre los grupos de militares que por la playa discurrían. Todos le saludaban respetuosamente.

—Aquí no se puede hablar—dijo Milla a los jóvenes—vámonos hacia Carráspio.

Durante el paseo, Milla insinuó a los capitanes de Guernica, su proyecto de expedición a las provincias occidentales, con el batallón asturiano y cuantos jefes, clases y soldados quisieran voluntariamente alistarse. Era necesaria la formación de cuadros de gente aguerrida para favorecer el alzamiento general en Galicia, Asturias y León. Todo estaba preparado. En Asturias comenzó la Reconquista de la España católica que zozobró en el Guadalete y de allí partiría otra vez el ejército victorioso en combinación con los del Norte, Cataluña y el Centro para dar la batalla definitiva a los soldados de la Revolución.

—Yo, oficialmente—añadió Milla—no mandaré fuerzas; porque así es la voluntad del Rey; pero tendré la alta intervención por mi cualidad de Comisario regio de aquellas provincias. Si ustedes quieren acompañarme les incluiré en lista para prevenirles en cuanto se organice la expedición.

Muzquiz contestó que no podía salir de Vizcaya por el estado de su abuela.

—¿Puedo contar contigo?—preguntó Milla a Palacios.

—Incondicionalmente.

www.fpev.es

—No esperaba menos de ti. Cuando todo esté dispuesto, te reclamaré por conducto del ministerio de la Guerra.

Al día siguiente, despidiéronse los capitanes de D. Antonino y regresaron a Guernica, resueltos a prolongar su apacible ojalateo.

Y ya tenían encargado el almuerzo en la cadena de Mundaca cuando repentinamente falleció la abuela de Muzquiz. ¡Pobre señora! Palacios acompañó a su amigo del alma en tan dolorosos momentos y cumplidos los deberes religiosos y sociales que la desgracia y la amistad imponían, acordaron dar por terminada su licencia e incorporarse al batallón.

De esta manera inesperada y triste, concluyó para los jóvenes capitanes, el ojalateo que bajo tan alegres auspicios comenzara.

Sit transit gloria mundi.



www.fpev.es

XV

COMBATE DE SOPELANA

En Septiembre de 1874 fué nombrado comandante general de Vizcaya el Brigadier D. Elicio Berriz, procedente del Cuerpo de Artillería, en sustitución del Marqués de Valde-Espina. Al jefe de E. M. Sr. Jover, reemplazó el coronel Fontecha.

Al Batallón de Guernica fué destinado el comandante Don. Juan Fernández de Castro en la vacante que dejara D. Manuel Rodríguez, el admirador de Zumalacarregui, ascendido por antigüedad a teniente coronel. Castro procedía del Ejército republicano en el que alcanzara el empleo de teniente con grado de capitán. Ya le presenté a mis lectores en la segunda parte de estos episodios camino de Arratia. Era Castro un guapo mozo de redonda cara, barba rubia y prematura obesidad que procuraba disimular a fuerza de apretarse el cinturón.

Por entonces algunos cadetes de la academia de Orozco, ascendieron a alfereces y uno de ellos, Antonio Goiri-Esturo, hijo de Echano, cubrió una plaza en la séptima compañía, vacante por haber pasado *Urria* al batallón de casados. Entusiasta por la carrera militar, no perdía Esturo, ocasión de distinguirse y siempre solicitaba, aunque no le correspondiesen, los servicios de mayor riesgo y fatiga.

El 26 de Octubre, de madrugada, Esturo, despertó a Palacios, que había pasado la noche de capitán de ronda.

—¡Mi capitán!; que tocan llamada. El enemigo avanza hacia Berango.

—Forma a escape la compañía mientras me visto.

Los toques de corneta repetíanse alarmantes.

www.fpev.es

Reunidas las compañías segunda, quinta, sexta y séptima, emprendieron la marcha a paso largo, detrás del brigadier Ormaeche.

Al pasar por Lújua, frente a Banderas, cinco granadas ex-



plotaron cerca de la tropa. Más adelante la pequeña columna ascendió a un monte. Ormaeche, después de orientarse, mandó que la séptima compañía, que iba en cabeza, se desplegase en guerrilla hacia la cumbre. Al llegar al alcor el corneta de órdenes del brigadier dió los puntos de *atención* y *alto*. De frente, el primer cerro, aparecía coronado de roses. En cuanto as-

www.fpev.es

cendieron las demás compañías, Ormaeche ordenó calar bayoneta y avanzar en columna, sin disparar un tiro.

—¡*Aurrerá, mutillac*!—gritó Palacios.

A medio tiro de fusil el enemigo saludó a los carlistas con



BRIGADIER ORMAECHE

descargas cerradas. Cayeron heridos dos voluntarios de la séptima y muerto uno de la sexta.

Al aproximarse a la posición que el enemigo ocupaba, Palacios y Esturo, iban en cabeza de la columna atacante. La mano izquierda del alférez, rozaba al bracear con la derecha del capitán, que empuñaba el sable. De repente Esturo dió un paso atras, Palacios volvió la vista y pudo observar un chorro de sangre que de la mano izquierda del alférez caía.

www.fpev.es

—¡Pronto!—ordenó Palacios—dos voluntarios, Adios, Esturo, ánimo.

Por una cañada, al oripié del cerro culminante, aparecieron grandes masas enemigas. Unos momentos de indecisión.

—¡*Aurrera*! ¡viva el Rey!

—¡Vivaa!

Palacios, seguido de su compañía, escaló el cerro, entre una lluvia de balas que llenaban el espacio de siniestros silbidos. El semicírculo de roses osciló, quebróse en algunos puntos y al dominar la altura Palacios con seis o siete números que le seguían vió a la tropa liberal pronunciarse en fuga desenfrenada. Perdido el cerro, las masas del oripié enseñaron también los morrales, perseguidas de cerca por las bayonetas carlistas. Algunos fugitivos (diez o doce), quedaron prisioneros.

—¿De qué regimiento sois?—les preguntó Palacios.

—De Saboya—contestó temblando uno de aquellos.

—No tengáis miedo, muchachos, que nadie os tocará al pelo de la ropa.

Un sargento y dos números, por orden de Palacios, hiciéronse cargo de los prisioneros.

Continuó la persecución. En Berango, tropas de refresco, lograron contener la desbandada de Saboya. La acción se generalizó, en la extensa línea que abarcaba, desde Berango, por los montes de Sopelana, hasta Urduliz. Dos compañías de Orduña y una de Bilbao, reforzaron a las cuatro de Guernica. Aquellos montes, desnudos de vegetación, quedaban sembrados de muertos y heridos liberales, cuyos rojos pantalones, destacábanse como grandes amapolas sobre la alfombra amarillenta de las cañadas. El monte de Algorta fué el último baluarte del enemigo. La acción había durado desde las nueve de la mañana hasta las cinco de la tarde.

Albar y Palacios se encontraron en unas peñas, a la vista de Algorta, hacia donde huían, perseguidos por los disparos carlistas, los últimos combatientes liberales.

—¿Qué te ha parecido, Albar?

—Que en mi vida he visto pánico semejante. El mar les ha detenido. No han encontrado más tierra por donde correr...

www.fpev.es

—Lo más admirable ha sido la acometividad de nuestros muchachos. Como leones se han batido. Con soldados como éstos pueden acometerse las más grandes empresas.

—Lástima que el alto mando no corresponda...

—No murmuremos Albar.

A lo lejos sonó el toque de retirada.

Palacios y Albar, volvían sobre sus pasos, cuando vieron sobre las peñas un cadáver desnudo. Era de un joven deveinte a veintidós años, rubio, bien formado, esmeradamente limpio, de rizada cabellera partida por la raya en el centro. Los grandes ojos azules conservaban la impresión del pánino y fijos en el cielo parecían dirigirle una protesta contra la perversidad humana. El proyectil había penetrado en el cuerpo del joven, por la espalda, mostrando en el pecho el enorme orificio de salida.

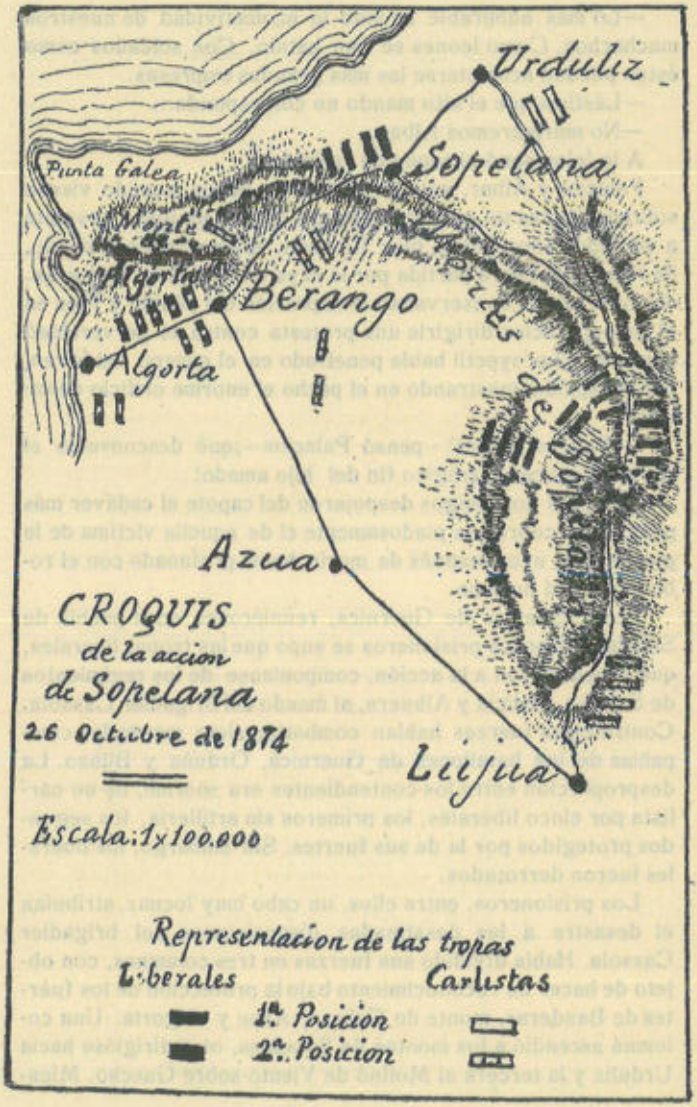
—¡Pobres padres!—pensó Palacios—¡qué desconsuelo el suyo al conocer el trágico fin del hijo amado!

Entre los dos amigos despojaron del capote al cadáver más próximo y cubrieron piadosamente el de aquella víctima de la guerra que, aún después de morir, había profanado con el robo la maldad humana.

Las compañías de Guernica, reuniéronse en el pueblo de Sopelana. Por los prisioneros se supo que las tropas liberales, que concurrieron a la acción, componíanse de los regimientos de Saboya, Galicia y Albuera, al mando del brigadier Cassola. Contra estas fuerzas habían combatido siete mermadas compañías de los batallones de Guernica, Orduña y Bilbao. La desproporción entre los contendientes era enorme, de un carlista por cinco liberales, los primeros sin artillería, los segundos protegidos por la de sus fuertes. Sin embargo, los liberales fueron derrotados.

Los prisioneros, entre ellos, un cabo muy locuaz, atribuían el desastre a las desatinadas disposiciones del brigadier Cassola. Había dividido sus fuerzas en tres columnas, con objeto de hacer un reconocimiento bajo la protección de los fuertes de Banderas, monte de Cabras, Axpe y Algorta. Una columna ascendió a los montes de Sopelana, otra dirigióse hacia Urduliz y la tercera al Molino de Viento sobre Guecho. Mien-

www.fpev.es


Urduliz
Sopelana
Punta Galea
Monte
Algorta
Berango
Algorta
Azua
CROQUIS
de la accion
de Sopelana
26 Octubre de 1874
Escala: 1x100.000
Representacion de las tropas
Liberales
Carlistas
1ª Posicion
2ª. Posicion

www.fpev.es

tras las columnas no encontraron más obstáculos que las avanzadas de Orduña y Bilbao, todo marchó bien, pero en cuanto aparecieron las compañías de Guernica, varió la decoración. Perdido por las columnas el contacto con los fuertes y la mútua protección, por la distancia que las separaba, hubieron de atenerse a sus propias fuerzas. Y la que ocupó las cumbres de Sopelana, compuesta de un batallón de Saboya, precipitóse en desordenada fuga ante el vigoroso ataque del medio batallón de Guernica, y las otras dos fueron batidas en detall por los victoriosos guerniqueses secundados por las cuatro compañías de Bilbao y Orduña. Merced a las tropas de refuerzo que de Bilbao llevó el comandante general Morales de los Ríos, no quedó prisionera toda la columna de Saboya. En suma, que el brigadier Cassola, cometió la imprudencia de avanzar en terreno para él desconocido; que no tomó las precauciones que son elementales en toda operación de guerra para el caso, que debió prever, de una retirada y que figuróse que era todo el monte orégano ante la fácil ocupación de Berango y no contó con el valor y la acometividad de los ya veteranos carlistas vizcaínos.

Hasta aquí el *Diario*.

Andando el tiempo el brigadier victorioso Ormaeche, pasó a mejor vida pobre y oscurecido y el brigadier derrotado, Cassola, después de alcanzar los más altos puestos en la Milicia y en la gobernación del Estado, obtuvo los honores de un monumento que perpetua su memoria (1).

La *Narración* del Cuerpo de E. M. al describir este combate, afirma que Ormaeche, concurrió con dos batallones y ya le hemos visto partir de la cruz de Derio, con medio batallón de Guernica, nada más. Refiere que atacó a la bayoneta, sorprendiendo a los liberales y esto es verdad; pero añade que

(1) Las armas generales son deudoras al general Cassola de la desaparición del dualismo que favorecía a los Cuerpos especiales y es de aplaudir el acto de reconocimiento de los beneficiados hacia el autor de medida tan radical que anulaba privilegios. Pero la idea careció de originalidad, pues ya los carlistas habían suprimido las acumulaciones muchos años antes.

www.fpev.es

los liberales se rehicieron y recobraron la posición que habían perdido y esto es una piadosa mentira. A renglón seguido asegura que el enemigo por su superioridad numérica (un carlista contra cinco liberales) y el conocimiento de aquellos fragosos bosques (que son montes pelados), logró ejecutar un movimiento envolvente que las tropas liberales pudieron contener, efectuando la retirada por escalones, y lo cierto es que desde que aparecieron las compañías de Guernica en los cerros de Sopelana, allí no hubo tal movimiento táctico, sino un ¡sálvese el que pueda! desastroso. Por último, confiesa 63 bajas liberales entre muertos, heridos, y extraviados, esto es, prisioneros; pero atribuye a los carlistas, en comparación 65 bajas entre muertos y heridos, y la verdad es otra. Los liberales abandonaron sobre el campo 55 de los suyos, entre muertos, heridos y prisioneros. Ignóranse los heridos que transportaron a Algorta. El batallón de Guernica tuvo 2 muertos y 9 heridos. Se explica la desproporción porque fuera del primer avance y de la transitoria resistencia de los refuerzos en Berango, los carlistas pudieron hacer disparos certeros sobre los grupos que huían. En las retiradas desastrosas es donde se pierden los hombres.

El Sr. Pirala titula a esta acción de *Santa Marina*, un peñasco de Urduliz, cerca del mar, que puede confundirse con el alto del mismo nombre, próximo a Bilbao. Dice que los liberales desalojaron a los enemigos de todas sus posiciones y que se distinguieron los soldados de Saboya. En efecto, los liberales ascendieron a los montes de jurisdicción carlista, en las primeras horas de la mañana, porque no hallaron seria oposición, y los soldados de Saboya se distinguieron... por la blancura de sus morrales y la velocidad en la carrera.

Después de leer los textos anteriores ¿hay alguien que crea en la historia?

Los carlistas aplicaron a este combate el nombre de *Sopelana*, porque en los montes de este pueblo se desarrollaron los más interesantes episodios de la acción.

Vuelvo a tomar el hilo del *Diario*.

Las compañías de Guernica fueron a pernoctar a Lújua.

www.fpev.es

Castro, Albar y Palacios cenaron juntos. Estaban en ayunas a las diez de la noche.

Al siguiente día volvió el medio batallón a Derio.

Ormaeche, con el parte de la acción, propuso al Coman-



TENIENTE ALBAR

dante general: escensos y cruces. Sólo fué aprobado el ascenso a teniente del herido Goiri-Esturo. El dignísimo brigadier Ormaeche dimitió.

Tres días después, el jefe del batallón salió de su alojamiento ostentando las divisas de coronel. Nada más justo. Había concurrido al combate y era hermano del secretario perpétuo de la diputación de Vizcaya...

www.fpev.es

XVI

EN EL CANTÓN DE ZAMUDIO

Monótonos y aburridos deslizáronse para el batallón de Guernica los últimos meses de 1874.

El cronista anota el 9 de noviembre una escaramuza de que fué teatro la Cantera de Santo Domingo, entre algunas fuerzas destacadas del fuerte de Abril y la séptima compañía. Tres horas duró el fuego, que terminó con una carga a la bayoneta de los bravos guerniqueses y una carrera desordenada de los republicanos hasta su refugio del castillo de Abril.

Un temporal de vientos huracanados, lluvias copiosas y horribles tempestades, recluyó después a los contendientes en sus posiciones respectivas.

A Zamudio llegaron detalles de la fracasada operación sobre Irún, rumores de supuesta traición del general Ceballos, y tristes noticias acerca de los incendios de caseríos y actos de piratería del ejército liberal a su paso por Oyarzun. El sitio de Irún, a la vista de los técnicos extranjeros que presenciaron la operación desde la frontera, fué un golpe mortal para el crédito de los generales carlistas.

Dedicóse un homenaje a la buena memoria de Ollo, y un recuerdo a Dorregaray, destituído poco antes, por cortesanas intrigas. Ninguno de los dos hubiese aprobado aquella descabellada aventura.

Para hacer menos monótona la vida del cantón, los oficiales libres de servicio, aprovechaban cuantas distracciones el azar les ofrecía. Una de ellas era la tertulia del coronel Linares, jefe de la primera brigada en reemplazo de Ormaeche. La revista comentada de los sucesos de la guerra, algu-

www.fpev.es

nas partidas de tresillo, ajedréz y asalto, cuentos baturros de Albar, andaluzadas de Argamasilla e ingeniosidades de Eugenio Urrutia, secretario de Linares, entretenían agradablemente a los contertulios del coronel, reunidos en la amplia cocina de D. Juan Sarría, la habitación más confortable de la casa rectoral.

Algunas noches el comandante Castro, los capitanes Muzquiz y Palacios y el médico Argamasilla, faltaban a la tertulia. En secreto y no sin responsabilidad, hacían excursiones a Munguia. En una de sus casas principales reuníanse varias señoritas, con el humanitario fin de preparar hilas y vendas con destino a los hospitales. Representaba el taller, con indiscutible autoridad, la eminente poetisa Ermelinda Ormaeche, hija del brigadier del mismo apellido. Terminada la labor, sentábase al piano la gentil Bernardina Allende Salazar y se cantaba y se bailaba hasta las once de la noche. Aquellas tertulias tenían más atractivo que las celebradas a palo seco en la cocina de D. Juan. A la orden de Ermelinda disolvíase la reunión y los expedicionarios en menos de una hora, al trote de sus caballos, regresaban a sus alojamientos.

Por esta época, tuvo ocasión el cronista de asistir a un banquete fúnebre y lo describe como una costumbre curiosa de Vizcaya. Hallándose Palacios de retén en Vista-Alegre, falleció una mujer de un caserío próximo. El capitán dió el pésame al viudo, hombre ya entrado en años, y el viudo, agradecido, invitó al capitán, al banquete que había de celebrarse en honor de la difunta. Llegó el momento. Multitud de aldeanos de ambos sexos invadieron la sala, convertida en comedor. En dos largas mesas distribuyéronse los invitados. Presidían una de ellas el cura de la parroquia y el viudo. A la cabeza de la otra figuraba un cura grueso, ancho de torax y pletórico de cerviguillo, coadjutor de una iglesia de Bilbao. A instancias de este cura, el capitán colocóse a su izquierda. Mutismo general. Caras alargadas y tristonas. Alguna mujer llevábase el pañuelo a los ojos, como si se enjugase las lágrimas. Otras dirigían furtivamente miradas compasivas al viudo. En el primer período del banquete no se alteró el mutismo de los comensales. Unas mujeres servían los platos, otras escan-

www.fpev.es

ciaban. El vino es refractario al silencio y no puede disimular las cualidades comunicativas que contiene en su misteriosa composición. Tímidamente comenzó algún comensal a expansionarse en voz baja con uno de sus vecinos, el rumor de los cuchicheos fué poco a podo extendiéndose y acentuándose y al servirse el café, todos hablaban al mismo tiempo en ruidosa algarabía. El coadjutor *ad-latere* de Palacios, que había demostrado un hambre pantagruélica y una sed de vino más que regular, abstúvose de toda comunicación durante la comida; pero ante la taza de café y la copita de coñac, con los brazos sobre la mesa, en la actitud del Gargantua bilbaíno, refirió sucesos e hizo comentarios de los que él mismo empezaba por reírse a mandíbula batiente. Entre otras cosas censuró aquella costumbre aldeana de los banquetes fúnebres, que duraban algunos días, dejando a veces arruinados a los supervivientes, y la frescura de algunos viudos previsores que aprovechaban tales actos para concertar nuevas nupcias. De pronto sonaron en la otra mesa risas estrepitosas.

—¿Qué habrá ocurrido?—preguntó Palacios.

El coadjutor, inclinando su humanidad hacia la otra mesa se informó. Habían propuesto al viudo nuevo matrimonio con una vecina viuda también y de no escasos ahorros, y el interpelado acababa de contestar:

—Tarde andáis; porque ya he dado a otra mi palabra de casamiento.

La respuesta que, según el coadjutor, tenía mucha gracia en vascuence, no carecía de ella aún traducida al castellano y el capitán no pudo menos de asociarse a las risas del coro.

Algunos días después experimentó Palacios una contrariedad que reflejó en su crónica. El Comandante general de Vizcaya, Sr. Berriz, decretó un despojo sin precedentes en el ejército carlista del Norte. Urrutia le calificó de atentado contra el derecho de propiedad. Los capitanes de la división vizcaína, como plazas montadas en campaña, poseían sus caballos, adquiridos con recursos propios o merced a inverosímiles combinaciones financieras. Nada debían por tal concepto a la Intendencia ni a la Diputación. Pues el Sr. Berriz, sin parar mientes en la arbitrariedad que cometía, ordenó la re-

www.fpev.es

quisa de los caballos propios de los capitanes. Los encargados de cumplir la orden, no la tenían de indemnizar el valor de los caballos. A cuantos protestaban del despojo, les concedían el derecho de reclamar a la Diputación, derecho equivalente al del pataleo... Palacios despidióse conmovido de su *Veloz*. No le vería más.

El año 1874 terminaba desagradablemente para las fuerzas carlistas del cantón de Zamudio. La noche de Navidad pasáronla juntos Albar, Muzquiz, Palacios y Enrique Urandúrraga. Los machacantes se esmeraron. La cena fué suculenta. Más las añoranzas de los lares en tal noche de recuerdos de familia y la despedida de Urandúrraga, músico mayor del batallón, que pasaba al de Bilbao con el mismo destino, predisponían los ánimos a la reflexión y al sentimiento, y la cena fué más triste que debió de serlo el banquete fúnebre a que asistiera Palacios, días antes, en el retén de Vista-Alegre.

Para concluir el año pésimamente, correspondió a Muzquiz y Palacios cubrir con sus compañías el servicio de avanzada de Santa Marina. En aquellas chabolas miserables pasaron Noche Vieja, oyendo el silbido del huracán y el monótono choque de la lluvia sobre el rústico tejado.

El cantinero *Cachu*, agotó sus barriles de aguardiente por cuenta de los dos capitanes. Era el único obsequio que podían ofrecer a los sufridos voluntarios a sus órdenes, en noche tan memorable.

www.fpev.es

XVII

PRONUNCIAMIENTO ALFONSINO

El año 1875 se inauguró con la sensacional noticia del pronunciamiento de Martínez Campos en Sagunto.

En la cocina de la casa rectoral de Zamudio, se disertó largamente sobre las consecuencias de tan inesperada insurrección.

—Es un suceso que nos favorece—decía el coronel Linares—El gobierno presidido por el Duque de la Torre ha de apresurarse a combatir esa intentona que viene a entorpecer sus planes de campaña contra nosotros. No es posible que los hombres de la Revolución se sometan, sin combatir, al hijo de la señora expulsada del trono con escarnio y vilipendio. Han de esperar que el hijo persiga a los que faltaron a su madre como mujer y como reina. Es una nueva guerra civil en perspectiva. El duque de la Torre hoy al frente del ejército del Norte, sustraerá de aquí fuerzas para sofocar rápidamente la sublevación y entonces...

—Entonces—dijo su secretario Urrutia que sentía la nostalgia de Valladolid—será la ocasión de lanzar expediciones a Castilla...

—No soy partidario de las expediciones. En la guerra anterior no dieron resultado. Ninguna realizó el objetivo de extender la insurrección. La de Gómez fué un alarde de audacia, valor y heroismo, que no produjo ventaja alguna. La de Don Carlos, con el infante D. Sebastián, fué un completo fracaso; no hubo en ella ni marcha oportuna, ni providencia acertada, ni orden, ni concierto. La de Zaratiegui, la más afortunada,

www.fpev.es

pues entró en Segovia y Valladolid, no pudo sostener estas plazas y volvió al Norte con la expedición real; la de D. Basilio que llegó hasta la provincia de Granada fué deshecha en Bejar por Pardiñas y la del Conde de Negri halló un fin desastroso en la Brújula, batida por Espartero. En la campaña actual la expedición de Mendery y Lirio a Santander, bien combinada en principio, no dió el resultado apetecido y las de Santés, Lozano y D. Alfonso, en el Centro, más que expediciones militares han sido correrías de luctuosa memoria. Por otra parte, el armamento moderno exige una impedimenta incompatible con la movilidad característica de toda expedición, que ha de luchar hoy con otros dos factores desconocidos en la guerra pasada; el telégrafo y el ferrocarril: el primero informa rápidamente al gobierno de la presencia de los expedicionarios, el segundo transporta con celeridad las fuerzas que les han de combatir. Si la expedición hace frente al enemigo, en un par de encuentros agota las municiones y tiene que volver al punto de partida séale favorable o adversa la suerte de las armas; si elude el combate, la tenaz persecución de las columnas enemigas no consentirá a los jefes fomentar el alzamiento en el pais: nadie se adhiere a una tropa insurrecta en constante fuga. Sólo el éxito proporciona partidarios.

—Entonces—objetó Urrutia—estamos condenados a permanecer inactivos en estas provincias...

—En las actuales circunstancias es el sistema mejor. Que los liberales ventilen sus diferencias, que fraccionen su ejército, que se debiliten y destruyan mutuamente; nosotros llegaremos a la hora de dirimir la contienda y recoger el botín. Rotas las hostilidades entre los insurrectos y las tropas fieles al gobierno que preside el Duque de la Torre, esperaremos el momento oportuno para nuestra intervención. Aquí estamos detenidos por líneas atrincheradas y pueblos fortificados. Todo está dispuesto para la defensa. Al otro lado del Ebro, no hay líneas ni plazas fuertes. Nada de expediciones fraccionarias. El ejército carlista del Norte, en combinación con los de Cataluña y el Centro, invadirá como un torrente desbordado las Castillas y sus plazas abiertas nos recibirán como a nuncio de paz y mensajeros del orden, como a los únicos elemen-

www.fpev.es

tos políticos capacitados para acabar con la anarquía en que han sumido a España los liberales de todos los matices. Así entraremos victoriosos en Madrid.

No todos los oyentes coincidían con las discretas razones y la lisonjera conclusión del coronel Linares. Abstuviéronse, sin embargo, de contradecirle, en espera de los acontecimientos.

No tardaron muchos días en circular noticias contrarias a las previsiones de Linares. El ejército liberal habíase adherido al pronunciamiento de Sagunto en el Centro, en Cataluña y en el Norte. En Madrid ya estaba constituído un Gobierno alfonsino bajo la presidencia de Cánovas.

—Así se hacen las cosas—decía Urrutia—Sin disparar un tiro, sin verter una gota de sangre, ha triunfado la Restauración. Y nosotros en cambio...

—Nosotros—interrumpió el brigadier—siempre seremos hombres de honor. Esos jefes sublevados al frente del enemigo, por satisfacer ambiciones personales, han perdido su honra militar y hecho traición al gobierno que en ellos depositó su confianza. Y esos revolucionarios de similor que aceptan el nuevo régimen, son aventureros de la política sin convicciones y sin vergüenza.

Las noticias posteriores de la prensa liberal exacerbaron el mal humor del coronel.

—¿Ha leído usted, D Juan?—decía Linares al cura de Zamudio—El alto clero recibe a D. Alfonso bajo pálio y canta en su honor el *Te Deum*. El gordinflón del cardenal Moreno y los obispos que deben la mitra a Castelar, se apresuran a hacer público su servilismo a la persona del nuevo monarca.

—El cardenal Moreno fué el primer prelado que publicó el *Syllabus*—dijo el cura en defensa de aquel.

—Y el *Syllabus* condena el liberalismo. Y ese prelado ¡farsante! es el primero que rinde pleitesía a un rey liberal. Ya verán ustedes lo que tarda el cardenal en ser nombrado arzobispo de Toledo...

En los días siguientes circularon noticias alarmantes. El general Villegas avanzaba al frente de un ejército en dirección a Valmaseda; por la parte de Guipúzcoa, Loma pretendía rom-

www.fpev.es

per la línea carlista del Oria y en Navarra preparábanse grandes contingentes liberales para acometer a Estella. Pero lo que más molestaba al coronel Linares eran las deserciones que comenzado habían a raíz de la proclamación de D. Alfonso.

—Es preciso que extremen ustedes la vigilancia—rugió Linares a los oficiales allí presentes—. Esas deserciones son una vergüenza para la brigada de mi mando.

—En mi compañía—dijo Palacios—no se ha registrado ni una sola deserción. De las demás sólo han desertado cuatro chicos, todos pescadores de Bermeo.

Dos días después paseaban Muzquiz y Palacios por la carretera, cuando divisaron al médico Argamasilla, acompañado de una mujer elegante.

—Aventura de amor tenemos—dijo Muzquiz.

—¿Quién será ella?

Al aproximarse Argamasilla con su pareja, los jóvenes capitanes sufrieron un desencanto. Era la mujer elegante una dignísima señora mayor que ya pasaría de los cuarenta y cinco.

El médico apresuróse a hacer las presentaciones.

—Mis amigos Palacios y Muzquiz. Mi madre. La pobre ha venido desde Dalia, más allá de Granada, con el único objeto de darme un abrazo y pasar en mi compañía una temporadita. Soy tan perezoso que no la había escrito hace tiempo y ya temía ella encontrarme en el otro mundo o gravemente herido... Y a mi no me mata un rayo...

La Señora se enjugó una lágrima.

El mismo día por la tarde Argamasilla, acompañó a su madre, como dando un paseo, hacia la avanzada de Santo Domingo. Argamasilla no volvió. Había desertado como cualquier pescador de Bermeo.

El coronel Linares comentó la noticia duramente, ordenando, entre nuevas explosiones de cólera, que se doblase la vigilancia en aquel sector de la línea de Bilbao y se entretuviese por mañana y tarde con revistas y ejercicios a las compañías ociosas en el cantón.

www.fpev.es

www.fpev.es

LIBRO QUINTO

Últimas operaciones

www.fpev.es

LIBRO QUINTO

Ultimas operaciones

www.fpev.es

I

LA JURA DE LA BANDERA

En los últimos días de Enero de 1875, circularon por Zamudio, insistentes rumores de próxima expedición a Guipúzcoa. Los guerniqueses no ocultaban su alegría. Marchas, combates en campo abierto, expediciones, cualquiera operación, era preferible a la monótona existencia de las líneas de Bilbao frente a un enemigo oculto, como los topos, bajo tierra, en las madrigeras de sus fuertes.

El día 28, llegó al fin un batallón encartado, relevó guardias y retenes y a las nueve de la noche partió el de Guernica en dirección a Zornoza. Las once y media serían cuando hizo su entrada en el pueblo al compás de un paso doble. En sustitución de Urandúrraga, dirigía la charanga Hilario Bilbao, guapo chico, pianista consumado y tenor de hermoso timbre. Por sus merecimientos y aptitudes bien ganada tenía la plaza de músico mayor.

Pernoctó el batallón en Zornoza y al siguiente día continuó su marcha a Durango. Con gran sorpresa de oficiales y tropa, que esperaban terminar la jornada en tierra de Guipúzcoa, disolvióse el batallón en el paseo del Olmedal y quedó alojado en la entonces animada villa, residencia de la Diputación y centro comercial del Señorío. El toque de parte aclaró poco después el misterio. A las cuatro debían concurrir las compañías sin armas al almacén allí establecido, para la distribución de uniformes nuevos. Los que usaba la tropa adolecían de visibles deterioros. Por el almacén fué desfilando el

www.fpev.es

batallón y todo él renovó su indumento, desde la boina hasta las alpargatas.

Nuevas sorpresas recibieron los expedicionarios al siguiente día 30 de Enero. Por la mañana celebróse solemne fiesta religiosa en Santa María, con motivo de la bendición de la bandera, primorosamente bordada por unas monjas de Guernica. Sobre el blanco fondo de la tela, aparecía en el anverso la imagen de la Purísima, en la actitud que Murillo la representara en sus lienzos inmortales y en el reverso destacábase el escudo de armas de Guernica; un roble en campo de plata, cruzado por dos lobos pasantes; sobre el escudo el lema *Dios, Patria y Rey*, en dorados caracteres, y debajo *Batallón de Guernica, 1.° de Vizcaya.*

Terminada la ceremonia religiosa el batallón desfiló hacia el Olmedal, en cuya glorieta verificóse el acto de la jura con todas las formalidades de Ordenanza. Al acto concurrieron el Comandante general Sr. Berriz, el general Mogrovejo, el gobernador militar de Durango, brigadier Mergeliza, los diputados forales y numeroso público

Para mojar la bandera celebróse por la noche opíparo banquete de jefes y oficiales, organizado por la famosa señora duranguesa doña Brígida, que para tales empeños gastronómicos, no tenía rival en todas las provincias vascongadas. Al destaparse el *Champagne*, hubo brindis a granel, vulgarísimos y premiosos los de los jefes, entusiastas los de los oficiales. Muzquiz había compuesto unos versos, descriptivos de reñida batalla, que recitó con calor. Palacios a su vez, disparó, sobre el concurso, las siguientes décimas, que llevaba, a prevención, embotelladas.

Brindo por la lealtad
que es el más rico blasón
de los que izamos pendón
por la Legitimidad:
de tan noble cualidad
en nosotros la primera,
hemos dado hoy fé sincera
al jurar perseverantes

www.fpey.es

bajo los pliegues flotantes
de nuestra blanca bandera.

—

Nuestro historial se engalana
con la serie victoriosa
de Lamíndano, Tolosa,
de Montejurra, Luchana,
Puente-Nuevo, Sopelana...
Brindo porque esa carrera
de triunfos, tan lisonjera,
se renueve y se repita
ante la enseña bendita
de nuestra blanca bandera.

—

Brindo porque peleando
ganemos en lid honrosa
la distinguida y gloriosa
corbata de San Fernando
y por Castilla avanzando
en expedición guerrera
tremole por donde quiera
desde el pié del Pirineo,
hasta Cádiz, el trofeo
de nuestra blanca bandera.

—

Brindo porque el juramento
nos guarde de este partido
que el poder ha conseguido
merced a un pronunciamiento.
No seamos instrumento
suceda lo que Dios quiera
de la política artera
de alfonsinos moderados:
antes morir abrazados
a nuestra blanca bandera.

—

www.fpev.es

Señores: en conclusión
brindo leal por el Rey,
por los fueros de la ley,
la patria y la religión
y porque, emblema de unión
que la fuerza multiplica,
sea en esperanzas rica
y del triunfo mensajera
la jura de la bandera
del batallón de Guernica.

Cuando, a las tres de la madrugada, dieron los jefes por concluída la fiesta, cada uno de los comensales considerábase con ánimos para escalar la ciudadela de Pamplona. Y es que el estómago satisfecho predispone al heroismo y que el *Champagne*, comunica, a quien lo bebe con fé, mucha fuerza espiritual.



www.fpev.es

ZUBIETA

Para asegurar el éxito de la operación sobre Estella, el consejo de generales alfonsinos, había acordado atacar simultáneamente las líneas carlistas del Oria en Guipúzcoa, y de Valmaseda en Vizcaya.

De este modo, distraídas las fuerzas vizcaínas y guipuzcoanas en defender sus respectivos territorios, no podrían auxiliar a los batallones que en Navarra esperaban la acometida de los tres cuerpos de ejército alfonsino.

Al iniciar Loma el movimiento en Guipúzcoa, el comandante general carlista, pidió refuerzos al de Vizcaya, que había de atender con su mermada división a rechazar a Villegas por Santander y a la defensa de las líneas de Bilbao y el Nervión Vizcaya sólo pudo auxiliar a Guipúzcoa con dos batallones, el de Bilbao que ya se encontraba en la línea del Oria y el de Guernica que se detuvo en Durango para mudarse de ropa y jurar la bandera.

El 2 de Febrero salió al fin de Durango el batallón de Guernica, pernoctó en Eibar y al siguiente día, sin detenerse, atravesó Elgoibar, Azcoitia y Azpeitia. Cuando llegaba a Cestona aparecieron por la carretera, grupos dispersos y bagajes con heridos. El batallón de Bilbao, después de rudo combate, habíase retirado de las alturas de Indamendi. Frente a este monte, cerca de Aizarnazábal tomó posiciones Guernica, pasando la noche sobre las armas.

Amaneció. Las tropas liberales movíanse en Indamendi, ocupadas en trabajos de atrincheramiento. La mañana pasó

www.fpev.es

tranquila; pero a la una de la tarde, cuatro cañones Krup rompieron el fuego sobre las posiciones carlistas de Aizarnazabal. El cañoneo producía un ruído ensordecedor al despertar los ecos de las montañas que flanquean la cuenca del Urola. Aquel alarde que parecía el preludio de una batalla, cesó al anochecer. Más de ochenta proyectiles explotaron delante y detrás de la línea carlista. No hicieron una sola baja. En estas funciones de la artillería el efecto moral es superior a los daños materiales. El ruído estrepitoso de los cañonazos y de la explosión de las granadas infunden un pavor desproporcionado al riesgo. Si se fabricase pólvora sin materias explosivas, el cañón perdería gran parte de la influencia perturbadora que ejerce sobre la moral de los que reciben sus estruendosos saludos. (1)

El 5 de Febrero llegaron a Aizarnazabal dos noticias interesantes: la derrota de la división Fajardo en Lácar y la retirada de las fuerzas liberales de la cumbre de Indamendi. La retirada era secuela de la derrota. Los *Boletines* de Vizcaya y Guipúzcoa y *El Cuartel Real*, ampliaron los primeros partes telegráficos. El día 3 a las cuatro de la tarde, Mendiry, al frente de unos 4.000 hombres, divididos en columnas, al mando de los brigadieres Pérula, Cavero, Valluerca, y coronel Iturralde, atacó a la brigada Bargés, compuesta de 3.500 infantes y cuatro piezas, que ocupaba el pueblo de Lácar. Sin disparar un tiro y despreciando los de fusilería y cañón de los

(1) El autor del *Diario de Operaciones* habla por experiencia de los efectos materiales del cañón, negativos en muchos casos. Si hoy escribiera, seguramente rectificara su juicio ante la potencia destructora de la artillería que emplean los contendientes en el actual conflicto europeo. Mucho han variado las condiciones de la guerra desde la campaña carlista. La mayor eficacia de las grandes bocas de fuego, tiene hoy poderosos auxiliares en las granadas de mano, los explosivos con gases deletéreos, las naves submarinas, los zepelines y otras muchas aplicaciones de los progresos científicos al arte de matar y destruir. Ya es pequeño el campo de la superficie terrestre y marítima para las luchas entre los hombres. La ambición o la locura de unos pocos extiende el teatro de la guerra desde la inmensidad del espacio a las profundidades del mar...

www.fpev.es

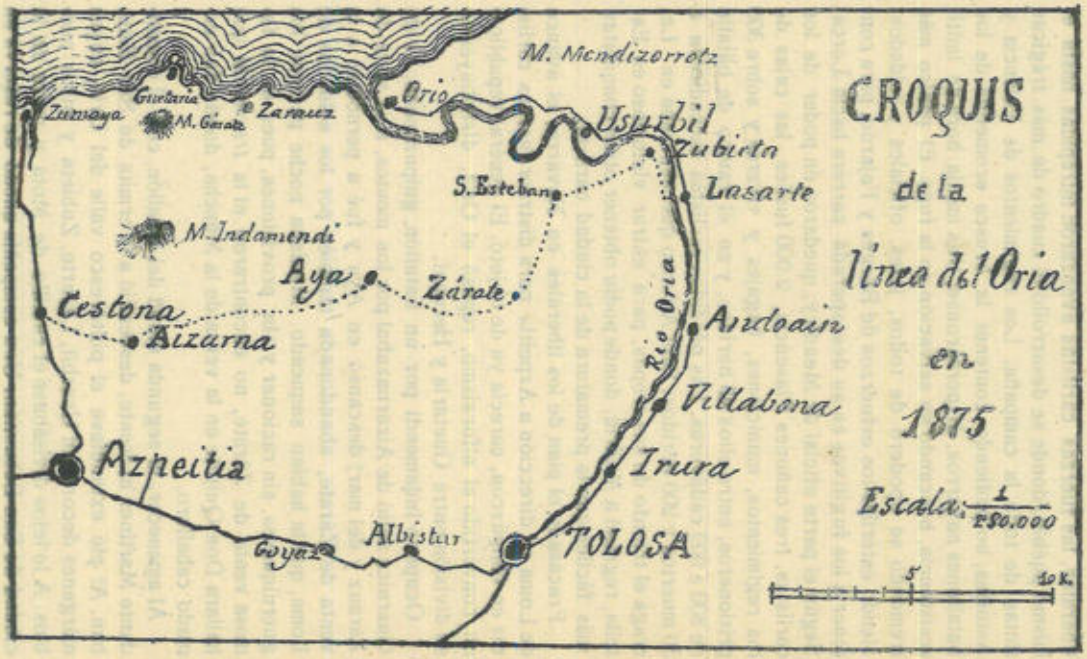
liberales, las fuerzas carlistas avanzaron intrépidas hasta el mismo pueblo, donde se desarrolló el cuadro de más trágicas tintas de toda la campaña. Los regimientos de Valencia y Asturias, no pudiendo contener la brusca acometida de los batallones navarros, dispersáronse, tras media hora de inútil resistencia, buscando su salvación en la fuga. El pánico más tremendo se apoderó de todos, jefes, oficiales y soldados, siendo estériles los esfuerzos de Bargés y Fajardo, para contener a los fugitivos en su desesperada carrera hacia Lorca. Según el parte oficial de Mendiry, quedaron en poder de los carlistas, tres cañones Plasencia, 2.000 fusiles, las cajas de los regimientos, municiones, bagajes y víveres y sobre 300 prisioneros, entre ellos 45 heridos, y en el campo de batalla de 800 a 900 cadáveres. Las pérdidas carlistas ascendieron a 30 muertos y 200 heridos. Don Alfonso que esperaba en Larraga el triunfo de sus tropas, para entrar victorioso en Estella, regresó a Madrid, donde podía obtener otras conquistas más fáciles que la prematura de la ciudad carlista.

Fracasado el plan de los liberales en Navarra, el avance de Loma en dirección a Azpeitia para distraer fuerzas carlistas en Guipúzcoa, carecía ya de objeto. El general republicano, convertido al alforsismo, repasó el Oria, distribuyendo su división entre Guetaria y Hernani.

Ocupado Indamendi por un batallón guipuzcoano, el de Guernica salió de Aizarnazabal por los montes, a la vista de Zarauz y del mar, descansó en Aya y fué a pernoctar a la venta de Zárate, abandonada también por los soldados de Loma, que la habían saqueado. Mediana noche pasaron los guerniqueses, sin racionar y sin provisiones, pues en la famosa venta de Zárate, no encontraron ni la *truchuela* que hallara Don Quijote en la venta de la Mancha, donde fué armado caballero.

Al amanecer, la segunda mitad del batallón, con el comandante Martínez al frente, descendió a la ermita de San Esteban. Al pié extendíase el pintoresco valle del Oria, cuyas márgenes decoraban Usurbil, Lasarte, Zubieta y otros pueblos. A lo lejos divisábase el castillo de Mota y parte de la ciudad de San Sebastián. Una compañía quedó de reserva en

www.fpev.es


M. Mendizorrotz
Oria
Usurbil
Zubieta
Lasarte
S. Esteban
Zumaya
Guetaria
M. Garate
Zarauz
M. Indamendi
Aya
Zárate
Cestona
Aizarna
Rio Oria
Andoain
Villabona
Irura
Azpeitia
Albistur
Goyaz
TOLOSA
CROQUIS
de la
línea del Oria
en
1875
Escala: 1/50.000
5
10 K.

la ermita. Las otras tres descendieron a Zubieta. Apenas habíanse alojado, cuando sonó el toque de llamada. El enemigo, procedente de Hernani, estaba a la vista. Rápidamente las compañías de Guernica tomaron posiciones, escalonándose en la montaña, frente a Usurbil. La columna liberal, compuesta de cuatro batallones, desfilaba por la vertiente opuesta. Desplegó sus guerrillas en dirección al Oria. En cuanto estas se hallaron a tiro, rompió contra ellas el fuego la compañía más próxima. Eran las tres de la tarde. Cuatro cañones emplazados en la cumbre de un montículo, empezaron a vomitar metralla sobre las faldas de Zubieta. Nutridas fuerzas liberales avanzaron hacia el Oria y por los vados y el puente roto, consiguieron atravesar el río. Los guerniqueses firmes en sus escalones, sin retroceder un paso obligaron a repasar el Oria a los atacantes. Fuerzas de refresco hicieron nuevas tentativas. La acción se generalizó. Cuantas veces intentara la tropa liberal, posesionarse de la márgen izquierda del río, otras tantas hubo de repasarlo con grandes pérdidas. Al anochecer, cañones y fusiles enmudecieron. La columna de Loma encerróse en Uzurbil. Las tres compañías de Guernica, descendieron a Zubieta. Montáronse guardias en puentes y vados y la gente libre de servicio pudo al fin desayunarse y descansar.

Del 8 al 21 de Febrero, todas las tardes, repitióse, aunque sin tanto aparato, la escaramuza del 7.

La situación se hizo crónica. Los vizcaínos habían cumplido noblemente el deber de auxiliar a sus hermanos. Las fuerzas de Loma, a la defensiva en sus cantones, no eran ya un peligro. Para guardar y defender la línea del Oria, bastaban los batallones de Guipúzcoa.

www.fpev.es

II

GLORIAS FUGACES

Era ya avanzada la noche cuando el comandante Martínez, visitó a Palacios, alojado en la casa señorial de Aliri.

—Novedades, amigo Palacios. Muy de madrugada emprenderemos el regreso a la línea de Bilbao. El otro medio batallón nos espera en Andoain. Tenemos dos caminos, el del monte que es penoso y el de la carretera que nos obliga a pasar el río en barca, entre pueblos ocupados por el enemigo. ¿Cuál considera usted preferible?

—Para andar de noche, sin luna, por la carretera. No es fácil que el enemigo se aperciba si se hace el trasbordo sigilosamente.

Trasmitióse la orden.

A las cuatro de la mañana llegó el batallón guipuzcoano de relevo. Sin toques de corneta y previo mandato de abstenerse de fumar y de hablar en alta voz, las compañías de Guernica desfilaron silenciosas hacia el vado de Lasarte.

El Oria estaba imponente. La barca sólo podía trasbordar de 18 a 20 hombres, sin riesgo de sumergirse. Pero los remeros eran fuertes y prácticos. El trasbordo del medio batallón duró más de una hora. El enemigo hubiera podido dar una sorpresa desagradable a los pasajeros, pero no se movió de sus cantones de Usurbil y Hernani. Sin incidentes terminó la operación.

Palacios y Muzquiz atravesaron juntos el río en la postrera expedición de la barca.

www.fpev.es

Palacios, recordando el coro de demonios de *El Diablo Mundo*, dijo a Muzquiz al oido:

Voguemos, voguemos,
la barca empujad
que rompa las nubes,
que rompa las nieblas...

Y Muzquiz terminó la estrofa al oído de Palacios:

—Las densas tinieblas
las olas del mar...

El cielo empezaba a iluminarse por Oriente, cuando el medio batallón rompió la marcha. El otro medio había ya partido cuando aquel atravesó Andoain. Por Villabona e Irura prosiguió hasta Tolosa, donde se detuvo un par de horas con objeto de que la gente se desayunara. Palacios recorrió las librerías en busca de un mapa de Guipúzcoa. ¡Trabajo infructuoso!—La marcha continuó por Albiztur, Vidania, Goyaz y a la vista de Regil, completamente nevado. Ya de noche entraron las compañías en Azpeitia. Poca gente en las calles. Ni un viva, ni la menor demostración de afecto dedicaron los azpeitianos a los que acababan de batirse por ellos.

A la siguiente mañana, bajo lluvia pertinaz, persiguió el medio batallón su itinerario. En Elgoibar esperaban las otras cuatro compañías con plana mayor, músicos y gastadores. Saludos, abrazos y plácemes. Los hijos de Elgoibar, como los de Azpeitia, permanecieron mudos, indiferentes...

El batallón llegó a Eibar al mediar el día. Un silencio sepulcral acompañó al desfile.

Después de almorzar comentóse la actitud indiferente de las villas guipuzcoanas, en un grupo formado por los jefes y varios oficiales.

—¡Qué ovaciones en estos pueblos, al pasar por ellos en 1873! ¡qué entusiasmo entonces por nosotros!—dijo Muzquiz.

—¡Qué tiempos aquellos!—exclamó Eusebio de Obieta.

—Ya lo dijo hace años Jorge Manrique—observó Palacios —*Cualquier tiempo pasado fué mejor.*

www.fpev.es

—¡Jorge Manrique!—repitió el comandante Martínez—he oído hablar de ese general.

—Yo también—afirmó Olascoaga—. Me parece que es inglés.

—No señores; español—contestó Palacios, cruzando con Muzquiz una mirada de inteligencia.

—¿Español?—preguntaron a duo con gran extrañeza, coronel y comandante.

—Sí señores, español, de gran pericia y de valor temerario, como que murió en desigual combate; pero más que a las armas debe su celebridad al cultivo de las letras. Jorge Manrique fué un poeta que floreció hace cuatro siglos...

—¡Aaaah!

La sorpresa de los jefes fué reída sin respeto a su autoridad, por los subalternos.

El batallón hizo su entrada en Durango al anochecer. Los durangueses tributaronle entusiasta recibimiento. ¡Qué contraste con la frialdad de los pueblos de Guipúzcoa! Bajo estas impresiones y al recuerdo de las elegiacas coplas de Jorge Manrique, Palacios escribió aquella noche la siguiente imitativa composición:

GLORIAS FUGACES

Despierte el alma dormida
de los fieles veteranos
vizcaínos
contemplando la acogida
que les hacen sus hermanos
y vecinos.
Los hombres desaparecen
cuando la avanzada notan
en los valles;
las mujeres enmudecen
y los chicos no alborotan
por las calles.

—

www.fpev.es

¿Qué se hizo de aquél placer
con que a nuestros batallones
recibieron?
El entusiasmo de ayer
las contínuas ovaciones
¿qué se hicieron?
Los vítores y cohetes
las fiestas, las romerías
bullangueras,
los brindis en los banquetes
¿fueron sino fantasías
y quimeras?

—

Hoy frías y desdeñosas
atentas a sus tareas
cotidianas
permanecen silenciosas
las villas y las aldeas
guipuzcoanas.
¿Cómo tal cambio se explica
en estos mismos lugares
que aclamaron
a los hijos de Guernica
y sus hechos militares
ensalzaron?

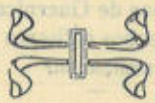
—

¿Es que este noble solar
donde nunca la cizaña
floreció
comienza a participar
del tédio de la campaña?
¿Por qué no?
Sin los triunfos que sustentan
la fé, y las fuerzas morales
aseguran
los pueblos se desalientan
y sin fé, los ideales
no perduran.

—

www.fpev.es

Sobre esta lección de vida
mediten los veteranos
vizcaínos
y no extrañen la acogida
que les hacen sus hermanos
y vecinos;
pues de las glorias soñadas,
fatalmente transitorias
en la tierra,
pocas son ¡ay! tan menguadas
y fugaces cual las glorias
de la guerra.



www.fpev.es

IV

COMBATE DE ARBOLANCHA

Procedente de Durango había llegado el batallón a Lezama.

Alojóse Palacios en casa de su amigo el médico titular señor Aguirre, y apenas hubo entrado en su lindísimo aposento, con balcón a la carretera, recibió la visita del comandante Martínez.

—Necesito su auxilio, amigo Palacios. Me pide Olascoaga el parte detallado de las operaciones en Zubieta. Yo no estoy muy fuerte en esa clase de documentos y...

—Desea usted que yo se lo redacte. Quedará usted complacido.

—¿Cuando podré contar con él?

—Antes de una hora, pues sólo tengo que dar algún desarrollo a mi diario de campaña.

—Gracias. No perderá usted el tiempo; porque añadiré un párrafo haciendo las propuestas correspondientes.

—Que serán tan atendidas como las de Sopelana.

—No lo creo. Ahora voy a darle dos noticias de sensación. Se prepara un ataque sobre Bilbao.

—Temeraria me parece semejante empresa.

—Y a mí también; pero Berriz por hacer méritos...

—Bien; esa es una noticia, ¿y la otra?

—¡Cabrera viene!—dijo con misterio el comandante.

Sonó un toque de corneta.

—¡Parte! ¿qué será?

—Vamos a saberlo.

www.fpev.es

El coronel Olascoaga paseaba por la carretera ostentando sus galones.

—¿Qué hay, mi coronel?

—Reparto de cartuchos a la tropa y reunión de capitanes esta noche en mi casa.

Palacios regresó a la suya para redactar el parte relativo a Zubieta, y concluída su labor avisó a Martínez. El comandante oyó con gusto la lectura del documento, cuya paternidad se atribuyó, según se supo después.

En la junta de capitanes, recibieron éstos las órdenes del jefe para el siguiente día.

A las tres de la mañana del 26 de Febrero, el batallón estaba formado en la carretera. Un viento de huracán sacudían violentamente los árboles, produciendo entre sus desnudas ramas lastimeros silbidos. Antes de amanecer, se hallaba el batallón en Santa Marina, que guarnecía Somorrostro.

A las primeras luces del alba, una batería carlista rompió el fuego contra las casas de Arbolancha, defendidas por tropas liberales. Los fuertes de Santo Domingo, Abril, el Morro, Artagán y Miravilla, correspondieron con sendos cañonazos.

Protegido por la batería, avanzó parte del batallón de Orduña hacia los caseríos de Arbolancha, con cuyos defensores sostuvo nutrido tiroteo. Más abajo también se batía el cobre y en las lomas de Abril, cuatro compañías de Somorrostro se fogueaban con las tropas liberales salidas de aquel fuerte y del de Santo Domingo. Toda la mañana y parte de la tarde prosiguió la acción, sin ventajas obstensibles para ninguno de los contendientes. Refuerzos de Saboya, Albuera y forales procedentes de Bilbao, avanzaron y a las tres y media se generalizó el fuego en toda la línea, desde Churdinaga hasta las posiciones de la Cantera, próximas al fuerte de Abril. La batería carlista cesó de disparar en tanto que se multiplicaban los disparos de cañón de todos los fuertes liberales. Solamente Santa Marina, recibió más de cien proyectiles. Ninguno hizo blanco. Pólvora en salvas.

El episodio más interesante de la acción se desarrolló a última hora de la tarde, al pié del fuerte de Abril. Agotadas las municiones a las tropas de Somorrostro, partió en su

www.fpev.es

auxilio medio batallón de Guernica. Los forales le atacaron impetuosamente; pero los guerniqueses en una briosa carga



BRIGADIER BERRIZ

a la bayoneta hicieron perder a la tropa liberal tres posiciones consecutivas, llegando a los mismos fosos de Abril. Pretendieron rehacerse los forales, pero se hallaron envueltos en un círculo de bayonetas, del que pudieron salir gracias al apoyo

www.fpev.es

del fuerte, donde se encerraron los que pudieron salvar la vida.

El centro y la derecha liberal, pronunciáronse también en retirada.

Avalanchas de niebla descendieron hacia el valle, cerrando bruscamente el horizonte. Empezó a llover. Al replegarse las compañías de Guernica, sufrieron algunas pérdidas. Los defensores de Abril podían disparar a mansalva desde sus parapetos. Eran las cuatro y media. El batallón descendió a Lezama, bajo una lluvia torrencial.

Mientras en la amplia cocina del doctor Aguirre, al amor del hogar, secábanse las caladas ropas, Castro, Martínez, Albar y Palacios, hicieron la crítica del combate. Todos coincidieron en juzgar severamente al señor Berriz.

Aquella operación no respondía a ningún objetivo práctico. Cuatro caseríos, cuya posesión no había de alterar la línea, no eran merecedores del valor prodigado y de la sangre derramada. Pero como la posesión de Arbolancha, no se pudo conseguir, ni de conseguirla se hubiera podido conservar por los fuegos convergentes de Abril, Santo Domingo, Artagán, Miravilla y el Morro, el plan de Berriz resultaba desatinado. Sólo a un jefe inexperto se le ocurre, para tan menguada empresa, buscar al enemigo en sus posiciones, forzándole a batirse al abrigo de sus fuertes y lanzar a las compañías de Somorrostro y Guernica, a pecho descubierto sobre los fosos de Abril, desde cuyos atrincheramientos fueron diezmadas con la mayor impunidad. El señor Berriz había cometido grave error al tomar la ofensiva en tan deplorables condiciones. El señor Salamanca, tampoco estuvo acertado al ordenar el avance de la guardia foral, sin proteger su retirada con fuerzas independientes de las que guarnecían a Santo Domingo y Abril.

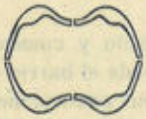
Tales fueron la verdad histórica y la crítica sobre el terreno, del combate de Arbolancha. Los partes oficiales de los jefes respectivos, están llenos de inexactitudes. Ambos, sin embargo, ríndense ante la realidad, al reconocer el valor heróico de los forales y de sus dignos adversarios en las cercanías del fuerte de Abril. El parte del general Salamanca

www.fpev.es

confiesa 149 bajas, entre muertos, heridos y contusos. Solamente la guardia foral tuvo 4 oficiales y 12 soldados muertos y 3 oficiales y 40 soldados heridos. El parte del brigadier Berriz, declara 6 muertos y 31 heridos carlistas, de los que correspondieron al batallón de Guernica, 3 muertos y 16 heridos, esto es la mitad y todos de arma blanca y proyectiles Remington. Los cañones liberales en su horrísono concierto de doce horas, ningún daño material causaron a los carlistas.

La desproporción en las bajas entre unos y otros combatientes, se explica por las cargas a la bayoneta de los voluntarios guerniqueses.

En los encuentros al arma blanca, demostraron siempre su superioridad los carlistas sobre los liberales durante toda la campaña del Norte.



www.fpev.es

V

EL CONVENIO DE CABRERA (1)

En los primeros días de Marzo trasladóse el batallón desde Lezama a San Miguel de Basauri, para cubrir la parte del bloqueo comprendida entre Puente-Nuevo y Larrasquitu.

La plana mayor alojábase, como punto céntrico, en Arrigorriaga a donde las tropas francas de servicio concurrían todas las tardes con el piadoso fin de escuchar en la iglesia al honorable D. Juan Manuel, sus pláticas en vascuence, preparatorias del cumplimiento pascual.

Los jefes y oficiales reuníanse en un café, recientemente inaugurado.

Allí se jugaba al tresillo y comentábanse los sucesos de actualidad. Palacios, desde el barrio de Uriarte, de San Miguel de Basauri, hacía sus excursiones al café de Arrigorriaga, por la vía férrea, con billete de ida y vuelta en el tren de San Francisco. (No ha de ser siempre el caballo.)

Una tarde, al entrar en el café, sorprendióle un rumor general.

—¡Ya está aquí Palacios!—exclamó Olazcoaga.

—¿Qué ocurre?—preguntó el aludido.

—Que Cabrera ha reconocido a D. Alfonso

—¿Es posible? Si me dijo Martínez que Cabrera venía...

---

(1) En defensa de este conato de convenio escribiéronse dos libros: *La Cuestión Cabrera* por D. I. Caso, que sólo convence de la deslealtad del antiguo legitimista, y *Detrás de las trincheras*, por D. Julio Nombela, de quien sospecho que no estuvo ni detrás ni delante de ninguna.

www.fpev.es

—Pues no señor, no viene, se va. Lea usted.

Palacios leyó. Aquello era inaudito.

—Habíamos acordado—prosiguió el coronel—dirigir al Rey una protesta. Esperábamos a usted para que diera forma al pensamiento.

—Nada más sencillo.

Poco después, Palacios leía la siguiente exposición que fué por unanimidad aprobada:

«*Señor:*

Los jefes y oficiales que suscriben, en nombre del Batallón de Guernica, 1.º de Vizcaya, tienen el honor de elevar a V. M. la más enérgica protesta contra la defección del ex-general Cabrera, traidor a su historia y a su Rey. Al propio tiempo reiteran su adhesión inquebrantable a la Augusta Persona de V. M. como legítimo representante de la monarquía tradicional, en cuyo triunfo se hallan interesados los principios de la verdadera religión, las instituciones forales, el orden, el bienestar y el futuro engrandecimiento de nuestra patria querida.

Dios guarde la preciosa existencia de V. M. muchos años para felicidad de España y gloria de sus Ejércitos.

Arrigorriaga, 26 de Marzo de 1875.

El titulado convenio de Cabrera fué objeto de comentarios durantes tres días.

Díjose en un principio que debíase a las iniciativas de Martínez Campos, piedra angular de la monarquía restaurada. La especie se rectificó después, atribuyéndose el papel principal en las negociaciones con Cabrera, a un reputado ex-negrero, montanés.

El convenio, como era de esperar, resultó un fracaso. Cabrera representaba uno de los más grandes prestigios militares de la causa carlista. Más para los voluntarios de Carlos VII, sobre todo para los jóvenes, era un fantasma. En dos años de guerra activa, ninguno le había visto.

Era un personaje legendario. Los oficiales estudiosos, que habían leído su historia, consideraban a Cabrera como a un

www.fpev.es

antiguo apoderado, a quién por falta de salud o por otras razones, se le hubieran retirado los poderes. Solo algunos veteranos estaban en el secreto. Años hacía que Cabrera y Don Carlos habían interrumpido toda clase de relaciones. Al advenimiento de la República, un delegado de Cabrera visitó en París al señor Olozaga, embajador de España, ofreciéndole reconocer la nueva forma de gobierno, a cambio de que éste le reconociera los empleos y honores que Carlos V le otorgara. Cabrera, pués, por conveniencia puramente personal, había dejado de ser carlista, y con el señuelo de su historia explotaba la debilidad de la naciente monarquía. Cabrera, por su defección, quedaba moralmente degradado para carlistas y liberales. ¿Qué general español podría extrechar dignamente la mano del caudillo tortosino? El gobierno de Madrid, en su afán de consolidarse, sin reparar en los medios, tampoco ganaba honra con la adhesión de Cabrera que carecía de autoridad para suscribir pactos, porque ninguna representación obstentaba ni un soldado a sus órdenes tenía. Aquel convenio, deshonroso para ambas partes era en suma tan *útil* prácamente considerado para Cabrera, como ridículo y estéril para el gobierno de Cánovas.

Sirvió, no obstante, de motivo al cronista, para dedicar a una joven de Vergara, la siguiente composición:

CONVENIO QUE ME CONVIENE

Dícese, bella Ascensión
que se ha firmado un *convenio*
entre Campos (Don Arsenio)
y Cabrera (Don Ramón).
Y según esos rumores
a todos los adheridos
les serán reconocidos
empleos, cruces y honores.

www.fpev.es

Para los fieles carlistas
ese pacto está de más
¡a mí convenio! ¡jamás!
y menos con alfonsistas.
Aquesta resolución
me impongo como un deber
aunque tenga que comer
el pan de la emigración.
Solo un convenio inspirado
por el amor, aceptara,
por ejemplo; el de Vergara
que tu no habrás olvidado.
Yo le tengo muy presente
porque en sus negociaciones
no faltaron ni emociones
ni el abrazo consiguiente.
Claro es que no me refiero,
porque sería un bromazo,
al convenio y al abrazo
de Maroto y Espartero.
Aludo al convenio que
contigo, Ascensión, pactara
en tu casa de Vergara
cuando en ella me hospedé.
Sobre el amor conversamos
y pronto nos entendimos
en amarnos *convinimos*
y *convenidos* quedamos.
Aunque el pacto fué verbal,
pues prescindimos en él
de firmar ningún papel,
entiendo yo que, al final
prestóle fuerza no escasa
el abrazo que te dí
al despedirme de tí
en el portal de tu casa
¿Te acuerdas? tu te reiste
y atrevido me llamaste

www.fpev.es

pero el convenio aprobaste
y al abrazo te adheriste.
Muchos meses han pasado
desde nuestra despedida
acaso estés ofendida
por no haber vuelto a tu lado.
Dime, pues, si está en vigor
aunque le juzgo eficaz
aquél *convenio* de paz
dictado por el amor.
Y si alguna fuerza tiene
a confirmarle me inclino
pues si entonces me *convino*
ahora también me *conviene*.
Y a falta de validez
de pacto tan excelente
no tendría *inconveniente*
en *convenirme* otra vez.
Siendo tu de mi sentir
podríamos sin tardar
el *convenio* renovar
y el abrazo repetir.
Yo te reconocería
con sin igual poderío
Señora de mi albedrío
y *Reina* del alma mía,
si acatando mi deseo
me otorgaras por tu parte
el *empleo* de adorarte
que es un delicioso empleo.
Cruces y honores rehuyo:
solo admito como lazos
una cruz: la de tus brazos
y un honor: el de ser tuyo.
Convendría que quedara
probado, de esta manera,
ser mejor que el de Cabrera
el *convenio* de Vergara.

www.fpev.es

Esperando tu adhesión
a lo que he dicho me atengo;
yo con nadie me *convengo*
más que contigo, Ascensión.

Arrigorriaga, 27 marzo 1875.

Ignórase, pues el cronista no lo dice, si la joven aludida en los versos anteriores contestó y por consiguiente, si fué ratificado el amoroso convenio. Es probable que pasara, no a la Historia, como el de Espartero y Maroto, sino al panteón del olvido como el de Cabrera y Cánovas. Para los jóvenes, es el amor en campaña el más agradable de los pasatiempos, aunque suele variar de objetivo tan facilmente como varían los batallones de localidad. No hay tiempo para que arraigue una pasión duradera. Se liban las dulzuras del amor con la ligereza y la inconstancia de la mariposa que liba los pistilos de las flores. Todos los íntimos de Palacios rendían culto al dios Eros. El comandante Martínez, aunque algo machucho, sostenía relaciones con la hija de un bañero de Cortezubi, guapísima rubia a quién ya apodaban en Guernica *la comandanta*, Castro estaba enamorado de una señorita de Gorliz, Muzquiz sentía su corazón herido por la desdeñosa *Fu* y Albar concentraba sus ilusiones en una romántica bilbaina, Todos daban preferencia a un amor sin desdeñar las imitaciones. Es de suponer que todos, o la mayoría, naufragasen en sus esperanzas al zozobrar la nave carlista, quedando los amorosos convenios tan incumplidos como quedó el de Cabrera para sus ilusos partidarios.

www.fpev.es

VI

EL CASTILLO DE AXPE

Comentábanse aún las noticias referentes al convenio de Cabrera, cuando circularon rumores de conferencias celebradas en Olot, entre Savalls y Martínez Campos.

—¿Otro convenio?—preguntaban los suspicaces vizcaínos.

—No, no es posible, Savalls no puede ser traidor—contestaban optimistas los castellanos.

Pero fueran coincidencias casuales o efectos de la propaganda alfonsina, lo cierto es que a Bilbao desertaban diariamente individuos de los batallones vizcaínos.

Una mañana se supo que habían desertado varios oficiales de las compañías de Guías del General, tropa que disfrutaba de ciertos privilegios. Al día siguiente pasáronse a Bilbao algunos voluntarios del batallón del mismo nombre. Celebróse una junta de capitanes de Guernica, presidida por los jefes, y en ella se acordaron medidas de vigilancia, para evitar y en su caso reprimir, las deserciones.

A principios de Abril, el batallón de Guernica relevó al de Munguía que prestaba servicio de guardias avanzadas en Larrasquitu. Desde la guardia de Urieta dominábanse bellísimos paisajes. Durante el día, siempre que no lloviera, la estancia en aquellos vericuetos era distraída; pero las noches pasábanse sin dormir, con la gente sobre las armas para evitar sorpresas, que, según verídicos informes, el enemigo proyectaba. Al amanecer oíanse en Bilbao los toques de diana de los cuerpos de la guarnición, con la misma intensidad de

www.fpev.es

sonido que si las bandas de cornetas estuviesen al pié del fortín.

Los oficiales francos de servicio, solían bajar por las tardes a la barricada de la fábrica de mechas, no muy distante de la trinchera enemiga, con cuyos defensores sostenían amistosos parlamentos. Era aquel punto un centro de reunión de excelentes amigos y piadosas amigas de Bilbao y Olaveaga, que, no sin riesgo, aventurábanse a visitar a los carlistas. Otras tardes escalaban la cuesta del fuerte de Aranótegui, modelo de ingeniería, defendido por cinco cañones Withwort, y desde el cual dominábase perfectamente la villa de Bilbao.

A los ocho días de permanencia en Larrasquitu, llegó el relevo, volviendo el batallón a sus cantones de Arrigorriaga y Basauri.

Allí supieron los guerniqueses, por el último número de *El Cuartel Real*, que habían sido fusilados en Navarra, ocho prisioneros liberales en represalias de los carlistas asesinados por el Cojo de Cirauqui. Todos los partidos tienen sus malhechores y no habían de faltar en el de la Restauración. También publicaba el periódico carlista, proclamas de los Comandantes generales de Cataluña y el Centro, protestando contra el convenio de Cabrera. Estas manifestaciones desvanecieron las sospechas de traición que respecto a Savalls, abrigaran los oficiales vizcaínos.

Y una prueba de que, a pesar de las deserciones y del efecto desmoralizador del sistema de líneas, manteníase la disciplina en las tropas de Vizcaya, fué la toma por asalto del castillo de Axpe.

A las diez de la noche del 11 de Abril, formado el batallón de Guernica, sin previos toques de corneta, rompió la marcha y pasando por Ariz, escaló las alturas de Santa Marina y descendió a Zamudio. La noche era oscurísima. Al llegar a Vista-Alegre oyóse hacia Banderas tremenda explosión, precedida de rápida claridad que iluminó el horizonte. Cuando el batallón llegaba a Sondica, empezó a amanecer. En Lújua hizo alto. Un oficial de Arratia, Torrontegui, informó a los de Guernica del fausto suceso, de la toma del castillo de Axpe. El teniente coronel de Arratia, Isasi, acompañado

www.fpev.es

de 80 voluntarios, atacó a las cuatro de la mañana el fuerte liberal y se hizo dueño del mismo. Pudieron salvarse algunos soldados arrojándose a los fosos y huyendo en la oscuridad de la noche. El resto de la guarnición encerróse en las casetas. Los atacantes oyeron voces angustiosas: — ¡Cuartel! ¡cuartel! ¡viva Guernica!—Creían que el enemigo era el batallón de aquel nombre, recordando, sin duda, sus recientas acometidas de Sopelana y Arbolancha.—Hay cuartel—contestó Isasi a los encerrados—salid y entregad las armas. Así lo hicieron. En los momentos del asalto, la lucha cuerpo a cuerpo, costó 15 muertos a la guarnición y 6 muertos y 5 heridos a las fuerzas de Isasi. Quedaron prisioneros 3 oficiales y 80 soldados del Regimiento de Galicia. Los carlistas retiraron del fuerte, dos cañones, granadas, abundante dotación de cartuchos Remington y otros pertrechos de guerra. En la dificultad de arrastrar uno de los cañones de 16 centímetros, los de Arratia procuraron inutilizarle y esta operación fué la que produjo el resplandor y el estruendo que la tropa de Guernica oyó al llegar a Vista-Alegre. El castillo de Axpe, dominado por Banderas y otros fuertes, era insostenible. Al amanecer quedó abandonado por los carlistas. Las tropas que de Bilbao salieron en auxilio de la guarnición prisionera, retiráronse, después de sostener unas horas de fuego con Guernica. Una bala, de rechazo, mató a Segundo Amesti, capitán de la segunda compañía.

Al día siguiente no hubo más que ligeros tiroteos por la parte de Arriaga y sendos cañonazos de Banderas, que ningún efecto produjeron en las filas de Guernica. Por la noche, a la luz de la luna, volvió el batallón sobre sus pasos y alojóse en Lezama.

Celebráronse solemnes funerales por Amesti; se pasó revista de policía y armamento e hiciéronse por los oficiales excursiones a Zamudio y Derio, para refrescar antiguas amistades.

Por orden del Comandante general, marchó la cuarta compañía a Galdácano, con la triste misión de fusilar a un capitán del batallón de Bilbao, sorprendido en negociaciones con el enemigo, para la entrega del fuerte de Arraiz que con la tropa

www.fpev.es

a sus órdenes guarnecía. Probado el hecho por algunos testigos y la correspondencia que en poder del delincuente se encontró, habíale condenado el consejo de guerra, a ser pasado por las armas.

Por el hecho de Axpe, fué ascendido a coronel, Eulogio Isasi, jefe del batallón de Arratia. Bien lo merecía. En débil compensación de la muerte de Segundo Amesti, concedióse el empleo de capitán a su hermano Eusebio, teniente de la octava compañía y el mando de la segunda.

También fué premiado el brigadier Berriz, con el ascenso a mariscal de campo, ignórase si por la toma del castillo de Axpe, en cuya empresa no intervino personalmente, o por méritos anteriores. El señor Berriz, a pesar de su brillante historia, en el otro ejército, tuvo tan poca suerte en la Comandancia general de Vizcaya, como sus predecesores. Cierto es que las circunstancias no le favorecieron; pero a sus iniciativas podía aplicarse el célebre epitafio del cardenal Richelieu:

Le bien qu' il fit, il le fit mal
le mal qu' il fit, il le fit bien.

A los pocos días de su ascenso fué sustituído el señor Berriz, por el veterano general D. Fulgencio de Carasa, que de subteniente de realistas en 1823, había ganado todos sus empleos hasta el de brigadier, en la primera guerra civil. Comandante general de Navarra en 1872, emigró después del desastre de Oroquieta y no había vuelto a ejercer ningún cargo. El nombramiento fué bien recibido por la división vizcaína.

www.fpev.es

VII

SUPLICIO DE PROMETEO

La situación de los carlistas del Norte, en la primavera de 1875, podía compararse a la de Prometeo, encadenado a una roca del Cáucaso, por hacer un bien a la humanidad. Como el titán mitológico, aquellos valientes voluntarios, que por el bienestar y la grandeza de su país luchaban, veíanse sujetos a las cadenas de sus líneas, impuestas por la necesidad de la defensiva estratégica, que solo transitoriamente alterábase por la ofensiva táctica. Las líneas de Estella y Pamplona en Navarra, la del Oria en Guipúzcoa, las inmediatas a la capital en Alava y las de Bilbao, el Nervión y Valmaseda en Vizcaya, condenaban a los batallones carlistas a crónica parálisis, a vivir en la inacción, siempre funesta y desmoralizadora en campaña. Era el suplicio de Prometeo. No podían avanzar por impedírselo fortalezas artilladas o tropas superiores en número, ni debían retroceder para evitar la pérdida del país conquistado. A Prometeo le salvó Hércules, rompiendo las cadenas que al titán aprisionaban. ¿Dónde hallar otro semidios que libertase de las suyas al ejército carlista? Los genios de la guerra, como los de la ciencia o el arte, requieren a veces para nacer, siglos de gestación. De haber surgido un genio en el campo carlista, ya que en el liberal tampoco le hubo, Don Carlos debió entrar victorioso en Madrid en 1874.

Para salvar en parte la crítica situación que en 1875 atravesaban los carlistas vasco-navarros, proyectáronse expediciones a Castilla. Una de ellas, al mando del general Mogro-

www.fpev.es

vejo, debía salir de Valmaseda, penetrar en la provincia de Burgos, ascender a las fuentes del Ebro, como posición estratégica y destruir por diversos puntos la vía férrea de Santander, principal comunicación del gobierno de Madrid con el Cantábrico y por consiguiente con Europa. Apercibido el ministro de la Guerra liberal del proyectado movimiento, reforzó con una división la de Villegas y confirió el mando de ambas a Loma.

Ante aquel cuerpo de Ejército que amagaba con batir a los expedicionarios en el mismo punto de partida, suspendióse la operación, esperando tal vez una oportunidad, que no volvió a presentarse en el curso de la guerra.

Pero las columnas alfonsinas operaban siempre amenazadoras por los valles de Losa y Mena, y, en previsión de un ataque, sustrajéronse batallones de otras líneas para defender la de Valmaseda.

El de Guernica, fué uno de los elegidos. El 17 de Abril salió de Lezama y salvando las vertientes de Santa Marina y los términos de Ariz, San Miguel, Arrigorriaga y Areta, primer pueblo de Alava, detúvose en Llodio a pernoctar. Al siguiente día cruzó los montes que separan Alava de Vizcaya y volvió a penetrar en esta provincia por Sodupe.

Hacía un calor estival. Ni una nube en el espacio. El sol de mediodía al reflejar sus rayos en la blanca y polvorienta carretera, hería los ojos que instintivamente descansaban en la verde perspectiva del pintoresco valle, cubierto de huertos, maizales y viñedos entre alegres caseríos. Al fondo montes azulados, dibujaban en el cielo las caprichosas ondulaciones de la sierra de Ordunte.

El batallón alojóse entre Güeñes y Zalla, y en este pueblo, hallaron cómodo albergue Palacios y Albar, en casa del médico D. Celestino Masip, gran aficionado a la pesca y al tresillo. En la grata compañía del doctor y del venerable párroco D. Pedro, en competencia obsequiosos, pasaron aquellos jóvenes, tres días inolvidables.

Rumores de próximo avance del enemigo, coincidieron con la orden de marcha a Valmaseda, donde pasó el batallón toda la noche sobre las armas. Y entre el Berron, Valmaseda, An-

www.fpev.es

tuñano y Traslaviña, ambularon los guerniqueses, hasta que se les destinó a cubrir el servicio de avanzadas en las alturas de San Roque, en plena sierra. A medio kilómetro de la ermita del Santo, convertida en cuartel, elevábase el mojón de piedra divisorio de las provincias de Vizcaya, Santander y Burgos.

En las avanzadas de Barbueno, Carracochillo y Arribacoba, sostenían diariamente tiroteos con el enemigo y las baterías de ambos contendientes disparaban sendos cañonazos. Aquella vida montaraz interrumpíase dos días a la semana, que las compañías de turno tenían de descanso en Górgolas o Pandozales.

La división Loma, no salió de su pasividad hasta el 14 de Mayo.

En las avanzadas de San Roque oíase desde el amanecer fuego de cañón y de fusil, por el valle de Mena y los montes que le dominan. Una columna liberal de 6000 infantes, 300 caballos y 6 cañones, había atacado la izquierda carlista. Los brigadieres Cavero y Fontecha, con dos batallones de Cantabria, dos de Castilla y el de Asturias defendían bravamente las posiciones de Peña del Caballo, Peña-Angulo y Peña Complacera. Para llamar la atención del enemigo se dispuso que dos compañías de Guernica hiciesen un reconocimiento sobre Nava. El comandante Castro eligió las compañías primera y séptima, para tan arriesgada operación.

—Amigo Palacios, usted marchará en vanguardia con su compañía y yo le apoyaré.

Palacios descendió hasta el camino de Carranza. Dos regimientos liberales retirábanse, carretera adelante, de Nava y Parte Arroyo. A derecha e izquierda del puente sobre el Cadagua dejó Palacios una sección de reserva y, sable en mano, penetró en Nava al frente del resto de la compañía. Eran las dos de la tarde. Hacía un calor sofocante. La tropa de Guernica estaba en ayunas y algunos voluntarios pidieron permiso al capitán para distribuirse por el pueblo en busca de provisiones. El capitán accedió a tan justa demanda y como medida de precaución mandó a un cabo y dos números a la torre de la iglesia con orden de tocar las campanas si adver-

www.fpev.es

tían algún movimiento del enemigo hacia el pueblo. Las calles estaban desiertas y las puertas cerradas.

En una callejuela sin salida, halló al fin Palacios a tres vecinos, sentados en un poyo. Levantáronse y descubriéronse.

—Buenas tardes, señores. ¿No hay alguna autoridad en el pueblo?

—No señor—contestó el más anciano—el alcalde, los concejales, el cura y la mayor parte de los vecinos, han marchado en carros y caballerías al salir de aquí el regimiento de Mallorca.

—Y ustedes ¿por qué no han huído también?

—Porque somos carlistas y ningún daño tememos de ustedes.

—Muy bien. Pueden estar tranquilos. ¿No habrá algo para mi gente que ha salido de San Roque sin racionar? Pan, vino... pagándolo, se entiende...

—Nada, señor, todo se lo han llevado...

Un repique de campanas interrumpió la conversación. A su vez el destacamento del puente, avisó del peligro con algunos disparos. Los vigías de la torre, al salir precipitadamente de la iglesia, gritaban:

—¡Que vuelven los *guiris!*

—¿Por dónde?—preguntó Palacios.

—Por todas partes. A la carrera han tomado las casas de Parte Arroyo y avanzan por el lado opuesto, entre los árboles del monte y por la carretera.

Palacios mandó al corneta tocar fagina y retirada. Rápidamente afluyeron los voluntarios. Nutridas descargas sonaron por derecha e izquierda. Momentos de confusión.

—¿Falta alguno?—gritó Palacios.

—No, mi capitán.

—Pues hacia el puente. ¡Fuego en retirada!

Los proyectiles enemigos estrellábanse contra los muros de las casas y las piedras de las calles. El puente distaría unos cien metros. Por escalones sin dejar de hacer fuego, pudo llegar la sección al puente, defendido por Sainz desde las cercas inmediatas y la altura del Castañar.

Palacios pasó revista a sus chicos.

www.fpev.es

—¿Hay alguna baja?

—Ni un herido ¡Viva el capitán!

La línea de fuego se extendió en las proximidades del Cadagua y ni los flancos ni el frente del enemigo avanzaron un paso más, en toda la tarde. La séptima compañía bastó para contener a todo el regimiento de Mallorca, que no se resolvió a penetrar en Nava.

La noche puso término a la contienda. Sonó el toque de retirada que Castro, desde la altura del monte debió ordenar. El teniente Sainz, llamó la atención de Palacios.

—¡Mi capitán! que hemos hecho algunos prisioneros.

—¿Cómo prisioneros?

—Sí, señor, unos pellejos de vino, destinados a los *guiris*. Ahi está el carro.

—Buena presa. Pero ¿cómo se transporta por esas sendas de cabras?

Aproximóse el conductor.

—Señor comandante—dijo boina en mano—el carro y las mulas son míos. El vino es para el regimiento de Mallorca. Aquí está el pase del coronel Costa. Los pellejos pueden subirlos los soldados. Para el carro no hay camino... y las mulas son mi único sosten...

—No se apure usted, hombre. Deje los pellejos y váyase en paz con su carro y sus mulas.

Los voluntarios más forzudos cargaron con los pellejos y alguno de éstos no llegó a media ladera, se trasegó a los estómagos. ¡Valiente desayuno! Sin las prudentes disposiciones de Palacios, la aprehensión de los pellejos hubiera originado ruidosa bacanal en pleno bosque, a la luz de la luna. Los efectos del alcohol quedaron, pues, reducidos a manifestaciones alegres; pero sin alteración de la disciplina.

Al reunirse en el monte la compañía con la de reserva, Castro felicitó a Palacios, por sus acertadas disposiciones, prometiendo detallar en el parte, los episodios de la operación.

El combate prosiguió al siguiente día y las tropas liberales fueron rechazadas en toda la línea, retirándose con grandes pérdidas, a Castrobasto, Medianas y Montemayor.

Loma, convencióse de la dificultad de invadir las Encar-

www.fpev.es



GENERAL CARASA

www.fpev.es

taciones, y desistió de tomar nuevamente la ofensiva, limitándose a proteger su línea con fuertes y trincheras. Pero el general Carasa, (1) apenas se hizo cargo de la línea, no fué de la misma opinión. Y aprovechando el aislamiento de la brigada Muriel, en los pueblos de Mercadillo, Medianas, Carrasquedo y Mena Mayor, al amanecer del 20 de Junio, atacó a Medianas, cortó la comunicación entre Carrasquedo y Mercadillo y apoderóse de todas las posiciones liberales. La brigada Muriel, en completa dispersión, hubo de refugiarse en el fuerte de Mercadillo, no sin perder doscientos prisioneros y gran número de armas y municiones. El batallón de Guernica batióse a vanguardia todo el día, tomando parte principal en tan brillante jornada, a la que cooperaron los batallones de Somorrostro y Asturias, a las órdenes de Echevarri y los de Durango y 2.° y 5.° de Castilla a las de Cavero. En esta acción halló gloriosa muerte el bravo Saliquet, comandante de Guías de Vizcaya.

El tercer Cuerpo de ejército liberal, reforzado con nuevos batallones, invadió los valles de Losa y Mena, en previsión de otro descalabro y los carlistas defensores de la línea hubieron de volver a la monótona existencia de avanzadas y retenes, es decir, a una forzosa inacción, solo comparable por sus efectos desmoralizadores, al desesperante y angustioso suplicio de Prometeo.

---

(1) El retrato del general Carasa, así como los de otros altos personajes del carlismo, que en este libro figuran han sido facilitados desinteresadamente al autor, por el ilustre y entusiasta tradicionalista D. Juan María Roma, diputado provincial por Manresa-Berga y presidente de la Prensa asociada de Barcelona. Obligado el autor a las muchas atenciones que debe al señor Roma, envíale desde estas páginas la expresión del más cordial agradecimiento.

www.fpev.es

VIII

DESDE SAN ROQUE A DURANGO

Aquel día las avanzadas de San Roque no habían podido hacer sus ranchos a las tres de la tarde por la demora de la Administración militar en el suministro de las raciones.

El capitán de la séptima procuraba distraer los apremios fisiológicos de su estómago desfallecido, contemplando a través de sus gemelos de campaña los valles de Losa y Mena y en las lejanías los montes azulados que ocultan el mar y entre los cuales se yergue el alta de Laredo. Allí al oripié meridional de aquella eminencia ocultábase a los ojos del joven el risueño valle donde naciera su madre querida, de dulce y santa memoria. ¡Pobre! Murió en la flor de la edad. Para él, para su chiquitín fueron sus últimos besos, sus últimas palabras...

Las protestas de algunos hambrientos voluntarios interrumpieron las meditaciones sentimentales del capitán. Tenían razón; pero el capitán no podía asociarse a las justas quejas de sus subordinados sin detrimento de la disciplina.

Y cambiando de observatorio enfocó con sus gemelos el camino real de Valmaseda. No tardó mucho en divisar las mulas de brigada.

—*¡Badatoz, mutillac!* (1)—gritó Palacios a su gente.

Algunos voluntarios prorrumpieron en alegres *¡ujujús!*; todos riéronse de la exclamación. Hacíales gracia a los guerniqueses oir al capitán frases vascongadas.

Cerca de una hora tardaron los brigaderos en salvar el

(1) ¡Ya vienen, muchachos!

www.fpev.es

abismo donde se esconde Górgolas y el zig zag de la empinada cuesta de San Roque.

Con las raciones tan precisas a la vida orgánica, habían llevado los brigaderos la correspondencia, un soplo de vida espiritual. Palacios recibió varias cartas. Una de ellas estaba suscrita por D. Antonino Milla, Comisario regio de Galicia y Asturias.

«Supongo—decía la carta—que no habrás olvidado la promesa que me hiciste en Lequeitio. En vista de que la expedición no puede salir sin gran riesgo de Vizcaya, forzoso es que algunos jefes y oficiales pasen a Galicia y Asturias, para renovar el movimiento. Ponte a las órdenes del comandante general brigadier D. Ramón Carrete, que reside en Zumarraga. Él te dará instrucciones.»

Aquella carta produjo en Palacios un primer movimiento de satisfacción. Descubríale nuevos horizontes, brindábale con nuevas aventuras. Después embargó su ánimo el pesar de separarse de aquellos compañeros con quienes había compartido durante dos años victorias y reveses, peligros y esperanzas. Allí en el querido batallón que viera nacer y tantos afanes le costara instruir y organizar, dejaba recuerdos indelebles, afectos insustituibles.

Al siguiente día llegó el relevo y pudo hablar en Górgolas con Pimentel, médico del batallón desde que desertara Argamasilla. Pimentel era gallego y como tal sentía la nostalgia de su tierra. Encontró viable el proyecto. Galicia y Asturias por su topografía y su adhesión al carlismo, brindaban a la insurrección. Acompañaría a Palacios. Amigo de colegio de Hermenegildo Carrete, hijo del brigadier, no dudaba de la concesión del pase. Con estos argumentos combatió Pimentel las indecisiones de Palacios.

A los pocos días, prévias las licencias correspondientes, los dos jóvenes marcharon a Durango. No faltaban al capitán de la séptima amigas cariñosas y amigos de buen humor en la simpática villa.

Mientras la Diputación resolvía una solicitud de Palacios, sobre abono de pagas atrasadas, los dos jóvenes procuraban resarcirse de las privaciones sufridas en la línea de Valma-

www.fpev.es

seda. La blanda cama, la buena mesa, el aromático café, eran para ellos sibaritismos casi olvidados. Por las noches, después del paseo en Ezcurdi o bajo el pórtico de Santa María, puntos de reunión de las bellas duranguesas, entraba en funciones la *Sociedad de Conciertos*, magistralmente dirigida por el doctor Storn. Para pertenecer a tan culta sociedad era condición precisa la de ostentar un título nobiliario, que los antiguos miembros concedían al neófito, sin ceremonia alguna y libre de lanzas y medias anatas. Por todo instrumental los flamantes concertistas sólo empleaban elementos de la naturaleza: los órganos vocales. El canto y el silbido eran los únicos medios de interpretación del repertorio musical. Las piezas *ejecutadas* producían, no obstante, grata emoción al sonar a las altas horas de la noche en las calles de Durango. Las aficiones de Storn a la música selecta, extendíase a los aires regionales, zortzicos, jotas, malagueñas... En la jota navarra lucía su voz de tenorino, cantando la siguiente copla:

Sale el sol, sale la luna
sale mi niña al balcón;
sale el sol, sale mi niña,
sale mi niña y el sol.

Tantas *salidas* a un tiempo pareciéronle inverosímiles a uno de los socios; quien modificó la copla de la manera siguiente:

En estas noches de luna
sale mi niña al balcón
y la luna palidece
como si saliera el sol.

Entre las duranguesas que recibían el homenaje de aquellas serenatas, correspondió el turno a cierta rubia de singulares atractivos. Nombrábanla familiarmente Pepa. Era preciso obsequiarla con alguna novedad y Palacios, a la luz de un farol de la plazuela de Santa Ana, escribió la siguiente letra aplicable a la música de un vals en voga:

www.fpev.es

SERENATA

Oye, Pepa, oye a estos chicos
que cantan por distracción
valses, jotas y zortzicos
debajo de tu balcón.
Concertistas de alto rango
forman una sociedad
desconocida en Durango
y en toda su Merindad.
Cautivos de tu hermosura
todos están a tus pies
oye la nomenclatura
y elije, Pepa, después.
Director es del concierto
el socio más chiquitín
no hay músico más experto
que el *Doctor Taloburdin*. (1)
Enfermo a quien él visita
no le llega el confesor
más luego le resucita
con un aria de tenor.
Es el *Barón de Manguela* (2)
barítono de tupé
que canta que se las pela
después de tomar café.
También tienes, Pepa, al *Conde*
de Tulipardas (3) aquí;
en su garganta se esconde
un tenor o cosa así.
Concurren a la armonía
de este orfeón sin un real

(1) Elías Storn, médico de la Diputación de Vizcaya.
(2) Pedro Gogénola, teniente de Bilbao.
(3) Federico Casteis, ayudante de E. M. de Alava.

www.fpev.es

el *Marqués de Mangafría* (1)
que es un bajo muy formal;
el *Duque de Fracazabat* (2)
bajo también *com'il faut* (3)
que a orillas del Ibaizabal
solo tristuras cantó;
el *Señor de la Tormenta* (4)
Vizconde hace medio mes,
que inventó la revalenta
en tiempo de Carlos tres;
el *Marqués de la Estacada* (5)
que en la misma se quedó
con la voz algo tomada
desde que en Durango entró
y el *Conde de Rivadeo* (6)
tenorino de buen ver
que descubrió el Pirineo
un día al anochecer.
Tales son, Pepa, los chicos
que cantan por distracción
valses, jotas y zortzicos
debajo de tu balcón.

Aquel dulce *ojolateo* interrumpióse por una carta del brigadier Carrete. Había resuelto trasladarse a un pueblo de la frontera y antes de emprender el viaje, necesitaba saber si podía o nó contar con el concurso de Pimentel y Palacios. Estos se apresuraron a marchar a Zumárraga, con objeto de presentarse al brigadier.

(1) Salvador, empleado en la Diputación.
(2) Palacios, capitán de Guernica.
(3) Léase *comilfó*.
(4) Enrique Saracho. Empleado en la Diputación de Vizcaya y farmacéutico.
(5) Storn, hermano.
(6) Pimentel, médico.

www.fpev.es

IX

EN COMISIÓN DEL SERVICIO

Muchas horas tardó la diligencia en recorrer el trayecto de Durango a Zumárraga. Verdad es que a la salida de Elorrio, sustituyeronse los caballos del tiro por sendos bueyes para subir la cuesta de Elgueta y que en Vergara paró el coche dos horas, que los jóvenes aprovecharon para almorzar, hacer una visita al famoso *Cristo en la Agonía*, de Montañés, joya escultural de la iglesia de San Pedro y pasear ante una casa de mirador, que recordaba a Palacios, episodios del convenio.

A la puerta de la fonda donde descendieron del carruaje, en Zumárraga, esperábales Hermenegildo Carrete, simpático galleguito de rubia cabellera y grandes ojos azules. Después de los saludos de rúbrica,

—Vamos a ver a papá—dijo Carrete—.Nos espera en el alojamiento.

Era el brigadier Carrete, un venerable setentón, de buena estatura, grueso, de bigotes grises y marcial continente, un tanto aburguesado por el peso de la edad.

D. Ramón Carrete y Losada Pardo Ossorio Sotomayor, había nacido en Santiago de Compostela, en Septiembre de 1804. Era vástago de noble familia italiana, cuyo origen elevábase a Witikind, príncipe de Sajonia. En 1823, abandonando sus estudios y las comodidades de su casa solariega, alistóse en el Cuerpo de voluntarios realistas. A la muerte de Fernando VII, siguió la suerte de los hijos de Galicia que alzaron bandera en favor de Don Carlos, hasta que dominada la insurrección, emigró a Portugal. Desesperanzado de que se reprodujera el movimiento en la región gallega, pasó al Norte y, sirviendo como oficial en el 5.° batallón de Vizcaya, concurrió en 1835 a la toma de Vergara y de Eibar y a la

www.fpev.es

sorpresa de Descarga. En Junio del mismo año fué comisionado en unión del capitán D. Pedro Agreda y del teniente D. Isaac Velaz, para organizar, con los prisioneros del Depósito de Oñate, el 8.° batallón de Vizcaya, bajo la denominación de 4.° de Castilla y en este cuerpo distinguióse en el sitio de Bilbao. Nombrado capitán de Granaderos, tomó parte en la conquista de Lequeitio y acompañó al general Gómez en su célebre expedición. En la memorable acción de Barbastro, el señor Carrete, tocó los límites del heroismo. Sus generales le felicitaron y en recompensa obtuvo la cruz laureada de San Fernando, de 1.ª clase. En Octubre de 1837, ascendió a primer comandante y a la conclusión de la guerra en 1839, ostentaba las divisas de coronel. No se adhirió al convenio de Vergara, permaneciendo muchos años emigrado en Portugal. (1)

Con tales antecedentes, no es de extrañar que el brigadier, como todos los veteranos de entonces, fuera un iluso. Esperaba que a una orden suya, la población rural, por lo menos, de las provincias occidentales, se alzaría en armas. Palacios, desconocedor del país, permitióse formular algunas objecciones. Todas fueron victoriosamente refutadas. Y el capitán del batallón de Guernica, en vista de las seguridades de triunfo que a juicio del brigadier, de su hijo y del médico, ofrecía la empresa, concluyó por participar de los optimismos que acariciaban los simpáticos gallegos. En Galicia y Asturias estaba la salvación de la causa. Como dijo Bartrina,

En una gota de agua
llenos de gozo
reuniéronse en junta
cuatro infusorios
y allí acordaron
que fuera de la gota
no había espacio.

(1) Proceden estas notas biográficas, en su mayor parte, del señor D. Reynaldo de Brea, fecundo publicista militar y benemérito investigador de las glorias y vicisitudes del carlismo y de sus personajes más célebres.

www.fpev.es

El ejército carlista del Norte, no podía alterar sus posiciones, el de Cataluña tampoco, alrededor de la Seo... el del Centro, bloqueado por el enemigo... Solo a gallegos y asturianos estaba reservada la gloria de renovar los laureles de la Reconquista...

Carrete encargóse de obtener del general Llavanera, ministro de la Guerra, los pases correspondientes. Palacios



permaneció un par de días en Zumárraga, por si el suyo ofrecía alguna dificultad. Entretúvose en visitar los pintorescos alrededores, en compañía de Pimentel y *Gildo*. En Villarreal de Urrechu, separado de Zumárraga por un puente sobre el Urola, llamaron su atención en algunas casas armeras, las inscripciones de sus fachadas. Una de ellas decía: *La maldición de la madre abrasa – y destruye de raíz hijos y casa;* Otra: *En la casa del que jura, no faltará desventura.* Pero la inscripción más extraña era la que aparecía en el cemente-

www.fpev.es

rio: *Este lugar está destinado a los que mueren UNA VEZ y después el juicio...*

No hubo dificultad alguna para la concesión de los pases.

Celebróse la última conferencia para acordar detalles relativos al futuro ejército galaico-asturiano. En ella tratóse de la cuestión económica, del nervio de la guerra. La Comandancia general carecía de fondos. Ya en el país, las juntas proveerían. En tanto, cada cual debía hacer los gastos de su bolsillo.

Palacios volvió a Vizcaya, y mientras recibía fondos de Castilla, renovó sus gestiones cerca de la diputación, para que le abonase sus haberse atrasados. El secretario señor Olascoaga, contestó al reclamante:

—¡Pesan tantas atenciones sobre nosotros! ¡Imposible! No podemos abonar a usted esos atrasos.

– Elevaré una instancia al Rey.

—¿Para qué?—interrogó despectivamente Olascoaga.

– Confío en que Su Majestad la resolverá en justicia, dando la orden de pago.

—No se moleste usted. Las órdenes del Rey, contrarias a fuero, *se acatan, pero no se cumplen*. Desengáñese, joven: un rey absoluto, reina y gobierna, un rey constitucional, reina pero no gobierna, un Señor de Vizcaya, ni reina ni gobierna.

Palacios quedó confuso ante aquella teoría, y solo se le ocurrió, a guisa de comentario, recitar una frase del Romancero:

—*Cosas tenedes el Cid—que faran fablar las piedras.*

En el fondo, no podía menos de reconocer la grandeza de las instituciones forales, como garantía de los pueblos contra las arbitrariedades de los reyes. Pero no se dió por convencido. Insistió y al fin obtuvo, por vía de transacción 400 reales y un certificado del resto de la deuda, que jamás había de percibir.

Mientras llegaba la letra de Castilla, que había de girarse a Bilbao, a la orden de D.ª Josefa Euba, madre del sargento Arrate, el joven capitán, marchó a Guernica, hospedóse en Piperrene, tomó los baños de Cortézubi, en preparación de

www.fpev.es

la campaña gallega y renovó su indumentaria de paisano.

Algunos voluntarios de su compañía, que se hallaban con licencia en Guernica, presentáronse al capitán. Habían sabido su cambio de destino y fueron en comisión a rogarle que desistiera de su propósito de abandonarles.

—A cada onsa de oro le daremos los chicos, si no se va de la séptima compañía—dijo el presidente de la comisión.

El capitán no se dió por ofendido de la simplicidad aldeana de aquellos valientes muchachos que tanto le querían; y se apresuró a contestarles:

—Yo me quedaría con vosotros por el afecto que me inspiráis, nunca por dinero; pero ya no puede ser. El Rey me destina y he de cumplir la orden de S. M. Pero donde quiera que el azar me lleve, siempre seré para vosotros lo que fuí; más que jefe, un compañero, un hermano. Si algún día regreso a Vizcaya, inmediatamente solicitaré se me destine al batallón.

Capitán y voluntarios despidiéronse conmovidos.

Aún percibíanse en Guernica los ecos de las fiestas celebradas con motivo de la jura de los fueros por Don Carlos, y de las juntas generales para renovar la Diputación. Contra los *amorebietos* que así llamaban a los partidarios de la política de tolerancia, habían triunfado los intransigentes, siendo elegidos diputados primeros D. Francisco Goiriena (*El Jesuita*), por el bando *oñacino* y D. Alejo Novia de Salcedo, por el bando *gamboino*.

En contraste con tales fiestas, los cañones de la escuadra seguían disparando impunemente sobre los indefensos pueblos de la costa y los soldados, a las órdenes del general en jefe alfonsino, destruían e incendiaban poblados y mieses en la llanada alavesa.

Comentábase en Guernica la correspondencia que, a la sazón, Don Carlos sostenía con Doña Isabel. Las censuras eran generales en el bando intransigente. Aquellas relaciones de familia no podían ser cordiales ni sinceras. Un lago de sangre carlista separaba al sobrino de la tía, y era natural que ésta prefiriese el triunfo de su hijo al de Don Carlos.

Llegó por fin la suspirada letra, que cobró Marichu en Bilbao. Joshe quedaba de asistente del brigadier Mergeliza.

www.fpev.es

Palacios, al pasar por Durango, en dirección a Navarra, despidióse de la *Sociedad de Conciertos*.

—Pero ¿a Galicia? — le preguntó Storn — eso es muy arriesgado.

—¿Qué importa? *Alea jacta est.*

—¿Vas con ascenso?

—Así se me ha ofrecido.

—A la orden de usted, mi comandante.

—Baje usted la mano.

Palacios fué despedido con la marcha fúnebre de Chopín, por la estravagante sociedad.

Los Carrete y Pimentel, habían demorado su viaje a la frontera, y esperaban a Palacios en Berástegui, cerca de Tolosa. Juntos marcharon a Elizondo, donde los expedicionarios debían recibir pases e instrucciones del ministerio de la Guerra.

Organizóse el despacho de la Comandancia general. Un nuevo ayudante, Indalecio Mosquera, teniente de Caballería, aumentó el Estado mayor de Galicia y Asturias.

Por Elizondo pasó una tarde la virtuosa Reina Doña Margarita, con el Príncipe Don Jaime, en dirección a Santesteban, siendo aclamada con entusiasmo.

Otra tarde llegó el general Dorregaray, con los batallones 1.° de Valencia y Guías del Centro. Perseguido tenazmente, había podido ganar la frontera de Navarra por territorio francés. Dorregaray, que un año antes tenía la barba rubia, regresaba del Centro, con la barba blanca. Palacios le saludó y el general contestóle afectuosamente, reflejando en sus palabras la tristeza y el dolor del fracaso.

Al fin llegaron las órdenes del Ministerio de la Guerra. A Palacios se le destinaba al interior de España, en *comisión reservada del servicio*. Al día siguiente Pimentel y Palacios, atravesaron la frontera por Dancharinea y pernoctaron en Bayona. Palacios obstentaba legalmente el nombre de Sandalio Zameza, natural de Guernica y comerciante de profesión, según la cédula de vecindad, autorizada por el alcalde de aquella villa D. Norberto Apraiz y por el secretario D. Antonio Saenz de Tejada, ilustre humanista y poeta.

www.fpev.es

No sin dificultades, lograron los expedicionarios embarcar con rumbo a Santander en el vapor *Marie*, de la matrícula de Bayona. En Santander los jóvenes se separaron. Pimentel había de cumplir su comisión en Galicia, Palacios en Asturias.

La crónica guarda silencio acerca de Pimentel. Al llegar Palacios a Oviedo, su primera visita fué para el jefe civil del Principado y presidente de la junta, un Conde cuyo apelativo fuera ocioso recordar. Empezó el joven a exponer el objeto de su viaje y el Conde, con el rostro congestionado por la cólera, le interrumpió:

—¿Cómo? ¿Usted viene del Norte a renovar aquí el alzamiento? ¿No sabe usted que todas las juntas están disueltas y sus miembros desterrados o perseguidos... que tenemos embargados los bienes y que se nos vigila como si fuéramos facinerosos?

—Nada sabía de eso, señor Conde. Cumplo órdenes superiores. Usted como presidente de la junta local...

—Yo no soy presidente de nada, yo soy una víctima de *ustedes*. Mi casa está rodeada de esbirros del gobernador. La presencia de usted me compromete. Haga usted el favor de dejarme en paz.

Tableau.

. . . . . .

www.fpev.es

X

VINIERON LOS SARRACENOS...

El gobierno alfonsino había ensayado varios procedimientos para dividir a los carlistas.

Empezó por autorizar el vergonzante convenio con Cabrera, pacto solamente beneficioso para el desleal tortosino, a quien se reconocieron empleos, títulos y honores que nunca podría obstentar sin aprobio y vilipendio.

Después gestionó, en vano, el soborno de generales y jefes carlistas con mando de tropas y simultáneamente dirigió alocuciones a los habitantes de las provincias vasco-navarras, brindándoles, también sin fruto alguno, con la paz.

Y en vista del fracaso de los medios persuasivos, aquel gobierno que conservador y liberal se titulaba, resolvió concluir la guerra por la destrucción, el saqueo y el incendio del país rebelde, es decir, por el terror. Y dispuso el bloqueo riguroso de la zona carlista, por mar y por tierra, el bombardeo de las indefensas poblaciones de la costa, desde Portugalete a San Sebastián, prohibiendo en ellas la pesca y echando a pique las lanchas; la incautación, contra todo derecho, de los cereales, vinos y ganados en los puntos que habitualmente ocuparan los carlistas; la tala, el incendio y la destrucción de las cosechas que no pudieran sustraer en sus algaradas las tropas liberales; el destierro de familias afectas a Don Carlos y el embargo de sus bienes. Este programa cumplióse al pié de la letra.

Acentos de noble indignación arrancan al historiador liberal señor Villegas, el cobarde bombardeo de los pueblos iner-

www.fpev.es

mes de la costa, el incendio de Villarreal y la sustracción arbitraria de cosechas y ganados. «Tal sistema de pillaje y devastación—dice el señor Villegas—solo se concibe en gobiernos impotentes y criminales o en tribus bárbaras. Nunca, en nuestras guerras civiles, se había apelado a medios tan viles y crueles.» Y añade: «*Tan tristes ejemplos de oprobio y ruina del vencido, en que se consuma fría e impunemente la destrucción de la patria, no los han ofrecido más que los demagogos, el partido conservador y el moderado.*» (1)

Tampoco el terror produjo los efectos previstos por el gobierno de Madrid. Y acabó por donde debiera haber empezado; por encomendar a la acción de las armas el aniquilamiento de los carlistas. Aunque contaba con elementos suficientes para tal empresa, decretó quintas y empréstitos forzosos, logrando formar un ejército de más de *trescientos mil* soldados, de los que una parte destinó al servicio de guarniciones.

Fácilmente pudieron las tropas alfonsinas batir y disolver a los batallones del Centro y dominar la insurrección en Cataluña.

En Diciembre de 1875, el problema de la campaña quedaba reducido al país vasco-navarro. Sobre éste debían coincidir las tropas, distribuídas en dos ejércitos de operaciones: el de la Derecha de 50,000 infantes, 1,800 caballos y 58 piezas de artillería; el de la Izquierda compuesto de 108,000 infantes, 3,500 caballos y 116 cañones. Con tales elementos de combate y cubierta la retirada, Gonzalo de Córdoba, hubiera conquistado medio mundo.

En la última decena de Enero de 1876, comenzaron las operaciones por la extrema izquierda alfonsina con sujeción al plan del estudioso artillero señor Villegas, plan estratégico cuya originalidad atribuyóse el señor Quesada.

Débiles los carlistas ante las fuerzas decuplicadas que les atacaron (tercer cuerpo de ejército) en la línea de Valmaseda, fueron replegándose hacia el centro de la provincia, no sin

(1) Juicio crítico sobre la última guerra civil. Tomo II. pág. 264.

www.fpev.es

sostener encuentros parciales, en los que, vizcaínos y cántabros dejaron a salvo el honor de las armas.

Las tropas carlistas alavesas también se retiraron de sus posiciones sobre Villarreal, ante la acometida del segundo cuerpo del ejército de la Izquierda, internándose en Guipúzcoa.

Menos afortunado el primer cuerpo del ejército alfonsino, sufrió una completa derrota al atacar la línea atrincherada de Mendizorrotz

El batallón de Guernica prestaba servicio al sur de Bilbao, al iniciar su avance el ejército de la Izquierda. El 2 de Febrero, cuando ya Quesada había penetrado en la invicta villa, retiró el batallón sus guardias avanzadas y por el puente de Ariz dirigióse a Larrabezua. Dos días ambuló indeciso y desorientado por Rigoitia y las inmediaciones de Guernica. En la noche del 4, en unión de los batallones de Munguia y Arratia, a las órdenes del brigadier Echévarri, partió de Zugastieta. Al amanecer del 5 atravesaban silenciosos los tres batallones las calles de Durango, que momentos después habían de ocupar los soldados alfonsinos. En Abadiano y Apatamonasterio alojáronse Guernica y Munguia, marchando Arratia en dirección a Berriz. Pero Quesada no les dejó descansar. Apenas entró en Durango, con tres brigadas y la división de reserva, ordenó el avance de sus tropas de vanguardia por la carretera de Abadiano. En las alturas de Gaztelamendi y Santa Cruz tomaron posiciones los carlistas, que rompieron el fuego al aproximarse el enemigo. La noche puso término a la acción. Treinta muertos y ciento cincuenta heridos, contándose entre los primeros el coronel D. Juan Floran y el teniente coronel D. Tomás Peyrona, costó a los liberales la posesión de Abadiano. Las bajas carlistas pasaron de ochenta.

La nieve, más piadosa que los hombres, cubrió la sangre derramada, interrumpiendo durante ocho días las operaciones. El batallón de Guernica los pasó en Elorrio, arma al brazo.

El 13 de Febrero libróse la batalla de Elgueta. De los ocho batallones que componían la división carlista de Vizcaya, solo de seis pudo disponer el veterano Carasa, por hallarse el de

www.fpev.es

Marquina en Guipúzcoa y el de Somorrostro a las órdenes del general Cavero.

Por la fuerza de que constaba el batallón de Guernica, puede calcularse aproximadamente la de los demás batallones vizcaínos. Las clases de tropa ascendían en revista a 640 hombres. Descontando músicos, cornetas, asistentes, brigaderos, desertores y hospitalidades, quedarían en disposición de hacer fuego 500 fusiles. Los seis batallones podrían, por consiguiente oponer 3,000 a los 65,000 representados por los dos Cuerpos de ejército las divisiones de Alava y Vizcaya y la de reserva, con sus apéndices, no despreciables, de guardia civil, tropas irregulares, caballería, artillería, ingenieros... La desproporción entre los combatientes era enorme, ¡de *veinte* liberales contra *un* carlista! Que los 65,000 fusiles no entraron en acción ¿qué importaba? A reforzar a los seis batallones vizcaínos, concurrieron los cántabros (900 hombres), el sexto de Alava (400), la partida Solana (200) y dos compañías de Guías (150). Tales refuerzos no alteraban sensiblemente la desproporción entre los adversarios. Los batallones de Somorrostro, Asturias y tercero de Alava, a las órdenes de Cavero, habían de cubrir el paso del Deva, en Mendaro, a 15 kilómetros de Elgueta.

A las once comenzó el ataque por Campanzar, izquierda carlista, a las once y media, por las faldas de Mendizolo, extrema derecha, a las doce, avanzó por el centro, el grueso de la tropa liberal. Las compañías séptima y octava de Guernica, situadas a la salida de Elorrio, bastaron para contener y dispersar al batallón alfonsino que inició el movimiento de avance por el centro. A las dos de la tarde cincuenta cañones barrían las alturas de Elgueta, desprovista de todo atrincheramiento, y las masas liberales avanzaban en toda la línea. El anciano Carasa y su jefe de E. M. González Granda, permanecían en medio de la carretera dando ejemplo de valor a los voluntarios. Una granada reventó debajo del caballo del segundo, y al levantarse ileso fué vitoreado por las compañías de Guernica inmediatas. Avanzada la tarde, el batallón de Bilbao, retiróse protegido por otro de Cantabria, Guernica auxilió a Durango envuelto por fuerzas superiores y Solana

www.fpev.es

con sus castellanos batióse con heroísmo, protegiendo el repliegue de las compañías que habían agotado los cartuchos. Por la posición que abandonara Bilbao, avanzó resueltamente la masa liberal. Abrumados por el número y faltos de municiones, los carlistas ordenadamente se retiraron, sin dejar nn prisionero en poder del enemigo. Ya de noche, camino de Vergara, aún tocóle al batallón de Guernica, que cubría la retaguardia, batir y dispersar a los escuadrones liberales que intentaron la persecución, creyendo sin duda, a los carlistas fugitivos y desmoralizados.

En la batalla de Elgueta hallaron gloriosa muerte el capitán Apodaca, los tenientes Goiri-Esturo y Maruri, el alférez Manuel Barandica y otros bravos del batallón de Guernica, cuyos nombres no ha consignado la crónica.

La batalla de Elgueta demostró una vez más, el escaso fundamento de ciertas reputaciones militares. Quesada atacó a los carlistas por el flanco derecho, por el izquierdo, de frente y por retaguardia, puesto que el segundo Cuerpo rebasó la línea, siendo inútil la defensa del puente de Mendaro por los batallones de Cavero. Con fuerzas veinte veces superiores, cualquiera otro general hubiese aspirado al copo íntegro de los defensores de Elgueta. Y no logró hacerles ni un solo prisionero... La primera materia nada dejó que desear. Los soldados forzosos del ejército alfonsino eran tan valientes como los voluntarios del ejército carlista. Todos se batieron bravamente. Pero ¡ay! los generales... ¡qué Napoleones tan chicos los de la Restauración!

En condiciones análogas de aplastante superioridad avanzaron a los pocos días, Moriones hacia el centro de Guipúzcoa, Primo de Ribera a Estella y Martínez Campos de Elizondo a Irún. En Montejurra, Peñaplata y las Palomeras de Echalar, libráronse los últimos combates.

La división vizcaína, ante la avalancha liberal retiróse de Guipúzcoa a Navarra. El batallón de Guernica permaneció dos días entre Vergara, Zumárraga y Beasain, pasó a Mutiloa y desde este punto a Betelu, quedando a retaguardia del resto de la división y próximo a las fuerzas liberales. En Betelu reuniéronse las diputaciones vasco-navarras; pero nin-

www.fpev.es

gún acuerdo práctico tomaron ni podían tomar en sus tardías conferencias, dadas las circunstancias. El 23 de febrero trasladóse Guernica de Betelu a Lecumberri, que ocupaban varios batallones vizcaínos y guipuzcoanos, en pleno estado de insurrección.

—¡Paz y fueros!

—¡Mueran los traidores! –

Estos gritos de los insurrectos iban acompañados de frecuentes disparos al aire. El teniente coronel de Guernica ante aquel deplorable espectáculo ordenó:

—¡Gastadores! ¡a retaguardia! ¡Músico mayor! ¡toque una marcha!

Y al compás de un pasodoble atravesó el batallón de Guernica en correcta formación, las calles de Lecumberri, entre los grupos de los sublevados.

A la media hora de marcha llegó el batallón a Aldaz. El mal ejemplo cunde y los voluntarios de Guernica hubieron de participar del espíritu de rebeldía que animaba a sus compañeros de Lecumberri.

Los jefes y oficiales considerando inútil toda imposición, concluyeron por prescindir de su autoridad. Era absoluto el divorcio entre el mando y la tropa desmoralizada, unidos artificialmente hasta entonces, por el peligro común.

El Marqués de Valde-Espina, el brigadier Anrich y el coronel Sarasola, presentáronse en Aldaz, ofreciendo a los voluntarios conducirlos a Vizcaya. Formado el batallón, el Marqués tomó la bandera y esgrimiéndola desplegada exhortó a los guerniqueses a proseguir la lucha en defensa de la religión, los fueros y el rey. La belicosa arenga cayó en el vacío. Oyéronse entre filas murmullos poco tranquilizadores y volvieron grupas el Marqués y sus acompañantes. Habíase agotado la fuerza espiritual de aquel vigoroso organismo y entraba por ley de la naturaleza en el período de su descomposición.

El teniente coronel, los comandantes, la mayoría de los oficiales, el músico mayor, el físico y el capellán, tomaron la dirección de Roncesvalles, mientras aquel cuerpo sin alma, que aún titulábase *Batallón de Guernica*, con un teniente y un alférez a la cabeza, encaminóse a Pamplona, donde se entregó

www.fpev.es

a las autoridades alfonsinas y fué desarmado y disuelto. (1)

A los pocos días, el 28 de Febrero, entró en Francia Don Carlos por el puente de Arneguy. Acompañáronle fieles los batallones castellanos, cántabros, valencianos, aragoneses, el asturiano, el escuadrón de Guardias, el Regimiento de Caballería de Borbón y buen número de generales, jefes y oficiales. Otro general en jefe del Ejército de la Derecha, hubiera intentado el copo de aquellos restos heróicos de la insurrección carlista y acometido la singular empresa de hacer a Don Carlos prisionero. Pero Martínez Campos limitóse a copar las aduanas, que era más fácil y práctico expediente.

Al despedirse Don Carlos de sus tropas exclamó con voz empañada por la emoción:

—¡Volveré!

Fué la última palabra que el desventurado Rey, pronunció en tierra española, la postrera manifestación de su romanticismo.

. . . . . .

Pocos días antes de la batalla de Elgueta, el Sr. Quesada, telegrafiando a Don Alfonso, le decía:

«Señor: *La protección que Dios dispensa a las armas*, cuyo mando se dignó V. M. confiarme...»

¡Cuanta ironía! Resueltamente Dios, habíase despojado de la boina, al saber que el ejército alfonsino era veinte veces superior al ejército carlista.

Dios, en efecto, dispensa su protección a los fuertes cuando pelean con los débiles y Don Alfonso representaba la fuerza. Por la misma razón el Papa, representante de Dios, bendijo al Rey liberal y el alto clero, cantó en su honor el *Te Deum laudamus*, en todas las catedrales: Quesada podía estar seguro de la divina protección. Ya lo dijo el poeta con motivo de la irrupción de los árabes en España:

Vinieron los sarracenos
y nos molieron a palos,
que Dios protege a los malos...
cuando son más que los buenos.

(1) El autor del *Diario* guarda silencio acerca de estos episodios, cuyos pormenores debo a la excelente memoria de D. Hilario de Bilbao, músico mayor del batallón de Guernica, y actualmente diputado provincial por el distrito de Durango.

www.fpev.es

www.fpev.es

FINAL

En la emigración

www.fpev.es

www.fpev.es

I

LA ÚLTIMA LETRA

Una tarde de Agosto de 1876, hallábanse alrededor de una mesa, bajo la marquesina del café Farnié, de Bayona, tres emigrados carlistas.

Eran, según la crónica, el más viejo, aragonés, el de mayor corpulencia, vizcaíno, el más joven, castellano. El cronista omitió sus nombres y las demás señas personales; pero a continuación hubo de consignar que el aragonés vivía con un sobrino suyo comerciante, el vizcaíno trabajaba en la fábrica de chocolates de Biraben en las *Allées Marines*, y el castellano, sin parientes ni ocupaciones, dedicábase a leer cuantos libros y periódicos en sus manos caían, a escribir conmovedoras cartas a su tutor, pidiendo fondos y a componer románticas endechas en sus solitarios paseos por las orillas del Adour.

También dice la crónica que los tres emigrados habían hecho juntos gran parte de la campaña, el primero como jefe y los otros dos como capitanes del batallón de Guernica.

Todos los domingos reuníanse en Farnié y mientras consumían unas botellas de cerveza, dedicábanse a la estéril labor de reverdecer memorias y laureles y cambiar noticias e impresiones.

Aquella tarde, después de los saludos de rúbrica, abrió la sesión el vizcaíno preguntando:

—¿Hay noticias frescas?

—Tan frescas son las mías—contestó el castellano—que a pesar del calor que hace, estoy como un sorbete desde que las recibí.

www.fpev.es

—¿Pues?

Mostrando a sus compañeros una carta, el castellano añadió:

—De mi tutor. *¡El ultimatum!* Escuchen ustedes.

La crónica reprodujo los párrafos más sustanciosos de aquel documento de familia, llamado a pasar a la historia.

«Adjunta esa letra—decíale al joven su representante legal—para que liquides tus cuentas y tomes el billete del tren. Te prevengo que es la última, fíjate, *la última letra*. O te decides a volver o no esperes recibir un cuarto más. Septiembre se aproxima y es preciso que te matricules para concluir una carrera. Basta de aventuras. Ahí estás perdiendo lastimosamente el tiempo...»

—¿Qué les parece?—preguntó el lector guardándose la carta—¡La última letra! Noticia tan pavorosa dejaría más frío que la nieve al mismísimo Vulcano.

—Y ¿qué piensa usted hacer?

—Presentarme a indulto.

—¿Cómo? ¿Es posible?—replicó con gran extrañeza el vizcaíno.

—¿Qué recurso me queda? Si yo encontrara aquí algún medio de vida decoroso...

—Aplaudo su resolución—interrumpió el anciano aragonés—Ese tutor piensa bien. Yo no tardaré en tomar la misma providencia.

—Pues yo—dijo el vizcaíno—solo volveré a mi país para hacer la guerra a los enemigos de la religión y de los fueros.

—Usted, por ahora—replicó el anciano—ha resuelto el problema de la vida. Pero no todos servimos para chocolateros. Y la emigración es soportable únicamente para quien por su trabajo o sus rentas, dispone de medios económicos. El dinero hace menos sensible la ausencia de la patria. Hay emigrados que hasta ignoran el francés, pero cuentan con fondos y se entienden admirablemente. El dinero posee un lenguaje universal. Más para quien carezca de ese instrumento de cambio o de una profesión o empleo que le asegure la subsistencia, la emigración sólo ofrece privaciones. Bastantes hemos sufrido desde aquel luctuoso día de *Saint Jean Pied de*

www.fpev.es

Port. ¡Pobre ejército carlista! ¡Ejército de menesterosos! Desde los soldados a los generales todos padecíamos de la misma penuria monetaria. Vigilados por los gendarmes habíamos de elegir entre el indulto y la internación, el primero depresivo para nuestra lealtad política, la segunda irritante para nuestro honor militar. Pero a la fuerza ahorcan. Internados en Nantes, unos, los más, se acogieron a indulto, otros emigraron a las repúblicas americanas. Pocos quedamos en estos pueblos fronterizos. Se disolvió el depósito y ya los gendarmes nos dejan en paz. Pero ¿qué esperamos aquí? La Restauración apoyada en el ejército, se consolida. No me sorprende, pues, la resolución del compañero.

—¡La última letra!—exclamó el aludido—Conozco bien a mi tutor y estoy seguro de que cumple su palabra. Resueltamente mañana mismo me presento al cónsul, liquido mis cuentas y... *a Madrid me vuelvo.*

—Es la determinación más sensata que puede usted tomar —concluyó el exjefe de Guernica.

II

ILUSIONES Y REALIDADES

El vizcaíno mostrábase disconforme con la opinión de sus antiguos compañeros de armas.

—¿Y si yo les dijera—preguntó bajando la voz—que en Vizcaya se prepara algo gordo? Me escribe mi primo el cura, que no falta gente resuelta. Lo que faltan son armas. De los primeros sería yo que volvieran al monte.

—No sea usted iluso—contestó el aragonés—Hoy un alzamiento no encontraría apoyo en el país, empobrecido por la guerra y quebrantado moralmente por el desastre final. Los alfonsinos harán en favor del clero, y no por devoción, ni por amor a la Iglesia, sino por miedo, cuanto hubiese hecho Don Carlos. Ya ven ustedes cómo halagan a los obispos y a las comunidades religiosas. Los jesuítas empiezan a invadir las

www.fpev.es

principales poblaciones. Detrás iran todas las órdenes monásticas. No tardará España en poblarse de conventos.

—Ya me gustaría—interrumpió el vizcaíno—de no alzarnos en armas yo me metería fraile.

—No le faltará a usted plaza de lego. Pero es usted un diamante en bruto, y perdóneme la franqueza, que soy aragonés; y los frailes le dedicarán a hacer tareas de chocolate si no le mandan a la huerta a destripar terrones o a mover la noria en clase de caballería.

—Atroz es usted; mala lengua tiene, pues,—murmuró el de Vizcaya sin darse por ofendido.

El castellano rióse de la ocurrencia del aragonés, quien prosiguió muy serio su discurso:

—Pues satisfecho el clero habrá desaparecido una de las causas de la insurrección. Y cualquier intentona por los fueros o por la Legitimidad, sería rápidamente sofocada. Todo el país vasco-navarro está convertido en un campamento. Además, nada se sabe de Don Carlos; los generales van presentándose a indulto y los que aún vegetan en la emigración carecen de prestigio. Nada, pues, poseemos de lo que exige la guerra, ni dinero, ni jefes, ni armas, ni organización.

—Tampoco teníamos nada de eso cuando salimos al monte hace cuatro años. Yo aseguro que, por lo menos, los oficiales vizcaínos del batallón de Guernica, siempre están dispuestos a volver al campo.

—¿Qué ha sido de ellos? Desde mi reemplazo, meses antes de concluirse la guerra, no he visto más que a ustedes y a unos cuantos que han pasado por aquí.

El vizcaíno, empezó a recordar nombres a partir de los primeros jefes. D. León Iriarte, gobernador militar de Guernica, sorprendido por fuerzas del ejército de la izquierda, fué preso, quedó libre bajo fianza y emigró a San Juan de Luz, Olascoaga pesentóse a indulto y vivía en Durango, Martínez que sucedió a D. Manuel Rodríguez, en el mando del batallón estaba en París empleado en un comercio. Castro y Albar en Madrid. Acogidos a indulto, residían en sus respectivos pueblos Eusebio de Obieta, Aurre, Amesti, Estefania, Omar, Azurmendi, Mariano Maruri. Arechederreta, Sainz, Echeva-

www.fpev.es

rría. *Goirichu*, Solaguren, Bilbao, Urandúrraga, Iraola, Castañiza, Ugarte, Goitia, Zarrabe, Gondra... Por una genialidad de Carasa que molestó a Muzquiz, éste pidió el pase a un batallón navarro, vivió aquí con su tío Eusebio tres meses y ahora residía en Pamplona. Guerequiz estaba en San Juan de Luz, empleado en una fotografía, Guisasola, cerca de Bayona, trabajaba de peón de albañil...

—No sé el paradero de los demás—añadió el vizcaíno—En la batalla de Elgueta murieron Apodaca, José Maruri y mi hijo Manuel.

Al pronunciar este nombre la voz del vizcaíno, velada por la emoción, perdió su timbre habitual.

—¡Pobre hijo mío! Tan noble, tan delicado, tan digno... morir en plena juventud...

—Murió como un valiente—dijo el castellano.

—Pero murió... y esa es mi pena. ¿Qué me importa lo demás?

Y el vizcaíno refirió el suceso. Su hijo al frente de una sección defendía el paso de la carretera de Elorrio. Él estaba en una altura próxima con el resto de la compañía. El enemigo avanzó en grandes masas. Agotáronse las municiones. Sonó el toque de retirada. Y allí al pié de un castañar, herido por un proyectil en la cabeza, quedó solo, abandonado, desangrándose, sin humano ni divino auxilio que tal vez implorara el pobre en su agonía... Ni el triste consuelo tuvo de darle el último abrazo y cerrarle los ojos... Camino de Vergara supo la faltal noticia... Quiso volver para morir a su lado... Era de noche y el enemigo ya estaba en posesión de Elgueta... No existía dolor comparable al de la pérdida de un hijo. Era el dolor supremo.

Y aquel hombrachón rudo, imponente en sus hechuras de gigantesco aldeano; que parecía insensible al dolor, prosiguió hablando de su hijo con la elocuencia conmovedora y la ternura de una madre.

Los compañeros oíanle respetuosos.

—Por él, por mi hijo, quiero volver a Vizcaya; pero en son de guerra...

—Hoy sería un sacrificio inútil—observó el aragonés—

www.fpev.es

porque las cuatro provincias están ocupadas militarmente.

—¿Y si se alzasen los republicanos?—interrogó el de Castilla—Desde París preparan conspiraciones los desterrados por Cánovas. Cuenta Ruiz Zorrilla con numerosos partidarios en el ejército, y, en las capitales, la Restauración es más odiosa que la República...

—¡Ilusiones!—objetó el aragonés—El país está tan cansado de trastornos como el ejército de política revolucionaria. Se han limitado las atribuciones de los sargentos, y en cuanto a los jefes y oficiales, para combatirnos a los carlistas creáronse nuestros batallones durante la campaña, prodigáronse las recompensas y al correr de las escalas los capitanes ascendieron a coroneles y los jefes a generales. Son intereses creados que no se arriesgan en aventuras políticas. Y sin el concurso del ejército permanente ninguna insurrección puede triunfar. Buen ejemplo somos nosotros. Entre los partidos que aspiraban al poder después de la Revolución, sólo el carlista reunía condiciones para formar un ejército. Y tras estériles tentativas de heróicos partidarios, al fin lo formó. ¿Por qué no ha triunfado? Porque nunca pudo conseguir la cooperación del ejército regular. A Ruiz Zorrilla, pues, le espera el más completo fracaso en las actuales circunstancias. Los generales de la República o han claudicado o no mandan fuerzas, sustituídos por los generales alfonsinos. Y en cuanto a las masas republicanas hoy son inofensivas.

—Conforme—apuntó el castellano—pero tales pudieran ser los errores de los gobiernos alfonsinos que obligaran al elemento militar como en 1868, a despedir a la monarquía. Entonces, tal vez, una parte del ejército evolucionase hacia Don Carlos, como la única salvación de España.

—Eso no lo veremos nosotros—observó el aragonés—.En el puente de Arneguy, que atravesó Don Carlos el 28 de Febrero, podría grabarse la inscripción dantesca, sin temor de que ningun carlista de los que vivimos tuviera derecho a borrarla.

—El porvenir es una interrogación—replicó el castellano. —Rara vez se consolidan las restauraciones y algunos casos nos ofrece la historia de Francia en este siglo. ¿Quién es ca-

www.fpev.es

paz de prever las crisis que pueden modificar el régimen político en España dentro de diez, de veinte, de cincuenta años?

—¡Bah! ¡bah! ¡dentro de cincuenta años!... Entonces ni Don Carlos vivirá.

—El ideal nunca muere. Vivirá Don Jaime. El carlismo siempre tendrá una representación en la rama legítima.

—¡Triste esperanza! Preferible hubiera sido que Don Carlos autorizase oportunamente un convenio.

—¿Un convenio? jamás—exclamó el castellano.

—¡Jamás!—añadió el vizcaíno.

—Calma, calma, no sulfurarse; déjenme que me explique.

El aragonés apuró un vaso de cerveza e infló y desinfló los carrillos.

III

ESTÉRIL DISCUSIÓN SOBRE UN CONVENIO IMAGINARIO

—Sostengo—prosiguió el viejo aragonés—que hubiera sido preferible un convenio a que la guerra terminase como concluyó y voy a expouer la razones. Instintivo es en los hombres atenuar sus males, hacer menos sensibles los efectos de sus errores o de sus desgracias. En un incendio se procura evitar que sean pasto de las llamas los edificios, los muebles, los valores fiduciarios, las alhajas, los ganados, las mieses, los productos de la industria, hasta los árboles y las hierbas en los predios forestales. De la inundación, del naufragio se salva lo que se puede. En la guerra misma, los defensores de un fuerte, de una plaza, cuando ya desesperan del socorro, capitulan para salvar vidas y haciendas, sin detrimento del honor militar. En los últimos meses de 1875, todos presagiábamos el desastroso fin de la campaña. Vencida la insurrección en el Centro y Cataluña era de esperar que todas las fuerzas liberales concurrieran al Norte. Nos bloquearon por mar y por tierra. Un círculo de bocas de fuego nos impedía salir de nues-

www.fpev.es

tras líneas. La ola avanzaba. El naufragio era seguro. Más de 250.000 hombres, bien pertrechados, venían a contender con 25.000 carlistas escasos de municiones. Nuestra derrota era indiscutible. En tan críticos momentos aún se nos ofrecían condiciones aceptables para una transacción honrosa. Aún podían salvarse los fueros y los derechos comprometidos de los carlistas leales.....

—¡Oh! los fueros—interrumpió bruscamente el vizcaíno—Su abolición ha sido una infamia, un atropello que ha de costar más sangre que la vertida en la última guerra.

—Está usted en un error—apuntó el castellano.—Tan respetables eran los fueros por los Reyes reconocidos a Castilla, Aragón, Cataluña y Valencia. Por causas históricas que no he de recordar, otros Reyes los abolieron. Y ¿qué han hecho las regiones perjudicadas?

—Resignarse ante la fuerza, que siempre fué la reguladora del derecho—contestó el aragonés—lo que hacen hoy las provincias vascongadas, lo que hicieron los legitimistas de la Vendée y los heróicos hijos de Polonia y los leales partidarios de los Borbones de Italia al perder estos sus dominios y Pío IX al ser desposeído de sus estados; lo que dijo en sus *Máximas* el general francés Duque de Levis: «Cuando toda resistencia es inútil, la sabiduría se somete, la bajeza adula, la fiereza soporta y calla. Resignarse, antes que sucumbir aniquilados, es el destino de los débiles.»—Pero en el período a que aludo de nuestra campaña, aún no había llegado el caso del predominio de las fuerzas liberales, Estábamos en posesión de la mayor parte del país vasco-navarro. Sosteníamos tenazmente nuestras líneas. Se nos consideraba como beligerantes temibles. El ejército carlista registraba una serie de victorias, en su honroso historial de tres años. El gobierno de Madrid, a cambio de la paz, necesaria para consolidar la Restauración, nos hubiese otorgado toda clase de concesiones. Los pueblos vasco-navarros habíanse arruinado por la Causa. ¿Qué menos que procurar la salvación de sus fueros, cuando la perspectiva de dos ejércitos enemigos hacía imposible toda resistencia y segura la catástrofe? Muchos generales, jefes y oficiales carlistas procedíamos del ejército nacional. La milicia era

www.fpev.es

nuestra carrera única. Habíamos reducido a la indigencia a nuestras familias por defender la Causa. Los mismos hijos del país y los voluntarios de otras regiones, jefes y oficiales por méritos de guerra, habían abandonado sus anteriores medios de vida. Algún derecho tenían a que se reconocieran sus sacrificios.

—Eso quiere decir que usted hubiera aceptado un convenio, como el de Vergara...

—Sí, un convenio. Abrazo de hermanos, olvido de discordias, satisfacciones mútuas, reconciliación. ¡Cuántos actos más humillantes tendrán ustedes que ejecutar los carlistas jóvenes en la lucha por la vida! ¿Qué era preferible, el convenio o la emigración? Con el convenio ¡cuánta dignidad para nosotros! Hubiésemos tratado con los alfonsinos de potencia a potencia y obtenido, aparte de otras concesiones, el reconocimiento tácito de nuestros principios, de nuestra fuerza, de la virtualidad del carlismo en la política española. Disuelto nuestro ejército sin condiciones, hemos quedado a merced del enemigo. Con el convenio las provincias vascongadas y Navarra conservarían sus fueros y los jefes y oficiales, reconocidos, aunque circunstancialmente no prestáramos servicios a Don Carlos, serviríamos a la patria al servir en el ejército español. ¿A quién podía perjudicar? Al presupuesto de la nación. Y como la nación estaba sedienta de paz, todo el mundo hubiese aceptado sin protesta el pequeño aumento de gastos que la paz imponía. El ejército regular tampoco había de discutir las condiciones del convenio. ¿Quién contribuyó a que se restableciera la disciplina tan relajada en 1873? El carlismo. ¿Cuál fué la causa principal de que corrieran las escalas? El carlismo. ¿Por qué ascendieron a jefes y generales los tenientes y comandantes del período republicano? Por el carlismo. Pues este promotor de tantas brillantes carreras, bien ganado tenía el derecho a participar de un capítulo del presupuesto nacional. Terminada la guerra sin un pacto que salvara tantos intereses, la región por nosotros ocupada sufre la ley del vencedor y los jefes y oficiales quedamos indefensos, en desastrosas condiciones para luchar por la vida. Se habla de la paz, encomiando sus beneficios. La paz es para los vencedores.

www.fpev.es

Yo soy viejo y a nada aspiro, más para los jóvenes, ahora es cuando empieza la guerra, más dura, más azaroza que la de las armas. Fué un error político de Don Carlos. Pudiendo salvar gran parte del edificio a tanta costa levantado, presenció impasible su total derrumbamiento y fueros, derechos, honores, influencia moral, todo se perdió, todo, sin esperanza de compensación.

—No estoy conforme con sus ideas acerca del convenio—objetó el castellano—Ya hubo un conato de convenio; el de Cabrera. Y ¿quién le aceptó? En el Norte nadie. Pero en la hipótesis de la posibilidad de un pacto, con el enemigo ¿qué general carlista se hubiese atrevido a iniciar las negociaciones?

—Cualquiera, previamente autorizado por el Rey. Puesto que su triunfo personal era por el momento imposible, la salvación de los fueros y el ingreso en la milicia de sus leales, hubiesen sido en lo porvenir base firme de nuevas reivindicaciones. ¿Quiénes iniciaron la última campaña? ¿Quiénes contribuyeron a fomentarla y sostenerla? Ollo, Lizárraga, Dorregaray, Larramendi, Mendiry, Andéchaga, Mongrovejo, Carasa y tantos otros generales carlistas, todos procedentes del convenio de Vergara. Al ser destronada Doña Isabel, el partido carlista parecía muerto. Sí, el cadáver se galvanizó, si pudo organizar batallones, fué gracias a la pericia de esos antiguos caudillos que, por servir en el ejército, no habían olvidado sus hábitos militares. Si dentro de algunos años las circunstancias exijen del carlismo un nuevo esfuerzo que salve al país de la anarquía, no habrá ningún jefe capacitado para mandar un batallón. Por mis años ya no lo veré; pero los jefes y oficiales de hoy, que sobrevivan, serán entonces curas, comerciantes, boticarios, labradores, chocolateros, albañiles, mendigos, cualquier cosa, menos militares. Don Carlos, con su pasividad ante la catástrofe, además de perder los intereses de sus pueblos y voluntarios, comprometió para siempre el triunfo de su personal soberanía.

—No discuto si fué viable una transacción con el enemigo, ni los beneficios particulares que pudo reportar; pero, sobre los intereses económicos, un partido romántico y espiritnal como el carlista, coloca los ideales que el Rey legítimo repre-

www.fpev.es

senta. Con el Rey todo, sin el Rey nada. El Rey es un símbolo. A su legitimidad acompañan indisolublemente unidas las ideas de religión y patria. Hizo, pues, muy bien Don Carlos en eludir toda negociación encaminada a celebrar transacciones con los liberales. Es más digno, más noble conservar inmaculado nuestro lema que mancillarle por transitorias ventajas materiales. Nnestra tenacidad en defenderle íntegro hasta el último momento, aún perdida toda esperanza de triunfo, tiene mucho de grande, tiene la grandeza moral de los débiles que se oponen a los fuertes; sabiendo que han de sucumbir... Yo aplaudo la intransigencia de Don Carlos.

—Habla usted como un poeta—replicó el aragonés—y los poetas suelen vivir en mundos imaginarios. En la vida real. antes que a los anhelos del espíritu, hay que atender a las necesidades de la materia. El pensamiento está subordinado al estómago y la pasividad de Don Carlos nos condenó a forzozo ayuno. Y con el estómago vacío ¿quién piensa en ideales? Nada más ridículo que un pobre haciendo alardes de dignidad. Pronto rectificará usted su romanticismo en pugna con la prosa de la vida. De lo contrario muchas decepciones le esperan. La independencia de que blasona, la abstracción que pretende de los hechos consumados, sólo pueden mantenerse con dignidad merced a la posesión de medios económicos. Un Chambord, un Enrique V de Francia, millonario, puede negarse a ser rey de la revolución. Un Carlos VII, de España, si cuenta con fortuna, no necesita descender a transacciones que manchen un pliegue de su bandera. Los legitimistas franceses y los carlistas españoles, ricos por su casa, pueden perseverar en su culto al ideal político sin pedir favores a los liberales. Pero los desheredados de la fortuna no tenemos derecho a la elección de amo, ante las necesidades de la vida. Nadie pierde la honra ni quebranta sus principios por aceptar una transacción impuesta por las circunstancias. ¿Qué hemos adelantado con ser intransigentes si todo, hasta la esperanza en el triunfo del ideal que usted pondera, se ha perdido?

—Todo, nó. A los carlistas leales nadie nos discutirá la gloria...

www.fpev.es

—¡Ta! ¡ta! ¡La gloria! La gloria de morirnos de hambre. Eso sí que es ideal.

Pues con perdón de la gloria
mucho más estimaría
vivir en el mundo un día
que cien años en la Historia

Ya ve usted que aunque no soy poeta he leído versos. Y ¿dónde está la gloria? ¿Quién nos la reconoce? Nadie. Ni los adversarios que nos vencieron, ni el clero cuyos intereses defendimos, ni las provincias que nuestros combates presenciaron. Verdadera gloria es la del que triunfa. Para él son las felicitaciones, los aplausos, los recuerdos honoríficos, y las recompensas materiales. El vencido sólo inspira desestimación cuando no desprecio. Hay que prescindir de ilusiones y colocarse en el plano de la triste realidad. Nosotros, convénzanse ustedes, fuímos vencidos y la gloria corresponde a los vencedores.

IV

NI VENCIDOS NI CONVENCIDOS

Apenas el castellano apuró un vaso de cerveza, apresuróse a contestar a su antiguo jefe:

—Padece usted otro error. Ni vencidos ni convencidos. El vencimiento supone lucha y nuestros batallones se disolvieron sin combatir. Los últimos hechos de armas fueron episódicos. Ninguno tuvo el carácter de derrota, de las que resuelven una campaña. Sin resistencia alguna los batallones se entregaron al enemigo. Pero en la historia de la guerra hay más páginas de honor para el ejército carlista del Norte que para el ejército liberal. Y convencidos tampoco. ¿Quién podrá convencerme de que Don Alfonso cuenta con más partidarios que Don Carlos? Cuando España era presa de la anarquía

www.fpev.es

¿dónde estaban los alfonsinos? Nosotros creamos cien batallones y los alfonsinos no hubiesen podido disponer de cien hombres para levantar una barricada en las ciudades o una partida en los campos. Nuestro ejército era todo voluntario, nuestros soldados y jefes eran todos carlistas. Nadie me convencerá de que los jefes y soldados que nos combatieron fuesen alfonsinos. Los soldados eran forzosos, los jefes profesionales de la milicia. Con el mismo sentimiento del deber que ahora sirven a Don Alfonso, habían servido a Doña Isabel, al gobierno de la Revolución, a la regencia de Serrano, a Don Amadeo y a la República. Obedecen al gobierno constituído. Nos combatieron a los carlistas como hubieran podido combatir a otros elementos políticos que perturbasen el orden público. Nunca, pues, me convencerá usted de que fuímos vencidos en buena lid, ni podrá persuadirme de que Don Alfonso, impuesto por una sedición militar, tuviese más simpatías o más defensores que Don Carlos.

—Bueno; tuvo más fortuna. Lo cierto es que Don Carlos no triunfó.

—No triunfó por los traidores—observó el vizcaíno.

—Esa es una vulgaridad de aldeanos y curas. En el ejército carlista como en el liberal hubo casos de deserción entre los que figuran los engañados que se adhirieron al convenio de Cabrera, pero no traidores. Ahora está escribiendo Oliver un libro sobre la traición del Centro, otra calumnia. Generales, jefes y oficiales dieron sobradas pruebas de lealtad. Quienes a última hora faltaron a su deber fueron las clases de tropa vasco navarras...

—Que después de cometer actos de indisciplina, se presentaron al enemigo.

—Cansados de una lucha estéril.

—Pero no vencidos—insistió el castellano.

—Y convencidos tampoco—añadió el vizcaíno.

—Para el caso es igual.

www.fpev.es

V

DISOLUCIÓN DE UN EJÉRCITO

El aragonés encendió un cigarro y después de soplar varias veces, según su costumbre inveterada, habló de esta manera:

—La rapidez fulminante con que se disolvieron los batallones vasco-navarros atribúyese a dos principales causas: a la superioridad del enemigo y al agotamiento de los recursos del país. No actuaron, a mi juicio, tales causas, como generadoras de la disolución. Si acaso pueden incluirse en la categoría de las causas finales. Desde los comienzos de la campaña siempre combatimos contra fuerzas superiores y jamás los carlistas, al entrar en fuego, contaron el número de sus adversarios. Y la escasez de recursos económicos no impidió que las primeras partidas, que carecían de todo, se convirtieran en un aguerrido ejército, al que nada faltó durante veinte meses, gracias a la honrada administración de las diputaciones forales. Las verdaderas causas de la descomposición repentina de aquellos batallones, corresponden al dominio de la ética, son causas morales que se suceden, apoyan y combinan con anterioridad a febrero de este año, en que rápidamente exteriorizan sus desastrosos efectos. La insurrección en sus principios tuvo valientes partidarios: pero faltó un Zumalacarregui, un caudillo de pericia extraordinaria que con sabio ordenamiento de los recursos disponibles, encauzase las corrientes de valor, fuerza y entusiasmo en el carlismo contenidas. Y como ese genio de la guerra no se revelara y Ollo, el más experto de nuestros generales, sucumbiera prematuramente, la ética colectiva que tantos corazones había unido y tantas victorias soñado, empezó a declinar a los primeros reveses, fué quebrantándose por los errores y desaciertos del alto mando en el curso de la campaña y concluyó por desaparecer. Realmente el desaliento de los batallones tuvo su origen en la infausta noche de la retirada de Bilbao, Que después de esta operación quedó intacto el ejército car-

www.fpev.es

lista y obtuvo algunas victorias. Los hechos de armas posteriores pueden considerarse como el producto del trabajo acumulado y de la velocidad adquirida en largo período de preparación de los carlistas a favor de los errores, desaciertos y divisiones de los liberales. El sitio calamitoso de Irún, las victorias de Abarzuza y Lácar y los demás combates librados hasta el fin de la guerra, no fueron más que las convulsiones de un poderoso organismo, herido de cruel dolencia y que lucha contra la muerte por instinto de conservación. Grande era la fe que los voluntarios tenían en el triunfo definitivo durante el primer período de la campaña. Más, para que la moral de tropas insurrectas no se debilite, es preciso, ante todo, que esas tropas abriguen una confiaza ciega, absoluta en la pericia del general que asuma el alto mando. Y el ejército carlista perdió la que le inspiraba el general Elío, desde los errores que en Galdames cometiera y que se tradujeron por el alzamiento del sitio de Bilbao. El Rey sustituyó a Elío por Dorregaray en la jefatura del E. M. La sustitución se imponía a raiz del fracaso; pero ¿por qué sustituyó el Rey a Dorregaray después de la victoria de Abarzuza? Dícese que tal medida obedeció a intrigas cortesanas. Lo cierto es que Dorregaray, quedó desprestigiado. Y lo propio ocurrió con Mendiry, sucesor de Dorregaray después de otra victoria: la de Lácar. Y a Mendiry sucedió Pérula y éste fué reemplazado por el Conde de Caserta. Los generales destituídos quedaban militarmente desacreditados, el Rey nada ganaba y la moral de las tropas se perdía. Otra de las causas de desmoralizadora influencia en nuestro ejército fué la obsesión de los sitios y de las líneas. Tal sistema con sus monótonas avanzadas y sus estériles aunque sangrientas escaramuzas, con el estancamiento de las fuerzas en las mismas posiciones entre escasez, miseria y constante exposición a la muerte oscura y sin gloria ¿no habían de deprimir la moral del soldado? Al relajamiento de esa moral contribuyó también la falta de satisfacción interior, prenda de disciplina en los organismos militares. Aparte de algunas medallas de carácter colectivo no hubo equidad en las recompensas. Mientras jefes y generales eran ascendidos y condecorados por méritos, a veces, discutibles,

www.fpev.es

muchos volutarios, la mayoría, volvieron a sus hogares sin poder obstentar en su pecho una cruz después de tres años de campaña en lo que habían concurrido a numerosos combates y escaramuzas. Las rencillas y competencias entre los jefes superiores, las diferencias entre los comandantes generales y las Diputaciones vasco-navarras, celosas de su autonomía foral, los procesos formados a dignísimos generales y jefes y la actitud pasiva del Rey, completan el cuadro de las causas que contribuyeron a la decadencia moral del ejército carlista y a su rápida disolución. ¿Qué objecciones pueden ustedes hacerme?

—Reconozco la certeza de los hechos—constestó el castellano—pero no hay en ellos justificación a los actos reprobables de los voluntarios en los últimos días de la campaña.

—Si conviene usted en las premisas ha de aceptar las consecuencias. Muy sensible es que Egaña y Ramajos, pagaran con la vida errores que no eran suyos; pero no se puede excitar en vano a la tropa insubordinada y ellos la dirigieron palabras injuriosas. Los voluntarios, al censurar a los generales, interpretaban su impericia por traición. La indisciplina de los llamados a obedecer guardaba, hasta cierto punto, relación con el desprestigio de los que no habían sabido mandar. Los rebeldes que proferían amenazas contra los generales en Leiza, Lecumberri y Aldaz, no eran ya soldados de un ejército, eran facciones desmoralizadas por el fracaso de la acción directiva....

—Traición creyeron y...—apuntó el vizcaíno.

—No hicieron falta traidores para que se disolviera el ejército vasco-navarro, invadidos por tantos gérmenes de descomposición. Perdida su fuerza moral, sin el espíritu que le dió vida, se descompuso y disolvió obedeciendo a las leyes naturales que rigen las funciones de todo organismo. Lo extraño es que esos síntomas de muerte no los supieran apreciar ni el Rey, ni sus flamantes consejeros. Don Carlos, el primer romántico de la Causa, joven, valiente, impetuoso, seguro de su derecho, con la fe del iluminado en los destinos de su realeza, nunca descendió a observar la psicología de sus tropas. Pero a los consejeros que le rodeaban, algunos de notoria

www.fpev.es

sensatez por su cultura y su experiencia, no podía ocultárseles la desmoralización ambiente y no ignoraban que dos ejércitos formidables se apercibían a envolvernos y aniquilarnos. Nuestro triunfo era ya imposible, *con imposibilidad absoluta*. Nuestro sostenimiento en el país había de ser difícil en cuanto avanzaran las divisiones enemigas. ¿Por qué no exponer al Rey toda la importancia de esos dos factores, (desmoralización de sus voluntarios y operaciones de los ejércitos alfonsinos) que actuaban en favor de una próxima catástrofe? Los soldados no son de plomo; oyen, meditan, discurren y juzgan. Mejor que los consejeros apreciaron la inutilidad de proseguir la guerra.

—Las mismas causas debieron de influir en la indisciplina de los castellanos, aragoneses, cántabros y astures que acompañaron al Rey a la emigración. Todos, sin embargo, permanecieron disciplinados....

—Unidos por el peligro común y por su acrisolada lealtad a la persona del Rey. Pero vascos y navarros que habían hecho la guerra en sus montañas y las creían inconquistables, al ver la facilidad con que las invadieron los ejércitos enemigos, acabaron por perder toda esperanza de rehabilitación. Y agotada su fuerza moral, surgió la indisciplina, con sus lamentables consecuencias. Así me explico la rápida disolución de los batallones vasco-navarros. ¿Pudo evitarse? Creo que sí; ya lo he dicho. Por un convenio, cuya oportuna negociación debió de entrar en las previsiones del alto mando carlista, porque con disciplina o sin ella, todo estaba perdido en los últimos meses de 1875. Entre dos males se acepta siempre el menor....

VI

EL MAL MENOR

Un silencio prolongado sucedió a las manifestaciones del viejo aragonés.

—Protesto contra esa teoría del mal menor—dijo al fin el castellano—.De aceptarla, los hombres no hubieran pasado de

www.fpev.es

la Edad de Piedra. No figurarían en la Historia ni audaces conquistadores, ni arriesgados navegantes, ni atrevidos mercaderes, primeros heraldos de la civilización. Por evitarse riesgos y peligros la humanidad seguiría faccionada en tribus nómadas, alimentándose de los frutos de la tierra como en los primeros tiempos bíblicos. Practicando la teoría del mal menor no cantaran nuestros literatos las heroicidades de Numancia y Sagunto, ni la epopeya de la Reconquista, ni Colón descubriera un Nuevo Mundo, ni lograran nuestros reyes constituir una nacionalidad en cuyos dominios no se ponía el sol. Postrándose ante el diablo pudo evitar Jesucristo la ignominia de la cruz y sus doctrinas no se extendieran tan rápidamente sin esa legión de santos y mártires que perdieron la vida por la fé. Los fariseos, los doctrinarios a la española, profesan teoría tan deprimente para el verdadero espíritu cristiano y para la misma dignidad humana. Y con ellos la practican muchos políticos profesionales. Los que injuriaron a Doña Isabel, se han sometido servilmente a su heredero. Los ofendidos conviven con los ofensores, las víctimas con los delincuentes. Todos son iguales: unos bellacos. Todos se escudan en ese comodín del mal menor para adherirse como plantas parasitarias al débil tronco de las nuevas instituciones. Admiro la clarividencia de Don Carlos al rechazar toda sugestión inspirada en esa teoría. Sin duda pensó en que el triunfo de su primo, explotado por esa gente idólatra del éxito, es el mayor mal de os males que puedan afligir a nuestra patria.

VII

LOS TRES MATICES DEL CARLISMO

Por el lado de la plaza de Armas apareció bullanguera multitud, cuya presencia distrajo la atención de los emigrados, interrumpiendo sus divagaciones. Era el público de los toros que volvía de *les Arenes*, donde habíanse lidiado aquella tarde vacas landesas.

www.fpev.es

Los grupos, que llenaban toda la *rue Bernede*, detenían se al desembocar en la *place de la Liberté*.

—*¡L'orpheon!, ¡l'orpheon!*—gritaron algunos.

—¿Vamos a oirle?—preguntó el vizcaíno.

—Vamos allá.

Una muralla humana impedíales aproximarse al círculo formado por el orfeón bayonés.

Las sombras de la noche comenzaron a invadir la ciudad y la luz de los faroles confundíase con las últimas claridades del crepúsculo.

Después de cantar el orfeón algunas piezas admirablemente concertadas, el público pidió *la Marsellesa*. A las primeras frases *les enfants de la patrie*, vigorosamente emitidas por el coro de tenores, los murmullos cesaron y algunos oyentes se descubrieron con solemnidad religiosa. Nutrida salva de aplausos entre ¡bravos! repetidos premiaron la artística ejecución del himno revolucionario.

Al vizcaíno brillábanle los ojos de entusiasmo y en el idioma de su patria, por considerarle quizás más expresivo, exclamó:

—*¡Ederra! ¡Ederra!* (1)

Recordábale, sin duda, aquel espectáculo manifestaciones semejantes de sus paisanos, cuando las charangas de los batallones carlistas tocaban el *Guernicaco Arbola*.

El orfeón había concluído su programa. La multitud despidióle con aplausos y comenzó a disolverse, tomando distintas direcciones.

Los tres emigrados, el aragonés en el centro, siguieron, entre los grupos, por la acera del muelle.

—Ahí tienen ustedes un pueblo feliz—dijo el aragonés—. El trabajo absorbe su atención durante seis días de la semana. El domingo oye misa y se divierte. Esta mañana asistía a las fiestas religiosas llenando las naves de la catedral; esta tarde se ha esparcido por el campo, distrayéndose en su diversión favorita o en alegres excursiones. En plena república, ejercita sus derechos, trabaja, estudia, produce y economiza.

—De no reinar Don Carlos—observó el vizcaíno—ya me

(1) ¡Hermoso! ¡Hermoso!

www.fpev.es

gustaría en mi país la república, siempre que respetara la religión y reconociera los fueros. No me asusta el nombre. Repúblicas son y así se llaman todas las anteiglesias vizcaínas.

—A juzgar por el ensayo—replicó el aragonés—la república en España no es viable. Para que lo fuera se necesitaría más instrucción en el pueblo y menos intransigencia en los republicanos directores. El pueblo traduce en desorden y anarquía esa forma de gobierno y los intelectuales llamados a representarla pretenden hacer tabla rasa de la historia al combatir creencias, privilegios e instituciones que tienen raíces seculares. Descartado por ahora el triunfo de la monarquía legítima, sólo puede aspirarse a la constitución de un gobierno fuerte que imponga respeto en el exterior y mantenga en el interior la paz tan necesaria al desarrollo de la agricultura, del comercio y de la industria; que administre bien y fomente la instrucción; que conserve, como precioso legado de los Reyes Católicos, los restos de nuestro imperio colonial; que proteja la religión de nuestros padres y satisfaga las justas aspiraciones de los vasco-navarros, restableciendo sus fueros; que son otro legado histórico; un gobierno que, como ha dicho Cánovas del de Don Alfonso, venga *á continuar la historia de España*, (1) es decir, un gobierno carlista sin Don Carlos.

—Eso es absurdo—manifestó el castellano.—Un gobierno carlista sin Don Carlos y... *sin carlistas*, sería como un *civet* de liebre sin liebre, una ficción. Yo considero imposible que Don Alfonso constituya un gobierno fuerte. En primer lugar debe ese joven la corona a un pronunciamiento y rara vez cristalizan en fuerza los poderes impuestos por sediciones militares. Es un vicio de origen que no pueden corregir ni

(1) Esta frase de Cánovas del Castillo contradice las ideas fundamentales de su *Historia de la decadencia de España*, cuyos capítulos más instructivos son los dedicados a la censura de los Reyes de las Casas de Austria y de Borbón, *como enemigos de los adelantos, desmembradores de nuestro territorio y causantes del decaimiento del carácter nacional*. Para ser consecuente con sus ideas de filósofo de la Historia, Cánovas político, debió decir que la Restauración venía no *a continuar la Historia de España* sino *a continuar la Historia de la* **decadencia** *de España* Y no se hubiera equivocado.

www.fpev.es

legitimar esas Cortes, *antes deshonradas que nacidas*, fruto laborioso del negociado electoral del ministerio de la Gobernación. Fáltanle, pues, a Don Alfonso, la aureola del derecho divino y la sanción de la voluntad de los pueblos, únicas fuentes de soberanía. No le concedo ni la *media legitimidad* que ostentó su madre. Sus mismos gobernantes desdeñan esa fracción del derecho divino. Por Bayona circulan duros españoles con la efigie de Don Alfonso, y en la inscripción que la rodea dice concisamente: *Alfonso XII, Rey de España. 1876.* En el reverso aparece el escudo nacional circundado de las fórmulas referentes a la ley, al peso y al valor de la moneda, reproducidas de los duros acuñados por el gobierno provisional de la Revolución y por los de Don Amadeo. Es decir, que el ministro de Hacienda no se atreve a manifestar que Don Alfonso sea Rey *por la gracia de Dios y la Constitución*, considerando, sin duda, que ocupa el trono solamente *por la gracia* de Daban y Martínez Campos, No puede por otra parte generar un gobierno fuerte el Rey que desde el primer momento se alía con los enemigos de su madre queson los suyos. En el ministerio actual figuran Ayala, autor del manifiesto de Cádiz, el más injurioso documento que se ha escrito contra Isabel II, como mujer y como reina, y Romero Robledo a quién se atribuye la célebre inscripción que tantas veces leí en el zócalo del caserón de la Aduana: *Cayó para siempre la raza espúrea de los Borbones, Justo castigo a su perversidad.* Pues esos dos revolucionarios antidinásticos son las piedras angulares del primer ministerio de Don Alfonso. ¿Cabe mayor frescura en los agraciados y menos fortaleza en el hijo de la ofendida? Al utilizar *la media legitimidad* de su madre, como derecho a la corona, asumió Don Alfonso los deberes que le imponía la herencia. Y el primer deber de un hijo es reivindicar la honra de su madre. En vez de hacerlo así, Don Alfonso asocia a su gobierno a los calumniadores y prodiga mercedes enriqueñas a todos los revolucionarios de Septiembre para atraerlos a su causa. Signos de debilidad también fueron sus gestiones para sobornarnos a los carlistas primero por mediación del trásfuga Cabrera. después por la de otros personajes; no nos venció la nueva monarquía, sino

www.fpev.es

el ejército ya reorganizado por los gobiernos anteriores a la sedición de Sagunto. Pero pública es la impotencia del nuevo régimen para concluir con la guerra de Cuba, para restaurar el crédito, cuyo primer signo se cotiza a *diez por ciento*, para atraer a los republicanos que en el destierro no dejan de conspirar y para merecer el respeto y la consideración de las naciones extranjeras, que solamente consideran el nuevo reinado como un episodio más de nuestras luchas intestinas. En tales condiciones podrán sus consejeros hacer de Don Alfonso un dictador, nunca un monarca que reine y gobierne y sea el ídolo de sus pueblos como lo fué Don Carlos en las provincias del Norte. Yo no concibo gobierno fuerte, sin el Rey legítimo y no reconozco otra legitimidad que la de Don Carlos.

—Pero como Don Carlos no puede reinar por ahora—objetó el aragonés y a Don Alfonso le sostiene el ejército, hemos de transigir, reconociendo el nuevo orden de cosas al volver a España.

—Transigir, no, soportar más bien, como soportamos a Don Amadeo y a la República. Pero reconocer la legitimidad de Don Alfonso, ¡jamás! En este punto, pienso en vizcaíno: antes la República.

Cada emigrado representaba uno de los tres matices del carlismo en acción; el religioso-fuerista, el legitimista puro y el realista, condicional. El vizcaíno anteponía la religión y los fueros al Rey, el castellano perseveraba en mantener incólumes los principios en el Rey simbolizados y el aragonés pretendía armonizar intereses, transigiendo con los hechos irremediables.

¿Cuál de los tres pensaba mejor?

VIII

ADIOS PARA SIEMPRE

Los emigrados carlistas distraídos en su conversación habían atravesado el puente *Mayou* y se aproximaban al de *Saint Sprit*. El castellano hospedábase en el *faubourg* del mismo nombre. Sus compañeros vivían en el centro de Bayona.

www.fpev.es

—Aquí nos despediremos—dijo el castellano—.Es la hora de comer y sus familias les esperan. Mañana me presentaré al cónsul y en el primer tren... a España.

—Pronto le seguiré—contestó el aragonés—.Ya siento la nostalgia de mi tierra. Mi sobrino me detiene con el pretexto de que le soy necesario. Dice que nunca conoció tenedor de libros más escrupuloso.

—Me adhiero a la opinión de su sobrino. Es usted un maestro en contabilidad.

—Pero me falta la vista.

—Y ¿dónde irá usted?

—A mi retiro de Fraga. A vegetar y morir en la casa solariega donde murieron mis abuelos y mis padres. En tanto. escríbame aquí. Ya sabe que le quiero de corazón.

—No nos olvide—añadió el vizcaíno.

—Nunca olvidaré a mis compañeros de desgracia. Tres años de vida común engendran afectos que sólo la muerte puede borrar. Ya les escribiré. Un abrazo... Adios!

—Tal vez para siempre—musitó el vizcaíno.

—¡Quién sabe! Yo nunca perderé la esperanza....

El castellano abrazó estrechamente a sus compañeros. Dos lágrimas rodaron por las mejillas del noble vizcaíno. El viejo aragonés, presa de viva emoción, no pudo articular una palabra.

Separáronse al fin.

No volverían a verse en este mundo.

FIN

www.fpev.es

www.fpev.es

INDICE

Págs.

DESCUBIERTA . . . . . .

LIBRO PRIMERO

DE CASTILLA A VIZCAYA

I.—Herencia fatal 3
II.—Romanticismo 6
III.—Hacia el campo del honor 9
IV.—El hombre que ríe 13
V.—Arlabán 19
VI.—Volcó la diligencia 24
VII.—Nordevisi 27
VIII.—A salto de mata 32
IX.—Un cura guerrillero 38
X.—Presentación de credenciales. 42

LIBRO SEGUNDO

MIENTRAS LLEGAN LAS ARMAS

I.—Por el monte Gorbea y sus proximidades. . . 51
II.—Jornada de resistencia 55
III.—Una noche en Lequeitio. 59
IV.—De cómo el cadete se incorporó al batallón de Guernica 63
V.—La camisa del cura 68
VI.—Referencias históricas 72

www.fpev.es

Págs

VII.—De una academia de oficiales, fundada y dirigida por un cadete 76
VIII.—La leyenda de una raza. 81
IX.—*Guernicaco Arbola* 86
X.—El castillo de Arteaga 92
XI.—Marchas y contramarchas 102
XII.—Fuente milagrosa. 105
XIII.—Pintorescas excursiones 109
XIV.—De cómo el cadete pernoctó en Múgica, en casa de un cura gordo y obtuvo para seguir su excursión el caballo de un cura flaco . . . 113
XV.—Del alzamiento general y subsiguiente desembarco de armas 117

LIBRO TERCERO

COMBATES Y EXPEDICIONES

I.—Combate de Lamíndano 127
II.—A caballo regalado... 131
III.—Músicas, danzas y banquetes 135
IV.—Balance satisfactorio 139
V.—El señor de Vizcaya so el árbol de Guernica . 143
VI.—Que trata de Durango, villa y Corte, del bloqueo de Bilbao y de una excursión por los pueblos de la costa 148
VII.—De Don Carlos en la intimidad 156
VIII.—De cómo el cadete durmió en la cama donde falleciera el general Zumalacarregui y de otros hechos anotados por el cronista . . . 160
IX.—Del combate de Elormendi, seguido de hambre, sed y música celestial 166
X.—En que se habla del paso de los Alpes por Napoleón y de una empresa de Zumalacarregui, para entretener el hambre y el frío en el vivac 170
XI.—Del sitio de Tolosa y su fracaso 175
XII.—Expedición a Navarra 179

www.fpev.es

Págs.

XIII.—Batalla de Montejurra 186
XIV.—Crítica histórica 192
XV.—Tres días en Estella. 197
XVI.—Regreso a Vizcaya 202
XVII.—Paralelos y paralelas 207

LIBRO CUARTO

ALREDEDOR DE BILBAO

I.—Ciérrase el bloqueo. 215
II.—Veladas de invierno. 221
III.—Rendición de guarniciones 228
IV.—En Olaveaga 235
V.—Empieza el bombardeo, ... 243
VI.—Somorrostro y San Pedro Abanto. 249
VII.—De cómo un poeta aplicó a las lides del amor la táctica del Marqués del Duero 256
VIII.—La séptima y la octava. 263
IX.—La retirada. 268
X.—Comentarios.—Resoluciones 272
XI.—Escaramuzas 277
XII.—Gente nueva.—Despedida del coronel Iriarte , 281
XIII.—En las avanzadas 287
XIV.—De ojalateo 293
XV.—Combate de Sopelana 301
XVI.—En el cantón de Zamudio 310
XVII.—Pronunciamiento alfonsino 314

LIBRO QUINTO

ÚLTIMAS OPERACIONES

I.—La jura de la bandera 321
II.—Zubieta 325
III.—Glorias fugaces 330
IV.—Combate de Arbolancha 335

www.fpev.es

	págs.
V.—El convenio de Cabrera.	340
VI.—El castillo de Axpe	346
VII.—Suplicio de Prometeo	350
VIII.—Desde San Roque a Durango.	357
IX.—En comisión del servicio	362
X.—Vinieron los sarracenos	369

FINAL

EN LA EMIGRACIÓN

I.—La última letra.	379
II.—Ilusiones y realidades	381
III.—Estéril discusión sobre un convenio imaginario	385
IV.—Ni vencidos ni convencidos	390
V.—Disolución de un ejército	392
VI.—El mal menor	395
VII.—Los tres matices del carlismo.	396
VIII.—Adios para siempre	400

www.fpev.es

ERRATAS

Algunas se han deslizado en las páginas de este libro a pesar de la diligencia de los correctores de *Bell-Art* y de la esmerada corrección de últimas pruebas hecha en Barcelona por el ilustrado médico D. Arsenio González Martínez y en Madrid por el autor. No se detallan, sin embargo, porque seguramente las subsanará el buen juicio de los lectores y porque, como alguien dijo, «la *Fé de erratas* no enmienda ninguna y las recuerda todas.»

www.fpev.es

www.fpev.es